ARBOR

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA

TOMO XXXIV

Números 127 y 128 Julio-Agosto 1956

S U M A R I O

Páginas

INTRODUCCIÓN:

ESTUDIOS:

NOTAS:

Colaboran en este número:

José María Pemán, ex director de la Real Academia Española, miembro de la Comisión española de la U.N.E.S.C.O.

Dámaso Alonso, catedrático de Filología Románica de la Universidad de Madrid, miembro de la Real Academia Española.

P. Ramón Ceñal, S. J., colaborador del Instituto «Luis Vives», del C.S.I.C. Madrid.

Manuel Fernández Galiano, catedrático y secretario de la Facultad de Filosofía y Letras. Madrid.

José María Millás Vallicrosa, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras. Barcelona.

Vicente Palacio Atard, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Valladolid.

José Camón Aznar, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Madrid y director de la Fundación «Lázaro Galdiano».

P. Bernardino Llorca, profesor de Historia Eclesiástica de la Universidad Pontificia de Salamanca.

Enrique Sánchez Reyes, director de la Biblioteca Menéndez y Pelayo. Santander.

John E. Englekirk, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid.

Mario Penna, colaborador del C.S.I.C. Madrid.

Juan Roger, del C.S.I.C. Madrid.

José María Viqueira, catedrático de la Universidad de Coimbra.

José Simón Díaz, catedrático. Jefe de la Sección de Bibliografía literaria del Instituto «Miguel de Cervantes».

ARBOR publicará próximamente, entre otros, los siguientes originales:

Tendencias principales en la espiritualidad contemporánea, por *Baldomero Jiménez Duque*.

Historia del estado actual de la anestesiología, por *F. J. de Elío*.

Las crisis de inspiración poética, por *Luis Cencillo, S. J.*

La lucha química contra las plagas del campo, por *José Luis León Fernández*.

Eslavismo y occidentalismo en la Rusia del 800, por *Nicola Sementowsky Kurilo*.

Heine, por *Ernst Alker*.

La Revista no mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas. Cada autor asume la responsabilidad intelectual de las ideas y opiniones mantenidas en su trabajo

Imprenta Juan Pueyo.—Luna, 27. Madrid.—Teléfono 21 08 64



Menéndez y Pelayo a los veintisiete años.

LA «ILUSTRACIÓN CATÓLICA» DE DON MARCELINO

Por JOSÉ M.ª PEMAN

EL clima actual de toda tarea estudiosa es, inevitablemente, de recelo frente a todo cerrado intelectualismo y atención a lo existencial. Un pensamiento desalojado, primero, del mundo de la fe y, luego, del mundo de la pura razón, se ha tenido que refugiar en el mundo de la simple existencia.

En la zona templada de lo que tiene de legítima esta reacción frente al puro intelectualismo, don Marcelino Menéndez y Pelayo resulta un verdadero precursor. Repasad, por ejemplo, en sus *Ensayos*, este texto ejemplar, menos venteado que tantos otros más vistosos por más polémicos: «La historia es la filosofía de lo relativo y mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima como la filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella a temerarios *apriorismos*... Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este ejercicio viril de la historia por la historia misma, todo lo demás le será dado por añadidura, y cuando más envuelto parezca en el minucioso y deslucido estudio del detalle... verá surgir de las entrañas rotas de la historia el sol radiante de la metafísica.» Con lenguaje de su hora no cabe expresar más diáfanamente una concepción del enlace historia-filosofía que le constituye en verdadero predecesor de Dilthey o de Jasper. Don Marcelino, espíritu abierto como pocos —sin mengua de su tradicionalismo— a todo lo progresivo y universal, se hubiera encantado con ser «aparcado» con esta condición de «predecesor» en los estacionamientos de la Historia. Él se pasó la vida buscándole a España, para honrarla, «predecesores» de Kant o de Descartes.

Nadie puede, pues, achacar a parcialidad o deformación pasional el que don Marcelino haya sido cargado con tan vehemente significación y simbolismo como «voz de todo un pueblo» (Farinelli), como misionero de esa tarea «hasta donde puede cumplirla un hombre sólo..., de dar a los españoles conciencia de su propio valer» (Juan Valera). No es ello más que el saldo y resultado de su estudio profesional de la Historia del modo que él lo concebía; la «añadidura» que le fué dada por su honrada e incansable investigación de la «historia por la historia misma». Si, luego, sin violencia alguna, ha sido cargado con esa significación de portavoz de la «metafísica» de España es porque —como él ya lo tenía doctrinalmente sentado— encontró esa metafísica, ese sentido trascendente y último, en las entrañas mismas de la historia, al entregarse al «minucioso y deslucido estudio del detalle».

Pero las síntesis —tan trabajosas para el que las construye— son un comodísimo regalo para el que las utiliza, tomándosela y aun expropiándosela a sus autores. Las «pancartas» son más manejables que los libros, pero los que las utilizan son los responsables de todas las restas y economías que el libro sufrió para estrecharse en «pancarta». El que maneja una «síntesis» ajena, juega muchas veces con ella su propio juego, la valoriza de un modo u otro y le carga el acento aquí o allí. Pero el autor de la «síntesis», ése no. Ése juega limpio, porque, con igual publicidad con que formula su síntesis, nos ha enseñado primero los lentos y menudos análisis que a ella le condujeron.

¿Cuál fué la «síntesis» de España, la conclusión metafísica a que don Marcelino llega en su analítico y menudo estudio de nuestra historia?

No es problema puntualizarla, porque él la expuso una y cien veces, a lo largo de su vida, en términos no ya claros, sino acentuados de pasión y abultados de vehemencia: brindis del Retiro (1881); epílogo de la *Historia de los heterodoxos* (1882); discurso del centenario de Balmes (1910); Congreso Eucarístico de Madrid (1911). El que esas «tesis» terminantes y claras, reiteradas a lo largo de su vida, estén insertas siempre, porque ese fué siempre su «género», en pie-

zas de erudición científica e histórica no disminuye en un ápice su rotundo sentido, ni hace parcial ni ilegítima su gozosa utilización polémica por cuantos se sienten incluídos en esos «millones de corazones» que aseguraba Farinelli que palpitaban al unísono con el suyo. Considerar esto como profanación de su obra científica es una simpleza. Desde que los valores intelectualistas han cedidó su absorbente supremacía de ayer, todas las filosofías o las ideologías más puras se transmiten en formas más libres, menos comprometidas y sistemáticas. Nadie ha de escandalizarse de que los liberales italianos venteen textos de Benedetto Croce tomados de sus libros de historia, o que los revolucionarios franceses dieran valor polémico al *Emilio* de Rousseau, que es una novela. Nadie ha de hacer remilgos, consecuentemente, porque los tradicionalistas o católicos españoles, en horas de polémica y rotura, dieran acento de manifiesto y de bandera a muchos textos de rotunda elocuencia de don Marcelino.

Pero, naturalmente, la utilización de la «pancarta» lo que no nos da es la matizada y total formulación del pensamiento de donde ha sido extraído. Es esto lo que sólo puede darnos la repetición del camino analítico por el que se llegó a la síntesis, la reconstrucción y reposo de sus escalones.

Un primer atisbo del sentido y color, matizado y total, de la tesis de España que intuía aquel mozo montañés de clara cabeza, memoria gigantesca y sangre hirviente, cuando se lanza a su gran aventura intelectual, nos lo ofrecen los temas primeros sobre los que recae su curiosa atención. En aquella primera etapa de las cuatro en que ha dividido metodológicamente su labor Menéndez Pidal, llamándola «etapa polémica», sus temas son: la *Ciencia española* y los *Heterodoxos españoles*. En el modo de desarrollar estos temas ya está plenamente ese eje irrompible de su tradicionalismo, de su catolicismo «a machamartillo». Pero en los temas mismos que han atraído su juvenil preocupación —aun en aquella hora de vehemencia polémica— ya está ahí también su sentido moderno y universalista de la cultura. Ya hará más adelante el canto de nuestros místicos, la exaltación de nuestro teatro heroico, de nuestro romancero, de nuestra novela. Le ha urgido, lo primero, sostener —casi hasta la exagera-

ción— que hemos tenido físicos y médicos y naturalistas ilustres; que hemos tenido «precursores» —Sánchez, *el Brocense*, Pereyra, doña Oliva, Fox Morcillo, Vives— de muchas rentas y hallazgos de la modernidad; que hemos tenido «heterodoxos» que, si bien por su exiguo número y débil consistencia, constituyen una prueba de *reductio ad absurdum* de nuestra ortodoxia fundamental, también significan una prueba de la anchura curiosa de la mente española, no barrida ni excluída de los caminos de la civilización europea.

La sensación que nos da el mozo montañés cuando se lanza a su tarea, si conjugamos debidamente su brindis del Retiro, con su *Ciencia española*, su epílogo de los *Heterodoxos* con el texto mismo que lo antecede —o sea, sus síntesis con los análisis que las constituyen—, es, ciertamente, la de un absoluto tradicionalista, pero con el aire de familia de los tradicionalistas del siglo XVIII, de los que, precisamente porque creían que había muchísimas cosas que renovar en España, buscaban en la tradición los cimientos y componentes que habían de hacer sólida y eficaz esa «renovación».

Esto exigiría una explicación un poco más menuda, que trataré de reducir en breves líneas.

En esquema, la gran crisis cultural y humana que inicia el Renacimiento está cifrada en el paso de un pensamiento de tipo ontológico a un pensamiento de tipo psicológico. El hombre medieval cree que hay un mundo, un cosmos, un esquema de seres y de cosas, que «son así» porque Dios así los creó y los mantiene, porque Dios vió que «eran buenos». Un libro escolástico o bizantino es como un atlas donde todo —el emperador, el Papa, el soldado, el artesano, la estrella y el sol— tiene su sitio marcado y su lenta evolución prevista. Cuando, luego, la mente humana se retrae subjetivamente sobre sí misma se cree con fuerzas suficientes para reobrar sobre todo ese mundo real y objetivo y variarlo según los esquemas racionales fabricados dentro de la mente. Esta confianza intervencionista es, sencillamente, el pensamiento revolucionario. Pensamiento que, en su primera etapa y momento, implica dos inesperadas paradojas:

Primera, al topar, como primer encuentro, para variarlo e intervenirlo, con ese mundo exterior que, por inercia de siglos, se cree

inmóvil y estable, piensa que si este mundo está mal es porque se ha viciado y apartado de su verdad y pureza primitivas. El primer movimiento de la mente revolucionaria es, por eso, si se va a ver, un tradicionalismo que se pasa de rosca, un «regreso» a lo más primitivo. El Renacimiento quiere retornar a lo clásico y grecorromano; la Reforma quiere retornar al primitivismo evangélico; la Revolución quiere retornar a la selva rusoniana y al hombre elemental... La partícula «re» está ahí, precediendo todas esas divisas «re-novadoras», anunciando que su novedad, como el giro o «revolución» de una rueda, se agotará dentro de sí misma en su propio movimiento circular.

Segunda paradoja: al creer la nueva mente revolucionaria que puede variarlo e intervenirlo todo —esto tomo y esto dejo— se hace, por definición, parcial e intolerante. La tolerancia, hoy casi inconcebible, de la Edad Media no es otra cosa que la tranquila mirada del hombre sobre un mundo objetivo e irremediable. El moro o el judío «están ahí», son realidades exteriores sobre las cuales el hombre no puede actuar más que acentuando —misión o catequesis— la evolución divina. Ortega citaba a este efecto aquella crónica del tiempo de don Juan II en que las personas reales son recibidas en Briviesca por un total cortejo en el que venían «los judíos con la Tora y los moros con el Alcorán». Sesenta años después, la generación de los Reyes Católicos expulsará los judíos y los moriscos. Pero esto es ya una postura de tipo renacentista, «moderno»: de intervención decisiva y violenta sobre el mundo exterior.

Estas notables paradojas de la mente revolucionaria son las que van a madurar del todo en el siglo XVIII. España va a traducirlas así: habrá un movimiento oculto de «ilustración» ya jacobino, de «retorno» hacia un humanismo precristiano; y habrá un movimiento que querría realizar la parte que cree legítima de esta renovación mediante una intervención intolerante del poder: «despotismo ilustrado».

Pero la tradición católica española creía en el equilibrio integrador de la idea de tradición y la idea de progreso; creía que el «progreso» se agotaría en sí mismo si no se «transmite». (¿De qué me sirve inventar el fuego si no lo convierto en «tradición» y se lo entrego a mi hijo y mi nieto?) España había hecho una Reforma desde dentro de

la ortodoxia (Cisneros, Santa Teresa, San Pedro de Alcántara, San Ignacio). Había hecho un Renacimiento desde dentro de la tradición (fray Luis de León, Cervantes). Ahora intenta hacer una «ilustración» católica, una renovación que acepte aquella parte de «las luces» que son reflejos de la única y verdadera Luz. ¿No es esta empresa, en gran parte fallida, la que vuelve a tomar sobre sí, con vehemencia genial y solitaria, don Marcelino Menéndez y Pelayo?

Creo que sería útil para la completa filiación intelectual de don Marcelino colocarlo en esa genealogía y repasarlo a la luz de esa «ilustración» católica. El no amaba el siglo XVIII. Pero le atraía en cierto modo, porque algunos solitarios intentaron en él —sin lograrlo— algo de lo que él intentó en su gloriosa soledad.

Es anticientífico despachar al siglo XVIII con una expeditiva calificación de afrancesado y negador de la tradición. Es también el siglo en que España se conoce científicamente a sí misma. El siglo de los viajes, exploraciones y «redescubrimientos» de su propia tierra (Ponz); de las apologías y defensas de nuestras letras (Forner, los jesuítas desterrados); de las antologías de clásicos (Sedano, Capmany, Nipho); de los primeros serios rebuscos de archivos (Flórez, Bayer, Ferreras, Burriel). De todos éstos ha escrito Menéndez y Pelayo palabras ardientes o tiernas que denuncian su filiación mental. ¿Y es que no parece oírse la voz de don Marcelino cuando Jovellanos propone en su reglamento del Colegio de Calatrava, como modelos para formar el gusto de los escolares, a Pérez de la Oliva, Luis de Granada, Mariana, Garcilaso, Herrera, los Argensola y, sobre todo, «fray Luis de León, el primero y más recomendable de todos»? ¿Dónde está el afrancesamiento en todo esto? ¿Qué otra cosa dirá, luego, Menéndez y Pelayo? Como también, en terreno más concreto y político, ¿no parece anticiparse su voz cuando el mismo Jovellanos, en 1795, escribe al doctor Prado: «¿No tenemos, acaso, en España una Constitución? Si me dice usted que sí, ¿cómo no la estudiamos? ¿Cómo no la conocemos?» Es esa «constitución social» de España, tradicional y viva, la que Burriel y Bayer andan buscando, por comisión regia, por los archivos municipial y corporativos; lo que el propio don Gaspar Melchor querría insuflar en su famosa *Consultación sobre*

la convocatoria de Cortes por Estados a las que luego habrían de ser las desorientadas y teorizantes Cortes de Cádiz. Y es esta constitución la que entre el crudo dilema de «liberalismo jacobino» o «despotismo ilustrado» —dos importaciones de Francia— ofrecen, como solución nacional, al rey Fernando VII los sesudos y equilibrados firmantes del «Manifiesto de los Persas»... Cuando don Marcelino, en sus leves y quijotescas «salidas» al campo político, recibía alfilerazos por un lado y por otro, seguía siendo el último «Persa», el último amplificador de una voz minoritaria desoída en España durante un siglo de falaz sordera. El prestigio de ciencia y sabiduría, de modernidad y universalidad, con que él robusteció esa voz no puede ser perdido.

Todo cuanto después, en las etapas maduras de su obra —lo que Menéndez Pidal llama etapas «erudita», «estética» y «sintética»—, elaboró don Marcelino, recibe plena luz insertándolo en ese esquema de su fundamental «ilustración católica». Todo : su «transigencia doctrinal» y «su tolerancia humana» (Pérez Embid), su «ímpetu agresivo» y su «espíritu de bondadosa comprensión» (Marañón), todo..., hasta su gozoso humanismo literario y poético, que asustaba un poco a Laverde ; su plenitud social, pre-chestertoniana ; su saboreo de la vida, que, como el de Vázquez Mella, no entienden todavía algunas mentes cloróticas de puritanismo.

Pero ¿cuándo se va a enterar el mundo de que lo seco y esquinado es característica cuáquera, calvinista, puritana o jansenista? No se busque en Santander o en Sevilla. Búsquese en Amsterdam o en Ginebra. No hace mucho que el escritor Erik von Kuehnelt, de vuelta de visitar los grupos jansenistas que todavía subsisten en Holanda, se sentía confortado al regresar en Colonia : «Esta —escribía—, después de todo, es una ciudad de procesiones y carnavales. Es una ciudad profundamente católica.» También al regresar de tanta filosofía angustiosa y tanta literatura negra a la obra de don Marcelino cabe exclamar : «He aquí una obra con teólogos y ninfas ; con brindis del Retiro y versos sáfico-adónicos ; con sobrenaturalismo y humanismo... ¡ Al fin, una obra profundamente católica !»

MENÉNDEZ PELAYO, HISTORIADOR DE LA LITERATURA Y CRÍTICO LITERARIO

Por DÁMASO ALONSO

Dos monstruos de la Naturaleza

No deja de tener un profundo sentido aquella admiración, más aún, aquel cariño que durante toda su vida dedicó Menéndez Pelayo a Lope de Vega. Uno y otro —aún mozalbetes— entran de sopetón en la más cruda luz de la fama, rodeados de la vocinglería del escándalo: el uno, Lope, un escándalo de infame origen; el otro, el joven Marcelino, la ruidosa polémica voluntariamente provocada con el intento más generoso: la defensa de la ciencia española. Después, los dos literatos, el gran creador y el gran historiador, se parecen por esa facilidad increíble con que el uno se saca de la manga comedias y poemas y el otro nutridos volúmenes de historia, en un número, en una abundancia, una continuidad tales que no creo ofrezca muchos paralelos la historia del mundo.

La literatura española ha tenido, pues, dos *monstruos de la Naturaleza*, uno Lope y otro don Marcelino. Nada más natural que la primera oleada de asombro que se va difundiendo por toda España cuando, en 1876, aquel mozuelo que no ha cumplido los veinte años se lanza a la pelea con las *Polémicas... de la Ciencia española* (publicadas en 1877). El asombro crece cuando el público se entera de que aquel mismo joven, a los veintitrés años (en 1880), ha dado al mundo dos macizos tomos, la *Historia de los Heterodoxos*, y sólo dos años después el tercero: total, 2.500 páginas.

Cantidad increíble, pero calidad extraordinaria

Imaginemos a los atónitos espectadores al darse cuenta de que ese mismo muchacho, como pasatiempo o juguetito de estudiante ha-

bía dado a la luz (con veintiuno o veintidós años) otro grueso tomo (500 páginas) en el que registra toda la huella española de Horacio a través de traductores o imitadores: el *Horacio en España*. Un solo año más tarde han visto la luz sus *Estudios poéticos*, también un tomo bien lastrado: poesías traducidas (o imitadas) de muchas lenguas, y algunas originales.

¡Qué hombre! ¡Qué frenesí! No podemos continuar: es una velocidad tal la del vuelo de este muchacho que ni la imaginación puede seguir su estilo, ni yo tengo minutos para referirlo ni aun de la manera más compendiosa: el tomo de *Calderón y su teatro* sale en 1881; la *Historia de las ideas estéticas*, cinco tomos, entre 1883 y 1891; los doce tomos de *Obras* de Lope, todos con sus intensos y extensos prólogos, entre 1892 y 1902; la *Antología de poetas líricos*, trece tomos, desde 1890 a 1908; la *Antología de poetas hispanoamericanos*, de 1893 a 1895, cuatro tomos; en fin, de 1905 a 1910, tres tomos de los *Orígenes de la novela*. Entre 1884 y 1908 se habían publicado, además, cinco volúmenes de *Estudios literarios*; en 1902 había comenzado a publicar la *Bibliografía hispanolatina*, obra de toda su vida (de ella el juvenil *Horacio en España* era sólo un capítulo), pero había de quedar a la muerte de don Marcelino en los originales; recogida hoy en la meritísima y utilísima *Edición Nacional* del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (gracias a la cual podemos leer a Menéndez Pelayo), ocupa diez voluminosos volúmenes. Agréguese, en fin, un mar de traducciones, prólogos, estudios y un copioso epistolario cambiado con muchos de los hombres más representativos de las letras de entonces y del hispanismo extranjero. ¡Un verdadero monstruo de la Naturaleza!

No soy, no puedo ser, insensible al movimiento universal de admiración ante la «cantidad» en la obra de don Marcelino. Lo que a mí, sin embargo, me maravilla es que jamás —ni en prosa ni en verso— he encontrado una página suya que se pudiera llamar baladí; siempre aprendemos algo de él, aun en aquellos casos en que no podemos estar conformes con lo que dice.

Para terminar la comparación que habíamos iniciado, afirmemos que los contemporáneos de don Marcelino podrían haber dicho «es de Menéndez Pelayo» para designar cualquier cosa buena, como a los del siglo XVII, para el mismo fin, les bastaba decir «es de Lope».

Juvenil clasicismo intransigente

Sí; la vida científica de Menéndez Pelayo es un constante crecimiento: en densidad y trabazón, en profundidad, en generosidad. Desde el punto de vista que ahora me interesa —el del crítico e historiador literario— sucede lo mismo. Aquí, en el terreno de la crítica, la evolución de Menéndez Pelayo fué curiosa, y se podría decir, extraña.

Cuando salta al ruedo de las letras españolas, salta tan violento en lo doctrinal como en el criterio literario. Nótese bien, entre estas dos violencias, hay, si no una total antinomia, sí varias parciales contradicciones. El católico a machamartillo, el enamorado de toda la cultura española tiene, en literatura, en arte, un gusto clásico. Y no es un gusto exactamente clásico-cristiano. Esa simbiosis clásico-cristiana a él le place, sí; es la que admira, por ejemplo, en fray Luis de León; pero la que él practica es clásico-pagana hasta el tuétano («en arte soy pagano hasta los huesos», declara). Lo era. La forma perseguida por él era un imposible estético (el que había fracasado en los perfectos y gélidos versos de su admirado Cabanyes): nada menos que reducir, apretar, la expresión española a la concisión y al giro de la latina, y regarla o iluminarla con una gracia y una transparencia griegas. Basta hojear los juveniles versos de Menéndez Pelayo para convencerse de ello: allí, el senado de los dioses se recorta sobre pentélico mármol bajo una luz de *mare nostrum*. De vez en cuando, el joven Marcelino se olvida de esa fría interposición entre él y la realidad y parece que va a cantar con voz contemporánea y con diaria emoción:

> Yo guardo con amor un libro viejo

> Puso Dios en mis cántabras montañas
> auras de libertad, tocas de nieve
> y la vena del hierro en sus entrañas.

Pero ¡cuán poco dura esa emoción directa! El canto al libro viejo se transforma en seguida en bibliografía y arqueología, que si hoy tienen una emoción, un sentido, para nosotros, es a través de la per-

sona misma de don Marcelino, y casi sólo por eso, porque le amamos y llegamos como a sustituirnos en él, a vivir y sentir por él. Y la bravía oda de las montañas cántabras, que es de lo más lleno de humana pasión entre sus versos, no deja de ofrecer grandes partes atiborradas de arqueología. Así dice del mar Cantábrico:

> No es el risueño Egeo que circundan
> cual ceñidor las Cícladas marmóreas;
> ni el golfo que con dórica armonía
> de Nápoles arrulla a la Sirena
> cabe la sacra tumba de Virgilio;
> ni el vago azul de la marina Jonia;
> sino el Ponto que azota a Caledonia,
> y roto entre las Hébridas resuena,
> titán cerúleo que a la yerta gente
> hace temblar en la postrera Thyle...

Etcétera. (¿Y a este hombre no le gustaba Góngora?)

UNA PELIGROSA ATRACCIÓN

Más importante aún: no es sólo que la forma aspire a ser exquisitamente, rebuscadamente, clásica, ni que la representación y los temas sean paganos; hay, sin duda, la atracción de un paganismo más interno, tan evidente que no me extraña nada el grave apuro en que la proyectada publicación del primer tomo de versos del joven Marcelino puso a algunos graves varones, todos amigos del paganísimo poeta, el cual deseaba, claro está, el espaldarazo de un prólogo. He aquí cómo lo relata don Miguel Artigas: «Laverde se excusa con sus achaques...; el marqués de Valmar acepta el honroso encargo, pero duda y vacila durante más de dos años... En sus vacilaciones escribía a Milá y Fontanals, otro viejo amigo y maestro de Menéndez Pelayo, y no le oculta la repugnancia que le causa tener que prologar los versos de su joven amigo, porque muchas de sus traducciones lo son de poemas *impíos* o *poco castos*.» Laverde se decide, por último, a explicar a Menéndez Pelayo la causa de las dilaciones... Marcelino protesta. «Por fin se llega a una transacción, y el final del Idilio 28 de Teócrito sólo se imprime en 25 ejemplares. Milá, en la carta que escribe a su discípulo, después de los aplausos de rigor..., añade: *Por lo demás no apruebo la elección de ciertos*

originales...» Es sabido que Menéndez Pelayo había escrito en la carpeta donde guardaba sus poesías:

En arte soy pagano hasta los huesos
... pese a quien pese.

EL CRECIMIENTO CRITICO DE MENÉNDEZ PELAYO

He insistido en este punto porque esa paganía, si por un lado resulta difícil de concertar con la profunda tradicionalidad española que por ese tiempo está defendiendo Menéndez Pelayo —defendiendo con el ataque, violentamente—, por otro lado —que es el que nos interesa— hay que tener en cuenta que es un gusto total y en absoluto excluyente. A Horacio, a su ídolo, le dice:

La belleza eres tú; tú la encarnaste
como nadie en el mundo la ha encarnado.

....

¡Tiempo feliz de griegos y latinos!
Calma y serenidad, dulce concierto
de cuantas fuerzas en el hombre moran:
eterna juventud, vigor perenne,
culto sublime de la forma pura,
perenne evocación de la armonía
¡Bárbaros hijos de la edad presente!

Viene en seguida la encendida protesta contra los «graves doctores» que «hoy» prefieren a los versos de Horacio los que alegran a Sicambros y Escitas o a los «germanos nebulosos», y exclama:

¡Lejos de mí las nieblas hiperbóreas!

Resulta, pues, que por lo que toca al gusto literario, por aquellos años en que Menéndez Pelayo surge, su posición era intolerante y agresiva: el culto de la forma nítida contra toda nebulosidad, literatura latina contra melancolía del Norte. Un criterio aristocrático y de selección y una creencia en el indestructible enraizamiento racial del arte.

El desarrollo vital de don Marcelino como crítico literario fué un

constante repliegue desde esta posición extrema, al mismo tiempo que iba pasando de juvenil petulancia a madura humanidad y comprensión. Su gusto siguió siendo clásico, pero muy pronto desapareció de él esa especie de exquisitez clasicista, transparente en muchos de sus versos primeros, y se dió cuenta de que aun en los criterios estéticos y literarios es necesario convivir, que es, sin compartirlo, comprender el punto de vista de los contrarios.

¿Una contradicción inicial? Entusiasmo por Lope

¿Cómo podían ser una sola persona el exquisito adorador de la forma, que arde en sí misma como una pura llama, y el reivindicador de toda la tradición cultural española? En lo literario esta antinomia se me concreta o corporifica en el gusto de Menéndez Pelayo por Lope de Vega. Es bien sabido que las conferencias sobre «Calderón y su teatro» que el joven Marcelino da en 1881 para conmemorar el segundo centenario de la muerte del gran dramaturgo le sirvieron no para ensalzar a Calderón, sino para instaurar en crítica española la gloria de Lope de Vega. Menéndez Pelayo puso en acción el refrán que dice «desnudar a un santo para vestir a otro».

Obsérvese que apenas han pasado cuatro años desde la *Epístola a Horacio* y las fervientes y excluyentes afirmaciones de clasicismo. Pero si hay un escritor anticlásico en el mundo es Lope, y Menéndez Pelayo lo comprendía muy bien y lo ha expresado en la fórmula «Lope nos da toda la naturaleza sin selección». Pues ¿cómo se explica el entusiasmo fanático y exclusivista por la más estricta belleza y al mismo tiempo por una torrentera de humana pasión y entremezclada realidad, casi sin filtro o depuración alguna, que eso es toda la obra de Lope? Y, sin embargo, Menéndez Pelayo comprendió profundamente al gran dramaturgo y le amó con amor entrañable. Vuelvo a leer los versos de la *Epístola a Horacio* y no lo comprendo.

Se me dirá: son dos posiciones distintas, la del crítico y la del creador. No: la *Epístola a Horacio* es todo un manifiesto estético y, en cierto modo, una preceptiva no pormenorizada, pero con su inesquivable *anathema sit*. Es que el ser humano es un complejo de contradicciones, y que el gusto mismo es también un haz de vetas, y entre ellas pueden darse increíbles antinomias. Entro aún más en

la pura hipótesis: el gusto fundamental, constitucional, del temperamento de Menéndez Pelayo sería un realismo, casi un naturalismo ampliamente humano (muchos pormenores de la vida del hombre de los que apenas se susurran harían esto muy razonable). El gusto estrictamente clásico y depuradamente formal habría sido sólo superpuesto, producto de la formación escolar, en realidad una deformación del genuino carácter humano.

El desagravio a Heine

Primero fué cediendo ante lo inevitable. La primera palinodia patente fué estudiada muy bien —hace ahora casi treinta años— por Gerardo Diego. En la formación clásica de Menéndez Pelayo entraba un complejo que podemos llamar antipatía o desconfianza ante todo lo germánico. En los versos de la *Epístola a Horacio* estaba bien patente, aún más en el *Ultílogo* del *Horacio en España*. Se proclamaba allí la «forma» contra la «nebulosidad», contra el vago sentimiento informe, contra la aérea melancolía. No cabe duda a quién apuntaban sus tiros: esos poetas germánicos representantes del vago sentimiento eran Heine, Uhland, etc.

Pero pronto comprende su error. Momento de gran importancia en la crítica de don Marcelino. Ese momento solemne está representado en una obrita de lo más breve que salió de la pluma del gran polígrafo: un prólogo de muy pocas páginas a unas traducciones de Heine, publicado en 1883. Ese prólogo es una verdadera palinodia. Comienza diciendo: *Confieso que en otro tiempo gustaba yo poco de Heine... Pero el gusto se educa, y no soy de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso, o que no van bien con nuestra índole y propensiones*. Hay aquí dos confesiones verdaderamente preciosas. Una, explícita: que la poesía de Heine no iba bien *con su índole y propensiones*. La segunda declaración no es explícita, pero evidente: al afirmar que no es *de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso* se retracta de la posición mantenida sólo unos seis años antes en la *Epístola a Horacio* y en el *Ultílogo*, pues allí sí que encontramos proscripción y aun maldiciones formales de las formas artísticas que no le gustaban. En fin nos dice «voy a ponerme bien con mi conciencia y a desagraviar a Heine de antiguas ligerezas mías». Viene luego una fina descripción de lo aéreo, sutil y rápido de este tipo de

poesía (descripción que tiene una larga cadena de antecedentes, Fauriel, Bécquer) y, en fin, algunas afirmaciones de extraordinaria importancia que interesa ahora señalar. Esta aérea poesía, dice, nos deja como «un polvillo sutil que es imposible reducir al análisis». Y añade a continuación : «Por eso yo no entendía al principio a Heine, y ahora que no me empeño en descomponerlo, y le tomo como es, creo entenderle. Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía con música.» Y continúa aún con palabras que vuelven a comprobarnos que Heine, la poesía de Heine, no era su afición natural : «Conviene que cada uno tenga alguna pasión determinada por tal o cual poeta.» (Y la suya seguía siendo Horacio.) Pero «Muchas puertas —dice— llevan a la encantada ciudad de la fantasía : no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas ni en limitar el número de los placeres del espíritu.»

Menéndez Pelayo había sido llevado, pues, hacia la comprensión de Heine (y de los heinianos) por fuerzas exteriores a él. El crítico aprendía ahora —magistralmente— a convivir con otros credos estéticos.

Aquel gusto clásico seguirá, sin embargo, siendo (por lo menos durante algunos años) el núcleo del criterio estético de Menéndez Pelayo. Y toda su evolución, es decir, todo lo que fundamentalmente importa para su comprensión de la literatura, y dentro de ella de la española, consiste en retrocesos, dejaciones o suavizaciones de ese concepto fundamental.

Por qué Menéndez Pelayo, primero, negaba la lírica popular

Quizá en ninguna materia fué la rectificación hecha por Menéndez Pelayo de sus ideas juveniles más rotunda que en lo que toca a la poesía que hoy llamamos de tipo tradicional (y que él llama unas veces tradicional y otras popular). Esta rectificación no es sino una huella más o un nuevo aspecto del movimiento —ya iniciado por lo que toca a Heine— que le había de apartar cada vez más de aquel duro y agresivo gusto clásico expuesto en 1877 en el *Horacio en España.*

Mi generación se ha criado en el gusto de la poesía tradicional, y aun nosotros mismos hemos contribuído a difundir, en cuanto hemos podido, ese gusto entre el público. Es muy posible, pues, que sea

muy injusta contra el joven Menéndez Pelayo la reacción de quien en 1956 lee en el *Ultílogo* del *Horacio en España* afirmaciones como éstas: la lírica popular «no existe o no vale la pena de restaurarse, y aun oso afirmar que ningún pueblo la tiene. El genio popular no es *lírico*; es *épico*...».

Hay que repasar las antologías que desde fines del siglo XVIII venían dando cabida a algo de poesía de tipo tradicional para comprender cuán fragmentario, cuán confuso, cuán revuelto con otras cosas era el conocimiento de ese campo en los días de la adolescencia de don Marcelino. Y no olvidemos el influjo de hombres a quienes el joven crítico admiraba: ante todo, creo, don Juan Valera. La negación de la lírica popular que acabamos de leer no era sino repetición —aunque más tajante y arriscada— de la doctrina que muy pocos años antes había expuesto Valera en su discurso de entrada en la Real Academia Española.

Pero, ¡ay de las afirmaciones rotundas! Dos años antes de la publicación del *Horacio en España*, Monaci había impreso el *Cancioneiro da Vaticana*... Atento a la fascinación de Valera, Menéndez Pelayo no se había enterado de ese hecho trascendental.

MENÉNDEZ PELAYO DESCUBRE LA POESÍA TRADICIONAL

Menéndez Pelayo no era un lector egoísta. Leía intensamente, para en seguida verter sobre el público, genialmente intuídos y certeramente ordenados, los hallazgos de su lectura. Y he aquí que pronto la vida le pondría ante los ojos el tesoro que había negado.

Fué al escribir el primer tomo de su *Antología de poetas líricos* (1890). En el primer capítulo del prólogo [1] hay el mismo desvío o desconocimiento de la lírica popular. Pero, inesperadamente, las últimas palabras de ese mismo prólogo son como un destello, como un signo de que el milagro de iluminación se ha producido. Y, luego, en el tomo III de esa misma *Antología*, metido ya en la faena de estudiar la poesía del *Cancioneiro da Vaticana*, le vemos exultante de gozo: hay allí «un juvenil y encantador lirismo», nos dice. Y agrega: «Los mismos trovadores cortesanos, que resultan tan insípidos y pueriles en los versos de imitación provenzal, parecen otros hombres en cuan-

[1] Según la ordenación de la *Antología* en esa edición primera.

to aplican sus labios a este raudal fresquísimo de la inspiración popular.» En ese «raudal fresquísimo» que antes negaba y que acaba de descubrir beberá ávidamente nuestro gran crítico.

Otros textos nos probarían que Menéndez Pelayo no sólo había llegado a comprender el virginal encanto de la lírica de tipo tradicional, sino también la función que tiene en nuestra poesía el desarrollo de nuestra literatura: cómo la lírica, junto con la épica tradicionales, forman la veta que, alárgandose y adelgazándose, penetra y traspasa el Siglo de Oro y aun en muchos aspectos llega hasta nuestros días. Descubría así uno de los principios fundamentales de la historia de la literatura española.

Menéndez Pelayo no pudo nunca llegar al rico pormenor de esa lírica de tipo tradicional: el tesoro estaba todavía en gran parte disperso. En él habían de trabajar después, con sus toscas maneras, pero con eficacia, Cejador y, con su riguroso método científico, Menéndez Pidal. Y mi generación también: unos prolongaron aún ese vivo raudal de poesía; a otros nos tocó el papel de difundirlo, en sus esencias más puras, entre el público.

Lo que ahora importa es esto: poco antes de 1890 cambió súbitamente el gusto de Menéndez Pelayo: del desdén y aun negación de la poesía popular pasó a interesarse ilusionadamente por ella y a comprenderla profundamente. Es sólo un aspecto de la evolución que iba a atraer hacia nosotros —hacia nuestro gusto de hoy— la figura del gran crítico. Merced a esa evolución, su nombre glorioso preside también todos los estudios modernos sobre poesía de tipo tradicional.

DESCUBRE LA POESÍA MEDIEVAL

Es una verdadera pena que los libros fundamentales de historia literaria de Menéndez Pelayo, por su prurito de tratar todo *ab ovo*, quedaran todos inconclusos. Yo lamento profundamente que la *Antología de poetas líricos* se detuviera al ir a hablar de Garcilaso, es decir, no pasara por las cumbres de nuestro Siglo de Oro de Garcilaso a fray Luis, a San Juan de la Cruz, a Lope, a Góngora, a Quevedo. ¡Qué panorama maravilloso habría descubierto el crítico! ¡Cuántos prejuicios de los que se transparentan en otros libros suyos habría rectificado quien era tan noble y estaba dispuesto a proclamar su equivocación! ¡Qué páginas maravillosas perdió la historia de la literatura española! Yo pienso, en contraste, en lo que le ocurre con

la épica juglaresca y con la poesía culta de la Edad Media. Tampoco Menéndez Pelayo tenía gran simpatía, primero, por la Edad Media. No podía ser de otro modo, dado su inicial exclusivismo clásico; pero llega el momento en que la *Antología de poetas líricos* tiene que tratar nuestra poesía de la Edad Media: ¡cómo se le ilumina el panorama delante de su avance! Y entra con calor y con amor en contacto de aquellas sombras venerables que antes, quizá, le parecían inexpresivas. Retratos humanos y poéticos, el arcipreste de Hita, el marqués de Santillana, Gómez Manrique, Jorge Manrique, se vivifican, así como extensas zonas de nuestra poesía: los romances, la épica, y quedarán ya para siempre en nuestra retina estética.

Desagravio a Calderón. Hacia la plenitud

Y el hombre, según avanzaba por la vida, se movía siempre hacia una mayor generosidad y comprensión. Varias veces se ha citado a este respecto el prólogo al libro del Siglo de Oro de doña Blanca de los Ríos. Allí, el autor vuelve a hacer un repaso de sus ideas sobre el teatro de los siglos XVI y XVII. Allí se arrepiente de haber maltratado a Calderón. Esta rectificación, aunque no significa cambio de punto de vista crítico (en todo caso un poco de mayor aprecio del gran poeta de los Autos), sí lo es de crecimiento y de comprensión humana. Y escrito casi en vísperas de su muerte nos muestra qué veinte o treinta años de espléndida mirada de águila, de serena majestad y de humanísima comprensión nos fueron arrebatados el 19 de mayo de 1912. La imaginación no llega casi ni a vislumbrar lo que hubiera sido la crítica de aquella mente genial, nutrida ya de toda la ciencia del mundo y sostenida por toda su comprensión humana. Pero Dios lo había previsto de otro modo.

La belleza no es el único objeto del arte. Importancia de esta declaración

Quiero terminar estos someros apuntes del crecimiento de Menéndez Pelayo hacia su plenitud crítica, y de las mermas o impedimentos que tuvo y que habría definitivamente vencido, señalando otra rectificación de su criterio estético que me parece la más importante

de todas, aunque fué expresada esta vez sin dar a notar lo que tiene de palinodia. Hablando del prefacio del *Cromwell* de Víctor Hugo, se encuentra Menéndez Pelayo con la teoría de lo *grotesco*, expuesta por el gran poeta romántico; para Víctor Hugo, la introducción de lo grotesco en el arte y en la tragedia es precisamente lo que caracteriza el arte nuevo, el arte romántico, en contraposición al clásico, que sólo atiende a lo bello. Menéndez Pelayo dedica gran extensión y atención a la teoría (no cabe duda de que le preocupó) y, lo que es más, llega a escribir estas palabras: «no se puede dudar de que en el arte antiguo impera la categoría de belleza y en el arte moderno no precisamente la de lo grotesco, como creyó Víctor Hugo, sino otra más amplia, la de lo característico, sea bello o feo, sublime o grotesco. Considerar la belleza como único objeto del arte es error capitalísimo, de que Víctor Hugo se salvó por instinto y Hegel por rigor dialéctico.»

Pero ¿es posible lo que escuchan nuestros oídos? La belleza como único fin del arte y de la literatura es un pensamiento repetido una y otra vez en la obra de Menéndez Pelayo y no es necesario volver a recordar el credo artístico del muchacho que escribe la *Epístola a Horacio*. En las mismas *Ideas estéticas* se encuentra afirmado una y otra vez que el fin del arte es la producción de la belleza. Cierto que al escribir las páginas sobre Hegel (el idealismo hegeliano le había movido profundamente) y, en especial, sobre la *Estética de lo feo*, de Rosenkranz, Menéndez Pelayo debió de meditar y sentir conmovida su antigua fe estética. Allí escribe: «Puede decirse que antes del advenimiento del arte romántico apenas se había fijado la atención en la importancia que lo feo tiene en la estética y en la historia del arte.» Podemos añadir nosotros que, de modo parecido, tampoco Menéndez Pelayo se había dado antes cuenta de estos problemas. Para nosotros, estas declaraciones hacia la mitad de su carrera (antes de 1890) tienen enorme importancia. Don Marcelino había comenzado su vida literaria casi como si el romanticismo no hubiera existido. Al estudiar la estética del siglo XIX y el romanticismo, enormes perspectivas no sospechadas se le abren y su credo literario sufre una gran sacudida. Pocos años antes (en 1881), su pasión por Lope, «que da la naturaleza sin selección», nos parecía incomprensible, grave antinomia frente a la fe estética del crítico clasiquizante; ahora, los estudios sobre Lope y la poesía medieval española que desde 1890 se van a empezar y los de la novela que seguirán

luego están ya perfectamente concordes con la nueva declaración: el fin del arte no es la belleza; el fin del arte es lo característico, dirá él; la expresión, la emoción, diremos nosotros. Y es que quien vuelva los ojos al arte que hoy, en 1956, nos rodea, comprenderá que el romanticismo es la divisoria de las aguas de dos mundos y que nosotros pertenecemos al que entonces se inaugura. Menéndez Pelayo había comenzado su vida creyendo que la belleza era el fin último de la literatura, del arte, tal en Horacio. Y entonces le vemos frío, lejano y en contradicción consigo mismo, sencillamente porque esa fórmula no era ya vital para un hombre de la segunda mitad del siglo XIX. Cuando en esa declaración, hecha sin énfasis ni solemnidad especial, por primera vez admite toda la naturaleza, bella o fea, como capaz de expresión artística, por primera vez también le sentimos íntimo, cercano, humano, nuestro. Pero esa declaración —esa, en el fondo, total desautorización de su fe inicial— la hacía un joven que aún no había cumplido los treinta y cinco años. Y ahora nos resulta perfectamente natural que la crítica de aquel hombre, ya al unísono con su época y con su misma vida, se desparrame desde entonces en raudales cada vez más amplios, más generosos, más humanos.

Genio del estilo

Junto a este crecimiento o amplificación de su visión crítica, habría que estudiar el desarrollo de su modo de expresión: el estilo. También aquí Menéndez Pelayo entonó una de sus palinodias, ésta muy tardía (dos años antes de su muerte); en las «Advertencias preliminares» del primer tomo de la segunda edición de los *Heterodoxos* se lee: «Para mí, el mejor estilo es el que menos lo parece, y cada día pienso escribir con más sencillez; pero en mi juventud no dejé de pagar algún tributo a la prosa oratoria y enfática que entonces predominaba. Páginas hay en este libro que me hacen sonreír, y, sin embargo, las he dejado intactas, porque el libro tiene su fecha y yo distaba mucho de haber llegado a la manera literaria que hoy prefiero, aunque ya me encaminase a ella. Por eso es tan desigual la prosa de los *Heterodoxos* y *fluctúa* entre dos opuestos polos, la sequedad y la redundancia.» Hasta aquí el propio Menéndez Pelayo. Los *Heterodoxos* no entran ahora en mi tema; pero, si eso se ha de aplicar también a los libros de crítica literaria, me parece que en esta ocasión la palinodia es injusta. Para mí, Menén-

dez Pelayo fué un gran estilista desde muy pronto. Porque entiendo por estilista el hombre que logra conllevar rápida y directamente las intuiciones, las ideas y los sentimientos que desea a la mente del lector. Menéndez Pelayo, como crítico, ante una obra literaria, con un instinto prodigioso, sabía apoderarse (quizá entre cientos de páginas o versos) de lo más característico, de lo más intenso, y presentarlo al lector y ofrecerle las épocas, los hombres, los modos y modas literarias, los rasgos de una obra, de tal manera concentrados y potencializados que penetran en el cerebro y nunca se olvidan. ¡ Qué tormento el del crítico literario ! ¡ Manejar unos cuantos verbos y dos docenas de adjetivos para caracterizar los infinitos matices del cúmulo de imágenes, ideas y sentimientos que la obra literaria nos ofrece ! ¡ Qué hastío cuando el mismo adjetivo que hemos empleado cinco líneas antes se nos vuelve a presentar otra vez en la imaginación para la nueva frase y parece insustituíble ! Yo no recomendaría a nadie la carrera de crítico literario, que es como la empresa de aquel maravilloso niño que vió San Agustín en la playa : meter el mar en un agujero de la arena. De aquí uno de los motivos de mi admiración por don Marcelino : ¡ Qué estilo eficaz, capaz de concentración y de matiz ! ¡ Qué suavidad de mano ! Parece que su prosa se pliega sobre la misma materia que interpreta, y es como si reprodujera su relieve y la masa y los entresijos de su profundidad.

MENÉNDEZ PELAYO, CREADOR DE NUESTRA HISTORIA LITERARIA

Antes de Menéndez Pelayo, la crítica literaria entre nosotros era un caos. Los mejores libros que total o parcialmente versaban sobre materia literaria española eran extranjeros. Bouterweck, Sismondi, Ticknor. Entre nosotros hubo el esfuerzo generoso de Amador de los Ríos (del injustamente olvidado Amador de los Ríos, de quien habría que hablar, y mucho). Pero Amador, valiente en demasía, lo tomó también de muy lejos y no pudo pasar de la Edad Media. Y ¡ cuánto error en que incurrió estaba ya disipado en la época de Menéndez Pelayo ! No había historia de la literatura, y de un golpe, generosamente, gallardamente, genialmente, con erudición asombrosa, aunque con las mermas, menoscabos, indentaciones, que una labor ciclópea ha de tener si va sobre hombros humanos. Menéndez Pelayo creó, sencillamente creó, la historia de nuestra literatura : pobló un espacio

inmenso de la cultura española antes casi desierto. Y nos dejó en su obra un también inmenso tesoro, un modelo intocable y perenne...

Seamos verdaderos discípulos de Menéndez Pelayo

Y dejó un tajo abierto para el que quiera trabajar. A la juventud llama esta vida de un genial obrero de nuestra cultura, a la juventud generosa que quiera engrandecer a España por el único procedimiento que hay para engrandecerla: por el trabajo. No es un buen discípulo de Menéndez Pelayo el que la adora como un ídolo y se tiende a la bartola bajo su estatua. Sí el que con sus fuerzas, grandes o pequeñas, se lance al trabajo.

Permitidme que termine con una confesión personal: muchas veces me siento abrumado por la mole de la obra de don Marcelino. Cuando me represento su grandeza siento a algunas horas desánimo. ¿Merece la pena nuestro esfuerzo, hormiguitas que arrastramos nuestro grano de arena, junto a la obra de la inmensa catedral que levantó un solo hombre?

Pero no; ésta es una idea pesimista e inmoral. Dios nos ha puesto ahí al lado de ese portento, la obra de don Marcelino Menéndez Pelayo, para que tengamos a la mano un modelo que imitar y, a la par, un refreno de la soberbia (el gran pecado de los intelectuales). Modestos e incesantemente atareados continuemos así su obra. Seamos así, verdaderamente, discípulos de don Marcelino.

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

Por RAMON CEÑAL, S. J.

PRETENDEN estas páginas, más que hacer un inventario de las doctrinas y trabajos filosóficos de Menéndez y Pelayo, recordar algunos aspectos de su obra, que juzgamos de mayor interés y de más saludable eficacia para el quehacer filosófico entre nosotros, en nuestros días. Tres son los puntos principales cuya consideración y examen pueden servir más a nuestro propósito: la actitud de Menéndez y Pelayo ante la escolástica pretérita y presente, el sentido histórico que domina toda su obra y, finalmente, el gran afán en que se centraron todos sus afanes, esto es, la historia de la filosofía española. La enumeración de estos tres puntos, todos ellos referentes a la labor histórica y crítica del maestro, no quiere de ninguna manera dar a entender que sus propias doctrinas, su mismo ideario filosófico, carecen de valor e interés para nuestro tiempo. Contra lo que muchos sostienen, pensamos que hay en Menéndez y Pelayo una filosofía suya, propia, muy digna de consideración y estudio: que en ella se contienen valiosos elementos, que pueden significar, al menos como conato y esfuerzo, una incitación provechosa y fecunda para nuestra filosofía actual. No se puede negar que alienta siempre en él, desde el primer momento, un ímpetu ejemplarmente generoso, de propia indagación, de pensar por sí mismo, por propia cuenta, de llegar así, cuanto sea posible, a una verdad siempre nueva y más completa. Su formación primera bajo el magisterio de Milá y de Llorens, en Barcelona, en aquella escuela histórica que él recordará siempre con gratitud y devoción, le inicia en un sano criticismo, en ese recto y legítimo sentido de la actitud escéptica, en esa concepción del filosofar que él mantuvo siempre: esto es, como aspiración

nunca satisfecha, siempre ávida de nuevas claridades, siempre abierta a ignotos horizontes. Si los azares de su vida literaria, tal vez las amarguras producidas por la incomprensión de amigos y enemigos, hicieron que Menéndez y Pelayo dejara incompleta su obra filosófica, creemos que con ello se frustró una de las empresas más prometedoras de la filosofía española de nuestro tiempo. Y, por supuesto, aunque incompleto, con todos sus defectos y fallidos resultados, el pensamiento filosófico de Menéndez y Pelayo no hay duda que sobresale de modo eminente y merece puesto de honor en la historia de nuestra filosofía decimonónica. Dispénsesenos de la justificación más prolija de nuestro aserto, que no quisiéramos, ciertamente, que pudiera sonar a empalagoso ditirambo jubilar. El propósito, ya expresado, de este artículo nos obliga a la inmediata exposición de los puntos de consideración y examen arriba mencionados [1].

La actitud de Menéndez y Pelayo ante la escolástica —la de su tiempo y la anterior, desde Santo Tomás— es conveniente y saludable recordarla con fidelidad, sin mutilaciones ni timideces. Porque hay en esa actitud valores de ejemplaridad que pueden hoy también ejercer entre nosotros toda su eficacia. Y en este punto importa advertir que la lección de Menéndez y Pelayo no queda destituída de su principal virtualidad por los defectos y aun errores implicados en su estimación de la filosofía del doctor Angélico y de sus discípulos.

---

[1] Sobre el pensamiento filosófico de Menéndez y Pelayo, cfr.: A. Rubió: *Algunas indicaciones sobre los educadores y las ideas filosóficas de Menéndez y Pelayo.* («Revista de Arch., Bibliot. y Mus.», 14 [1912], 22-59). A. Bonilla: *La filosofía de Menéndez y Pelayo* (ibídem, 60-85). A. Vázquez de Mella: *Discurso en honor de Menéndez y Pelayo.* 9-6-1912 (*Obras,* XVIII, págs. 92 y sigs.). M. Solana: *Apostillas de Menéndez y Pelayo a los «Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás»,* por Zeferino González («Boletín Bibl. M. y P., 9 [1927], 103-114, 228-242, 306-321; 10 [1928], 34-57, 116-131, 251-266, 364-374; 11 [1929], 40-50, 147-164). E. d'Ors: *Sobre el pensamiento de Menéndez y Pelayo* («Bol. Bibl. M. y P.», 12 [1930], 213-228, reproducido con el título *La filosofía de Menéndez y Pelayo,* en «Almanaque de los Amigos de Menéndez y Pelayo», Madrid, 1932, págs. 15-32). P. Laín Entralgo: *Menéndez y Pelayo, historia de sus problemas intelectuales* (Madrid, 1944). J. Iriarte: *Menéndez y Pelayo y la filosofía española* (Madrid, 1947). S. de Bonis: *Posición filosófica de Menéndez y Pelayo* (Barcelona, 1953).

Las citas de las obras de Menéndez y Pelayo remiten, salvo advertencia en contrario, a la Edición Nacional (Madrid, C.S.I.C., 1940...), con las siguientes siglas: CE: *La ciencia española*; ECF: *Ensayos de crítica filosófica*; Id. Est.: *Historia de las ideas estéticas*; Het.: *Historia de los heterodoxos españoles*; ED: *Ensayos y discursos de crítica histórica y literaria.*

Cierto es que él no supo apreciar en todo su valor y grandeza el pensamiento de Santo Tomás y de su escuela. Aunque reconoce, y no podía ser de otra manera, toda la potencia y riqueza de aquella obra, Menéndez y Pelayo no llegó a descubrir todas las posibilidades de actualización que ese pensamiento ofrecía y precisamente para dar la mejor respuesta a los nuevos problemas planteados por la filosofía de su tiempo. Pero en esta limitación y defecto de visión del valor perenne y siempre nuevo del pensamiento tomista sería injusto echar toda la culpa al apasionamiento o a la deficiente información de nuestro autor. Menéndez y Pelayo no hubiera negado su admiración entusiasta y fervorosa a un Santo Tomás plenamente actualizado y vivo, redescubierto en toda aquella su virtualidad y eficacia para responder a la nueva problemática de su época. Pero esto es lo que la escolástica de su propio tiempo todavía no podía ofrecerle [2]. Verdad es que una renovación generosa y pujante se iniciaba en aquel mismo momento. Y aquí, en España, comenzaba a tener también la restauración escolástico-tomista poderosos promotores [3]. Sin embargo, para muchos el signo de esta restauración no era sino el de la inoperante y anacrónica vuelta a las puras fórmulas tomistas, como si con ella estuviera satisfecha la vocación histórica de la filosofía cristiana para todos los tiempos. Y es contra este estrecho y mezquino sentido de esa vocación contra el que Menéndez y Pelayo insurge ya en su mocedad con todo el ímpetu y nobleza de su genio precoz. Su actitud ante el

[2] Sobre la coincidencia del período de formación del ideario filosófico de Menéndez y Pelayo con la fase inicial de la restauración escolástica y las consecuencias de este hecho hace d'Ors (l. c., págs. 220-1) acertadas reflexiones.

[3] Sobre la restauración de la escolástica en España, en el siglo XIX, cfr. Het., VI, 413. Entre nuestros escolásticos de aquel tiempo destaca, sobre todo, Zeferino González, O. P. De él hace cumplido elogio R. Martínez Vigil, O. P., en carta a Menéndez y Pelayo, 14-2-1877 (cfr. «Bol. Bibl. M. y P.». 28 [1952], págs. 10-11). Menéndez y Pelayo leyó con atención la obra principal de Z. G. *Estudios sobre la filosofía de Santo Tomás* (Manila, 1864), como lo prueban las *Apostillas* publicadas por Solana (l. c.), aunque no siempre nuestro autor está muy afortunado en sus comentarios de la obra de Z. G.: «es la mejor de las exposiciones modernas de la filosofía escolástica que yo he leído. Es menos amplia que las de Kleutgen y Sanseverino, pero interpreta el sentido de la escuela mejor que el primero, y es menos intransigente que el segundo, a quien el mismo Padre Zeferino en otra obra suya llama *nimis scholasticum*. En erudición filosófica uno y otro le vencían, pero por lo que yo puedo juzgar, y en vista de lo que oí al Padre Zeferino y de lo que he leído en sus libros, mi opinión es que tenía talento metafísico superior al de todos los otros neoescolásticos» (Solana, l. c., 11 [1929], 164). De cómo fué estimado en su tiempo Z. G. testimonio significativo es este de Manuel de la Revilla: «Un insigne pensador, émulo de Balmes, dió nueva vida al escolasticismo, sustituyendo con vigorosas enseñanzas y levantadas polémicas la gárrula gritería de los ultramontanos de segunda fila que en España pululan» («Revista de España», 47 [1875], 145).

tomismo no debe ser juzgada atendiendo a aquellos posibles errores de estimación o de interpretación. Su actitud debe ser, ante todo, valorada por aquella su principal significación: esto es, por cuanto en ella hay de noble afán por una más vigorosa restauración escolástica, más adecuada al propio tiempo, más eficazmente resolutoria de los nuevos problemas de la época. Y en este aspecto, que es, sin duda, el que responde más adecuadamente a la intención de Menéndez y Pelayo, es menester fijar la atención para poder estimar exactamente cuanto él ha dejado escrito respecto de la escolástica y, más en particular, del tomismo.

Menéndez y Pelayo sabe apreciar en todo su valor la obra de la escolástica y sin limitaciones la encomia, cuando en ella encuentra un pensamiento vivo y original, cuando en ella descubre un espíritu libre de estrecheces y fanatismos de escuela. En esta libertad e independencia radica, según él, el secreto de la potencia y fecundidad de la escolástica española del Siglo de Oro. De Vitoria recibió Melchor Cano esta noble consigna: «No recibir sin elección y examen todas las palabras de Santo Tomás»; y el mismo Cano se atreve a afirmar que Vitoria «obtuvo mayor alabanza a veces disintiendo que consintiendo» con las sentencias del Santo [4]. Con este espíritu nació en España la nueva escolástica: «A España casi sola se debió la iniciativa de aquel generoso movimiento... De España salieron asimismo los campeones de la nueva escolástica, que, aun conservando el nombre y muchas cosas de la antigua, no podía negar la fecha en que venía al mundo, y bien lo manifestaba en la independencia y desembarazo de sus procedimientos. Las glorias de esta escuela están escritas con caracteres indelebles en todas las ramas de la ciencia» [5]. Y en la pérdida de esta legítima libertad e independencia se ha de buscar por lo mismo la raíz más honda de la decadencia de la misma escolástica. Esa decadencia consistía, escribe Menéndez y Pelayo, «en la petrificación, en la repetición de la fórmula impuesta: consistía en que la escolástica, después de haber llegado a la cumbre en la *Summa Theologica*, se había dormido sobre sus laureles y vivía de su propia sustancia, infiel al principio de indagación racional, al cual debía su fuerza, y rémora ya para todo legítimo adelanto... No estaba el defecto de la escolástica en lo que enseñaba mal, sino en lo que dejaba de enseñar, no en sus propias doctrinas, sino en poner

---

[4] Cfr. ECF, 80; Id. Est., II, 119.
[5] Id. Est., II, 120.

cotos al pensamiento para que nunca sospechase que podía ir más allá; no en llevar al error, sino en matar el germen de la curiosidad y con él muchos errores y muchas verdades. No concebían estos escolásticos degenerados la ciencia como labor que debe empeñar individualmente las fuerzas de cada hombre en mejorarla y rectificarla cada día, gozándose tanto, por lo menos, en el ejercicio racional por sí como en el resultado de la investigación, sino que la miraba como algo definitivo y perfecto, como un campo cerrado... Y mientras se tapiaba así la escuela... experimentaba el mundo la crisis más decisiva» [6].

Estas palabras, que inmediatamente se refieren a la escolástica decadente de la baja Edad Media, tienen, sin duda, en la mente de Menéndez y Pelayo perfecta y adecuada aplicación a la decadencia que se produce en el siglo XVII, cuando la escolástica española vivió también tapiada, nutriéndose de su propia sustancia, ignorante de la gran crisis que en sus mismos días surge con el nacimiento del racionalismo cartesiano y de la nueva física. Menéndez y Pelayo ve con temor que ante la crisis de su tiempo la escolástica pueda seguir ese mismo camino de esterilidad y decadencia. En su polémica con el dominico P. Fonseca, más que otra cosa se ha de ver este temor ante un escolasticismo tapiado, sin ventanas bien abiertas a los nuevos horizontes de la ciencia y de la filosofía de la época.

Menéndez y Pelayo, es innegable, no puede avenirse a una profesión de tomismo que signifique la sumisión incondicional a un único doctor y a una única escuela: «Maltrata las glorias de la filosofía cristiana el que, por encumbrar a un solo doctor, inmola sin piedad en sus aras a todos los restantes, queriendo establecer hoy mucha más dura tiranía intelectual que en aquellos tiempos de luz y de vida para la escolástica en que resplandecían los Toledo, los Vázquez, los Suárez, los Rodrigo de Arriaga» [7]. Y Menéndez y Pelayo piensa que «con esta independencia suya en lo opinable es, en el fondo, mucho más fiel al espíritu de la escolástica que el P. Fonseca y los que con él piensan, y asimismo mucho más español que ellos; porque precisamente la escolástica debe su grandeza no a la repetición mecánica y servil de una doctrina y de un texto, sino al espíritu de libre indagación, bajo el magisterio de la fe, que la caracterizó siempre; y a ese mismo espíritu independiente y expansivo debió España tener filoso-

---

[6] Id. Est., II, 118.
[7] CE, II, 245.

fía, cuando la tuvo; y, al revés, apenas huyeron de la escolástica y huyeron de la ciencia española ese espíritu razonador y progresivo, una y otra se secaron y murieron hasta llegar al mísero estado en que hoy la vemos» [8]. Por lo mismo, Menéndez y Pelayo propugna una restauración de la filosofía cristiana, escolástica, que signifique generosa abertura a todas las escuelas del pensamiento católico. Porque la decadencia mal podría remediarse «con la facilísima panacea de un libro o de un sistema que por modo *eminencial* me lo dé resuelto todo y me excuse el trabajo de pensar y de investigar por mi cuenta»; tal remedio restaurador sólo podría servir «para perpetuar en España el estado de desidia intelectual y de agitación estéril en que vivimos» [9].

Juzgo innecesario insistir en esa principal intención de Menéndez y Pelayo en su polémica con la escolástica tomista de su tiempo. Lo que hay en ella de ejemplo vivo y eficaz, también para nuestros días, está, sin duda, en esa valiente decisión de combatir todo adocenamiento y mimetismo, en esa infatigable defensa de la legítima libertad del espíritu y, por lo mismo, de sus fueros de capacidad creadora. No pretendemos con ello disimular los errores, ya reconocidos, de perspectiva y de interpretación que Menéndez y Pelayo cometió en su valoración del escolasticismo, y más, de la significación privilegiada que dentro de él posee el tomismo. Su espíritu humanista y esteta le impidió ver, ya desde los primeros pasos de su carrera literaria, esa preeminencia del pensamiento tomista. Su simpatía por el Renacimiento desvió desde el principio su estudio hacia las formas del pensar extraescolástico. Y en la imposibilidad de abarcarlo todo en un estudio profundo y exhaustivo, menester es reconocer que Menéndez y Pelayo no llegó nunca a dominar plenamente la más rica sustancia de la tradición escolástico-tomista. Sus juicios sobre la misma obra de Santo Tomás denotan claramente estas deficiencias. Su repetida censura del verbalismo escolástico autoriza a pensar que su conocimiento de la misma escolástica en ciertos problemas más fundamen-

---

[8] CE, II, 245. Entre las causas de la decadencia de nuestra escolástica, Menéndez y Pelayo enumera «la rigidez y tiranía de las escuelas...» (CE, I, 37), «la intolerancia, pero no de la Inquisición tan sólo, sino más bien de las escuelas...» (ibídem, 122). Nota, por otra parte, Menéndez y Pelayo que la autoridad y el yugo de las escuelas son impotentes para matar toda libertad del espíritu: cfr. CE, II, 116; ECF, 23.

[9] CE, II, 248. Refiriéndose al artículo de Pidal, escribe Menéndez y Pelayo a Pereda el 25-4-1877: «No acabo de comprender ese exclusivismo *tomista*. Creo que el Cristianismo es bastante amplio para que dentro de él estemos holgadamente todos» («Bol. Bibl. M. y P.», Epistolario Pereda-M. y P., pág. 230).

tales se quedó reducido a esa corteza verbal de las fórmulas, sin llegar a la hondura más rica y fecunda que en esas fórmulas se encerraba [10]. Del mismo escolasticismo español del Siglo de Oro, que ensalza con tanto entusiasmo, Menéndez y Pelayo tiene una visión muy parcial y limitada. De los grandes temas de esa escolástica, de su gran metafísica, muy ligera y pasajeramente nos da noticias. Significativo es, sin duda, y grave error aquel de empeñarse en convertir a Melchor Cano en discípulo de Vives [11]. Y no menos grave el de volcar todos sus afanes de investigación y estudio en Vives y otros autores del Renacimiento y dejar así en un plano de inmerecida inferioridad aquella gran escolástica, que es, sin duda, la mayor gloria de la filosofía renacentista española.

Todo esto no significa nada más que en este punto, como en tantos otros, Menéndez y Pelayo puede ser y debe ser revisado, sin temor ninguno a menoscabar con ello su fama y su grandeza. Él mismo nos amonesta a este proceder: él, que con tanta insistencia y severidad censura la repetición y el mimetismo; muy malos discípulos suyos seríamos si, con profesión servil de menéndezpelayismo, sostuviéramos que su obra merece incondicional acatamiento, que nada hay en ella que exija rectificaciones rigurosas o pida fundamentales complementos. Y es, sin duda, en esta parte, en todo lo que se refiera al tomismo y más en particular a la escolástica española de su período áureo, donde la obra de Menéndez y Pelayo reclama más severas rectificaciones y deja más anchos caminos a la investigación y al estudio. De esto se dirán más adelante algunas palabras. Pero, a pesar de todas ésas limitaciones y defectos, la lección de Menéndez y Pelayo, repetimos, mantiene en el punto de que tratamos, su sentido de la restauración escolástica, todo su vigor y eficacia.

---

[10] Cfr. ED, V, 134; ECF, 212, nota. Comentando la distinción que Z. González establece entre el ente como nombre y como participio, Menéndez y Pelayo escribe: «La ontología escolástica (que, por lo demás, es un prodigio de ingenio y agudeza) degenera muchas veces en verbalismo, lo cual se manifiesta hasta en el abuso de los términos del análisis gramatical. Tránsito de la Gramática a la Metafísica» (Solana, l. c., 9 [1927], 320). La acusación de verbalismo contra la metafísica clásica tiene máxima actualidad en nuestros días: cfr. P. Filiasi Carcano, *Problematica della Filosofia Odierna* (Roma-Milano, 1953), págs. 52 y sigs.

[11] Cfr. CE, II, 114-115. En las *Apostillas* a Z. González, Menéndez y Pelayo expresa el mismo juicio acerca de M. Cano (cfr. Solana, l. c., 9 [1927], págs. 106 y siguientes). En Id. Est., II, 116, escribe: «Melchor Cano, que pasa por escolástico, y lo es ciertamente en el pensamiento, pero no en la forma.» Bueno es recordar la confesión que Menéndez y Pelayo hace en las primeras páginas de *La Ciencia española*: «... del campo escolástico, que conozco mal...» (I, 33); en la tercera edición (1887), en nota se advierte: «Después he procurado conocerla algo mejor» (ibídem).

Y no menor interés tiene cuanto, a propósito de este mismo tema —la restauración escolástica—, Menéndez y Pelayo nos dice acerca de las exigencias de plena modernidad que le son impuestas al pensamiento cristiano en todo tiempo. Pero este punto, para su mejor comprensión, exige a su vez el recuerdo del pensamiento de Menéndez y Pelayo en torno a la historicidad de la filosofía.

El sentido histórico del pensar filosófico fué la primera y más fecunda lección recibida por Menéndez y Pelayo en los años primeros de su formación universitaria. Francisco Llorens y Barba fué entonces, en Barcelona, el ejemplar maestro que inculcó a Menéndez y Pelayo ese sentido histórico que había de ser después nota dominante de toda su obra literaria [12]. Llorens, en 1854, había expuesto en líneas muy precisas su concepción de la historicidad de la filosofía y de su condicionamiento al particular desarrollo del espíritu o genio nacional de cada pueblo [13]. De estas ideas de Llorens es patente la huella en el pensamiento de Menéndez y Pelayo. La condición histórica de todo auténtico filosofar es, para él, dogma indiscutible. La dependencia de toda doctrina respecto de unos antecedentes qe nunca pueden faltar, la dialéctica consecución de su desarrollo ulterior, muestran y confirman; según él, claramente esa misma condición histórica, esa historicidad congénita de toda filosofía. «*Prole sin madre* no ha existido jamás en ninguna ciencia, y menos que en otras ha podido existir en filosofía, donde todo pensamiento nace de otro como desarrollo o como antítesis, y donde un pequeño número de tesis, tan antiguas como la filosofía misma, idénticas en nuestras aulas a las que ya se discutían en las escuelas del Indostán y en los pórticos de Grecia, ejercitan y ejercitarán continuamente la actividad humana... No hay historia que presente en su desenvolvimiento tan conciliadas la unidad y la variedad como la historia de la filosofía, ni hay otra donde pueda seguirse más claramente la genealogía de las ideas y de los hechos, que jamás aparecen como fortuitos y vagos, sino como enlazados por ley superior y sujetos a cierto ritmo dialéctico. Y esto no tan sólo porque la historia de la filosofía haya sido comúnmente escrita por filósofos hegelianos o pensadores armónicos que hayan querido

[12] Sobre el influjo de Llorens, cfr. A. Rubió, l. c. De Llorens hace Menéndez y Pelayo mención y elogio en ECF, 212, 354-55.

[13] Cfr F. J. Llorens y Barba, *Lecciones de filosofía*, t. III (Barcelona, 1920), páginas 441-457, en las que se reproduce su discurso inaugural de 1854.

introducir en ella un orden artificial que quizá no responde a la realidad de las cosas, sino porque así como el sujeto de la historia universal puede ser considerado, según aquella profunda concepción que por vez primera explanó nuestro Orosio, como un solo hombre, así el sujeto de la historia de la filosofía puede ser considerado en rigor como un solo hombre que filosofa, a través de muchedumbre de siglos, conforme a ciertas leyes dialécticas que se cumplen lo mismo en el individuo que en la especie» [14].

Sin embargo, este historicismo, como nota Laín [15], amenaza destruir la misma posibilidad de esa historicidad de la filosofía que se quiere salvar: esto es, lo que es de ella su constitutivo más esencial, que es su capacidad perenne de novedad y de progreso. Menéndez y Pelayo, sobre todo en su primera época, encuadró la historia de la filosofía en esquemas demasiado rígidos, que, a pesar de su misma intención de salvar la historicidad de las filosofías y con ellas su posible novedad para cada tiempo, convertían, sin embargo, su historia en un sempiterno retorno de unos mismos e idénticos temas y problemas. A esta estrecha concepción de esa historia, que no quiere ser hegeliana y, sin embargo, a Hegel sabe demasiado, responde el continuo empeño por reducir toda la dialéctica del pensar en su curso histórico a la polaridad de platonismo y aristotelismo, sin más posible juego que el de la oposición o el armonismo de esos dos sistemas [16]; y a esa misma idea responde también la gran predilección que Menéndez y Pelayo siente por todo estudio que signifique la búsqueda de precursores y antecedentes de las doctrinas y problemas del pensamiento moderno [17].

Menéndez y Pelayo no llega nunca a liberarse totalmente de esa cuasi-hegeliana concepción de la historia de la filosofía. Pero quien como él vivía la profunda convicción de la capacidad siempre creadora del espíritu humano no podía estar ciego a las posibilidades de novedad y creación que a todo auténtico filósofo, en todo tiempo, le son dadas. Menéndez y Pelayo nos hace una primera concesión en este sentido: si, en cuanto a la materia de su mismo pensar, la actividad humana no inventa nunca, sin embargo «en filosofía inventa

---

[14] ECF, 144.

[15] Cfr. Laín, o. c., págs. 134 y sigs.

[16] Cfr. CE, I. 35, 373; II, 54; ECF, 48, 112.

[17] Este fué el tema de sus discursos académicos: «De las vicisitudes de la filosofía platónica en España» (ECF, págs. 7 y sigs.) y «De los orígenes del criticismo y del escepticismo, especialmente de los precursores españoles de Kant» (ibídem. págs. 117 y sigs.)

siempre por lo tocante a la *forma* del pensar» [18]. Ya es algo: al menos, como construcción y como síntesis, «cada nuevo sistema es un organismo nuevo» [19]. Pero ¿no será posible que una nueva forma, una nueva *anima* del pensar, al organizar con nueva vida aquella materia eterna del pensamiento, descubra materiales igualmente nuevos, esto es, haga crecer esa misma materia, la enriquezca con nuevas verdades hasta entonces completamente inéditas?

La posibilidad de este progreso en orden a un mayor enriquecimiento del filosofar a través de la historia tiene que reconocerla, repetimos, quien, como Menéndez y Pelayo, afirma que la verdad total no se da nunca, que la filosofía es siempre aspiración a una síntesis nueva de las verdades ya logradas, aspiración por lo mismo descubridora de una nueva verdad, más cercana y tangente de aquella verdad total inasequible para el hombre [20]. Porque es esa condición de toda ciencia humana: «Donde hay un organismo de verdades y un entendimiento que le comprenda, queda siempre la posibilidad de una comprensión más alta... Ciencia absoluta, ciencia eterna, ciencia inmutable, ciencia única, sólo en la mente de Dios existe, y fuera vano empeño buscarla en esta pobre sabiduría humana, que si algo tiene de grande no es tanto lo que posee cuanto el estímulo creciente de perfección que Dios puso en sus entrañas. Mientras prosigan naciendo seres racionales nadie podrá decir que la virtualidad o potencia metafísica está agotada»; y no puede estar agotada nunca la potencia creadora del humano espíritu, «porque la infinita bondad de Dios, que hizo al hombre capaz de todo lo inteligible, no puede consentir que caiga sobre su espíritu la sombra de la inacción, todavía más pesada que la de la muerte» [21].

Volvamos al tema de la restauración escolástica. Quien piensa, como Menéndez y Pelayo, que toda ciencia humana tiene historia, y «quien dice historia, dice algo relativo, transitorio y mudable» [22], quien vive como él la convicción de que el espíritu del hombre tiene que tender siempre al progresivo enriquecimiento de sus propias verdades, ha de rechazar enérgicamente toda actitud que signifique petrificación del pensamiento o negación de su fuerza expansiva hacia nuevos horizontes de verdad Con ello dicho se está que Menéndez

---

[18] ECF, 144; cfr. ibídem, pág. 108; CE, II, 370.
[19] Ibídem, 111
[20] Cfr. CE, I, 307.
[21] ECF, 294.
[22] Ibídem.

y Pelayo no puede aceptar un filosofar cristiano retrasado, sin conciencia de esa marcha incesante del humano pensar. Nuestro autor propugna, ciertamente, un escolasticismo actualizado, enriquecido con todas las avenidas de las aguas que puedan de alguna manera alimentar con vida nueva la tradición recibida. Mas para esto es necesario poseer ese sentido histórico que da conciencia de las limitaciones de la propia verdad y abre generosamente el espíritu a la aceptación de toda posible verdad nueva, venga de donde viniere.

De esta gran amplitud de espíritu nos da Menéndez y Pelayo ejemplares lecciones. Abierto él estuvo, sin estrechuras ni timideces, a todos los horizontes de la filosofía de su tiempo. Su espíritu sólidamente cristiano, su respeto innegable a la tradición de las escuelas católicas, no le impiden admirar todo esfuerzo legítimo de la razón, sea cual fuere su origen, y mucho menos abrazar sus conquistas, nutrirse de sus frutos [23]. Nada más extraño al espíritu de Menéndez y Pelayo, como ya hemos visto, que ese estrecho sentir de quienes piensan que la verdad toda es patrimonio de un determinado siglo, o de un único doctor, o de una sola escuela. Tales dogmatismos se quiebran ante la lección de la historia [24]. De cómo él trató de asimilarse todo buen fruto de la filosofía de su tiempo nos ha dejado en sus obras testimonios elocuentes. En sus discursos académicos, en la *Historia de las ideas estéticas*, Menéndez y Pelayo no disimula su admiración por cuanto hay de aceptable en el criticismo de Kant y, mucho más, por la genial grandeza de la obra de Hegel. Un escolasticismo ignorante de estos grandes sucesos de la época le tenía que parecer a Menéndez y Pelayo un filosofar mezquino, muy por debajo de la misión histórica del pensamiento cristiano [25].

Es éste un punto que bien merecería ser más ampliamente tratado. La actitud de Menéndez y Pelayo ante el pensamiento no cristiano creemos que en nuestros días debe ser recordada y bien aprovechada por todos los que lealmente aspiran a un mayor esplendor

---

[23] A esta fe en la razón corresponde en Menéndez y Pelayo su profunda aversión al tradicionalismo filosófico: cfr. CE, II, 104, 265; ECF, 138, 287, 306; Id. Est., I, 145: «Advertencia preliminar» a F. J. Caminero, *El libro de Job* (edic. de S. Diego, S. J., Santander, 1923), pág. 22.

[24] Cfr. ECF, 111.

[25] Cfr. CE, II, 116, 249; ECF, 108, 139, 297; Id. Est., págs. 40 y sigs., 235 y siguientes. La evolución de Menéndez y Pelayo, desde la actitud casticista de los primeros años a la postura europea posterior, ha sido finamente analizada por Laín (o. c.); de la europeización de Menéndez y Pelayo habla ya Unamuno, *En torno al casticismo, la tradición eterna* («La España Moderna», febrero 1895, pág. 25).

de la ciencia cristiana. Cierto es que Menéndez y Pelayo no pertenece al número de los espíritus blandos, sin firmeza ninguna. Verdad es que su mente propende al armonismo, al eclecticismo; pero esto de ninguna manera autoriza para calificarle de espíritu componedor, sin rigidez intelectual. Ni puede ser tenido por un tolerante y transigente capaz de convivir y avenirse con todos. En su adorado maestro, Gumersindo Laverde, si alguna tacha encuentra es la de «su excesiva tolerancia» [26]. Y ahí está *La Ciencia española*, que, ciertamente, en muchas de sus páginas no es un modelo de blandura y comprensión. Menéndez y Pelayo escribe que «ley forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia; impónese la verdad con fuerza apodíctica a la inteligencia, y todo el que posee o cree poseer la verdad trata de derramarla, de imponerla a los demás hombres y de apartar las tinieblas del error que los ofuscan... La llamada tolerancia es virtud fácil; digámoslo más claro: es enfermedad de épocas de escepticismo o de fe nula. El que nada cree, ni espera en nada, ni se afana y acongoja por la salvación de las almas, fácilmente puede ser tolerante; pero tal mansedumbre de carácter no depende sino de una debilidad o eunuquismo de entendimiento» [27].

Pero esta intolerancia legítima, de una fe firme y de una verdad poseída indiscutible, no significa para Menéndez y Pelayo incomprensión de actitudes ajenas a la propia y, mucho menos, la profesión de un exclusivismo y monopolio en la posesión de la verdad. Su actitud ante el pensamiento pagano es bien conocida: su *paganismo* literario y científico, tan mal comprendido por muchos, no era sino la consecuencia de su fe inconmovible en la universal potencia de la razón natural del espíritu de todo hombre, sea cual sea su profesión religiosa, para alcanzar verdad, bien y belleza puros, auténticos, de perenne valor [28]. Para quienes piensan de otra manera, para los que se creen con derecho a despreciar todo pensamiento de los que no profesan su misma fe, para los que presumen de no necesitar para nada del magisterio y enseñanza de los extraños a la propia religión, Menéndez y Pelayo ha escrito palabras que bien merecen recordarse y meditarse siempre: «El celo intemperante es siempre mal consejero. Dios hace salir el sol de la ciencia y del arte, sobre moros, judíos, gentiles o cristianos, según place a sus inescrutables designios;

---

[26] CE, II, 68.
[27] Het., IV, 410.
[28] Cfr. CE, II, 105. 108: aquí hace suyo el lema de Letamendi: «La Grecia en gracia de Dios»; ECF, 16. Cfr. Laín, o. c., págs. 139 y sigs.

y no es indicio de piedad, sino de orgullo farisáico, pretender para los cristianos, por el mero título de tales, la posesión exclusiva de aquellos dones del orden natural que no son incompatibles con el error teológico, ni aun con la voluntaria ceguedad del espíritu degenerado que se empeña en arrancar de sí propio la noción de lo divino. Nunca he podido comprender a los extraños apologistas que, con negar toda clase de ciencia e ingenio a los adversarios de la fe, creen haber obtenido sobre ellos la más cumplida victoria. Válgales, no obstante, su buena intención, y en defecto de otro elogio, no les ha de faltar aquel, por cierto notable, que el burguense don Pablo de Santa María hizo del famoso arcediano de Écija Hernán Martínez, que con sus sermones amotinaba al pueblo de Sevilla contra los judíos: *in litteratura simplex, sed laudabilis vitae*. Y no hay duda que la vida laudable vale más que la buena literatura» [29].

Bien claro es que la vida laudable no basta para quien en el terreno de la ciencia pura y rigurosa pretende hacer una eficaz misión apologética. Es menester sobre todo estudio amplio y generoso de la propia verdad que se defiende, con plena conciencia de sus posibles limitaciones, y un conocimiento leal y comprensivo del pensamiento ajeno, abierto antes que nada al espíritu de verdad que en él pueda alentar. Por esto Menéndez y Pelayo censura también acremente a los neoescolásticos de su tiempo tan proclives a «lanzar atropellados anatemas sobre todo lo que a sus ojos lleva el *signum bestiae* del espíritu moderno» [30]. Menéndez y Pelayo no puede sufrir ningún espíritu sectario y estrecho, ese malsano afán tan frecuente entre ciertas gentes, siempre ávidas de encontrar posibles errores ajenos, para su excomunión y su censura. Menéndez y Pelayo entiende la crítica de muy distinta manera: «Yo de mí sé decir que, siguiendo el consejo y el ejemplo del gran Leibniz, en todo libro que cae en mis manos busco primeramente lo que pueda serme útil y no lo que puedo reprender» [31]. Y nótese que esta norma de comprensión generosa del buen sentir del prójimo no significa transigente cobardía para denunciar lo dañoso o erróneo que en los escritos ajenos pueda contenerse; a continuación del pasaje citado Menéndez y Pelayo advierte: «El fin de la común enseñanza que me obliga a to-

---

[29] ED, I, 217. El caso contrario, la unión de una fe cristiana verdadera y una filosofía inadmisible, también es posible, naturalmente, para Menéndez y Pelayo; cfr. ECF, 192; Het., VI, 354.

[30] ECF, 209.

[31] CE, II, 406; cfr. ED, 323.

mar la pluma de crítico, también me obligará a reprobar, aunque con toda caridad y modestia, que yo pueda y sepa hacerlo, lo que encuentre malo o dañoso, sobre todo cuando venga escudado por el prestigio de un nombre ilustre que pueda acrecentar el daño. Pero nunca recaerá mi censura sino en lo meramente científico, dejando a salvo todo género de intenciones, y sin traspasar para nada, ni siquiera con alusión indiscreta, que muchos creen lícita o indiferente, el campo inviolable de la personalidad ajena».

Con este espíritu de comprensión y respeto quiere Menéndez y Pelayo que se haga la historia de la filosofía. Comprensión que no significa la aceptación de toda idea ajena: «no es preciso identificarse con las ideas de un filósofo para comprender su genio ni la razón de su influencia» [32]. Pero sí exige una serena y noble tolerancia, la que Menéndez y Pelayo alaba en su discípulo Bonilla: «una noble y serena tolerancia que le impide deformar el pensamiento ajeno al revés de tantos pretensos historiadores de la filosofía incapaces de entrar, ni siquiera como huéspedes de un día, en el edificio de un sistema que no sea el suyo. Para comprender el alma de un pensar es necesario pensar con él, reconstruir idealmente el proceso dialéctico que él siguió, someterse a su especial tecnicismo y no traducirle bárbara e infielmente en una lengua filosófica que no es la que él empleó» [33]. Y en otra parte escribe: «Cada nuevo sistema es un sistema nuevo, y como tal debe estudiarse aceptando íntegramente la historia y llegándonos a ella con espíritu desapasionado. De las traducciones, aun de las mejores, dijo Cervantes que eran tapices vueltos del revés; pero hay algo peor que las traducciones de palabras, y son las traducciones de ideas y sistemas ajenos a nuestro propio sistema e ideas. Por eso los grandes filósofos han solido ser tan malos historiadores de la filosofía al paso que esta historia ha debido servicios eminentes a espíritus relativamente medianos y modestos, como Brucker, como Tennemann, como Ritter. Bástale al historiador de la filosofía comprender lo que expone: con esto se librará de la peligrosa tentación de rehacerlo» [34].

Hecha con este espíritu de comprensión, la historia de la filosofía es para Menéndez y Pelayo maestra sapientísima que conduce hasta las más altas cimas del pensar. Ese espíritu de comprensión ya es en

---

32 ECF, 200.
33 Ibídem, 368-9.
34 Ibídem, 111.

sí «una verdadera filosofía, un cierto modo de pensar histórico, que los metafísicos puros desdeñarán cuanto quieran, pero que, a despecho de su aparente fragilidad, no deja de ser la piedra en que suelen romperse y estrellarse los más presuntuosos dogmatismos. La historia es la filosofía de lo relativo y de lo mudable, tan fecunda en enseñanzas y tan legítima dentro de su esfera como la misma filosofía de lo absoluto, y mucho menos expuesta que ella a temerarios apriorismos... Estudiemos desapasionadamente lo que fué, y cuantas menos anticipaciones llevemos a su estudio y menos nos preocupemos de su aplicación inmediata, más luces encontraremos en él para columbrar lo que será o debe ser. Al que con verdadera vocación y entendimiento sano emprenda este viril ejercicio de la historia por la historia misma todo lo demás se le dará por añadidura, y cuando más envuelto parezca en el minucioso estudio de los detalles se abrirán de súbito sus ojos y verá surgir, de las entrañas rotas de la historia, el radiante sol de la metafísica, cuya visión es la recompensa de todos los grandes esfuerzos del espíritu» [35].

Las palabras últimamente citadas son también importantes para entender en su pleno sentido el historicismo de Menéndez y Pelayo. Quiere, sí, que se estudie la historia «por la historia misma», pero claramente expresa aquí mismo que este estudio de la historia fielmente realizado no puede colmar todas las aspiraciones del pensamiento. Reducir el saber filosófico a la pura ciencia positiva de los hechos pasados, de las doctrinas que fueron, por muy rico y perfecto que ese conocimiento sea, por muchas y necesarias enseñanzas que él ofrezca, no es de ninguna manera la intención de Menéndez y Pelayo al recomendar con tanta insistencia el estudio de la historia. La historia misma del pensamiento pretérito sólo es fecunda cuando compromete al espíritu a un rehacer en sí mismo aquel pensar ajeno; y este compromiso no puede ser satisfecho con el mero calco o trasplante del pasado al presente: postula de modo ineludible la refundición del pasado en el presente, su innovación con la originalidad siempre en orto que es patrimonio de todo auténtico pensar [36].

En todo lo que hasta ahora hemos recordado del pensamiento de Menéndez y Pelayo creemos que se contiene provechoso magisterio para el quehacer filosófico entre nosotros, en nuestro tiempo. Nos queda, sin embargo, por escuchar su más importante y apasionada

---

[35] Ibídem, cfr. CE, I, 374, II, 256; ED, I, 324.
[36] Cfr. ECF, 112.

lección; esto es, sus realizaciones y proyectos en torno al gran tema de la historia de la filosofía española. Bien sabido es que esta historia significó para él asunto de predilecto estudio por razones de patriótico celo, de exaltado casticismo. En su defensa de la realidad histórica de la filosofía española, cierto es que a Menéndez y Pelayo movieron con fuerza y pasión el amor a la patria, la voz de la raza y de la sangre. *La Ciencia española*, pieza principal de esa defensa, es, sin duda, muy en primer término, con todo el juvenil y muchas veces excesivo ardimiento de la mocedad en que fué escrita, obra de amor a la propia tierra, a su tradición y a su historia, mal queridas, despreciadas, ignoradas por muchos. A la gran crisis de la España decimonónica, a la degeneración del espíritu nacional, provocada a un tiempo por el extranjerismo de los enemigos de la tradición católica y por el reaccionarismo mediocre y estrecho de no pocos de los defensores de esa misma tradición, Menéndez y Pelayo buscó eficaz y saludable remedio en el retorno a la gran historia del pensamiento hispano, seguro de encontrar en ella gérmenes fecundos de renovación y de progreso. La vuelta a la tradición científica de nuestra patria no tuvo para él desde el primer momento sino este sentido de amplitud y de generosidad. En lo que a la filosofía se refiere, esta intención de Menéndez y Pelayo no pudo ser declarada de modo más explícito. Todas sus indagaciones y estudios se polarizan con predilección en torno de cuanto en la historia de nuestro pensamiento significó, a su juicio, más claro espíritu de libertad e independencia, de cuanto en ella creyó encontrar de suscitación creadora más fecunda y eficaz para el momento presente.

Menéndez y Pelayo vivió la convicción de que en la cultura de todo pueblo, por virtud de la comunidad de raza y de genio, se da, a través de la historia, una unidad de desarrollo, una continuidad de evolución y progreso, que sólo se quiebran o rompen cuando el espíritu nacional abdica de su ser más propio y esencial. Por esto, a su vez, la conservación del espíritu nacional, la permanencia en esa su peculiaridad más esencial, exigen siempre el hondo enraizamiento del presente en aquella unidad y continuidad de la historia de la propia cultura [37]. Apoyado en estas razones, Menéndez y Pelayo creyó firmemente en la realidad histórica de la filosofía española:

---

[37] En estas ideas es clara la influencia del citado discurso de Llorens: cfr. CE, II, 354-355. Sobre el biologismo de esta concepción nacionalista de la historia, cfr. Laín, o. c., págs. 190 y sigs.

«Siendo imposible (dadas las leyes de la transmisión y de la herencia, y salvando siempre los derechos del genio y, muchísimo más, los del libre albedrío) que pensadores de una misma sangre, nacidos en un mismo suelo, sujetos a las mismas influencias físicas y morales y educados más o menos directamente los unos por los otros, dejen de parecerse en algo y en mucho, aunque hayan militado o militen en escuelas diversas y aun enemigas, se puede afirmar *a priori*, y sin recelo de equivocarse, que la historia de la filosofía española, considerada en su integridad, es algo que tiene existencia y vida propia peculiar» [38]. Es desde esa historia desde donde debe partir en todo momento el pensar filosófico de un pueblo, si quiere caminar con paso cierto, si quiere realizar un progreso seguro y fecundo; y es a esa misma historia a la que debe retornar cuando, como acontecía en España en los días de Menéndez y Pelayo, el pensar filosófico se gasta o se agota en imitaciones serviles de extranjeras doctrinas, sin genio ya ni fuerza para la propia obra creadora [39].

Todo esto, sin duda, podrá discutirse, y mucho más discutible sería, si ello fuera tan sólo una teoría o una construcción apriorística de la historia de la filosofía española y de su posible eficacia para la regeneración de nuestra filosofía actual. Pero la obra de Menéndez y Pelayo no fué sólo eso. Su principal valor consiste, más que en esas razones teóricas o en los motivos tan nobles y legítimos que las inspiran, en todo cuanto él realizó de estudio positivo, de redescubrimiento tantas veces plenamente logrado, rigurosamente científico, de nuestro pasado filosófico. «El único timbre de que me envanezco —escribe— es el de haber puesto el hombro a la tarea de la reconstrucción de nuestro pasado científico y, especialmente, haber traído alguna piedrezuela al edificio de la historia de nuestra filosofía» [40]. Justicia es reconocer que esa piedrezuela significó en realidad la aportación de muchos y muy valiosos bloques de erudición y de ciencia, sobre los cuales Menéndez y Pelayo comenzó a cimentar sólidamente la historia de la filosofía española.

Los intentos hasta entonces realizados de historia general de nuestro pensamiento filosófico son estudios muy rudimentarios, de escaso

---

[38] CE, II, 369. El tema de la vigencia del concepto y la realidad histórica de las filosofías nacionales y, en particular, de la española, es estudiado detenidamente por Iriarte (o. c.) y Constantino Láscaris Comneno, en su *Introducción* a: Menéndez y Pelayo, *La filosofía española*, selección..., por C. L. C. (Madrid, 1955).

[39] Cfr. CE, II, 354-55; ECF, 130, 213.

[40] ECF, 366.

valor científico. Mencionamos a continuación algunos de estos estudios, publicados en el siglo XIX, más inmediatos, por consiguiente, a los días de Menéndez y Pelayo. De la filosofía en España da muy someras noticias Tomás Lapeña en su *Ensayo sobre la Historia de la Filosofía desde el principio del mundo hasta nuestros días* (Burgos, 1806-7). Más abundante es la información que ofrecen José Fernández Cuevas, S. J., en su *Historia Philosophiae ad usum academicae iuventutis* (Madrid, 1858), Patricio de Azcárate en su *Exposición histórico-crítica de los sistemas filosóficos modernos* (Madrid, 1861) y Ceferino González, O. P., en su *Historia de la Filosofía* (Madrid, 1878-9). Estudio particular de nuestra filosofía lo hicieron, aunque muy compendiosamente, Ramón Martí de Eixala en su apéndice, *De la Filosofía en España*, a su versión del *Manual de Historia de la Filosofía*, de Amice (Barcelona, 1842); Antolín Monescillo en sus adiciones a la versión castellana de la *Historia de la Filosofía*, de Alexis Bouvier (Madrid, 1846), y Víctor Arnáu en su *Reseña histórica de la Filosofía en España*, apéndice a su *Curso completo de Filosofía para la enseñanza de ampliación* (1847). Más meritoria, sobre todo por lo que se refiere al siglo XIX, es la obra de Luis Vidart *La Filosofía española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid, 1866). Mención merece también el «Discurso preliminar» de Adolfo de Castro al volumen de *Obras escogidas de filósofos* de la Biblioteca de Rivadeneyra (Madrid, 1873).

Las referencias hechas ponen bien de relieve el paso verdaderamente gigantesco y decisivo que da la historia de nuestra filosofía con la obra de Menéndez y Pelayo. No es menester decir que él aspiraba a mucho más. «Ediciones críticas de los principales textos de nuestros filósofos, exposiciones precisas y completas de su doctrina, estudios sobre su desarrollo histórico, sobre las mutuas relaciones que guardan entre sí y su influencia en el mundo..., todo esto nos falta y todo esto es menester para anudar los eslabones de la rota cadena de la ciencia ibérica y para hacer entrar en su amplio cauce los hilos de agua hasta ahora dispersos. Sólo entonces será hacedero tejer la historia de la filosofía española» [41]. En esta gran empresa, así concebida, con exigencias de la más rigurosa y sólida fundamentación científica, Menéndez y Pelayo se reconoce deudor de las más fecundas inspiraciones e iniciativas a su maestro Gumersindo Laverde Ruiz. Desde 1855, Laverde sostenía fervorosa campaña en defensa

[41] ECF, 368.

de la realidad histórica de la filosofía española y promovía con entusiasmo su estudio. En 1868 reúne Laverde en un volumen, intitulado *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública españolas*, sus principales escritos sobre la materia. Valera, en el prólogo de dicho libro, escribe: «Bien se puede afirmar que el señor Laverde ha puesto la primera piedra en la reconstrucción de nuestro pasado científico y filosófico» [42]. Laverde fué quien con mayor ardor y entusiasmo alentó a Menéndez y Pelayo en su defensa de *La Ciencia española* contra la bifronte acometida de progresistas y neocatólicos. E importa notar que Laverde apoyó sobre todo en la obra polémica del discípulo, cuanto en ella más denotaba la pretensión de fundamentar la apología de la ciencia española en la búsqueda rigurosa, en el estudio exhaustivo, de las fuentes de ese mismo pensamiento filosófico [43]. Laverde es también autor de los principales proyectos que Menéndez y Pelayo propone en *La Ciencia española* como los medios más eficaces para llevar a feliz término y con la perfección deseada la historia de nuestra filosofía: la creación de una «Biblioteca de Filósofos Españoles», la creación de cátedras de historia de la filosofía en España, el fomento de la investigación bibliográfica y monográfica sobre la materia por medio de una Academia y aun de instituciones monásticas especialmente consagradas a esa misma labor [44].

No hay que pensar que en esta empresa Laverde y su discípulo estuvieron solos. Menéndez y Pelayo reconoce que en ese magno empeño de descubrir y elaborar la historia de nuestra filosofía es muy meritoria y estimable la labor realizada fuera de España y dentro de ella por numerosos eruditos [45]. No cabe en este lugar la mención de los trabajos monográficos sobre temas de nuestra historia filosófica que vieron la luz en aquel tiempo. Aquí más nos interesa hacer, aunque sea muy sumariamente, el recuento de los estudios por nuestro

---

[42] J. Valera: *Obras completas*. Ed Aguilar, t. II (Madrid, 1949), pág. 366. El primer escrito de Laverde, sobre la filosofía española, aparece en 1856; lo reproduce Iriarte, o. c., págs. 409-419. Iriarte (ib. págs. 420-424) reproduce también el elogio de Laverde publicado por J. Vázquez de Mella en 1892.

[43] Cfr. M. Solana: *Colaboración de Laverde en «La Ciencia española», de Menéndez y Pelayo*, en «Homenaje a don Miguel Artigas», vol. II (Santander, 1932), páginas 51-104. De Laverde hace cumplido elogio Menéndez y Pelayo en CE, 68; ECF, 388.

[44] Cfr. CE, I, págs. 54 y sigs.; Solana, l. c. Sobre este mismo tema, cfr. *Cartas de F. J. Caminero y de G. Laverde* («Defensa de la Sociedad», IX [1876], 349-361).

[45] Cfr. CE, I, 111-113; ECF, 126-127, 131.

autor elaborados. Sobre la historia de la filosofía española versan las más de las páginas de *La Ciencia española*. Menéndez y Pelayo examina en ellas con especial atención las corrientes de pensamiento que, a su juicio, ponen más claramente al descubierto el peculiar modo de ser de la filosofía ibérica y, sobre todo, la realidad de sus valores de creación y de progreso. Ya en *La Ciencia española* y más tarde en sus discursos académicos «De las vicisitudes de la filosofía platónica en España» y «De los orígenes del criticismo y del escepticismo y especialmente de los precursores españoles de Kant», Menéndez y Pelayo hace documentado estudio de las doctrinas de nuestros filósofos renacentistas, Vives, Fox Morcillo, Raimundo de Sabunde, Francisco Sánchez y Pedro de Valencia [46]. En otros escritos, con ocasiones varias, nos ha dejado también eruditas investigaciones sobre otros importantes personajes de nuestro pasado filosófico: Abentofail, Domingo Gundisalvo, Raimundo Lulio, Vitoria, Hervás y Panduro, Eximeno, Balmes... Muy valiosa asimismo es, sin duda, la información sobre la materia que nos brinda su *Historia de los heterodoxos*; y mucho más, no es menester decirlo, interesa y contribuye al conocimiento de nuestra filosofía su *Historia de las ideas estéticas en España*. De esta obra dice su autor, en la «Advertencia preliminar»: «Como esta ciencia (de la belleza) es una de las derivaciones o ramas secundarias de la filosofía sin perjuicio de su independencia y valor propio, puede considerarse también, a lo menos en parte, como un capítulo de la historia de la filosofía en nuestra Península» [47].

---

[46] La predilección de Menéndez y Pelayo por Vives es bien conocida. Era también autor favorito de su maestro Laverde. Vives fué en un principio el tema elegido por Menéndez y Pelayo para su discurso inaugural en la universidad de Madrid, en 1889. En 9-8-1889, Laverde le escribe: «Celebro que hayas elegido a *Luis Vives* por tema para tu discurso inaugural, siendo lástima que la premura del tiempo no te permita desarrollarle con toda la amplitud conveniente, de suerte que formase una completa monografía, que podría constituir el tomo cuarto de *La Ciencia española* o bien uno de los de la serie de Polígrafos» (Solana, l. c., págs. 97-98). Menéndez y Pelayo nos habla en dos ocasiones (CE, I, 325; ECF, 63) de su proyecto de escribir una extensa monografía sobre Vives. La realizó su discípulo Bonilla; Solana (l. c., página 98) afirma que «los apuntes y datos que don Marcelino tenía acopiados para escribir sobre Vives se los facilitó a don Adolfo Bonilla y San Martín, el cual los utilizó al redactar su soberbia monografía sobre el polígrafo valenciano». L. G. Alonso Getino dice que Menéndez y Pelayo escribió «del vivismo verdaderos horrores» (*La Ciencia tomista*, 5 [1912], pág. 376); más justo y acertado nos parece lo que dice Laín: «No es vivista Menéndez y Pelayo porque tenga la certidumbre de que el vivismo sea la doctrina óptima, sino porque dentro de su situación católica y "moderna" no encuentra cosa mejor. Más que una solución, su vivismo es un recurso» (o. c., pág. 223).

[47] Id. Est., I, 4.

Con todo ello posible sería construir una historia bastante completa, y en muchas de sus partes sólida y documentalmente fundada, de la filosofía en España [48]. Esta misma historia, elaborada no ya fragmentaria y ocasionalmente, sino con plena y orgánica unidad de plan y desarrollo, fué proyecto que Menéndez y Pelayo, alentado siempre por su maestro Laverde, intentó eficazmente realizar en la primera época de su vida científica. En el pasaje que acabamos de citar, refiriéndose a la historia de nuestra filosofía, añade estas palabras: «Historia que está todavía por escribir y que escribiré algún día, si la vida me alcanza para completar el círculo de mis trabajos y si no mueren ahogados por el general escarnio o la general indiferencia que en nuestro país persiguen a todo trabajo serio, de los que aquí se denigran con el nombre, sin duda infamante, de *erudición*.» Pena da pensar que estas tristes razones —y más seguramente que el ambiente hostil que aun entre muchos católicos suscitó su postura filosófica, tan independiente y libre en el más legítimo sentido— hicieron que Menéndez y Pelayo abandonase para siempre aquellos propósitos y buscase refugio para su alma y su trabajo en el campo más sereno y ameno de la historia literaria.

De aquel proyecto, por desgracia fallido, y del maestro venerable, Menéndez y Pelayo, poco más de un año antes de su muerte, en 1911, hace esta mención llena de añoranzas: «A ese lauro (de primer historiador de la filosofía española) aspiré en mi juventud, alentado por el sabio consejo de un varón de dulce memoria y modesta fama, elegante en el decir, alma suave y cándida, llena de virtud y de patriotismo, purificada en el yunque del dolor hasta llegar a la perfección ascética. Llamábase este profesor don Gumersindo Laverde...» [49]. Estas palabras fueron leídas con ocasión del ingreso de Adolfo Bonilla en la Real Academia de la Historia, y en ellas se alude a los méritos del mismo Bonilla como primer historiador, en gran estilo, de la filosofía española. Las palabras citadas van seguidas de otras de legítimo orgullo y alegría, porque en Bonilla, su discípulo, Menéndez y Pelayo ve con gozo los frutos más sazonados de aquella siembra hecha con tanta fe y celo en años lejanos por Laverde y por él. Menéndez así entendió el oficio de maestro: obra de siembra, para que en otros, los discípulos, se prolongue y fructifique el propio ser del que enseña; y esto nunca con temor o celo mezquino y envi-

---

[48] Esto realiza con benemérita labor C. Láscaris (o. c., *supra*, nota 38).
[49] ECF, 388.

dioso, sino, al contrario, con gozo y esperanza de que los frutos del discípulo aventajen, y mucho, en valor y precio a los del propio maestro; porque éste debe estar convencido, como lo estaba Menéndez y Pelayo respecto de la de Bonilla, de que la obra del discípulo «está destinada a sustituir a la suya por ley indeclinable del progreso científico» [50].

En estas últimas palabras creemos que se debe buscar la fórmula más exacta de la fidelidad al magisterio de Menéndez y Pelayo, y también el título más legítimo para recibir y conservar su herencia. Siempre ha de ser para cumplir su mandato de prolongar su obra, de sustituirla cuando sea preciso por frutos de ciencia mejor logrados que los suyos, de superarla, en una palabra, por fuerza de aquella «ley indeclinable del progreso científico» que fué para él mismo norma constante de todos sus afanes.

Menéndez y Pelayo nos ha legado rico tesoro de erudición y ciencia. Por lo que a la historia de la filosofía en España se refiere, recordadas ya quedan sus aportaciones valiosas. Pero es, a nuestro juicio, el mayor valor de esa obra suya todo lo que hay en ella de incitación a nuevo estudio, de grandioso programa, de abertura de anchos caminos para futuras investigaciones. Siguiendo esos caminos abiertos por él son notables y meritorios los progresos ya realizados. Bonilla acomete, en 1908, la publicación de una historia de la filosofía española con vasto y ambicioso plan; la muerte le impidió llegar a realizar todo su proyecto; su obra quedó reducida a los dos primeros volúmenes, en los cuales se expone la filosofía española de los períodos romano y patrístico y la de los pensadores judíos que florecieron en España en los siglos VIII al XII [51]. El plan de Bonilla, patrocinado más tarde por la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, ha sido en fechas recientes parcialmente completado por las obras de Tomás y Joaquín Carreras Artau y de Marcial Solana. Los

[50] ECF, 388.

[51] A. Bonilla y San Martín: *Historia de la filosofía española (desde los tiempos primitivos hasta el siglo XII)*, dos tomos (el II lleva el subtítulo: *Siglos VIII-XII: Judíos*), (Madrid, 1908-1911). En el t. I, págs. 44-54 expone Bonilla todo el plan de la obra. Los tomos restantes («en preparación», se lee en la portadilla del t. II) habían de llevar los siguientes títulos: III, *Siglos VIII-XII: Musulmanes*; IV, *Siglos XIII-XV*; V, *Renacimiento*; VI, *Siglos XVII y XVIII*; VII, *Siglo XIX*. Aunque no de gran valor, útil, sin embargo, es por la información abundante la obra de Mario Méndez Bejarano *Historia de la filosofía en España hasta el siglo XX* (Madrid, s. a.). Recientemente el P. Luis Martínez Gómez, S. J., ha escrito un muy apreciable compendio de la historia de la filosofía española, apéndice de su traducción del libro de J. Hirschberger *Historia de la filosofía* (Barcelona, 1954).

hermanos Carreras han escrito la historia de la filosofía española cristiana de los siglos XIII al XV [52]. Solana expone en tres gruesos volúmenes nuestra filosofía del Renacimiento [53]. Estos autores superan a Bonilla en amplitud, en información documental y en rectitud de juicio.

Del mencionado plan de Bonilla quedan todavía por cubrirse importantes etapas: la de la filosofía arábigo-española y la de los siglos XVII y siguientes. Por lo que a la historia de la filosofía árabe en España se refiere, dignos de mención son los trabajos realizados entre nosotros por Miguel Asín Palacios y, más recientemente, por Manuel Alonso, S. J. Importante y urgente es la elaboración bien documentada de la historia de nuestra filosofía del siglo XVII: en su primera mitad, sobre todo, el pensamiento español ofrece todavía vigor y potencia dignos de sus precursores del Siglo de Oro. Y es de especial urgencia la historia de nuestra escolástica del seiscientos, porque es ella, como ya se reconoce en eruditos estudios, factor importante en la conformación y evolución del pensamiento moderno. Menéndez y Pelayo, tan aficionado a encontrar influjos de la filosofía española en la Edad Moderna, si hubiera podido adivinar la significación e influencia real ejercida por nuestra escolástica, tal vez, nos atrevemos a pensar, hubiera trasladado a ella buena parte del entusiasmo que puso en Vives y en otros pensadores del Renacimiento. De las épocas posteriores, de agotamiento y decadencia, no menos importa hacer cuanto antes completa y sincera historia: primero, porque las decadencias no están tan faltas, como fácilmente se cree, de pensamiento propio, de ímpetus meritorios de renovación y de progreso; y en segundo lugar, porque las decadencias bien analizadas enseñan para todo tiempo la tan provechosa lección de cómo no se debe vivir.

No es menester añadir que en el campo de que hablamos, la historia de la filosofía en España, desde los días de Menéndez y Pelayo hasta los nuestros muchos otros estudios e investigaciones eruditas se han producido entre nosotros. No cabe aquí pormenorizada mención de esos trabajos, muchos de ellos muy dignos de referencia y alabanza. Mucho, sin embargo, nos queda por hacer. En *La Ciencia española* brindaba su joven autor a los eruditos de su tiempo abundante temática sobre puntos importantes de la historia de nuestra fi-

---

[52] T. y J. Carreras y Artau: *Historia de la filosofía española, Filosofía cristiana de los siglos XIII al XV*, dos tomos (Madrid, 1939-1943).

[53] M. Solana: *Historia de la filosofía española, Época del Renacimiento (siglo XVI)*, tres tomos (Madrid, 1941).

losofía, que reclamaban, a su juicio, más urgentemente investigación y estudio monográficos. Muchos de esos temas están todavía intactos. Bueno fuera que las instituciones entre nosotros consagradas a la investigación filosófica dedicaran preferentemente su atención a esos temas y promovieran y ayudaran con eficacia la elaboración de esos trabajos [54].

Menéndez y Pelayo nos habla también de otros proyectos no menos importantes para el mejor conocimiento de nuestro pasado filosófico. Nos referimos, en primer término, a su propósito de creación de una «Biblioteca de Filósofos Españoles» [55]. Aquí también, por desgracia, el propósito y el tema están todavía intactos. En este año jubilar hubiera sido, sin duda, el mejor homenaje al maestro la ofrenda de un *Corpus* de los filósofos españoles, por lo menos puesto ya en marcha, iniciado con algunas ediciones críticas, perfectamente elaboradas, de algunos de nuestros más preclaros filósofos. Si la ofrenda es imposible hacerla, al menos que la memoria del maestro en este centenario nos comprometa a realizar aquel proyecto suyo con planes eficaces de trabajo que prometan con esperanza cierta que ha de ser realidad algún día y no lejano. Y una palabra más quiero añadir sobre otro gran empeño de nuestro autor: la elaboración de repertorios bibliográficos, instrumentos tan importantes para la investigación y el estudio históricos. De valor es, sin duda, lo que Menéndez y Pelayo nos dejó en la última parte de *La Ciencia española* [56]. No hay que decir que sus noticias bibliográficas piden urgentemente múltiples rectificaciones y abundantes complementos. Labor es ésta a la

---

[54] En CE, I, 167, escribe Menéndez y Pelayo: «Sería medio muy conducente para obtener buenas monografías del género indicado el exigir que las tesis doctorales, en vez de reducirse, cual vemos comúnmente, a breves disertaciones, sean escritos de mayor extensión, verdaderos libros, como en otras naciones acontece, y que éstos versen precisamente sobre puntos de la historia científica o literaria de nuestra Patria.» Cierto es que en este punto muy grande es el progreso realizado en la práctica de nuestra vida universitaria; sin embargo, la recomendación de Menéndez y Pelayo, por lo que se refiere al campo de trabajo e investigación de los doctorandos, creemos que merece ser siempre tenida en cuenta.

[55] Laverde, el 25-1-1875, escribe a Menéndez y Pelayo: «... tal vez se pueda acometer una *Biblioteca de Filósofos Españoles*. Campoamor, que ama mucho estas cosas, no dudo que apoyará la idea» («Bol. Bibl. M. y P.», 18 [1936-1938], 265). Cfr. CE, I, págs. 179 y sigs. Sobre este tema, la edición de clásicos de nuestra filosofía escribe también por entonces Luis Vidart, con ocasión del tomo publicado de «Obras escogidas de filósofos» por Adolfo de Castro en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra; cfr. L. Vidart, *La Biblioteca de Autores Españoles y la historia literaria de España* («Revista Contemporánea», 9 [1877], págs. 79 y sigs.).

[56] Cfr CE. I, 54, 59; III, *Inventario bibliográfico de la ciencia española*.

que también, nos permitimos pensar, deberían dedicar preferente atención nuestras instituciones especialmente consagradas a la investigación filosófica.

Firmemente creemos que la dedicación cada día más ferviente al mejor conocimiento de nuestro pasado filosófico debe ser en todo instante la base más firme y segura para una restauración siempre más fecunda y gloriosa del saber filosófico entre nosotros. Pero esto, entiéndase bien, realizado con aquel mismo espíritu con que Menéndez y Pelayo volvió los ojos a la tradición y a la historia: «Al respetar la tradición, al tomarla como punto de partida y de arranque, no olvidemos que la ciencia es progresiva por su índole misma» [57]. Ni tampoco puede ser la intención del cultivo de nuestra historia aislar nuestro pensamiento de todo lo de fuera para hacerlo vivir enclaustrado en un estéril casticismo; también aquí es importante la admonición del maestro: «No pretendemos con esto (el cultivo y exaltación de nuestra filosofía pretérita) aislamientos infecundos, ni menos levantar murallas contra la invasión de todo lo que no sea o parezca castizo, que, si ello merece vivir, ello vivirá a pesar de todos nuestros esfuerzos, entrando a formar parte esencialísima de nuestro caudal científico, como se han venido incorporando a él tantos y tantos otros elementos extraños: árabes y hebreos, italianos, franceses, escoceses y alemanes» [58].

Laín Entralgo ha definido con fórmula feliz la misión intelectual de Menéndez y Pelayo para su tiempo y el nuestro: «La intención permanente de Menéndez y Pelayo, desde su aparición dentro del horizonte histórico español, fué superar católica, creadora y científicamente, dentro de una caliente fidelidad a Cristo y a la historia de España, la cruenta e inútil antinomia de la España del siglo XIX» [59]. Si las últimas palabras de Laín tienen todavía sentido amargo y triste para los días que vivimos, no es este el lugar de decidirlo. Sí tiene pleno y actual, perenne sentido, también para nuestro filosofar, aquel vivir infatigable de Menéndez y Pelayo hasta la muerte, «católica, creadora y científicamente, con caliente fidelidad a Cristo y a la historia de España».

---

57 ECF, 297.
58 CE, II, 369.
59 Laín Entralgo, o. c., pág. 122.

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LOS ESTUDIOS CLÁSICOS

Por MANUEL F. GALIANO

EN un número dedicado a la colosal figura humana y literaria que fué Menéndez y Pelayo no podía faltar, claro está, la consideración de los aspectos directamente relacionados con su personalidad y su formación humanísticas; pero el problema del humanismo en sí es cuestión tan debatida y puesta en tela de juicio, tan vidriosa y propensa a vaguedades o polémicas, que me ha parecido mejor no titular este trabajo *Menéndez y Pelayo, humanista* o cosa semejante, sino, más prudente y modestamente, referirme, con expresión que compromete menos, a los estudios clásicos para ver si obtenemos, en primer lugar, un enfoque histórico de Menéndez y Pelayo en relación con las humanidades de su tiempo; y si, de paso, nos encontramos con alguna conclusión de carácter general acerca del magnífico tipo humano que fué don Marcelino, eso saldremos ganando. Pero conste, ante todo, que mi objetivo principal es el que acabo de citar.

Pintaré, pues, antes que la imagen, el panorama que ha de encuadrarla: tal vez no sea el procedimiento más recomendable para un artista pictórico, pero en este caso es absolutamente imprescindible, pues creo que una breve descripción del ambiente ayudará a comprender mejor a la persona. Más aún: no me limitaré por ahora al momento mismo en que se destaca sobre el paisaje la recia silueta de don Marcelino —un momento ideal que son en realidad cuarenta años de actividad prodigiosa—, sino que haré desfilar vertiginosamente, porque la materia es mucha, la larga procesión de los siglos XVI al XX considerados desde el prisma particular de los estudios clásicos.

En el extremo inicial del desfile pongamos, tras los rudos y torpes

intentos del Renacimiento incipiente, una magnífica floración humanística constelada de nombres insignes: Nebrija, el Brocense, Pinciano, Cascales, Antonio Agustín y tantos y tantos otros. Pero no interesa aquí de modo especial esta faceta del tema, por lo cual puedo reducirme casi a esta seca enumeración de filólogos que no nacieron, claro está, por generación espontánea en un estéril desierto, sino como plantas bien regadas y protegidas por un medio ambiente favorable para el espléndido desarrollo de las letras griegas y latinas. Dejo, pues, a la curiosidad del lector el seguir profundizando sobre la materia, pero haciéndole previamente dos recomendaciones: que no pierda el tiempo yendo a buscar, en las obras escritas por extranjeros sobre la historia del Renacimiento, nada que no sea un puñado de mezquinas alusiones, llenas de errores, a nuestros grandes humanistas; y que tampoco se fíe de la grandilocuencia con que algunas veces, con entusiasmo, pero sin datos positivos, se canta entre nosotros la grandeza de un período literario más ensalzado que conocido. Pues si hay una labor que merezca de veras ser emprendida por nuestros estudiosos de lo clásico unidos a los especialistas en literatura española es la de poner en su punto las cosas, dedicando monografías serias y ponderadas a las grandes figuras que antes citaba y a muchas otras de segunda fila, mas no menos interesantes.

Ahora paso al otro extremo de los quinientos años de que antes hablaba y me sitúo en el día de hoy. Nos hallamos ante el estado actual de las actividades humanísticas en nuestra Patria. Y el momento no puede ser más oportuno: hace un par de meses, con ocasión del I Congreso Español de Estudios Clásicos, ha aparecido un nutrido volumen, de cerca de 500 páginas [1], que recoge todo lo publicado en España sobre el tema desde 1939 hasta la fecha. El conjunto resulta verdaderamente impresionante, pero también aquí rogaría uno que no se tome a mal lo que tímidamente voy a apuntar. Y es, sencillamente, que se tenga un poco de paciencia; que no seamos nosotros, los mismos autores de los libros o artículos en dicho tomo reseñados, quienes nos apresuremos a proclamar, siendo a un tiempo jueces y partes, el triunfo de una tendencia que no ha hecho, después de todo, más que comenzar. Claro está, la insistencia con que a veces —y vaya en primera línea mi propio *mea culpa*— se ha rozado los bordes mismos de la inmodestia en las afirmaciones sobre la existencia actual de un período de renovación humanística se debe

[1] *Bibliografía de los estudios clásicos en España (1939-1955)*. Madrid, 1956.

a razones tan obvias y claras que harían pecar de mala fe a quien criticara en serio este tipo de expresiones. En el mundo entero, como es sabido, los estudios clásicos llevan treinta años sometidos al duro asedio de la intransigencia cerril de una sociedad atraída por los señuelos de «la vida práctica» y «el progreso técnico». En otros países con mayor tradición humanística —especialmente en Alemania, Inglaterra e Italia— el reducto acosado, pero provisto de mejores armas y guarnecido con más defensores, se va manteniendo mal que bien; Francia empieza a ceder terreno lentamente; y, como es natural, España, uno de los países en que más fuerza, como luego diré, había perdido esa tradición, ha venido a ser escenario de una lucha no por sorda menos intensa. Cuantos nos interesamos en los estudios clásicos venimos soportando, a partir del audaz paso adelante de 1938, que sólo a las especiales circunstancias de una nación en guerra debió su viabilidad, un bloqueo tan contumaz de la sociedad casi entera y blandamente apoyada en ocasiones por los mismos elementos oficiales, que lo milagroso es que el tierno y joven edificio no haya acabado por venirse abajo. Y en estas condiciones a nadie le extrañará que los defensores, resistiéndose con uñas y dientes, acudan a toda clase de argumentos para dar fe ante el mundo de su existencia, y entre ellos a un simpático, pero tal vez exagerado, hincapié acerca de la importancia del momento actual de nuestras letras clásicas.

Pero, entiéndase bien, yo no quiero ser aquí el aguafiestas de este momento de gozo para el humanismo español; yo no discuto —líbreme Dios de ello— que nos hallemos muy lejos ya de la época de decadencia en que tuvo la mala suerte de vivir Menéndez y Pelayo; lo que yo digo, simplemente, es que debemos preguntarnos si no sería mejor, por un elemental sentimiento de elegancia, dejar los ditirambos, si es que los merecemos, a las generaciones venideras y trabajar, eso sí, con todo ahinco para poder aspirar a un veredicto favorable por parte de nuestros sucesores.

Dejemos, por tanto, la cuestión en suspenso; fijemos, como punto inicial de esta gráfica que vamos trazando, una cota muy alta para el humanismo de los Nebrijas y Brocenses y aprovechémonos de que este nuestro trazado es solamente imaginario para no precisar con exactitud el nivel actual, prescindiendo así de comparaciones, siempre enojosas. Ahora bien, lo que sí es seguro es que entre estos dos puntos habría de extenderse en el esquema una triste y fláccida panza como reflejo de la gran decadencia de las humanidades que se hace

especialmente visible, por rara paradoja, en un siglo consagrado, como el XVIII, a una admiración puramente formal y externa de la antigüedad. Mas voy a omitir episodios de este lánguido arrastrarse de lo clásico que podrían ser parangonados con otros semejantes de los más lóbregos tiempos del medievo, y salto cien años más para abordar ya la época misma que presenció admirada la precoz aparición en el mundo científico de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

No era posible esperar que el siglo XIX, conmovido en sus primeros años por el azaroso fragor de la guerra de la Independencia, trajera grandes mejoras en un estado de cosas ya calamitoso de por sí. En efecto, fácil me sería aportar, como en otra ocasión [2] lo he hecho, datos tan lamentables como evidentes en torno al menguado estudio de las lenguas y letras clásicas en España durante los dos primeros decenios del siglo XIX. Pero otra vez pecaré por omisión: todo antes que convertir estas líneas en una árida serie de lamentos hoy día ya inútiles.

Porque, además, este siglo que tan de moda está vilipendiar desde hace algún tiempo, tampoco en ese aspecto, como en otros muchos, fué tan enteramente malo cual intentan hacernos creer. Es decir, no se vaya a pensar con esto que la situación fué siempre satisfactoria a lo largo de él. No, ni mucho menos; ya he empezado por afirmar que los veinte años iniciales fueron catastróficos. Pero lo que sí ocurre es que, a pesar del desbarajuste de los planes de estudio y de la falta absoluta de interés por estas disciplinas en el mundo oficial, parece como si, a mediados de siglo y coincidiendo casi con el nacimiento de nuestro polígrafo, fuera comenzando a manifestarse tímidamente una cierta mejoría, pequeña desde luego, en el grave estado del enfermo que es el humanismo español. Y así tenía que ser por fuerza. El sol no disipa nunca bruscamente las tinieblas, al menos en la atmósfera terrestre; y, si ahora nos preciamos de ver claramente a la luz del progreso actual de nuestros estudios, habrá que pensar, sin duda, que esta acogedora y soleada mañana no ha irrumpido ante nosotros súbita e inopinadamente, sino precedida por el suave amanecer de hacia el 1918, anunciado a su vez por el difuso clarear del 1890 y aun por lo que pudiéramos llamar el apenas perceptible dilúculo de mediados del XIX.

Pero lo mejor es que, sin más preámbulos y para terminar cuanto

---

[2] *Sobre el pasado, el presente y el porvenir del griego en España*, en «Anales del Instituto "Isabel la Católica"». Madrid, 1950, 61-78.

antes toda esta introducción que sólo genérica y lateralmente se relaciona con Menéndez y Pelayo, pasemos una breve revista [3] a las distintas facetas de los estudios clásicos a partir de 1850.

En Granada enseñaron, con bastante años de diferencia, dos eruditos quizá mediocres, pero profesores excelentes. Ambos se dedicaron conjuntamente al griego y al latín, y ambos terminaron también por trasladarse a Madrid. El primero, Raimundo González Andrés, profesó allí durante los años 51 al 60 y dejó un discreto manual de historia de la literatura griega. Sobre el segundo, Antonio González Garbín, titular de la cátedra granadina desde el 73 al 93, puedo muy bien ceder la palabra a Unamuno, que lo conoció en Madrid y que dice de él, entre otras cosas, lo siguiente [4]: «Es el señor González Garbín un anciano venerable y benemérito, hoy casi ciego, que durante una larga vida ha estado educando silenciosa y pacientemente a generaciones de jóvenes en el amor y el gusto de las culturas clásicas, griega y romana. Al leer esto es fácil que se encoja de hombros y deje diseñarse en sus labios una sonrisa alguno de esos que se figuran que el conocimiento directo y el trato con aquellos escritores que han amaestrado a tantas generaciones es hoy, por lo menos, superfluo. Pero como yo creo que, aunque el conocimiento y el cultivo de la antigüedad clásica no contribuyen, desde luego, a aumentar las rentas de un país, contribuyen, y mucho, a apartar a lo más florido de los intelectuales de los fáciles, pero funestos, caminos de la superficialidad, me atengo a creer que González Garbín ha hecho no poco por formar caracteres.

»Aquel hombre singular... que se llamó Ángel Ganivet, discípulo fué de González Garbín y muchas veces le oí hablar de éste con grandísima veneración y como del hombre que más había contribuído a formar su espíritu... ¿González Garbín es acaso un sabio? No digo que no lo sea en cierto respecto, pero su nombre no va unido a ningún descubrimiento importante en la rama de los estudios de humanidades clásicas a que viene dedicado. No se le cita como a un erudito de nota ni como autor de trabajos fundamentales... Pero conozco de él algo que vale más que todos los manuales habidos y por haber, por muy buenos que ellos sean, y son las palabras de Ángel Ganivet cuando hablaba de su maestro, de aquel a quien tenía por su maestro por excelencia.»

---

[3] Cfr. mi artículo *Humanisme espagnol et Histoire d'Espagne*, en «L'Hellénisme Contemporain», IX, 1955, 211-226.

[4] *Contra esto y aquello*. Ed. Col. Austral. Buenos Aires, 1950[3], 122-127.

Un poco larga fué la cita, pero resultaba imprescindible: en primer lugar, para el mejor encuadre cronológico de este período con respecto a una generación tan bien caracterizada como aquella a que pertenecieron Unamuno y Ganivet, y, además, para que vayamos viendo cuál era el tipo de profesores entusiastas, honestos y enteramente respetables, pese a sus deficiencias, que ocupaban las cátedras universitarias durante la juventud y la madurez de don Marcelino.

Un panorama similar se nos presenta en Barcelona, donde no brillaban extremadamente los estudios latinos, pero sí, hasta cierto punto, los helénicos, representados por una escuela seria, homogénea, consecuente consigo misma y todo lo eficaz que permitían las circunstancias de la época. En 1879, es decir, en plena mocedad de Menéndez y Pelayo, murió Bergnes de las Casas, catedrático de griego desde 1847: hombre modesto, pero competente; buen profesor, que, sin alcanzar fama internacional, consiguió gran prestigio como helenista de nota; y en otros campos, editor y gran propulsor del romanticismo catalán [5]. Su sucesor en la cátedra desde 1881, José Balari y Jovany, siguió las huellas de su maestro y, a fuerza de asiduidad y estudio, logró formar escuela en que descollaron don Luis Segalá, muerto en un bombardeo durante nuestra última guerra, y Enrique Soms y Castelín, de quien luego tendré que hablar.

Pero vengamos ya a Madrid y examinemos de cerca también el panorama de la que había sido *Alma mater* complutense. Aquí la cátedra de latín estuvo ocupada durante más de cuarenta años por Camús, persona a la que habré también de referirme más tarde y a quien sucedió, entre otros, González Garbín, venido de Granada en 1893.

En la de griego el movimiento de titulares fué mayor, y en la relativamente nutrida sucesión de catedráticos alternaron, como no podía menos de suceder, las medianías o nulidades con los helenistas de cierta talla, siempre dentro del alcance relativo que tratándose del siglo XIX hemos de dar a estas calificaciones. Sobre las primeras correremos púdicamente un tupido velo; de los segundos entresacaré alguno.

Por ejemplo, don Saturnino Lozano y Blasco, discípulo de Flórez Canseco y maestro, a su vez, de aquel González Andrés que antes cité como trasladado de Granada a Madrid. Por ejemplo, don Ana-

---

[5] Cfr. el estudio de S. Olives, *Bergnes de las Casas, helenista y editor. 1801-1879.* Barcelona, 1947.

cleto Longué, traductor no malo de Platón que profesó en esta ciudad de 1875 a 1890. Por ejemplo, don José Alemany, catedrático de griego durante muchos años a partir del 1899, que hizo cosas muy estimables y pudo haber hecho más si no se hubiera dispersado como tantos hombres inteligentes en España. Y, en fin, dos notables helenistas que en ocasiones diversas tuvieron que ver con nuestro don Marcelino.

Del más moderno de los dos diré tanto menos cuanto que no se trata de persona que haya dejado muchos datos sobre su vida y obra. Hablo del ya citado Soms y Castelín, discípulo de Bergnes y Balari, muy bien dotado para la lingüística, que llegó a ser catedrático de sánscrito y de griego en Salamanca, Sevilla y Madrid y dejó una buena antología de prosistas y la traducción del Curtius a que luego voy a dedicar algunas palabras.

El otro personaje es más interesante y pintoresco: don Lázaro Bardón, a quien han dedicado bellas monografías Manuel Rabanal [6] y Santiago Olives [7]. Bardón era una mina inagotable de anécdotas, algunas graciosísimas; de carácter difícil e iracundo, creó mil problemas en el claustro madrileño y envenenó sin querer todos los asuntos académicos en que anduvo metido. Sus dotes científicas no eran grandes, pero tuvo dos virtudes fundamentales que han hecho su nombre digno de recordación. La primera, la tenacidad, demostrada en los colosales esfuerzos con que consiguió vencer las mil dificultades que se oponían a la impresión de sus proyectadas *Lectiones graecae*; la segunda, el afecto que logró inspirar en sus discípulos, que fueron muchísimos y entre los que se cuentan no sólo futuros helenistas como González Garbín, Federico Baráibar, Segundo Brieva y Julián Apraiz, sino figuras intelectuales de la talla de Palacio Valdés, Rizal y Unamuno. Este último, en la nota referente a Garbín que antes cité, dedica [8] unas bellas líneas a don Lázaro, del que dice que era más aún que un catedrático de griego: todo un hombre, una personalidad dotada de una especie de magnética influencia que sabía irradiar sobre sus discípulos y que convertía en nobilísimas las más vulgares expresiones.

Por lo que toca a don Marcelino, debió de tener múltiples ocasiones de trato con Bardón. Hay, por lo menos, una de ellas sobre la

---

[6] *Dr. Lázaro Bardón y Gómez de Inicio (1817-1897). Algunos datos para la bio-bibliografía de un helenista leonés*, en «Archivos Leoneses», III, 1949, 3-47.

[7] *Don Lázaro Bardon (1817-1897). Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*, en «Estudios Clásicos», II, 1953-1954, 5-40.

[8] O. c., 126-127.

cual poseemos algunos pormenores, y, por cierto, que se trata de coyuntura importante para nuestras letras clásicas del XIX. Era el año 1891 y estaba vacante y anunciada a oposición la cátedra de griego de Salamanca. Don Marcelino presidía el Tribunal. Uno de los jueces era don Juan Valera, a quien tanto debió la afición clásica de Menéndez y Pelayo; otro, don Lázaro Bardón, que, ya muy viejo y un poco chocho, llamaba la atención motejando en forma audible de cursi al opositor Unamuno cada vez que éste citaba el recién publicado Curtius. ¡Tanto era el desprecio de aquel santo varón hacia las minucias de la lingüística!

Los opositores eran dos. Miguel de Unamuno, un vasco muy inteligente, de veintisiete años a la sazón, que había tenido muy mala suerte en sus oposiciones. Primeramente perdió una cátedra de Instituto de Psicología, Lógica y Etica; luego, otra de Metafísica de Universidad. Después aspiró sin éxito a cátedras de latín, y, por último, se decidió a concurrir a estas oposiciones de griego de que hablo.

El otro firmante, a quien antes mencioné incidentalmente, era un granadino, Ángel Ganivet, que tenía dos años más que su rival. Había sido una de las lumbreras de la universidad de Granada y se esperaban muchas cosas de él, pero iban pasando ya los años y el triunfo definitivo no llegaba. Quizá se debía ello a una mala elección de carrera, influída tal vez, con ciego amor de maestro, por González Garbín. Probablemente, Ganivet tenía más dotes y más afición para la filosofía o la historia que para el griego.

El caso es que aquella oposición era ya la segunda a que concurría. Anteriormente había acudido a otras «para foguearse», como suele decirse en semejantes casos. Navarro Ledesma, su amigo íntimo, nos cuenta [9] que en esta primera ocasión Ganivet se había preparado en menos de veinte días y «tuvo que luchar con un buen hombre (se refiere a don José Alemany) que se había aprendido de memoria la *Ilíada*, la *Odisea* y casi todos los poetas griegos, en Barcelona, dedicando a esta faena ocho o diez años de jornada de más de ocho horas y sin descanso dominical».

Naturalmente, Ganivet fué derrotado, lo cual no le impidió volver a la carga, seguramente sin gran preparación, en estas segundas oposiciones.

Los antagonistas —¡bonito ejemplo para tanto especialista del navajazo y la «trinca» y el ceño adusto para el rival!— se hicieron

---

[9] En páginas 17-18 del *Epistolario* de Ganivet (Madrid, 1944[3]).

grandes amigos. Por cierto que Ganivet habla de un extraño proyecto de Unamuno, curioso por ser el único esbozo de empresa filológica que de él conocemos. En una horchatería que ambos frecuentaban con Ortí y Lara, don Miguel expuso al granadino su plan de publicar la *Batracomiomaquia* con ilustraciones propias, para lo cual estaba estudiando afanosamente la anatomía de las ranas y los ratones. Y recuerda Ganivet cómo «sobre la mesa de mármol del café me pintó usted una rana con tan consumada maestría que no la he podido olvidar: aún la veo que me mira fijamente como si quisiera comerme con los ojos saltones» [10].

Todo esto es anécdota, y aun anécdota divertida. Pero lo que ya no es anecdótico ni accidental es la importancia que tuvo aquella oposición para el pensamiento español y para la filología clásica conjuntamente. En el primer aspecto, porque el derrotado Ganivet dejó definitivamente el griego para embarcarse en la nave literaria con rumbo al *Idearium español* y al *Pío Cid* y a su trágica muerte. Y en el segundo, porque Unamuno, que por sus grandes dotes pudo haber perseverado en el iniciado camino convirtiéndose en el gran helenista que entonces España no tenía, se negó rotundamente a emprender las tareas de investigación que se le proponían y se recluyó en la modesta tarea de profesor serio y eficaz en la simple enseñanza del griego, pero totalmente negativo en cuanto significase crear escuela, publicar en materia helénica o fomentar en algún modo los estudios entonces tan decaídos. De esto he hablado en alguna parte [11], e incluso he apuntado como un lamentable retraso en aquel amanecer a que al principio aludía la doble circunstancia de que Unamuno se negara a ser helenista y de que Menéndez y Pelayo se haya visto imposibilitado, en virtud de su enorme ambición intelectual y de su sentido de la responsabilidad con respecto a las urgentes tareas que le aguardaban en el campo de la literatura española, para ser el glorioso latinista que tenía en germen, con tantas otras cosas, su increíblemente vasta personalidad.

Un retraso que podemos calcular en treinta años, pero que tal vez habría llegado a ser una distanciación permanente con respecto a la Europa culta si no se hubiera realizado el esfuerzo, quizá no bien apreciado aún hoy por falta de perspectiva histórica, de otra genera-

---

[10] *Idearium español y El porvenir de España*. Ed. Col. Austral. Buenos Aires, 1949[4], 145.

[11] O. c. (en n. 3), 220-222.

ción formada, puede decirse, sin maestros y que en realidad puede ser calificada de iniciadora de aquella especie de renovación de los estudios clásicos a que en un principio me referí. La generación que entró en las cátedras por los alrededores de la guerra del '14, la de González de la Calle en Salamanca y Madrid, Pabón en Granada y Salamanca, Vallejo en Sevilla, Galindo en Zaragoza, Moralejo en Santiago, Balcells y Bassols en Barcelona —y no olvidemos al Padre Errandonea en el magisterio de su Compañía, o a García de Diego, Echauri y Pariente en sus cátedras de Instituto— tiene, a mi parecer, el mérito enorme de haber sido la verdadera promotora de una nueva dirección científica tanto más providencial cuanto que los estudios clásicos se encontraban en un marasmo del que sólo se salvaban el buen deseo y la laboriosidad de excelentes profesores como don José Alemany o don Luis Segalá. Hoy nos gloriamos mucho de nuestra maestría y competencia en la elaboración de huevos filológicos o lingüísticos de la más diversa índole; pero, por favor, no olvidemos a estos precursores que no sólo nos trajeron las gallinas —aquellas gallinas entonces desconocidas que eran el Ernout y la bibliografía de Marouzeau y el Pauly-Wissowa y el *Handbuch* de Müller—, no sólo nos enseñaron a criarlas y perdieron muchas horas de su vida ayudándonos a tener la sartén en nuestras inexpertas manos, sino que otra vez en los primeros años después de nuestra guerra, cuando el pequeño núcleo se hallaba en peligro de no resistir embates tan fuertes, corrieron con sus discípulos a taponar la brecha y consiguieron en intervención personal salvar el bache peligroso.

Y aquí, en relación con este grupo, aparece nuevamente en escena, y ahora ya para no abandonarla hasta el final, don Marcelino ganando batallas después de muerto: porque —*suum cuique*— hay que citar también como otra circunstancia sumamente favorable la de que Menéndez Pidal, hurtando tiempo a la labor filológica de su especialidad, se haya ocupado personalmente [12] de poner en marcha, con ayuda de algunos de los que antes mencionaba, lo que a lo largo de los años había de ser Instituto «Antonio de Nebrija» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, es decir, el organismo centralizador de las energías humanísticas antes dispersas. Si contamos, pues, este rasgo como uno de los muchos en que se reconoce en Pidal la huella del magisterio y el trato de Menéndez y Pelayo, extrañará to-

[12] Cfr. su nota *Al lector*, en «Emerita», I, 1933, III-VI.

davía menos que cuantos debemos lo que somos a esta escuela estemos obligados, en definitiva, a rendir homenaje a la insigne figura cuyo centenario estamos celebrando.

Ahora bien, sentiría producir, siquiera fuese de forma momentánea y transitoria, una impresión errónea. No se vaya a ver en estas últimas frases una oportunidad, traída por los pelos, para celebrar en don Marcelino, a falta de otros méritos, una dudosa paternidad indirecta. En modo alguno. La manifestación que acabo de hacer era una especie de colofón del panorama, espero que bastante claro, sobre el cual voy ahora a proyectar la silueta del gran santanderino; pero al mismo tiempo un primer miembro, nada más que uno de tantos, en la serie de datos escuetos que habrán de dar al final, así lo creo, la figura entera y verdadera de un humanista en todos los sentidos de este manoseado y polisémico vocablo. Humanista en cuanto perfecto conocedor del mundo griego y latino y de los instrumentos necesarios para su recto disfrute y enjuiciamiento; humanista en cuanto estudioso también de lo clásico en el grado en que se lo permitían sus múltiples tareas de otro tipo; humanista en cuanto fiel intérprete del pensamiento antiguo en sus más variadas facetas; humanista en cuanto explorador infatigable del mundo de la cultura en alas de una inmensa curiosidad inspirada por los más puros destellos del *homo sum* terenciano; humanista, finalmente, en cuanto hombre completo, hombre auténtico, tolerante y cortés, respetuoso con sus maestros y paciente con sus discípulos; incapaz, en la calle como en la cátedra o en la vida oficial, de empujar desconsideradamente a quien se cruzara en su camino; exento, por fortuna para él, de ese virus terrible que ha llenado de veneno tantos miles de páginas dedicadas a temas seudohumanísticos: seudohumanísticos, digo, porque desgraciadamente no basta con haber dedicado la vida entera a Platón o a Cicerón para verse ungido, por modo casi milagroso, con las virtudes de tan excelsos modelos. Los verdaderos moldes humanísticos, aptos para dar contenido vital a cualquier materia que en ellos se vierta, van allá muy dentro, en lo más íntimo del alma del escritor; y eso es lo que de modo sobresaliente poseyó siempre Menéndez y Pelayo.

Pero no invirtamos los términos: veamos, ante todo, al simple conocedor de la lengua y literatura griegas y latinas.

Unos cuantos datos sin comentario [13]:

---

[13] Me han sido muy útiles las notas anónimas de «Perficit», núm. 34 (julio 1948), 36 (noviembre 1948), 40 (abril 1949), 47 (febrero 1950) y 59 (mayo 1951).

Antes de cumplir los diez años fué puesto en manos de un profesor de latín, don Francisco María Ganuza: uno más entre esa meritoria falange de honestos y entusiastas maestros en que antes he reconocido los remotos precursores de la resurrección de nuestros estudios clásicos; un hombre del que se dice cariñosamente que era un monomaníaco del latín, que siempre estaba en cátedra, por la mañana en el Instituto, del que era titular, y por la tarde en su casa o paseando con los prebendados por los claustros de la catedral; un hombre que durante la comida hablaba de latín y en latín con sus hijos y nietos, «y ya se sabía —comenta uno de éstos—: comensal latino que no sabía pedir gramaticalmente el postre en latín, no lo comía» [14].

A los doce años llevan a Marcelino a visitar al ministro Posada Herrera. Éste le ofrece el libro que más le guste de su biblioteca. El niño escoge una edición latina en dieciseisavo de Catulo, Tibulo y Propercio, edición que, metida en el bolsillo del chaleco, acompañó al joven Menéndez en los viajes hechos a lo largo de sus estudios [15].

A fines de 1868 —doce años apenas cumplidos— el futuro polígrafo redacta un catálogo de su todavía incipiente biblioteca. La procedencia de los libros es varia: ha recibido algunos como premio escolar o regalo de sus parientes, pero otros los ha comprado con sus pequeños ahorros, como un comentario latino a Ovidio, por el que pagó cuatro reales. De los treinta y cuatro tomos de la minúscula colección, diez son latinos [16].

A los trece años, siendo alumno del Instituto, toma parte en una discusión retórica sobre la inmortalidad del alma con aducción en latín de lugares de las *Tusculanas* de Cicerón [17].

A los catorce ha traducido el episodio de Píramo y Tisbe de las *Metamorfosis* de Ovidio [18] y la égloga VIII de Virgilio [19].

A los quince, cuando llega a Barcelona ya como bachiller, demuestra dominar por completo a los clásicos latinos, y aun saberse de memoria muchos de ellos.

En Barcelona le acoge como su discípulo predilecto Manuel Milá y Fontanals, buen latinista, aunque apenas trabajara como erudito

---

14 Artigas, *La vida y la obra de Menéndez y Pelayo*. Zaragoza, 1939, 18.

15 Cedrún de la Pedraja, *La niñez de Menéndez y Pelayo*. Madrid, 1912, 16-17.

16 Artigas, o. c., 22-24.

17 Cedrún de la Pedraja, o. c., 20-22.

18 *Ob. compl.*, LXI, Madrid, 1955, 325-334.

19 Ibídem. 335-343.

en este campo, y excelente conocedor de Virgilio y Horacio. Y por cierto, que muchos años después nos da el antiguo discípulo una muestra de su insuperable calidad humana —él, el doctor a los dieciocho años, el catedrático de Madrid a los veintidós, el académico de la Lengua a los veinticuatro y de la Historia a los veintiséis, el niño mimado por los intelectuales y por la sociedad, a quien sobraban los motivos para ensorbebecerse— al dedicar modestamente a Milá y Fontanals el primer tomo de su *Historia de las ideas estéticas* con las inmortales palabras del Dante: «Tu duca, tu signore e tu maestro...» [20].

En el primer curso de Filosofía y Letras obtiene sobresaliente en literatura latina; oposita a premio y lo consigue tras redactar un ejercicio de nueve páginas sobre *Los poetas trágicos latinos* [21].

A los diecisiete años está ya trabajando en la *Biblioteca de Traductores Españoles* y dedicado con preferencia a la parte latina de ella [22].

En seguida se licencia en Valladolid; y aún no cumplidos, o apenas cumplidos, los diecinueve años nos sorprende nada menos que con lo siguiente: una tesis doctoral sobre *La novela entre los latinos* [23]; unos dísticos eróticos en muy decoroso latín tibuliano [24], a los que años después seguirían los graciosos versos goliardescos —*Ave Salmantina, civitas gloriosa, gloria litterarum, semper speciosa*, etcétera [25]— y la elegía a la muerte de la reina Mercedes [26]; y, en fin, una carta, bastante larga y escrita en latín, con que se dirige al prefecto de la Biblioteca napolitana para hacerle una consulta bibliográfica sobre la traducción sofoclea de Montengón [27].

Todo esto ha sido un poco prolijo, y pido mil perdones por ello; pero es que hacía falta plantear la cuestión de si don Marcelino sabía o no mucho latín. Pues bien, pésese y compútese lo hasta aquí dicho; añádanse las traducciones de Ovidio y Virgilio, a las que vinieron a sumarse, escalonadas entre el 1874 y el 1884 —es decir, nó-

---

[20] *Ob. compl.*, I, 1940, 1.

[21] Rubió y Borrás. *Los cuatro primeros escritos de Marcelino Menéndez y Pelayo y su primer discurso*. Barcelona, 1913.

[22] Artigas, o. c., 43.

[23] *La novela entre los latinos* (*tesis doctoral*). Santander, 1875.

[24] *Ob. compl.*, LXI, 352.

[25] Ibídem, 208-211.

[26] *Ob. compl.*, LXII, 1955, 301-302.

[27] *Ob. compl.*, LVI, 1953, 374.

tese bien, entre los diecinueve y los veintinueve años—, otras ovidianas [28] con nuevas de Tibulo [29], Petronio [30], Prudencio [31], Catulo [32] (con el apócrifo del abate Marchena [33]), Horacio [34], Lucrecio [35], Salustio [36], Cicerón [37] y Séneca [38], amén de la humanista Luisa Sigea [39]; cárguese en cuenta también la versión de *Los cautivos* de Plauto [40] que hizo en pocas horas para ser representada por los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, y luego considérense objetivamente los términos del citado problema. Ya sé que se me alegará que en tal o cual traducción, hecha posiblemente un poco de prisa, se encuentran una o dos inexactitudes; que en los dísticos de que acabo de hablar aparece cierto disparate prosódico; que la tesis doctoral —de la que por otra parte sabemos que fué redactada durante una Semana Santa, y no se olvide que hace ochenta años no se era tan exigente en este género de pruebas— no aporta novedades que valgan la pena. Concedido todo ello. Pero seríamos injustos si considerásemos despectivamente a don Marcelino desde la cómoda profusión bibliográfica de nuestros centros de estudio actuales, repletos de toda clase de medios auxiliares, que entonces, y más en España, faltaban. Menéndez y Pelayo, comparado con los españoles de su tiempo, es no ya una medianía, no ya una figura sobresaliente, sino un verdadero coloso de la latinidad; comparado con el nivel general de nuestros días, es decir, concediendo a nuestros coetáneos un generoso «handicap» de casi un siglo, se mantendría a flote muy decorosamente; y, en fin, pena da decirlo, nos superaría a todos o a casi todos en alguno de los aspectos en que lo he presentado. Y quien no lo crea

---

[28] *Ob. compl.*, LXI, 98-102.
[29] Ibídem, 94-97.
[30] Ibídem, 103-104.
[31] Ibídem, 105-112.
[32] Ibídem, 80-86.
[33] Ibídem, 119-120.
[34] Ibídem, 87-93.
[35] Ibídem, 75-79.
[36] *Ob. compl.*, LI, 1952, 25-40.
[37] En varios tomos de la Biblioteca Clásica (Madrid, 1879-1884). Cfr. *Ob. compl.*, XLV, 1950, 428-431.
[38] Cfr. Artigas, *«Agamenón», de Séneca, traducido por Menéndez y Pelayo*, en «El Pueblo Cántabro» del 19 de mayo de 1916. Cfr. también Artigas, *Conferencias de Menéndez y Pelayo sobre Séneca*, en «Bol Bibl. M. P.», V, 1923, 1-6.
[39] Ob. compl., LXI, 113-118. Cfr. también Artigas, *Traducción hecha por Menéndez y Pelayo de una epístola latina en honor de Zorrilla*, en «Bol. Bibl. M. P.», VI, 1924, 297-301.
[40] *Ob. compl.*, L, 1951, 373-407.

así, tome papel y pluma, pertréchese del *Thesaurus*, del *Antibarbarus* y de otros medios de que él careció en absoluto y pruebe a componer una carta latina tan correcta, sobria y elegante como la dirigida a Víctor Fornari.

Si pasamos al griego, la cuestión presenta ya más matices; y como no quiero pecar de apasionado, y como, por otra parte, debo confesar que no he estudiado el problema muy de cerca, seré muy parco en afirmaciones positivas al respecto.

Menéndez y Pelayo no tuvo la suerte de tropezar con un profesor de griego tan excelente como Ganuza para el latín, y ello por la sencilla razón de que en 1866, cuando contaba diez años el futuro erudito y se disponía, seguramente con fruición, a cursar la lengua helénica en los estudios medios, se cometió la gran iniquidad del Real Decreto de 9 de octubre, que venía a suprimir el griego —lo he dicho en otro sitio, pero lo interesante del tema vence a mi temor a repetirme— «porque la experiencia demuestra que es casi nulo el resultado de este estudio en la segunda enseñanza. Los profesores del mismo, bachilleres la mayor parte en la Facultad de Filosofía y Letras, sólo han estudiado en ella un curso de dicho idioma, o más bien de su literatura; dando por supuesto que en la segunda enseñanza, hasta la época presente, poco o nada pudieron aprender; ¿cómo ha de enseñar con fruto el primero y segundo año quien sólo ha estudiado uno?» [41]. Así reza el preámbulo del Decreto, con un sofisma notorio; de creer a este legislador, no será posible introducir jamás un estudio nuevo en una Facultad, por no haber cursado en ella quienes hayan de enseñarlo. Y así se explican las protestas iracundas de Apraiz: «¿Y el estudio privado? ¿Y la oposición? ¿Y los nueve años que llevaban de enseñanza? ¿Y los jóvenes licenciados que estaban a la expectativa a la sazón, aprobados en cuatro cursos de griego? Con semejante lógica podía justificarse la supresión de todos los estudios y poner en vigor el célebre Decreto de 1830 sobre tauromaquia; pero aún habría que cambiar esta palabra griega por otra del caló» [42]. A lo cual agrego yo, con un ejemplo de nuestra historia contemporánea: ¡Apañados estaríamos si nuestros legisladores del 1938 hubieran razonado de la misma manera! ¿Cuándo

---

[41] «Gaceta» del 12 de octubre de 1866.

[42] *Apuntes para una historia de los estudios helénicos en España*. Madrid, 1876, XVII, n. 1.

habríamos podido salir de ese círculo vicioso de «no se enseña porque no se sabe y no se sabe porque no se enseña»? Por fortuna, los implantadores del mencionado plan, quizá de manera inconsciente, contaban con esa verdadera joya nacional que es el autodidactismo y gracias al cual hemos visto cómo han bastado unos cuantos años —desde los tiempos ya tan lejanos en que don Domingo Miral ponía cátedra para futuros helenistas en Zaragoza y con acompañamiento, como quien dice, de remotos cañonazos— para que una pléyade de catedráticos de Instituto francamente buenos, si se exceptúa mi modesta persona, haya sustituído a aquellos nada más que bienintencionados licenciados, maestros nacionales y aun abogados o comerciantes de las distintas localidades que se hicieron cargo en un principio de la enseñanza del griego.

Pero volvamos al siglo pasado. De nada sirvieron aquellas encendidas protestas; de nada sirvió el rasgo de los catedráticos de Instituto, quienes, dolidos ante la ley que, como dice Apraiz, les había «ofendido gravemente... tal vez sin conciencia del agravio que les infería» [43], pusieron especial empeño en que sus discursos de apertura de curso trataran de temas de su antigua asignatura. Todo ello fué inútil: el griego permaneció durante cuarenta años ausente del Bachillerato, salvo una fugaz reaparición en el plan de 1894 [44].

Pero ocurrió algo más todavía. Vinieron las tormentas políticas del 68, la caída de Isabel II, el advenimiento del Gobierno provisional y una disposición del ministro Ruiz Zorrilla [45] por la cual se reducen los dos cursos de clase diaria de griego de la Facultad de Filosofía a dos cursos de clase alterna, el segundo de los cuales se llamará, con denominación ridícula muy bien señalada por Olives [46], «Estudios críticos sobre los autores griegos».

Todo ello contribuyó a que don Marcelino no recibiera una instrucción muy completa en cuanto a esta lengua. Y bien que lo debió de sentir. Recuérdense si no aquellas palabras suyas, repetidas hasta la saciedad, del prólogo a la *Gramática griega elemental* de Curtius traducida por Enrique Soms y Castelín [47]: una obra, dicho sea de paso, que venía con retraso a España, como tantas cosas, pero a tiempo todavía —y el patrocinio de don Marcelino valió de mucho— para

---

43 O. c., XVI-XVII.
44 R. D. de 16-IX-1894 («Gaceta» del 18).
45 Decreto de 25-X-1868 («Gaceta» del 26).
46 O. c. (en n. 5), 55.
47 Madrid, 1887 (prólogo en págs. V-XVI).

servir, adoptada como libro de texto por Balari y Longué y sus secesores en Barcelona y Madrid, como insustituíble manual práctico en el aprendizaje del griego; porque el Brugmann, mucho más moderno y, por tanto, mejor puesto al día en lo meramente lingüístico, no sirvió nunca, por su carácter de no sistemático, para lo mismo que el Curtius.

Pero aquí no nos interesa más que el prólogo, con aquellas lamentaciones tan conocidas del año 1887: «¿Qué Filología ha de prosperar en esta nación, que, por privilegio singular y deshonroso entre todas las de Europa, es la única que ha excluído el griego de su enseñanza elemental, sin que este insigne desatino, consumado en 1867, haya logrado hasta la fecha enmienda ni reparación de los infinitos gobernantes que se han sucedido, etc...?» Y ni aun nos importan estas palabras [48] para lo que ahora nos ocupa —pues el sentir amor o admiración por una lengua no significa forzosamente conocerla— excepto como testimonio de un desdichado hecho legal que privó, como he dicho, a don Marcelino de recibir tan buena formación en griego como en latín.

Los primeros rudimentos de griego los recibió, pues, en Barcelona y en el primer año de Facultad. Asistió a las clases de Bergnes de las Casas; obtuvo sobresaliente y, como en latín según antes dije, presentóse también a premio. El tema para el ejercicio fué *Verbos en «-mi»*. El pobre estudiante, no muy amante de la gramática y menos de la griega en que no había podido acopiar una gran preparación, debió de pasar un rato bastante malo. Demostró al menos que sabía conjugar el verbo *títhemi*, lo cual no es poco para un primer año de clase alterna; pero nada más. Y, lo que es peor, no consiguió el premio. Pero no le culpemos demasiado. Culpemos tal vez a Bergnes, que, aun siendo buen profesor, no supo, por lo visto, sembrar con fruto en terreno tan bien abonado intelectualmente como aquél; y culpemos, sobre todo, a Rubió y Borrás, que, al año de la muerte del maestro, tuvo la infeliz idea de publicar [49] estos inmaturos trabajos de un niño. ¡Cuánto daño hace este tipo de eruditos, o mejor dicho, de inconscientes recogedores de toda clase de papeles! ¿Ha ganado mucho la posteridad con conocer tales puerilidades, o los ñoños versos juveniles de Rubén Darío, o, en otro orden de cosas, las cartas demasiado íntimas de Valera? ¡Pidamos, verdaderamente, a Dios que

[48] Páginas XII-XIII.
[49] O. c., en n. 21.

conceda, a los sabios o escritores a quienes amemos, unas horas de lucidez antes de la muerte para que puedan burlar estas tontas codicias de los compiladores! Pero será todo inútil: aunque se tomasen tales precauciones —y Menéndez y Pelayo lo guardó absolutamente todo— no evitaríamos que se llegue a los archivos oficiales, como en este caso, o a las colecciones epistolares ajenas para desenterrar lo que hubiera debido permanecer oculto.

Pero sigamos con el griego. Parece, como he dicho, que Bergnes no fué en el caso de don Marcelino, no sabemos por culpa de quién, un profesor ideal; en cambio, Bardón, aquel pintoresco Lázaro Bardón del que antes hablé, es llamado alguna vez por Menéndez y Pelayo «mi verdadero maestro de griego» [50] y «gran varón, gloria de nuestras aulas que ojalá continúe ennobleciendo por muchos años con su precisa y severa doctrina» [51]. Parece, pues, lógico pensar que aquel dominar la conjugación entera en los finales del primer curso se llegaría a convertir, con los años, en un manejo más perfecto del idioma: sin primores lingüísticos, eso sí, sin dominio de la bibliografía extranjera —¿cómo iba a esperarse tal cosa en una persona que simultáneamente se hallaba dedicada a la más intensa y fecunda actividad en otros campos?—, pero hasta el grado exigible en quien no aspire sino a estudiar a los autores griegos manejándolos directamente o —¿por qué no?— con ayuda en ciertos casos de una traducción latina como las de la colección Didot que, con tanta alegría suya, le fué regalada por sus paisanos de la Montaña.

Ahora bien, el caso es distinto cuando se pasa a las traducciones. También aquí hay una larga serie de autores griegos vertidos por Menéndez y Pelayo en los mismos años de juventud a que corresponden las traducciones latinas: dos odas de Safo [52], la de Melino atribuída falsamente a Erina [53], un epigrama de Luciano [54], dos idilios de Teócrito [55], uno de Bión [56], otro de Mosco [57], un himno de Sinesio [58], una

---

[50] «La Publicidad» del 19-I-1894; cfr. Olives, o. c. (en n. 7), 21-22 (n. 36).
[51] *Ob. compl.*, XLIII, 1948, 17.
[52] *Ob. compl.*, LXI, 41-43.
[53] Ibídem, 44.
[54] *Ob. compl.*, LXII, 283.
[55] *Ob. compl.* LXI, 53-59 y LXII, 115-123.
[56] *Ob. compl.*, LXI, 60-63.
[57] Ibídem, 64-69.
[58] Ibídem, 70-74.

oda pindárica [59], cinco anacreónticas [60] y, en fin, dos tragedias de Esquilo [61].

Estas traducciones, como todas las de su género, plantean una serie de problemas; y debo confesar sinceramente, como antes apunté, que no he tenido tiempo de abordar siquiera su resolución.

El primero, el de si estos textos suenan bien en español, es decir, el de la calidad de la obra poética de Menéndez y Pelayo. Este es un punto que no atañe sino de refilón a mi tema y que además acaba de ser densa y bellamente tratado por Balbín y Sánchez Reyes [62] en el prólogo al correspondiente volumen de la edición nacional. En este caso era inevitable, como en toda cuestión de gustos, la disputa, surgida ya en vida del autor y en que, naturalmente, cada vez irá predominando, conforme surjan nuevas generaciones, la intransigencia un poco iconoclasta. Pero en este aspecto no quiero entrar.

Cosa distinta es la cuestión de la fidelidad, y tampoco aquí he de extenderme en demasía. Unicamente diré que quien se adentre en este problema debe prepararse no sólo a juzgar a Menéndez y Pelayo como traductor, sino a pronunciarse nada menos que ante el eterno debatirse de los hermeneutas de todos los siglos entre la literalidad y la elegancia. «So treu als möglich; so frei als nötig». Así reza el dicho alemán sobre las versiones. ¡Qué fácil de enunciar y qué difícil de cumplir!

Y por último —penetremos sin reservas en el punto más espinoso— hay que estudiar, si se cree necesario, lo relativo a la posible mediación de otra lengua —concretamente del latín, pues don Marcelino no parece que manejara ediciones francesas de los clásicos— en las versiones griegas a que vengo refiriéndome. El problema, repito, es delicado. El idilio de Mosco lleva un subtítulo en que se lee «traducido del griego»; y en una nota a la versión del epigrama de Luciano dice Menéndez y Pelayo haberlo traducido «directamente del texto griego el primero de diciembre de 1875, a las siete de la noche, en Madrid». ¿Cabría suponer, con un *argumentum e silentio*, que estos dos casos son excepcionales frente a las demás traducciones, que son la inmensa mayoría? El admitirlo sin más sería una monstruosidad hipercrítica.

Lo mejor, en todo caso, es tomar las traducciones y hacer allí la

[59] *Ob. compl.*, LXI, 45-46.

[60] Ibídem, 47-52.

[61] *Ob. compl.*, LXII, 155-272. Cfr. sobre la génesis de esta traducción, las cartas publicadas por Artigas y Sainz Rodríguez, *Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo*. Madrid, 1930, 28-62 (cfr. también 8-9).

[62] *Ob. compl.*, LXI, págs. V-VII.

prueba personalmente: el estudio es cosa fácil. Mi impresión general, sin embargo, es que la traducción se hace directamente del griego, aunque no quede excluída, claro está, la posibilidad de consultas aclaratorias de otras ediciones o versiones. ¿Y quién hay que, salvo en los trances amargos de los exámenes, esté obligado a abstenerse de algo tan lícito?

Así, para terminar ya con este punto, tenemos perfilada, al menos mientras no se nos demuestre otra cosa, la figura de un Menéndez y Pelayo buen conocedor de la gramática griega —lo cual, después de todo, no era arco de iglesia para una persona de su inmenso talento—, discreto helenista práctico y capaz de manejar directamente a Platón o a Homero cuando el caso lo requiriese.

He aquí, pues, al Menéndez y Pelayo impuesto en el griego y en el latín y lector infatigable de lo clásico. ¿Cuál había de ser forzosamente su postura ante este mundo complejo y tentador? La única que en su país y en su época era dado tomar. Si Santander hubiera sido Maguncia o Dresde, si se hubiera visto rodeada la cuna del sabio en ciernes por las «nieblas hiperbóreas» [63] que tanto aborreció, su porvenir habría estado muy claro. Don Marcelino, siete años más joven que Wilamowitz, cuatro más que Federico Leo, uno más que Beloch, coetáneo de Eduardo Meyer, habría sido —pues inteligencia e ingenio le sobraban para ello— una más en la incontable serie de lumbreras de la «Altertumswissenschaft»: habría publicado una gruesa tesis sobre métrica griega, enseñado en una docta y tranquila universidad provinciana, colaborado asiduamente en el *Rheinisches Museum* o los *Göttingische gelehrte Anzeigen,* editado tal vez a Estobeo o Herodiano y pronunciado solemnes discursos de apertura ante los enhiestos mostachos de su Majestad Imperial; y, desde luego, no habría muerto como murió, consumido por la ibérica fiebre del trabajo anárquico, sino que, después de larguísimos años de metódica y sosegada labor, habría pasado dulcemente de esta vida mortal a ese «Fortleben» de los filólogos que empieza con los funerales de la *Festschrift* y termina con la inmortalidad en el amarillento y polvoriento mausoleo de los *Kleine Schriften.*

Pero no fantaseemos y volvamos a la dura realidad del Humanismo español del siglo XIX. ¿Qué porvenir esperaba al latinista o helenista Menéndez y Pelayo? ¿La cátedra de Instituto de Logroño o Albacete, la lánguida rutina del profesor provinciano sometido a las veleidades planificadoras de la ruleta política? ¿O quizá, con más suerte, el mal

---

[63] *Ob. compl.* LXI, 188.

pasar social y científico de una oscura cátedra de Universidad sin relación internacional, sin medios editoriales, sin casi libros ni alumnos, sin prestigio ni ilusión? No estoy, pues, tan seguro de que debamos lamentar la flexión vocacional que apartó profesionalmente a don Marcelino de sus primitivos devaneos con la Filología griega y latina; porque, aun prescindiendo de la ingente labor realizada por el sabio en campo que tanto debe interesar a todo español como el de las historias de la literatura, del pensamiento y de la cultura nacionales, aun limitándonos estrictamente a nuestra tarea clásica, debemos reconocer, si somos objetivos, que menos eso, menos ser filólogo o lingüista de profesión, Menendez y Pelayo hizo todo, absolutamente todo lo que desde su situación y desde su época podía hacerse en la esfera de los estudios clásicos.

Recoger, con actividad que parece casi milagrosa, la insondable colección de datos que abrazan los catorce tomos de la *Bibliografía Hispanolatina Clásica* [64] y la *Biblioteca de Traductores Españoles* [65]; analizar exhaustivamente la influencia de los diferentes autores griegos y latinos en nuestros literatos de todos los siglos, pero no en forma de prosaico catálogo, sino con una multitud de juicios críticos en que no se sabe qué admirar más, si la sabiduría bibliográfica o el buen gusto demostrado en la calificación de las versiones o —lo que más interesa aquí— el perfecto conocimiento de cientos de autores griegos y, sobre todo, latinos de que da muestras inconfundibles el autor.

Y algo que vale más todavía: sentir lo clásico. No contentarse con ver en las humanidades, como Unamuno, un «oficio oficial» [66], ni aun un interesante, pero lejano, tema de trabajo. Saber llevar a los antiguos, como antes dije, en el bolsillo del chaleco, pero también, cosa mucho más importante, en el corazón. Ser capaz —pues ello no depende del deseo ni del conocimiento, sino de la más íntima disposición anímica— de dedicar a Platón esas maravillosas páginas, llenas de amor y de comprensión infinita, de la *Historia de las ideas estéticas* [67]; de interpretar rectamente, como muy pocos lo hicieron en su tiempo, el *ethos* trágico del desdichado Edipo [68]; de atreverse a arremeter nada menos que contra Mommsen cuando halla a éste injusto en

---

[64] *Ob. compl.*, XLIV-LIII, 1950-1953.

[65] *Ob. compl.*, LIV-LVII, 1952-1953.

[66] Menéndez y Pelayo, Unamuno y Palacio Valdés, *Epistolario a Clarín*. Madrid, 1941, 48.

[67] *Ob. compl.*, I, 11-46.

[68] *Ob. compl.*, IX, 1942, 263-288.

su arbitrario enjuiciamiento de Cicerón [69]; y también de escribir, ante una tosca y desvencijada edición pueblerina de Horacio, aquellos versos quizá no perfectos, tal vez no muy estimables para el gusto actual, pero que no es fácil que desaparezcan jamás de la memoria de nadie que se precie de humanista [70]:

Yo guardo con amor un libro viejo
de mal papel y tipos revesados,
vestido de rugoso pergamino;
en sus hojas doquier, por vario modo,
de diez generaciones escolares
a la censoria férula sujetas
vese la dura huella señalada.

Versos que culminan, al menos a mi parecer, con el más supremo homenaje que tal vez se haya rendido jamás al venusino sublime:

¡Suenen de nuevo, Horacio, tus lecciones!
Canta la paz, la dulce medianía,
el "Eheu fugaces" que cual sueño vuela,
el "Carpe diem" que al placer anima,
el "Rectius vives" que enaltece el alma;
canta de amor, de vinos y de juegos,
canta de gloria, de virtudes canta.

Pero Horacio no es solamente un poeta, un gran poeta: es todo un símbolo. Un símbolo de los puros y alegres pueblos meridionales frente a la

vaga, mortal melancolía

de que ha contagiado al mundo la barbarie boreal. Un símbolo de

nueva vida,
vida de luz, de amor y de esperanza

en la cual se desea que el vate, ante los helenos y latinos agrupados en una sola familia,

vierta añejo vino en odres nuevos
y esa forma purísima pagana
labre con mano y corazón cristianos.

---

[69] *Ob. compl.*, I, 118, n. I.
[70] *Ob. compl.*, LXII, 183-192.

Nos hemos topado, de pronto, con la fórmula mágica —probablemente discutible, pero ¡qué hermosa!— de la concepción histórica de Menéndez y Pelayo: un suelo nutricio y propicio compuesto por la antigüedad clásica, un «providencial fondo de verdad, belleza y libertad naturales», para emplear palabras muy certeras de Laín Entralgo [71]. Una semilla vivificadora, la del cristianismo; y contra este luminoso y sólido edificio histórico, una serie de sucesivas oleadas germánicas —los bárbaros, la Reforma, el positivismo filosófico— que no han logrado nunca triunfar del todo ni triunfarán en lo futuro:

En vano el Septentrión hordas salvajes
de nuevo lanzará; sobre las ruinas
triunfante se ha de alzar el libro viejo
de mal papel e innúmeras erratas
que con amor en mis estantes guardo.

¿Cabe, pues, un mayor amor, una mayor pasión por lo clásico que la de este hombre que ha convertido la Humanidad grecolatina en el lema primordial de su ideario personal y científico? ¿Es posible negarle el título de auténtico humanista?

Auténtico, digo, y no a humo de pajas, sino porque quiero hacer un leve, mas indispensable, distingo. Se ha hecho ya casi tópico el incluir en las antologías de Menéndez y Pelayo [72] el trozo del discurso inaugural del curso académico 1889-1890 en que traza la semblanza de aquel curioso don Alfredo Adolfo Camús a quien antes cité como titular de latín durante muchos años de la universidad madrileña [73]. «El doctor Camús —dice Menéndez y Pelayo— era el tipo más perfecto y acabado de lo que en otros siglos se llamaba un humanista, es decir, un hombre que toma las letras clásicas como educación humana, como base y fundamento de cultura, como luz y deleite del espíritu, poniendo el elemento estético muy por encima del elemento histórico y arqueológico y relegando a la categoría de andamiaje indispensable, aunque enojoso, el material lingüístico.» Y un poco antes acaba de decir con respecto al recién fallecido: «Más le interesaba en Plauto la fábula cómica que los arcaísmos; más gustaba en Cicerón de los arranques oratorios que de las fórmulas jurídicas; más le im-

[71] *Menéndez y Pelayo.* Ed. Col. Austral. Buenos Aires, 1952, 47-55.

[72] Cfr., por ejemplo, el P. Cayuela, *Menéndez y Pelayo, orientador de la cultura española.* S. l., 1939, 133-135.

[73] *Ob. compl.*, XLIII, 10-16.

portaba en Tito Livio el drama de la historia, verdadera o falsa, que el mapa estratégico de las campañas de Aníbal; menos veces hojeaba a los gramáticos que a los poetas, y por una sola elegía de Tibulo o una sola sátira de Horacio hubiera dado sin cargo de conciencia todas las curiosidades archivadas en Festo, Varrón, Nonio Marcelo y Aulo Gelio.»

Muy bien; lo entendemos perfectamente. Don Marcelino se refiere aquí a un tipo humano que ha sido en España mucho más común en todos los tiempos que el filólogo casi inexistente hasta nuestros días: es —y perdóneseme la repetición con respecto a un trabajo publicado hace unos años que no tuvo difusión [74]— el estudioso que, negándose a poner su intelecto al servicio de las humanidades clásicas como objeto en sí, apunta a la adquisición de una formación humana integral. En el fondo es ese sentimiento que alienta en todo el Renacimiento español del XVI y el XVII y al cual ha puesto Aubrey Bell [75] el acertado rótulo de «integralismo».

Ahora bien, lo malo que tiene este tipo humano, tan bello en sí, es el prestarse excelentemente a las falsificaciones de todo género. Así como el seudofilólogo es prácticamente imposible que exista, porque basta una conversación de cinco minutos para desenmascararlo, el seudohumanista, miembro de una especie muy fecunda y que se desarrolla preferentemente en campos de cultivo adecuadísimos que aquí no quiero citar, puede causar un daño muy grande al presentarse ante los demás, y especialmente ante la juventud, y más si se ocupa una cátedra durante largos años, con una cáscara, nada más que una brillante y atractiva cáscara rellena de nada. Porque los oyentes tenderán a imitarle, sobre todo si a esta lucida actitud frente a la vida se le opone como alternativa el desollarse los codos ante un rudo trabajo científico; y si el modelo no es bueno, ¿cómo serán sus imitadores?

Se plantea, por tanto, el problema de si en Camús había o no un humanista auténtico: problema en que es difícil opinar, pues no publicó casi nada y, por tanto, los datos acerca de él son poquísimos. Algo, sin embargo, sí que conservamos; por ejemplo, el artículo con que intervino en la larga y pintoresca polémica sobre un fragmento de Afranio que es como una exótica flor en el yermo de nuestros es-

---

[74] O. c. (en n. 2), 63-64.

[75] *Notes on Spanish Renaissance*, en «Rev. Hisp.», LXXX, 1930, 319-652 (cfr. especialmente 372-383).

tudios filológicos del XIX. Pues bien, quien lea el artículo, que don Marcelino recogió diligentemente [76], se divertirá mucho, pero no creo que llegue a concebir una admiración exagerada hacia su autor. Yo dije hace seis años [77] que Camús era «un perfecto seudointegralista de la decadencia»; hoy no seré tan rotundo, pues el paso del tiempo le va haciendo a uno —esperémoslo al menos— más cauto y transigente, pero una sospecha, una leve sospecha de falsificación humanística, esa sí que no puedo menos de apuntarla.

Porque lo que ocurre —y en esto me dió una gran luz el buen amigo y compañero Hernández Vista— es que Menéndez y Pelayo está aquí poniendo su mirada mucho más lejos de lo que el auditorio creía. Mucho más lejos, pero también mucho más cerca. Estaba fijándose en una figura remota para él e invisible para los demás, la del tipo ideal del humanista que no se resigna a no ser más que filólogo; y lo que estaba contemplando en aquellas lejanías no era sino un vivo reflejo de su propia personalidad. Pero una personalidad —de eso sí estoy seguro— de humanista sin trampa ni cartón, uno de los más puros, verdaderos y sinceros humanistas que ha producido España.

Y al cual no le faltó ni esa otra característica clave del humanista perfecto: la *humanitas*, pero no sólo la *humanitas* que empareja Cicerón con las *litterae* o la *doctrina*, sino también, más simple y humanamente, aquella otra que suele ir unida a la *mansuetudo* o a la *clementia*. La facultad de comprender, de tolerar, de mantener domado al *homo homini lupus* que todos llevamos dentro; la generosidad en el elogio, con más temor al mortificador regateo que a la magnanimidad inmerecida; la fidelidad a los viejos maestros, llamáranse éstos Ganuza o Laverde o Milá; el culto a la amistad, como en el trato con aquel hombre admirable, casi treinta años mayor que él, a quien llamó «mi dulce Valera» [78]; y, en una palabra, el sentimiento interno de pertenecer a una Humanidad llena de defectos, pero también de entrañables virtudes.

Y así, a los cien años de su nacimiento, la generación que ahora pisa las aulas con menos sabiduría precoz, desde luego, pero suponemos que con tanto entusiasmo y buena fe como don Marcelino Menéndez y Pelayo, puede dedicarle el mejor homenaje, en este año de intensa celebración, con su propia conducta. «Filólogos podrán que-

---

[76] *Ob. compl.*, XLIV, 1950, 24-63 (cfr. especialmente 32-50).
[77] O. c. (en n. 2), 68.
[78] *Ob. compl.*, XL, 1948, 483.

dar, y de hecho queda alguno, y es de esperar que se multipliquen, pero ¿cuándo volveremos a tener humanistas?»

He aquí las angustiadas palabras con que termina el sabio [79] la semblanza de que hablé: a nuestros estudiantes toca contestar en un sentido o en otro.

---

[79] *Ob. compl.*, XLIII, 16.

LA VINDICACIÓN DE LA CIENCIA ESPAÑOLA POR MENÉNDEZ Y PELAYO

Por JOSÉ M.ª MILLAS VALLICROSA

DENTRO de la ciclópea actividad polifacética de don Marcelino Menéndez y Pelayo, destaca con caracteres específicos su aportación vindicadora de la ciencia española. Y decimos que destaca específicamente, porque no sólo fué cosa insospechada que un literato, un erudito, debatiera *ad unguem* sobre problemas de historia y valoración de la ciencia española, sino que la misma génesis de tales estudios apuntó con un típico dramatismo, con un a modo de esguince en el ambiente intelectual de su tiempo. Además, tales aportaciones no fueron un simple escarceo bibliográfico, como asueto de otras lecturas, verbigracia, como lo fué su *Horacio en España,* sino que manaron, ya en la temprana edad de su autor, como un designio de captar el auténtico pulso cultural de España. Precisamente, por enfrentarse Menéndez y Pelayo ante el panorama ideológico español, de un modo integral, filosófico, entrañable, como *sub specie aeternitatis,* no pudo escaparse a su mirada aquilina la especial fisonomía científica de España, su capacidad de terciar en el alto diálogo de la ciencia, y de este modo pudo pulsar su íntima personalidad, su específica vocación y rendimiento científicos.

Graves escollos se ofrecían a Menéndez y Pelayo en la ejecución de este intento generoso, aparte el acopio, difícil, de los viejos materiales, con frecuencia ya olvidados, que salieron de la cantera hispana; en su designio indeclinable de valorar estos materiales, contrastándolos con la común aportación europea, cabía una sobreestimación de los mismos, en aras de un fácil entusiasmo nacional y chovinista, pero también cabía el extremo opuesto, o sea, una minimización, una desvalorización de los mismos, frente al imponente

espectáculo de la moderna ciencia europea. ¿Supo Menéndez y Pelayo sortear esas sirtes en su estudio de la ciencia española? ¿Hasta qué punto se ha consolidado la reivindicación de la ciencia española, que tan generosa y valientemente intentó Menéndez y Pelayo en la linde de sus mocedades? ¿Son realmente de andadura cierta y trillada las sendas que él nos abrió? Esto es lo que desearíamos ofrecer al lector en esta modesta pero leal aportación.

GÉNESIS DE LA VINDICACIÓN DE LA CIENCIA ESPAÑOLA

Para poder enjuiciar como se merece la génesis de *La ciencia española* de Menéndez y Pelayo hay que ambientarla en el auténtico cuadro cultural de su tiempo. Sin duda alguna, la segunda mitad del siglo XVIII y buena parte del XIX marcan el progresivo aventamiento de la tradición científica española. Si bien es cierto que aún teníamos matemáticos como Jorge Juan, botánicos como Mutis, es incuestionable que la larga decadencia política de España favorecía esta lenta consunción de nuestros valores científicos, y aunque Carlos III procuró galvanizar nuestro pulso cultural, en cambio, con la expulsión de los Jesuítas perdíamos una selección de estudiosos que, de este modo, fueron a fertilizar campos ajenos. Desde luego que en nuestras universidades de Alcalá y Salamanca los estudios de ciencias naturales y matemáticas habían llegado entonces a la máxima depresión, de lo que nos da triste testimonio el célebre Diego de Torres Villarroel.

Pero junto a esto, y aún más grave, fué la pérdida o minimización del sentido tradicional de la cultura española; se había truncado el antiguo quehacer científico español, pero ni siquiera el recuerdo, los títulos honrosos del mismo, se había guardado por aquellas generaciones de afrancesados. Feijoo, desde su celda del convento de Samos, pretendía modernizar y expurgar la cultura española de toda una costra esclerótica y anquilosada, pero al mismo tiempo que no tenía reparo en empedrar su prosa de galicismos, no vacilaba en condenar donosamente la obra de Ramón Lull, sin siquiera haberla leído, según confiesa. Lo extranjero estaba de moda, singularmente lo francés, y, claro está, la aureola de la Revolución y del Imperio servía para prestigiar más y más los méritos de los científicos galos, ante el entusiasmo juvenil y xenófilo de aquella generación de los primeros liberales y románticos. Se tendía a generalizar, dándole

categoría sustantiva, aquel contraste que entonces ofrecía la máxima depresión científica de España, con la brillante ascensión cultural gala y de ciertas naciones protestantes. Esta sobrevaloración política, social y filosófica servía para desvalorizar casi automáticamente cualquier intento de aportación científica que España pudiera presentar. La ciencia se inscribía en ambiente laico, clásico e irreligioso; por tanto, ¿qué podía haber aportado en ciencia aquella España de la Edad Media y de los Austrias, instrumento fiel de la Inquisición? Decididamente para muchos espíritus fuertes y extranjerizados de la generación española de la primera mitad del siglo XIX, España había sido un páramo científico, a lo que ellos iban a poner fin con los sistemas y fermentos culturales importados de fuera.

Esta versión que venía a negar la colaboración española en el cultivo de las ciencias, es lo que se respira paladinamente en una serie de artículos que Gumersindo de Azcárate, uno de los más conspicuos krausistas españoles, publicó en la «Revista de España», por los años 1875-76, con el título de *El Self Government y la Monarquía doctrinaria*; en ellos decía: «Según que, por ejemplo, el Estado ampare o niegue la libertad de la ciencia, así la energía de un pueblo mostrará más o menos su peculiar genialidad en este orden, y *podrá darse el caso de que se ahogue casi por completo su actividad, como ha sucedido en España durante tres siglos*». Esta condenación de España, excluyéndola, de por siglos, del noble comercio científico, era uno de los tópicos más repetidos entre las peñas de ateneístas y adeptos del krausismo. Pero aquella afirmación, que tan a la ligera hacía Gumersindo de Azcárate, no se hizo impunemente, sino que fué recogida e impugnada victoriosamente por el joven Menéndez y Pelayo, nombre aún poco conocido entonces, pero que ya se destacó porque bajaba a la liza blandiendo el aparato de una información asombrosa e insólita, todo lo contrario de aquellos teorizantes doctrinarios a los que combatía, que estaban casi ayunos de perspectiva histórica. De este modo surgió una empeñada polémica y nació la *Ciencia española* de Menéndez y Pelayo, como vindicación de la aportación científica de España.

Características de esta vindicación.

Lo que más admira en esta polémica menéndezpelayista, iniciada con su réplica a Azcárate y continuada luego—según veremos—,

es su espíritu histórico. Contra la cerrazón, el apriorismo doctrinal y aun la ignorancia—preciso es decirlo—de los unos, alumbra no sólo una información inmensa, sino un espíritu de comunión con las pasadas generaciones y con el quehacer científico, poco o mucho, que ellas pudieron aportar. Pero este noble, humanísimo y fidelísimo espíritu de comunión histórica del joven Menéndez y Pelayo no era sólo fruto de sus inmensas lecturas, de sus porfiadas búsquedas entre libros raros y difíciles, sino que se debía a una especial simpatía, a una ley de sintonización afectiva que rige tanto el quehacer discursivo como el afectivo. Sólo se entiende lo que se ama. El científico ha llegado a formular su ley porque antes la ha presentido, no siempre a través de canales discursivos. Menéndez y Pelayo pudo entender tan precozmente la fisonomía cultural de España, porque antes la había querido en ciernes y adivinado. Esta generosa simpatía fué como la columna de luz que iluminó a Menéndez y Pelayo a lo largo de sus prolongadas noches de vigilia, afanoso de captar, de redescubrir aquella España que yacía como entre escombros, entre el desprecio de muchos de sus hijos Además, esta previa sintonización y generosa simpatía de Menéndez y Pelayo con la tradición hispánica le permitió captar en ella el fenómeno científico en toda su amplia y jerárquica complejidad. La ciencia, en Menéndez y Pelayo, no se contrajo jamás a la simple ciencia experimental, sino que va desde la ciencia teológica y escriturística, por la Filosofía, el Derecho y la Filología, a la Matemática, la Física, la Química, la Medicina y las Ciencias Naturales. En toda esta amplitud orgánica y jerárquica se vindica nuestra ciencia, aunque sea a grandes rasgos, y sólo como pasando una revista de grandes nombres, en la respuesta de Menéndez y Pelayo a la tesis de Azcárate.

Y aunque la vindicación del quehacer científico de España por Menéndez y Pelayo se extiende desde la Edad Media al siglo XVIII, pronto se echa de ver la dilección con que el joven apologista trata de las grandes figuras de nuestro Renacimiento y Siglo de Oro; entre todas ellas ninguna gana a los elogios que se tributan a Luis Vives. Y ¡con qué fuerza, qué calor de cosa entrañable se produce la joven pluma de nuestro autor! «Luis Vives, el más prodigioso de los artífices del Renacimiento; pensador crítico de *primera fuerza*, como hoy suele decirse; renovador del *método* antes que Bacon y Descartes; iniciador del psicologismo escocés; conciliador casi siempre; prudente y mesurado aun en la obra de reconstrucción que había em-

prendido; dechado de claridad, elegancia y rigor lógico; filósofo en quien predominaron siempre el juicio y el sentido práctico, nunca reñidos en él con la alteza del pensamiento, que, para todos accesible, jamás se abate, sin embargo, con aparente y menguada facilidad al vulgar criterio...» [1]. Con este calor de intimidad, de cosa vivida, se producía Menéndez y Pelayo, tanto en torno a las figuras próceres de nuestro pensamiento como en torno a figuras hasta entonces casi olvidadas o desconocidas. Así, al hablar del lulismo y de su larga tradición, enumera las cátedras lulistas mallorquinas, la penetración de la doctrina lulista en Castilla, amparada por el cardenal Cisneros y favorecida por los Austrias y que contaba «entre sus sectarios nada menos que a nuestro egregio conterráneo el arquitecto Juan de Herrera y, antes y después de él, a Alfonso de Proaza, a Nicolás de Pax, a Pedro de Guevara, a Sánchez de Lizarazo...» [2].

Por cierto que, no contento Menéndez y Pelayo con negar la exclusión de que nos hacía víctimas Azcárate, aprovecha el registro que hace de nuestros teólogos y filósofos para combatir, además, la diagnosis que de aquella exclusión hacía Azcárate: la opresión de un poder estatal que hubiese ahogado casi por completo su actividad científica durante unos tres siglos. Dice Menéndez y Pelayo: «No acierto a ver esa *opresión* que pondera el señor Azcárate; por el contrario, me admira, a veces, la tolerancia y lenidad de los poderes civil y eclesiástico de entonces con ciertas ideas expuestas de buena intención, pero más o menos sospechosas de materialismo o de panteísticas cavilaciones. No encuentro en los *Índices expurgatorios* más obras de filósofos ibéricos notables que las de Huarte y doña Oliva, y éstas sólo para borrar frases muy contadas. Exceptuando al Brocense y fray Luis de León [3], en cuyos inicuos procesos influyeron otras causas, no hallo pensador alguno español perseguido por el Santo Oficio» [4]. Y, claro está, no podía Menéndez y Pelayo dejar de subrayar el hecho de que en España fué absolutamente libre toda la literatura o doctrina jurídica en torno al tiranicidio, expuesta en va-

---

[1] *La Ciencia española*, vol. I, notas, pág. 35. Citamos siempre por la cuarta edición de la misma, que forma parte de la edición nacional de las *Obras completas* de Menéndez y Pelayo, edición que representa la cuarta edición de *La ciencia española*.

[2] Ibídem, pág. 30.

[3] El proceso que sufrió fray Luis de León hay que cotejarlo con el proceso que, por rivalidades y envidias de escuela, sufrieron varios hebraístas de Salamanca, tema que ha sido estudiado últimamente por el P. M. de la Pinta Llorente, O. S. A.

[4] Ibídem, pág. 37.

rias obras, siendo la más célebre la *De rege et regis institutione*, del Padre Juan de Mariana, S. J. —quemada en Francia por mano del verdugo—; en esta famosa obra se ventilaba en sus capítulos VI, VII y VIII si era lícito matar al tirano, si era lícito envenenarlo y si el poder del rey es menor que el de la República, cuestiones primera y tercera a las que respondió por la afirmativa el preclaro autor de la misma.

Pero si la apologética de Menéndez y Pelayo se movía con gran desembarazo en el inventario de nuestros científicos en disciplinas humanísticas, no le iba en zaga su perspectiva histórica de nuestros científicos en materia de ciencias exactas y naturales. Claro está que aquí Menéndez y Pelayo tuvo que aprovechar especialmente anteriores bibliografías especializadas, como, por ejemplo, la *Historia de la Náutica*, de Navarrete, o la *Historia de los Botánicos españoles*, de Colmeiro. Pero Menéndez y Pelayo sabe producirse con un gran sentido de perspectiva histórica, de registro de escuelas e influencias, y pone el acento en algunos puntos de vista especiales. Primeramente, sostiene que hasta el siglo XVIII, inclusive, España ofrece una continuada sucesión de matemáticos, cosmógrafos, cartógrafos, naturalistas y químicos, los que, si no llegaron a la altura de un Newton o un Lagrange, un Lavoisier o un Linneo, aportaron muy importantes contribuciones al conocimiento de la geología y metalografía de la América española, de su flora y farmacia vegetal, al estudio de su geografía y geodesia. El gran Humboldt había de hacer plena justicia a la aportación científica de los españoles en este sentido. En segundo lugar, reconoce Menéndez y Pelayo que, si bien nuestros matemáticos y naturalistas no estuvieron a la gran altura de algunos extranjeros —lo cual podría explicarse por diferentes causas—, no cabe afirmar, como Sanz del Río insinuaba, que por falta de libertad el ingenio español sólo se desarrolló bajo un parcial aspecto que no fué el *de la razón ni el del entendimiento*; ante el desfile de científicos españoles en disciplinas geográficas o naturales no cabe admitir esta política minimizadora en ciencia, con la que se quería inculpar a la España de los siglos anteriores. Otras causas naturales, en el tiempo o en el espacio, podrían explicar este rendimiento más modesto en estas ciencias.

Acaba este formidable y denso alegato en favor de la ciencia española, con el que Menéndez y Pelayo replicaba a Azcárate, urgiendo la conveniencia —compartida por su maestro Gumersindo Laverde, a quien va dirigida la carta— de que en España se fundaran seis

cátedras para Historia de la Teología española, de la Ciencia jurídica española, de nuestra Medicina, de nuestras Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, así como de nuestra Filosofía y Filología. Unos meses más tarde —junio de 1876— proponía al mismo Laverde un plan muy pormenorizado de Bibliografía de autores españoles en las diferentes ramas del saber científico y literario [5].

Polémicas con Manuel de la Revilla: sus caracteres.

No hemos de ponderar la sensación que produciría en Madrid, sobre todo en los cotos de ateneístas o intelectuales, la ardorosa impugnación de Menéndez y Pelayo contra la tesis de Azcárate, tesis que parecía tópica y obvia para muchos de aquéllos. ¡Reduciendo la España de los siglos anteriores a un páramo científico, la figura de muchos crecía y quedaba justificada su total extranjerización! Lo más grave es que aquella ardorosa y documentadísima argumentación venía de parte de un nombre casi desconocido, de un joven que sólo contaba veinte años, a pesar de hacer gala de una erudición tan insospechada. Compréndese, pues, que las cosas no podían quedar así y que debía surgir una voz que replicara y que se enzarzara en la polémica. Esta voz fué la de Manuel de la Revilla, quien, en la «Revista Contemporánea» de 30 de mayo de 1876 [6], tomando pie del discurso de ingreso en la Real Academia Española por Núñez de Arce, discurso que versó sobre las causas de la decadencia de nuestra literatura al final de los Austrias, causas que querían concretarse en el despotismo y la intolerancia religiosa de aquella época —la tesis socorrida entonces—, hace varias alusiones a la impugnación de Menéndez y Pelayo contra Azcárate, a fin de negar o minimizar los puntos de vista del primero. Dice Revilla que es «un mito esa decantada filosofía española, con cuya resurrección sueñan hoy eruditos como Laverde Ruiz y Menéndez y Pelayo. Por doloroso que sea confesarlo, si en la historia literaria de Europa suponemos mucho, en la historia científica no somos nada..., y por lo que hace a los filósofos, es indudable que en la historia de la filosofía puede suprimirse sin grave menoscabo el capítulo referente a España». El señor Revilla coincide con Núñez de Arce en que la falta de pensamiento científico

---

[5] Cfr. su carta *De re bibliographica*, en op. cit., I, págs. 57 y sigs.
[6] Cfr. *La Ciencia española*, I, págs. 35 y sigs.

en España se debía a «la intolerancia sistemáticamente organizada»; en cambio, según él, en Inglaterra, en Francia y Alemania, si bien hubo épocas de bárbara fiereza, de quema de miles de brujas, noches de San Bartolomé, habría habido períodos de libertad, de modo que no impidieron el desarrollo del libre pensamiento ni se puso traba alguna al progreso de la ciencia. Sin embargo, Revilla discrepa de Núñez de Arce en no enjuiciar la decadencia literaria como fruto de dicha tiranía; al contrario, la tiranía, la Inquisición, harto sabían que la amena o aun la obscena literatura era como la válvula de escape de aquella represión en el campo del pensar científico.

Claro está, el artículo de Manuel de la Revilla no podía escapar a una dura requisitoria por parte de Menéndez y Pelayo, y ella vino pronto: en 2 de junio del mismo año, 1876, se publicaba una «Réplica» al anterior artículo de Revilla, en la forma acostumbrada de carta dirigida por Menéndez y Pelayo a Laverde Ruiz, y con el título significativo de «Mr. Masson, redivivo», o sea, aludiendo al colaborador de la *Enciclopedia* francesa, que años antes había negado a España toda aportación en el campo de las ciencias. La réplica de Menéndez y Pelayo contra Revilla insiste y ahonda en los puntos de vista de la réplica contra Azcárate, pero hemos de recoger en ella algunas consideraciones que nos importan.

En primer lugar, Menéndez y Pelayo recrimina a Revilla el abuso que hace de la supuesta intolerancia como causa explicativa de nuestra falta de ciencia: «¿Qué es aquí la *intolerancia* más que una palabra vana, una verdadera *garrulería,* arma de partido, buena para los tiempos en que se quemaban conventos y se degollaba a los frailes, pero hoy desgastada y sin uso? ¿Qué influencia buena ni mala había de ejercer la intolerancia religiosa en ciencias que no se rozaban, o se rozaban poquísimo, con el dogma...? ¿Quiere decirme el señor De la Revilla en qué *índice expurgatorio* del siglo XVII, en cuál de esos *libros de proscripción del entendimiento humano,* como dijo el señor Núñez de Arce, ha visto prohibidas las obras de Galileo, de Descartes, de Newton?»

Otro punto de vista muy interesante que expone Menéndez y Pelayo en esta réplica a Revilla se refiere al verdadero concepto de una historia de la ciencia. Para Revilla, toda la serie de pequeños nombres españoles que en ciencias exactas, físicas o naturales pueda descubrir la erudición bibliográfica de Menéndez y Pelayo no cuentan para nada en la historia de dichas ciencias; sólo las cumbres, los

grandes nombres de los que estaba huérfana España, contarían. Y a ello replica Menéndez y Pelayo: «El señor De la Revilla cree, por lo visto, que la historia de la ciencia se reduce a las biografías de seis, siete u ocho hombres prodigiosos; ellos dieron la luz; en los intermedios, completa oscuridad. Pero a cualquiera se le alcanza, sin ser filósofo ni crítico de la «Revista Contemporánea», que una historia de la ciencia escrita de esa manera ni sería *historia* ni sería *ciencia*, sino un libro muy ameno y entretenido, *à l'usage des demoiselles*, como las *Vidas de los sabios* que publican Luis Figuier y otros franceses. Una historia formal no puede escribirse de este modo. ¿Qué unidad ha de tener obra semejante? ¿Cómo ha de componerse una historia de la astronomía saltando de Copérnico a Galileo y de Galileo a Kepler y Newton, y de Newton a Laplace?» [7].

Pues bien, no podemos menos de prestar todo honor a esta visión orgánica, humana, de la historia de la ciencia que postulaba Menéndez y Pelayo; revela el mismo sentido histórico de perspectiva amplia y trabada, a fin de que el devenir cultural, científico, no salga deficiente ni deformado en más ni en menos. Los grandes trabajos de historia de la ciencia que, casi como una disciplina sustantiva, alientan hoy, tanto en Europa como en América, con nombres como G. Sarton [8], L. Thorndike [9], A. Mieli [10], P. Duhem [11] y otros, dan absoluta razón al punto de vista de Menéndez y Pelayo, y todos estos grandes especialistas de la historia de la ciencia están afanosos, más que en *descubrir* las grandes cimas, en *explicarlas* merced a toda una sucesión de precedentes que han preparado y hecho posible la eclosión del genio.

También interesa recoger en esta réplica de Menéndez y Pelayo a Revilla el que insista más y más en el hecho de que en ciencias naturales hay grandes aportaciones españolas. Y otra vez, seguramente auxiliándose de los trabajos anteriores de Colmeiro, de Fernández de Navarrete, registra Menéndez y Pelayo los principales botánicos y cosmógrafos [12]; en especial se complace en enumerar las aportacio-

---

[7] Cfr. *La Ciencia española*, I, pág. 99.

[8] Cfr. su monumental *Introduction to the History of Science* (3 vols.) y diferentes trabajos, publicados especialmente en la revista «Isis» y en «Osiris».

[9] Cfr. su celebrada *A History of Magic and experimental Science* (Columbia University Press).

[10] Cfr. sus puntos de vista en la revista «Archeion», por él fundada, convertida hoy en «Archives internationales d'Histoire des Sciences».

[11] Véase en especial su admirable obra *Le système du monde* (5 vols.)

[12] *La Ciencia española*, I, pág. 101.

nes de los botánicos y fitógrafos que herborizaron en América o en Filipinas: a los jesuítas Pedro Chirino y Francisco I. Alsina, que estudiaron la flota del archipiélago filipino; a Mutis, director de la famosa expedición enviada en 1783 a explorar la flora americana; a Mociño, Cervantes y Sessé, colectores de la insigne *Flora Mejicana,* manuscritos tan apreciados por Decandolle; habla del catalán Jaime Salvador, apellidado por Tournefort el «Fénix de España»; de Minuart, tan honrado por el mismo Linneo; de Cavanilles, de Palau y otros, para acabar diciéndole a Revilla: «Recorra el *Prodromus florae hispanicae* del alemán Willkomms y el *Genus Plantarum* de Endlicher, alemán también, y verá continuos elogios y citas de nuestros autores.»

Manuel de la Revilla se creyó en el deber de intentar una breve defensa después de la dura requisitoria de Menéndez y Pelayo; así es que en la misma «Revista Contemporánea» de 15 de agosto de 1876 publicó una contestación bajo el título de «La Filosofía española». El señor Revilla se duele del tono polémico e irónico que empleaba Menéndez y Pelayo, pero ya se ve pronto que se bate en retirada: quiere explicar que cuando dijo que la filosofía española era un mito no quiso decir que no hubiera filósofos españoles [13]. Pero es curioso el estilo irónico, mordaz, que emplea también el señor Revilla para defenderse, al menos en la forma, de la pluma, tan docta como ágil y pugnaz, del joven Menéndez y Pelayo. Véase una muestra en este pasaje de la contestación de Revilla [14]: «Añade luego que nuestros filósofos formaron escuela, y en apoyo de ello cita otra tanda de nombres propios y afirma, por último, que ejercieron influencia, pues el *vivismo* es el precedente del *baconismo* y del *cartesianismo* y los libros de Vives y Fox Morcillo son inmejorables. Y hasta aquí toda la argumentación del señor Menéndez, exornada con todo género de amenidades contra nuestra persona y terminada con una *sinfonía inquisitorial sobre motivos liberales,* que no hay más que pedir.»

Con el título de «Mr. Masson, redimuerto» no se hizo esperar la segunda contestación de Menéndez y Pelayo a Revilla; lleva fecha de 22 de septiembre de 1876, escrita en Santander y dirigida, como la otra, a su amigo señor Laverde. La contestación es clara, valiente y maciza. Menéndez y Pelayo, contestando a los dicterios de neocatólico, inquisitorial, que le dedicaba Revilla, hace una valiente profesión de fe católica: «Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico

---

[13] *La Ciencia española,* I, pág. 185.

[14] Ibídem, pág. 195.

a machamartillo, como mis padres y abuelos y como toda la España católica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna.» Niega a continuación las supuestas persecuciones de la ciencia hechas por la Inquisición, la cual habría anulado la actividad intelectual. Entrando en materia, Menéndez y Pelayo reafirma la importancia que tienen en la historia de la ciencia los autores de segundo orden, los comentadores, y se duele de la visión inorgánica, casi infantil, que tiene el señor Revilla, para quien sólo cuentan los genios, y lo demás serían «puerilidades o miserias». También concede Menéndez y Pelayo que la aportación científica española en el campo de las ciencias exactas, físicas, es modesta, pero no cabe excluir o negar el esfuerzo español en este respecto, y acto seguido hace un rápido conspecto desde la escuela náutica de Sagres, la escuela cartográfica mallorquina, la carta de Juan de la Cosa, el *nonius*, etc. Hablando de inventos debidos a españoles en el campo de las ciencias físicoquímicas y naturales, registra el hallazgo de dos metales: el platino, por Ulloa, en 1748, y el tungsteno, por Elhuyar, a los que cabría añadir el del paladio; luego, el descubrimiento de tantas plantas debido a españoles, como pregona el nombre específico de muchas plantas: *Queria, Maletia, Minuartia, Monarda, Ovieda, Ortegia, Salvadora, Barnadegia, Mutisia*, etc.

Pero donde la réplica de Menéndez y Pelayo alcanza admirable altura es en su vindicación de la existencia de una auténtica filosofía española, extremo negado particularmente por Revilla en su artículo, relegándolo a categoría de mito. Aquí ya se movía Menéndez y Pelayo en su propio terreno, y es muy viva y vigorosa su argumentación en pro de la existencia de varias escuelas filosóficas en España, entendiendo por tales: escuelas con un pensamiento o sistema filosófico propios, con larga tradición de maestros y alumnos, ejerciendo dilatada influencia en el pensamiento filosófico a lo largo del tiempo y del espacio. Dejando aparte las escuelas o sistemas de los árabes o judíos en España —el averroísmo y el maimonismo—, Menéndez y Pelayo destaca luminosamente los rasgos de las tres escuelas filosóficas españolas: el lulismo, el vivismo y el suarismo. Y ¡con qué lucidez y entusiasmo Menéndez y Pelayo presenta los caracteres específicos y típicos de cada una de dichas escuelas y, luego, presenta la clara estela de maestros y discípulos a lo largo del tiempo! Rebate a Revilla cuando éste califica a Suárez como de aventajado discípulo del escolasticismo, y dice: «Suárez no es discípulo, sino maestro, y

maestro que cuenta a centenares los secuaces... Hasta en la *Teodicea* se aparta notablemente del tomismo rígido. Sus doctrinas de la *ciencia media* y el *congruísmo*, en que mitigó las atrevidas, pero peligrosas, opiniones de Molina y Lessío, son esfuerzos sublimes para conciliar en lo posible a los ojos de la razón humana la predestinación, la gracia y el libre albedrío.»

Pero es, sobre todo, la figura filosófica de Juan Luis Vives la que merece de Menéndez y Pelayo la más cálida y entrañable vindicación frente a las negaciones de Revilla. La importancia y originalidad de Vives como crítico, metodólogo, psicólogo, pedagogo, apologeta [15], hacen de su doctrina un sistema completo sustituído al antiguo, con su Metafísica, Lógica, Psicología y Teodicea. Y de esta fuente de la filosofía crítica de Vives nacieron en España cuatro direcciones principales: 1.ª El *peripatetismo clásico*, que admiraba y seguía en mucha parte a Aristóteles puro y sin mezcla averroista y escolástica. 2.ª El *ramismo español*, tendencia de oposición dura y sistemática a Aristóteles, pero mitigada por un elemento *vivista* sobremanera poderoso, entre los cuales destaca especialmente el Brocense. 3.ª El *ontopsicologismo* de Fox Morcillo, cuya conciliación platónico-aristotélica no es más que un desarrollo admirable de la metafísica vivista. 4.ª El *cartesianismo antecartesiano*, o sea, la escuela que se adelantó al mismo Descartes en cuanto a la aplicación del criterio de verdad, y entre los cuales destaca el divino Vallés. Acaba Menéndez y Pelayo su alegato: «Y ¿me preguntará el señor De la Revilla si el nombre de Vives *debe colocarse al lado de los de Descartes, Kant y Hegel*? Sí, por cierto, y si no suena tan alto como debiera es por una grande injusticia histórica, incomprensible para el señor De la Revilla y otros fanáticos adoradores del éxito.»

Puede decirse que en estas cartas y réplicas cruzadas entre Manuel de la Revilla y Menéndez y Pelayo está el principal núcleo y el nervio de la vindicación de *La Ciencia española*, del último. Allí se ven todas las sobresalientes cualidades con que Menéndez y Pelayo bajaba equipado a la liza. Visión propia, madura y entrañable, a pesar de su temprana edad, del panorama cultural español, en la magna amplitud de éste, desde la teología y filosofía hasta la lite-

---

[15] Cfr. la reciente y admirable vindicación del valor apologético de Luis Vives en la obra de P. Graf *Luis Vives como apologeta*, traducida por nosotros del alemán y publicada en el Instituto Suárez del C.S.I.C., Madrid, 1943. Esta obra basta para invalidar la dura e injusta apreciación contra Menéndez y Pelayo, que P. Laín Entralgo estampó en su *Sobre la cultura española*, pág. 72. Madrid, Editora Nacional, 1943.

ratura y los traductores clásicos; en el campo de las ciencias exactas, naturales y medicina, una muy solvente información a base de las bibliografías, desde Nicolás Antonio hasta las obras de Fernández Navarrete y Colmeiro. Y junto a este magnífico equipo, un dominio excepcional de la lengua castellana, con un estilo castizo y donairoso, que le hacía condenar como lengua no castellana la empleada por muchos de los colaboradores de la «Revista Contemporánea». La sensación que tal controversia produjo en todos los medios cultos de España fué enorme, y más con el peregrino dramatismo con que se entablaba la discusión: un joven de provincias que sólo peinaba veinte años dando lecciones de doctrina, de historia, de erudición, a maestros que venían pontificando en las aulas de Madrid, en las tertulias del Ateneo. Y, por sobre de todo, aquella denodada, valiente y cordial identificación de Menéndez y Pelayo con la auténtica fisonomía histórica española, con el espíritu que alentó durante siglos por boca de sus teólogos y juristas, de sus místicos y filósofos, de sus descubridores y cosmógrafos, de sus botánicos y químicos que allende los mares interrogaban los secretos de la inmensa América.

Otras polémicas.

Casi se podrían considerar como cuestiones marginales o colaterales las intervenciones que se produjeron al lado de aquellas primeras y encendidas polémicas. Así, el señor Azcárate se dirigía, en las páginas de la «Revista Europea» (5 de noviembre de 1876), al señor Laverde y, en tono de paz, de compromiso, quiere zanjar aquella cuestión y está presto —dice— a rectificar las palabras que dieron origen a la polémica, cambiando el período de tres siglos de estrangulamiento de la cultura científica española por un período de «por más de dos siglos». Claro está que esta concesión de un breve lapso de tiempo no podía zanjar la cuestión, pero indicaba una cierta victoria en la posición de Menéndez y Pelayo.

En cambio, don José del Perojo no dió su brazo a torcer, y en la «Revista Contemporánea» de 15 de abril de 1877 publicaba un artículo, con el título de «La ciencia española bajo la Inquisición», en el que quería demostrar: 1.° Que no existe una escuela filosófica que propiamente pueda llamarse española; y 2.° Que la Inquisición paralizó todo el movimiento científico de nuestro pueblo. Es curioso el modo despectivo, de perdonavidas, con que se produjo el señor Del Perojo al principio de su artículo. He aquí como presentaba a Menén-

dez y Pelayo: «Hace algún tiempo que el señor Menéndez y Pelayo se entretenía desde su provincia dirigiendo cartas al señor Laverde, en las que deliberadamente buscaba ocasión de entrar en controversia con personas, unas muy conocidas, otras menos, en el mundo de las letras, atacándolas de una manera algo más que inconveniente en quien buscaba ser sacado a pila por cualquiera de ellas...» Es chocante la posición del señor Del Perojo, quien cree que España no puede vanagloriarse de la aportación filosófica o científica de los autores hispanoárabes o hispanohebreos, y, claro está, así minimiza mucho la aportación española durante la Edad Media. Y, para probar la nociva influencia de la Inquisición en el pensar científico español, el señor Del Perojo trae largas listas de nombres de matemáticos, físicos, extranjeros la mayor parte de ellos, de los siglos XVII, XVIII y aun XIX, para contrastar la pobreza española «mientras la Inquisición seguía ejerciendo su fatal dominio».

Poco le costó a Menéndez y Pelayo contestar la intervención de Perojo. Desde Venecia, 6 de mayo de 1877, después de burlarse del estilo pretencioso de Perojo y de su pésimo latín —escribía *causa efficientis* por *causa efficiens*—, muestra cómo ningún hombre de mérito científico fué quemado por la Inquisición española, al revés de lo que ocurrió en otros países europeos, y cómo casi todos los procesos inquisitoriales nacieron por causas del todo ajenas al normal desenvolvimiento de las ciencias.

Pero no sólo contendió Menéndez y Pelayo con espíritus simpatizantes con la escuela krausista y de tendencias izquierdistas, sino que también se vió obligado a responder a dos intervenciones que vinieron en liza desde la extrema derecha. Son la de Alejandro Pidal y Mon y la del P. Joaquín Fonseca, O. P. Vamos a fijarnos muy brevemente en estas dos intervenciones marginales.

Alejandro Pidal y Mon compartía los puntos de vista defendidos por Menéndez y Pelayo en la anterior polémica, pero sostenía que la única filosofía que podía llamarse legítimamente filosofía española era «la grande y sublime filosofía escolástica, tal como la fijó la diestra inmortal del doctor Angélico»; además, no podía suscribir los elogios que tanto Menéndez y Pelayo como Laverde tributaban al sistema de Vives, a la filosofía vivista cuya resurrección los dos deseaban para aquella época doctrinalmente anárquica en que vivían. Pidal y Mon no comparte este culto hacia Vives, pues cree que por los frutos hay que conocer el árbol, y ¿cómo podrá ser óptima una filoso-

fía, como la de Vives, de la cual habrían emanado —según Menéndez y Pelayo— nada menos que el empirismo baconiano, la duda cartesiana, el psicologismo escocés y otros sistemas?

Poco esfuerzo tenía que hacer Menéndez y Pelayo para contestar a Pidal y Mon, como lo hizo en una carta, *In dubiis libertas*, fechada en Florencia a 13 de abril de 1877; en ella puntualiza de un modo admirable todo el alcance de la doctrina de Vives, la cual no puede ser responsable de las desviaciones, exclusivismos o extralimitaciones que pudieran presentar algunos pensadores que se beneficiaron primeramente de las doctrinas de nuestro gran compatriota. Análogas ideas defiende Menéndez y Pelayo en su otra carta dirigida a Pidal, *Instaurare omnia in Christo*, en la cual postula la conveniencia de ser fieles al espíritu del Angélico, no a la letra tan solamente, y hace constar, además, que hubo preclaros dominicos que no fueron tomistas, como fray Tomás Camparella y nuestro insigne Melchor Cano, quien no fué escolástico, sino discípulo de Vives, aunque fuera injusto con él [16]. Análogas ideas propugna Menéndez y Pelayo en sus respuestas a los cargos que le hizo el P. Joaquín Fonseca, O. P., y Menéndez y Pelayo, después de declarar que no quiere ligar su pensamiento sino en cosas de fe, corrige algunas exageraciones y exclusivismos del P. Fonseca y se muestra *auténtico ciudadano libre de la república de las letras*, al par que en algunas cuestiones, como la de las especies inteligibles, se declara antiescolástico intransigente, «amigo de la posición escocesa y hamiltoniano hasta los tuétanos».

El inventario bibliográfico de la ciencia española.

Estas son, a grandes trazos, las polémicas que tuvo que sostener Menéndez y Pelayo en su vindicación de la ciencia española. Pero no paró todo en polémica, pues el gran erudito redactó pronto un *Inventario bibliográfico de la ciencia española*, que señala un hito en nuestra ciencia bibliográfica y que es un monumento único en su clase. Habrá podido envejecer, efecto de los continuos adelantos de la bibliografía, pero es un guía meritísimo para el investigador. Menéndez y Pelayo, a base de las fuentes de información de su época, desde Nicolás Antonio hasta el Catálogo de manuscritos árabes de El Escorial, por Casiri, nos presenta, seriados por siglos, los escrituristas, los

[16] En la citada obra de P. Graf. *Luis Vives como apologeta*, 1485, se patentiza la influencia que Vives ejerció sobre Melchor Cano.

teólogos, los místicos, los filósofos, los juristas, los filólogos y humanistas, los preceptistas y críticos, los historiadores, los matemáticos en toda su amplitud, los tratadistas de estrategia militar, los físicos y naturalistas y, por fin, los médicos. Todo ello presentado en la interna jerarquía de las disciplinas científicas, orgánicamente y con la debida amplitud, o sea, incluyendo tanto los autores hispanoárabes como los hispanohebreos, y dando grandes desenvolvimientos a la proyección de los científicos españoles en América. ¡ Magnífica piedra hita la de este *Inventario bibliográfico de la ciencia española* iniciado por Menéndez y Pelayo en su juventud tan fecunda !

VALORACIÓN DE «LA CIENCIA ESPAÑOLA», DE MENÉNDEZ Y PELAYO.

Claro está que no todo es definitivo y exacto en esta apología vindicadora de la ciencia española. Se equivoca Menéndez y Pelayo, por ejemplo, cuando da por sistemas filosóficos panteístas o cuasi panteístas los de Selomó ibn Gabirol y de Maimónides; hoy no suscribiría Menéndez y Pelayo las palabras que estampó en su juventud : «Hay una filosofía panteísta española, resuelta y clara, que se anuncia por primera vez en Prisciliano, asombra al mundo en Averroes y en Maimónides, con todas las escuelas árabes y judías que preceden y siguen al uno y al otro» [17]. Tampoco es exacta la atribución a la ciencia española de la invención de las cartas esféricas, que, según Menéndez y Pelayo, se deberían a Alonso de Santa Cruz, error al que sería inducido Menéndez y Pelayo por su guía en tal materia, que era la obra sobre la *Historia de la náutica y de las ciencias matemáticas en España*, por Martín Fernández de Navarrete [18]; algunas otras inexactitudes de detalle cabría aún espigar. Pero estas pequeñas faltas de detalle no pueden achicar en nada las proporciones geniales de la obra. Y decimos, muy conscientemente, geniales porque es una obra que no se puede explicar satisfactoriamente sólo por una potencia extraordinaria de erudición y bibliografía. Campea y culmina en ella una seguridad de intuición, una madurez de juicio y criterio que pasman, dada la temprana edad de su autor. Él supo captar los grandes momentos del quehacer científico español : el gran interés de la filosofía y la ciencia —de solera alejandrina, en buena parte— de los árabes y

---

17 *La Ciencia española*, I, pág. 306.
18 Ibídem, pág. 103, núm. 1.

judíos españoles; la labor ingente de traducciones científicas operada en España, singularmente en Toledo, y su inmediata influencia en Europa; la densidad enorme de nuestro siglo XVI, desde la Teología y Mística, Filosofía y Derecho, hasta la Náutica y Cosmografía orientada hacia el Nuevo Mundo; la continuidad, con ritmo remansado, es cierto, de este quehacer científico a lo largo de los siglos XVII y XVIII con las singulares aportaciones en Botánica y Metalurgia del Nuevo Mundo, hasta llegar a la caída vertical, al colapso de fines del XVIII y primera mitad del XIX. Reconoció sinceramente que el ingenio español se inhibe con harta frecuencia de las ciencias puras, abstractas, sin aplicación práctica inmediata, como es la Matemática; pero en este punto, Menéndez y Pelayo [19] supo huir de los peligros de las posiciones extremadas, huyendo del extremismo negativo de un Echegaray, quien [20] nos negaba toda participación en matemáticas, y apartándose de caer en el extremo opuesto, el de Fernández Vallín, quien en su discurso de entrada en la Real Academia de Ciencias ponía a los españoles del Siglo de Oro a la cabeza de las ciencias exactas y físicas de Europa. La crítica de Menéndez y Pelayo supo sortear estas sirtes extremosas: es una obra tan solvente como honesta, transida de grandes y geniales intuiciones, que aún hoy día es un primer instrumento de trabajo para el historiador de nuestra cultura.

---

[19] Cfr. en especial su artículo *Esplendor y decadencia de la cultura científica española*, publicado en «La España moderna», 1894, y reproducido en *La Ciencia española* II, págs. 403 y sigs.

[20] Cfr. su discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias de Madrid.

MENÉNDEZ Y PELAYO, HISTORIADOR ACTUAL

Por VICENTE PALACIO ATARD

QUÉ valor actual representa para nosotros el historiador Menéndez y Pelayo? En dos sentidos se podrá intentar la respuesta a tal pregunta, según que la intención de quien inquiera vaya dirigida a averiguar los posibles modos de actualizar principios, ideas o programas de don Marcelino, como historiador de España, en el plano de los programas o principios de actuación política de nuestros días, o bien que el interés de la indagación apunte meramente a ilustrarnos sobre las dimensiones que abarca la obra del magistral historiador santanderino en el momento actual de nuestros quehaceres profesionales como historiadores, lo que sólo en sentido lato puede hacer referencia a la política.

Es claro que el primer aspecto de la interrogante formulada se escapa por completo a un profesor universitario de provincias, como yo, alejado de los menesteres cotidianos de la política inmediata, metido casi todo el día en mis clases y ocupado en los trabajos de la investigación histórica con mis colaboradores o discípulos. El alcance de las reflexiones que me sugiere la pregunta inicial queda, pues, limitado por mis propias limitaciones a una explicación —breve y apresurada, por otra parte— acerca de la fuerza ejemplar y el contenido actual que, a mi entender, posee la obra de don Marcelino para los historiadores de hoy, en cuanto españoles y católicos.

UNA HISTORIA QUE HACE ÉPOCA.

En cuanto historiadores nadie negará, por de pronto, la actualidad de Menéndez y Pelayo como fuente documental de primer orden

para conocer la historia de su tiempo, las grandes oleadas del revuelto océano intelectual de entonces, las singladuras de quienes por él navegaban y también los variados pormenores de la vida en la alta mar o en los puertos de refugio. Él mismo y su obra son luceros, que resplandecen con brillo de primera magnitud, entre las constelaciones más seguras para servirnos de orientación y marcar el rumbo de nuestras propias exploraciones por ese mar del pasado inmediato. Desde las polémicas de *La Ciencia española* hasta los reposados estudios sobre *Los orígenes de la novela*, pasando por los *Heterodoxos* o las *Ideas estéticas*, sus trabajos históricos constituyen pieza angular en el arco que sustenta la cultura española contemporánea. A través de las noticias un poco monótonas de su propia vida, o en las informaciones variadísimas de su epistolario, Menéndez y Pelayo es un relato continuo de las cosas de su tiempo, enriquecido con el juicio o el comentario de tan excepcional testigo, que proporciona, además, un arsenal de datos de la pequeña historia que de otro modo permanecerían ignorados [1].

Pero, sobre todo, es un hecho objetivo que su vida y su obra han hecho época en la historia científico-literaria de España, y esto sería de por sí suficiente para que apareciesen ante nuestros ojos con la fresca imagen de lo que es actual y no como mera evocación de algo ido y acabado.

En cuanto católicos, habremos de reconocer, en primer lugar, en la radical concepción católica de la cultura que define don Marcelino y que informa toda su obra, algo de permanente actualidad, pues está fuera del tiempo. La lección del historiador católico es, en este caso, actual hoy, como lo fuera hace cincuenta años, como lo será siempre. Tal vez ese radical catolicismo, de formación recia, que ordena y preside su idea de la cultura, se halle matizado con las accidentales referencias de su época, y son estos toques de color, en tal caso, los que sufrirán las consecuencias del tiempo, al que están sujetos, revistiendo con la pátina de lo antiguo la superficie de un monumento grandioso e inalterable en su contextura íntima, porque está labrado con materiales que no admiten deterioro.

---

[1] Las cartas de Menéndez y Pelayo, por ejemplo, nos introducen en la trastienda del mundillo literario con riqueza de datos que interesan no sólo al biógrafo, sino a quien desee conocer la vida intelectual de sus días.

EL VALOR INCENTIVO DE UNA OBRA.
LA TENTACIÓN VENCIDA.

Para cualquier historiador que viva en nuestra hora creo que será difícil desconocer en la obra de Menéndez y Pelayo un valor incentivo y, por tanto, actual. Nos excita a investigar y a pasar por las puertas que él franqueó o por las que dejó entreabiertas. Podremos decir de él lo que Cicerón de aquel Carnéades: *excitabat ad veri investigandi cupiditatem*. De múltiples maneras excitó y excita Menéndez y Pelayo ese deseo de saber, para que otras gentes participen en tareas que por exceder a la capacidad de un hombre, y aun de toda una generación, requieren el esfuerzo continuado de los investigadores a través de los años.

Nos dejó, antes que nada, un ejemplo inestimable como hombre de ciencia y como historiador de España. Para lo cual tuvo que sortear la tentación de la política. Fuerte tentación en un hombre que se lamentaba del «triste divorcio en que suelen vivir la especulación y la práctica» [2], que esperaba del intelectual un influjo inmediato sobre la sociedad contemporánea. En elogio de Balmes dirá que «no era de aquella casta de pensadores que se embebecen en el puro intelectualismo, sino de aquellos otros que hacen descender la filosofía a las moradas de los hombres y ennoblecen el arte de gobernar» [3]. Balmes, que era uno de sus más admirados ejemplos humanos, «intervino con su palabra y su consejo en los más arduos negocios de su tiempo», y del mismo modo don Marcelino se veía solicitado hacia la política de esos otros días que le tocaba vivir a él. Si como intelectual se proponía restaurar la conciencia nacional de los españoles basada en la historia, como político pensaba contribuir inmediatamente a tal restauración mediante las modificaciones pertinentes del ordenamiento cultural del país. Así, cuando en 1884 anuncia a su amigo Valera que tiene «casi la seguridad de salir diputado para las nuevas Cortes», expresa a seguido su ilusión «de trabajar en la futura ley de instrucción pública» [4]. Pero muy pronto la política —con sus triquiñuelas, con sus servidumbres de partido, con sus injusticias y componendas— le decepciona. Extraña figura de político la de este

---

[2] *Ensayos de crítica filosófica*, edición nacional, C.S.I.C., 298.
[3] *Ensayos de crítica filosófica*, ibídem, 362.
[4] Carta de 11 de febrero de 1884. *Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo*, 1877-1905, editado por Artigas y Sainz Rodríguez, Madrid, 1946, pág. 195.

candidato que hace la propaganda electoral con discursos académicos, a fuerza de erudición y sabiduría [5], y que a don Juan Valera, confidente íntimo, aunque político de otro partido, le confesaba muy pronto su disgusto por las «mil cosas extrañísimas» que ocurren en la vida política «entre bastidores, pero que casi nadie las sabe ni las entiende» [6].

No se dejó atrapar por los lazos de la política activa, y de este modo su actividad se centró por entero en el trabajo científico aplicado a la historia. La ciencia exigió de él una entrega total, como a amada única, según nos dice Marañón [7], porque el propio don Marcelino nos asegura que «la ciencia no es concubina que se entrega a los brazos del primero que llega, sino que es austera matrona cuyos halagos, si alguno los conquista, ha de ser con incesante ejercicio, atándose a los lomos la correa del trabajo» [8]. El valor de ejemplaridad que la vida de trabajo del maestro Menéndez y Pelayo tiene para nosotros no se puede diluir en un nostálgico recuerdo [9]. Está ahí, saltando desde sus libros hasta nuestros ojos, con la misma fuerza en sus días que en los nuestros, para herirnos con el aguijón del estímulo a continuar una obra inacabada por él, pero sugerida plenamente y, en parte, lograda a costa del cotidiano esfuerzo, que ni entonces, ni hoy, ni nunca podrá eludirse si hemos de construir el edificio sólido de la historia española.

El edificio sólido de la historia de España. He ahí un objetivo hacia el que es inexcusable avanzar para alejarnos cada vez más de aquella «falsa historia» que denunciaba don Marcelino, que «o es una diatriba sacrílega contra la fe y grandeza de nuestros mayores, o un empalagoso ditirambo» [10]. Una historia lograda en el grado de aproximación que permitan los conocimientos y el instrumental científico de que se disponga en cada instante, y que estará, por consiguiente, destinada a ir afinándose y a superarse cada día, sin quedar por ello envejecida, pues no envejece lo que está sometido a un proceso diario

---

[5] Discurso sobre Raimundo Lulio en Mallorca, 1884, y discurso de Zaragoza para celebrar el triunfo electoral de 1891.

[6] Carta de 16 de octubre de 1886. *Epistolario*, 307.

[7] G. Marañón: *Menéndez y Pelayo y España* (*Recuerdos de la niñez*), en *Tiempo nuevo y tiempo viejo*. Buenos Aires, 1940, pág. 120.

[8] Discurso contra Castelar, en el «Boletín de la Biblioteca "Menéndez y Pelayo"». IX, 1927.

[9] Acerca del valor de ejemplaridad que tiene hoy como hombre de ciencia y como historiador me he extendido en otro trabajo mío, reseñado en la nota 25 de este ensayo, lo que me exime aquí de reincidir en el tema.

[10] *Estudios de crítica histórica*, edición nacional, C.S.I.C., VII, 216.

de rejuvenecimiento. Dotar a los españoles de una clara visión de su pretérito, tal fué el propósito primero de Menéndez y Pelayo, como se repite con razón a menudo, porque un «pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte» [11].

¿Se habrá pasado ya el momento propicio para una tal empresa de restaurar la conciencia nacional sobre una base histórica? ¿Continúa vigente, por el contrario, tal cometido, según los módulos del sabio montañés, supuesto que en ellos se da una concepción permanente de la existencia española? Sin petulancia alguna, pero con toda honradez, al llegar a este punto los historiadores que pretendemos desenvolver nuestro trabajo —con mejor o peor fortuna, eso no importa— en el coto de la ciencia pura, tenemos que ceder la palabra a los políticos, que darán la respuesta en sus programas, tal vez discrepantes. Sin embargo, lo mismo si se supone que Menéndez y Pelayo representa «una concepción permanente de la existencia española», en aquella singular manera de permanencia —claro está— que cabe atribuir a las existencias históricas, como si su obra se emplaza dentro de los cauces propios de los historiadores románticos y nacionalistas del siglo XIX, desbordados ya por la riada en marcha de un nuevo tiempo, [12] cualquiera que sea el caso presupuesto, nadie objetará el sentido actual que tiene el empeño de dotar al pueblo español de un más riguroso conocimiento de su pretérito, como modo el más adecuado de apreciar las posibilidades del presente en que vivimos. Menéndez y Pelayo nos solicita todavía hoy para que arrimemos nuestro hombro, nos señala tareas y nos incita a proseguirlas.

Arquitectura y medula de la Historia de España.

Don Marcelino hizo un moderado elogio de la *Historia de la Literatura española* de Amador de los Ríos, síntesis o visión de conjunto «que hará por siempre grata y respetable su memoria a pesar de las detracciones de la envidia impotente», pues es meritorio «el enorme material que organizó por vez primera». Pero, añade, que es

---

[11] *Ensayos de crítica filosófica*, ibídem, 130.

[12] He aquí dos opiniones diametralmente opuestas, formuladas por Pérez Embid en el *Estudio preliminar* a los *Textos sobre España* de Menéndez y Pelayo por él publicados, Madrid, 1955, y A. Tovar, *Prólogo* a *La conciencia española*, antología de textos de don Marcelino, que dió a la estampa en Madrid, 1948.

deseable «en adelante, trazadas como están las líneas generales del monumento, se ejercite la actividad de sus continuadores en la forma monográfica, que la complejidad, cada día creciente, de la materia histórica, y las exigencias del método, más rigurosas cada vez, imponen de consuno» [13]. Es muy ostensible en Menéndez y Pelayo la precaución recelosa para las síntesis históricas, que encubren dentro de sus fáciles generalizaciones la vaciedad de una ignorancia osada. El ignorante es atrevido. A Menéndez y Pelayo le tocó conocer de cerca la proliferación de tópicos en que condensaba su ignorancia la pretendida interpretación declamatoria de nuestra historia, que es consustancial a los liberales decimonónicos. «Es más cómodo saber poco que saber mucho», anotará en la defensa de su programa de oposiciones, en 1878. Pero quien mucho sabe, tiene también conocimiento de los espacios vacíos que deja su saber, calibra su insuficiencia, y eso le previene contra la síntesis apresurada. Él huye de la síntesis generalizadora como de un resbaladero por el que el hombre de ciencia puede precipitarse en el abismo.

No obstante, como hombre de ciencia también, sabe que es meritorio y necesario *organizar el material*, que las aportaciones del trabajo erudito, necesario y estimable, se quedan en vano amontonamiento no científico de noticias, si una cabeza ordenadora no las dispone en función de un trabajo constructivo que exige interpretación y «unidad de pensamiento» [14]. En una palabra: el hombre de ciencia tiene certidumbre plena de lo precisas que son las hipótesis de trabajo para llevar adelante sus prospecciones indagatorias, si es que la investigación se hace de acuerdo con un plan previo y meditado, y no se fía la búsqueda al capricho o al azar. Sabe también que cuando la investigación monográfica ha alcanzado un cierto acopio de materiales, se requiere una labor ordenadora «en unidad de pensamiento», siquiera sea ésta una síntesis provisional, concebida y reconocida con tal carácter de provisionalidad, como primera conclusión y punto de arranque para nuevas exploraciones.

Por ser Menéndez y Pelayo un auténtico hombre de ciencia, coinciden en él un suspicaz recelo hacia la síntesis histórica y un poderoso don de síntesis, que todos reconocemos en este gran historiador de España como cualidad más notable suya. De ahí, pues, esa aparente paradoja que se nos revela en don Marcelino. No apetecía,

---

[13] *Estudios de crítica histórica*, ibídem, I, 148-149.

[14] *Heterodoxos*, edición nacional, C.S.I.C., I, 54: «Ha de mostrar la historia unidad de pensamiento, so pena de degenerar en mera recopilación de hechos.»

como objetivo de sus quehaceres historiográficos, la elaboración de una síntesis. Sin embargo, en cada página de su obra se descubre su facultad portentosa de ver las cosas en unidad interna, de saber insertar lo múltiple y vario en la medula común que da sentido y conexión a las partes asisladas, de acertar a encajar las piezas dispersas en la arquitectura del todo, entrevista en virtud de un talento nada frecuente de anticipación. «Nadie con más rigor que él —he escrito yo en otra parte— censuró el anticientificismo de las síntesis apresuradas. Nadie con menos esfuerzo consiguió una síntesis madura, sin proponérselo siquiera»..

De sobra se sabe cuál es la línea medular que Menéndez y Pelayo propone para la historia de España. La unidad de los españoles, hasta el siglo XVIII, es un resultado histórico imputable, todo y por entero, a la religiosidad católica y a la Iglesia. El destino común de los españoles lo ha dado su adhesión al catolicismo, no otro factor. ¿Podremos decir ahora, en 1956, que conserva actualidad ese plano axial, por el que Menéndez y Pelayo se propone desarrollar nuestra historia? Por de pronto, recojamos un hecho significativo. Después de Menéndez y Pelayo se ha vuelto muy difícil negar la importancia positiva de los factores religiosos en la historia de España. Cuando, en fecha cercana, se ha intentado por Américo Castro, con evidente originalidad y amplitud de erudición —aunque tal vez sin mucha fortuna—, una vasta interpretación de conjunto de nuestra historia, inspirada en principios ideológicos bien opuestos, por cierto, a los de Menéndez y Pelayo, ha tenido necesidad de formularla tomando como base las determinaciones históricas que en la espiritualidad española son consecuencia operativa de la trina confesionalidad religiosa —cristianos, musulmanes, judíos— de nuestro pretérito [15].

NACIONALISMO, EUROPEÍSMO, UNIVERSALISMO.

La historia, trabada en unidad de pensamiento, según Menéndez y Pelayo, nos revelará esa realidad histórica que es España, inmutable en su autenticidad, porque las implicaciones nacionalistas del historiador montañés han inculcado en él «la convicción incuestionable de que la nación no es un ente histórico, temporal y contingen-

[15] A. Castro: *Los españoles en la historia.* Buenos Aires, 1948. Refundición posterior con el título *La realidad histórica de España.*

te en toda su pureza, sino que radica en un fundamento atemporal de permanencia» [16]. La nación española ha forjado en la historia su personalidad, su permanente fundamento, y el estudio del pasado histórico es condición imprescindible para tener conciencia de esa personalidad. Porque Menéndez y Pelayo cree en este postulado con fe firme, es por lo que se entrega sin reservas a su vocación de historiador.

Pero el nacionalismo de Menéndez y Pelayo, que aparece en rasgos indudables de su concepción histórica —pagó su tributo al tiempo— no constituye el sustrato fundamental, ni mucho menos, de sus estructuras mentales. Fué compartido ese nacionalismo con la singular manera de sentirse europeo, y superado en todo caso por la proyección universal de su catolicismo.

Los sentimientos nacionalistas habían estallado, con formidable eclosión, en todos los países europeos, como respuesta a las guerras de la Revolución francesa y de Napoleón Bonaparte. El romanticismo alimentó luego aquellos sentimientos y les dotó de una elaboración intelectual. Los ensayos sobre la «psicología de los pueblos» y las tesis del *Volksgeist*, puestas de moda por el nacionalismo alemán, tuvieron muy favorable acogida entre los europeos del siglo XIX. Menéndez y Pelayo no cabe duda que aceptó cierta parte de las tesis en boga. Pero no se entregó, de ninguna manera, a un nacionalismo frenético, que era moneda corriente más allá de los Pirineos, en la Europa finisecular. Hasta podríamos imaginarnos que estas concesiones de don Marcelino a lo que flota en el ambiente europeo de su edad nos muestran —en paradójico testimonio— una vez más el europeísmo hondo de nuestro historiador.

Nada más lejos de él que los egoísmos particularistas —puesto que encuentra la más alta justificación moral de España en haberse dado a los demás pueblos, aun en su propio perjuicio—, nada más lejos que las exaltaciones patrioteras —él condena los «empalagosos ditirambos»—, o cualquier arrebato casticista de campanario. Ama a España y a Europa en armonioso consorcio, o, mejor dicho, ama a España porque la comprende en plena función europea.

Aunque no tenga más que una significación anecdótica, es curioso indicar que los artículos polémicos contra Azcárate en defensa de la tradición cultural española, los escribió Menéndez y Pelayo en

---

[16] Vicente Palacio Atard: *El nacionalismo en Menéndez y Pelayo*. publicado en la «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», 1956.

la «Revista Europea». Más tarde, al publicar las *Ideas estéticas*, tendrá cuidado en advertirnos que ni este libro «ni otro alguno de los míos tiende a presentar a España como nación cerrada e impenetrable al movimiento intelectual del mundo, sino, antes bien, a probar que en todas épocas, y con más o menos gloria, pero siempre con esfuerzos generosos y dignos de estudio y gratitud, hemos llevado nuestra piedra al edificio de la ciencia universal» [17]. Este empeño de conservar la tradición propia en la cultura del país no se propone volver la espalda a Europa, porque «una cultura que aspira a conservar el sello indígena» al mismo tiempo «abre generosamente el espíritu a todo progreso científico, *a toda comunicación espiritual* con Europa y con el mundo» [18], nos dirá en la contestación al discurso de ingreso de Bonilla en la Real Academia de la Historia, en la tardía fecha de 1911.

Porque se encontraba, sin esfuerzo alguno, tan europeo, en auténtica comunicación espiritual, él, que fué viajero estudioso y lector infatigable de cuanto el pensamiento de allende las fronteras hacía digno de lectura, por eso era por lo que desconfiaba del «europeísmo» afectado en que incurrían ciertos españoles décimonónicos, los cuales, del buen deseo de poner su patria al día, derivaban un admirativo papanatismo hacia todo lo foráneo, aunque pecaran de negligente olvido del acervo cultural español, que despreciaban sin conocerlo. Esos «europeizantes» de oficio se habían dado tan mala maña, por otro lado, que, en 1894, Menéndez y Pelayo tendría perfecto derecho a declarar que «hoy, a pesar de grandes excepciones, estamos menos dentro de Europa que a fines del siglo XVIII» [19]. En el discurso de contestación a Bonilla denunciará sus reservas a esos programas contemporáneos de *europeización*, y señalará el contraste con aquellos «días de sabia y estudiosa calma» de nuestro siglo XVI, «en que nadie hablaba de *europeizarse* porque nos reconocíamos parte integrante de Europa y vivíamos en comunicación con ella mediante la lengua universal de los sabios».

Creo que conviene insistir en la profunda raigambre del europeísmo de Menéndez y Pelayo, lo que nos ayudará a justipreciar la importancia de una empresa intelectual que al correr de las horas se presenta como una exigencia creciente en pro de la solidaridad

---

[17] *Ideas estéticas*, edición nacional, C.S.I.C., I, 8.
[18] *Ensayos de crítica filosófica*, Ibídem, 367.
[19] *Ciencia española*, edición Artigas, II, 471.

europea y de la concordia entre los humanos. Recordemos la alta estima de don Marcelino por los ideales culturales del Renacimiento cristiano, y se me acusará también el recuerdo de las dimensiones europeas de aquel Renacimiento, que supuso una auténtica comunión de los espíritus más elevados del Occidente. No se nos olvide tampoco que dentro del Renacimiento cristiano fué, para él, Luis Vives la figura eximia, en la cual recaía la más excelente de las coincidencias: la de ser, a un tiempo, español, cristiano y humanista. Luis Vives se remonta por encima de su condición de simple español, sin dejar de serlo, pues alcanza la talla de hombre universal que vive la europeidad cristiana, dramáticamente escindida en aquel siglo, lo que le hace discurrir sobre la concordia y discordia del género humano, en prosecución de una esperanza de concordia cuyas más profundas raíces absorben el jugo nutricio del universalismo cristiano acuñado en troqueles paulinos.

El sentimiento europeo de Menéndez y Pelayo tiene franco valor ejemplar, creo yo, para la hora presente de los historiadores españoles, si hemos de revisar nuestra historia con criterios no-nacionalistas, para servir mejor a España y a nuestra edad. Ese «europeísmo» es freno y tope en el que se contienen las servidumbres que impusieron al maestro español los correlatos nacionalistas de otra época. Pero todavía más seguro límite, y hasta la superación definitiva del nacionalismo, logra Menéndez y Pelayo en virtud del fondo universal cristiano de su plena convicción religiosa.

Nótese que esta superación del nacionalismo moderno a través del espíritu católico no es privativa de Menéndez y Pelayo. Hace algún tiempo procuré subrayar los contrastes del *nacionalismo europeo* y del *universalismo español*. Es cierto que los españoles hemos llegado a participar del nacionalismo moderno a la manera europea, pero «también es verdad que aquí el fenómeno ha tenido un desarrollo más tardío, se ha presentado en forma considerablemente debilitada, y hasta puede decirse que en el sustrato de la conciencia española nunca ha dejado de discurrir ese otro elemento, antagónico del nacionalismo, que es el universalismo cristiano» [20]. España —por una serie de circunstancias que no son ahora del caso— no participó en el momento inicial del nacionalismo moderno, por los días del

---

[20] Vicente Palacio Atard: «Universalismo español, nacionalismo europeo», conferencia pronunciada en el Colegio Mayor «Reyes Católicos», de Valladolid, el 16 de febrero de 1952

Renacimiento. Conviene añadir otra observación, que refuerza ese inicial retraso: la invasión napoleónica produjo en España, como en otras partes, el florecimiento del nacionalismo, pero las subsiguientes guerras ideológicas del siglo XIX entre los españoles, en las que se luchaba por «principios», por la verdad absoluta, y no por intereses nacionalistas, amortiguó los matices del nacionalismo español en la época romántica, cuando en Europa se plasma en las más refinadas expresiones de la inteligencia.

El espíritu nacionalista ha de estar conformado por ciertos lazos objetivos que proporcionan cohesión interior a cada grupo nacional. Uno de los lazos más eficaces ha solido ser la religión. En España, si creemos a Menéndez y Pelayo, fué la religión la única fuerza de unidad nacional. En todo caso, pocos lazos objetivos distintos a la religión habrán enlazado más estrechamente a los españoles en su destino histórico durante los siglos modernos. Pues bien, «hagamos notar que la religión (de los españoles) es precisamente una religión no-nacionalista, directamente opuesta a todo particularismo, tan generosamente negado desde sus primeros momentos por la palabra divina de Cristo y por los apóstoles de su doctrina, entre los que descuella el verbo brillante de San Pablo».

También don Marcelino, el historiador católico, con lealtad absoluta a Cristo y a su Iglesia, habrá mitigado los trazos debidos a las corrientes nacionalistas de entonces, que aparecen como difuminadas sobre el fondo indeleble de su concepción cristiana. Su condición de católico —y también el temple auténtico de historiador de pura cepa— le han librado de escribir una historia *sub specie aeternitatis*, esa historia atemporal y eternizante que nace con frecuencia en el clima propicio del nacionalismo romántico y, en cambio, es fiel a una historia concebida *sub specie historica*, puesto que —Menéndez y Pelayo lo escribe— «quien dice historia, dice algo de relativo, transitorio y mudable».

EL AMOR AL PASADO COMO EVASIÓN O COMO INSTRUMENTO OPERATIVO ACTUAL.

La superación de ciertas implicaciones de su época han librado a Menéndez y Pelayo de aparecer hoy como un simple historiador

de mentalidad nacionalista trasnochada. En la asunción europea y universal de su nacionalismo español nos descubre, por el contrario, un sugestivo horizonte a los historiadores de este siglo si queremos extender nuestra mirada hacia el mundo del futuro y contribuir a crearlo con nuestra obra, pequeña o grande, pero que requerirá en todo caso la entrega a ineludibles exigencias de universalidad.

Decimos, pues, de Menéndez y Pelayo que es un historiador actual. ¿No sería, acaso, conveniente que nos propusiéramos la pregunta previa de si en don Marcelino hubo alguna pretensión de actualidad?

Menéndez y Pelayo amó el pasado, y por amarlo integralmente se retiró toda su vida a «vivir entre los muertos». Es más: idealizó el pretérito, aquellos momentos del pretérito en que creyó realizados sus más caros ideales de vida. Pedro Laín supone que en tal recreación idealizadora del siglo XVI español o de la antigüedad clásica hay una fuga evasiva en la que se concreta su juvenil deseo de no «contar con su propio tiempo», de «escribir historia cerrando los ojos a su propia situación histórica», de escribirla «desde la no-actualidad» [21]. Pero no parece muy seguro este supuesto. Tal vez la idealización por Menéndez y Pelayo de una determinada época pasada sea fenómeno que a los hombres acontece con frecuencia, y más si son dados a la historia. Los hombres del Renacimiento y del clasicismo versallesco idealizaron la antigüedad grecorromana, como los del Romanticismo idealizaron la Edad Media. Por eso la idealización del pretérito en Menéndez y Pelayo no significa, con necesidad absoluta, un refugio elusivo de las preocupaciones del presente.

Menéndez y Pelayo amó su tiempo, aunque no le gustara, con aquel amor que nos pide a nosotros —cristianos de hoy— Pío XII cuando nos manda amar nuestro tiempo. Con el disgustado amor de quien se propone influir sobre una época colmada de imperfecciones, pero que la sabemos perfectible, puesto que es cosa de gentes humanas. Además de sus trabajos polémicos de los primeros años y de su intervención —siquiera tangencial— en la política activa, en los años de madurez es el hombre a quien escuece en su viva carne la historia presente de su patria, y para intervenir en ella del modo más eficaz posible, con los ojos puestos en una marcha operativa sobre el mañana, se encierra en la torre de marfil de su trabajo erudito y científico. Es verdad que en Menéndez y Pelayo hay una sensa-

---

[21] Pedro Laín Entralgo: *Menéndez y Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales.* Madrid, 1944, pág. 249.

ción confesada de asco al presente. Le asquea y se aparta de sus fuentes nauseabundas. Se aparta, pero no lo abandona, porque confía en que podrá reobrarse algún día sobre el mismo. Bonilla —unido a Menéndez y Pelayo por los lazos del aprendizaje universitario y por los de la colaboración en el trabajo, ya que no por la absoluta identificación en las ideas— es una opinión autorizada cuando describe la doble vertiente por la que se derrama la obra toda del maestro: una, de «reconstrucción de nuestro pasado»; otra, de «regeneración para el porvenir» [22]. Hará ciencia para descubrir nuestro pretérito, y ese será el modo de influencia en el presente al que aspira. El propio Laín entiende que «mucho más se acerca Menéndez y Pelayo a su propio tiempo cuando quiere ser pensador de la historia y no sólo erudito y esteta». Como historiador, instalado en su tiempo, escribe de cara al porvenir. Rafael Calvo Serer ha insistido en presentárnoslo como en «titánico afán de reconquistar la línea de nuestro pasado, para reintroducirnos creadoramente en la historia contemporánea» [23]. El propio don Marcelino, en el epílogo de los *Heterodoxos*, confiesa esta voluntad de eficacia hacia el futuro, por encima de un presente que no contaba con las disposiciones adecuadas para escucharle: «No escribo para hoy; la historia... traspasa tan mezquinos horizontes y adivina en esperanza días mejores, adoctrinados por el escarmiento presente.» Quede, pues, claro que su apartamiento del presente sigue dos direcciones: hacia un pasado que no es auténtica evasión, sino plataforma donde se acumulan energías, y hacia un mañana sobre el que lanzará las energías allí reunidas.

Menéndez y Pelayo no sembró la semilla en el campo de su tiempo porque no era aquella tierra abonada para que pudiera fructificar. La arrojó a las sementeras de la posteridad. En esa posteridad que es precisamente este nuevo tiempo nuestro.

La hora actual de la historia de España.

A Menéndez y Pelayo le otorgó Dios «musculatura de acero —como escribe monseñor García y García de Castro— para llevar sobre sus

---

[22] A. Bonilla y San Martín: *Introducción* al tomo IV de *Los orígenes de la novela*, en la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, pág. 89.

También Laín ha señalado, por lo demás, esta proyección «regeneracionista» de Menéndez y Pelayo, que le aproxima en la intención —ya que no en los programas concretos— a esa otra literatura «regeneracionista» de fin de siglo.

[23] Rafael Calvo Serer: *Teoría de la restauración*. Madrid, 1952, pág. 191.

hombros, a la manera de los hebreos, el arca de la tradición hispánica» [24]. Tradición que sólo es tal si sirve a las preocupaciones actuales. Don Marcelino, aunque rebosante de saber erudito y atiborrado de recuerdos arqueológicos, escapa a los peligros del oficio, y no ata la tradición con las cadenas del regodeo arcaizante. ¿Cuántas veces ha protestado de los que se llaman defensores de la tradición y la confunden con lo anacrónico, con lo caduco? ¿No nos pone alerta contra las mixtificaciones de los pretendidos tradicionalistas, que a veces son los más peligrosos falseadores de la tradición? En él la tradición «se hermana con la historia en creación constructiva, por el enriquecimiento vivo del sedimento pretérito con novedades y creaciones humanas incesantes. En todo caso hay que hacer atractiva y actual la tradición, hablar un lenguaje siempre joven. Por eso estudia, morosa y amorosamente, la tradición, la venera y exalta los valores que, creyéndolos tradicionales, estima conservan lozanía permanente para actualizarse en formas de renovado vigor. Porque la tradición es eso, lo que del pasado ha dejado sedimento perdurable» [25].

No es un peso muerto, sino algo tan real y vivo que se nos impone por encima de nuestros negligentes abandonos o de nuestras inhibiciones voluntarias. Xavier Zubiri, en páginas de belleza y densidad inigualables, explicó de qué modo el pasado pervive en el presente y lo condiciona. Un historiador nato, como Menéndez y Pelayo, reconocía tal pervivencia, sentía gravitar sobre el presente el peso de lo antiguo, y no como lastre muerto, sino como fuerza vital orientadora.

No escribía para su hoy, nos confiesa. En su tiempo fué poco leído, y hasta se tramaron «conspiraciones del silencio», acerca de las cuales estamos informados. Pero, probablemente, podríamos decir de él lo que el propio don Marcelino afirmaba de Eduardo Hinojosa cuando, en 1889, fué recibido en la Real Academia de la Historia: «Fué poco leído, pero le leyeron todos los que podían y debían leerle» [26]. Lo cierto es que la posteridad sí le ha leído. Era natural que sucediera así, puesto que escribía para el futuro. Sobre todo, los

---

[24] R. García y G. de Castro: *Menéndez y Pelayo. El sabio y el creyente*. Madrid, 1940, pág. 574.

[25] Vicente Palacio Atard: *Menéndez y Pelayo y la historia de España*, ensayo que se publica formando el cuaderno núm. 8 de los «Estudios y documentos», editados por la universidad de Valladolid y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Valladolid, 1956.

[26] *Ensayos de crítica filosófica*, ibídem, 221.

historiadores de nuestros días no podrán ignorarle sin incurrir en ligereza y descuido.

Porque Menéndez y Pelayo ha logrado esa actualidad que está a cubierto de todas las contingencias temporales, la que se funda en el rango de lo clásico, por él alcanzado con su obra. González Palencia se expresó con rigurosa exactitud al hablar de «el archivo de la cultura patria acumulada en las obras completas de don Marcelino Menéndez y Pelayo» [27]. No hay exageración en estas palabras. Pues se aceptará como evidente que por él se rescató del olvido y se obligó a considerar las amplias dimensiones de la cultura española, cuyas líneas mensurables nadie había intentado hasta entonces recorrer. Pero de ese primer reconocimiento y exploración se obtuvo, además, la apreciación objetiva de que en la vieja cultura española yace un legado nada despreciable para la Humanidad. Tanto más actual y necesario se nos antoja el descubrimiento de ese legado cuanto que la herencia de la modernidad europea se agota en nuestros días y necesita un enriquecimiento de aquellos materiales que, en opiniones autorizadas, parecen abundar justamente en el fondo de la cultura española. ¿No constituye tal posibilidad un estímulo suficiente para el trabajo de hoy?

En algunos aspectos concretos el punto de partida de Menéndez y Pelayo sigue marcando rutas propicias al recorrido actual de nuestra historia. Tal es su aviso para que los historiadores salvaguardemos, por encima de todas las avalanchas masificadoras, el valor imponderable del individuo-hombre contra la absorción del hombre-número que pretende el positivismo. También su consigna a los historiadores católicos y españoles cuando nos pide acudir a las brechas por donde la marea de la impiedad avanza y nos exhorta a defender el dique de «las ciencias históricas» contra los embates de las aguas encrespadas que quieren barrer el orden sobrenatural; a él le tocó la pleamar, cuando el embate arreciaba; nosotros estamos en el momento del reflujo, pero el mandato subsiste, porque las aguas que se retiran han arrancado preciosas defensas y será preciso proveer a su sustitución para nuevas contingencias. Indicaciones de actualidad son, además, las sugerencias para una revisión no-castellanista de la historia española. Sobre la cual no me extenderé en este lugar por haberme explicado ya en otras páginas [28].

---

[27] *Estudios de crítica histórica*, ibídem, VII, 292, *Advertencia.*

[28] En el ensayo mencionado poco antes, en la nota 25.

La presencia actual de don Marcelino en los trabajos de nuestra historia es inevitable en todo caso ante las posibilidades que se abren en el estudio histórico de la religiosidad de los españoles. Me parece de fundamental importancia que este estudio lo acometamos, de manera resuelta, los historiadores españoles católicos de hoy. No porque hayamos de rechazar otras colaboraciones, que siempre que provengan del campo desinteresado de la ciencia son aceptables, como las aceptaba Menéndez y Pelayo, a quien no regatearemos en esto, como en ninguna otra cosa, su ejemplar magisterio. Pero nuestra religiosidad —y la cultura empapada en esa religiosidad católica— sólo dentro de una concepción religiosa de la vida puede ser comprendida. No nos sorprende que la Europa moderna, educada en una cultura laica, la ignore. Los frustrados intentos de historiadores españoles no-católicos y de otros extranjeros hijos de esa europeidad laica son un alegato que persuade con elocuencia. Bonilla sumaba la suya a otras quejas de Menéndez y Pelayo porque la historia de España la han «escrito en gran parte nuestros enemigos». Nuestra queja concierne tan sólo a que la historia de la religiosidad española la escriban hombres, beneméritos sin duda en la aplicación al trabajo científico, pero que, por extraños a esa religiosidad, no se hallan en las mejores disposiciones técnicas para abordar su estudio. Quien no participa de las vivencias espirituales que estudia se expone, aunque por involuntaria consecuencia, a no captar la verdadera significación de todos los rasgos, cuyas exageraciones darán paso a la caricatura, o la mutilación de los cuales producirá lamentables deformaciones [29].

Ahora más que nunca los historiadores católicos hemos de acometer —por el estudio de la práctica religiosa entre nuestros antepasados y con el análisis de las fuerzas morales que han coparticipado, junto a la educación católica, en la conformación espiritual de nuestros antepasados— el problema de precisar en qué medida los españoles fueron un pueblo católico y hasta qué punto conviene, en rigor, a España el pomposo título de brazo armado de la Iglesia. Será ésta una manera segura de contribuir a las averiguaciones sobre nuestro catolicismo actual, sus necesidades y las de la Iglesia de nuestro tiempo.

---

[29] Las obras de M. Bataillon y J. Sarrailh son, sin duda, muy diferentes. Pero tanto el mesurado y muy documentado estudio sobre *Erasmo y España* del primero como la tendenciosa y ligera obra del segundo, *L'Espagne éclairée du XVIIIe siècle*, prueban las insuficiencias en que puede incurrir cualquier revisión de la historia de la espiritualidad española, tal y como la esbozara Menéndez y Pelayo, desde el momento en que procede de un criterio revisionista no católico.

Parece claro que el siglo XX asiste a una verdadera reforma católica de la Iglesia, de magnitud equiparable a la del siglo XVI. Al sonar la hora de la Reforma católica, la España del siglo XVI estuvo en primera fila, con un formidable instrumental eclesiástico, especialmente con sus equipos de teólogos y con la fuerza de su cultura eclesiástica y secular, que realizó el empeño —nada menos— de cristianizar el Renacimiento. ¿Y ahora? ¿Podremos decir lo mismo de España a la hora de la Reforma católica del siglo XX? Algo ha cambiado de modo sensible. La España de imitación europea no ha acertado a dar frutos de sabor universal. La España católica a la antigua ya no los da. Algo ha cambiado al modificarse el plano de la religiosidad de los españoles y las bases religiosas de su cultura durante el último siglo. ¿No nos invita esto a reflexionar sobre las necesidades actuales y el estudio de la historia? ¿No tendrá aquí también don Marcelino alguna cosa que sugerirnos? Pero ya no es el profesor provinciano de historia quien ha de dar respuesta a tales preguntas.

Para proyectar la España del futuro, Menéndez y Pelayo pedía que se arrancase de la historia como punto inicial de partida. A la historia exigía, a su vez, un trabajo de investigación y elucidación de problemas. Tras lo que llevamos dicho no será difícil reducir a tres grandes círculos aquellos en que se inscribe la problemática del quehacer historiográfico en don Marcelino, y que prolongan hasta hoy su efectivo vigor.

El primero se contiene en la exigencia de no negar a la ligera el valor universal de la cultura española, como se había hecho con reiterada obstinación, desde el siglo XVIII, entre los europeos de fuera, pero también entre los españoles de dentro; por el contrario, incumbe estudiarla a fondo y redescubrir la validez universal de esa cultura en los momentos actuales.

Es el segundo el que nos plantea la necesidad de no incurrir en la reacción contraria, de encastillarnos en un puro casticismo seudotradicionalista, desconociendo por nuestra parte el legado positivo de la Europa moderna, amasado al margen de la cultura española clásica; asumir, pues, en la cultura española esa herencia del mundo moderno en cuanto pueda serlo sin renunciar a los principios de nuestras convicciones cristianas y españolas. Éste ha de ser el modo fecundo de reincorporación de España al mundo que alborea en estos días; en él puede consistir su valor original, su salvadora presencia. Tres siglos han permanecido de espaldas la cultura española y la de

la modernidad europea. Cuando en el reloj de los tiempos se avecina la hora de rehacer el mundo *desde sus cimientos* es muy probable que esté también próximo el momento en que pueda y deba tenderse un puente de orilla a orilla para salvar esa abismal hondonada que ha distanciado durante trescientos años a España y a Europa.

En tercer lugar, la historia de don Marcelino ambiciona la unidad de los españoles, abrazarlos en el deseo común de la verdad. Los ha encontrado escindidos después de un siglo de luchas fratricidas, desgarradoras del espíritu tanto como del cuerpo físico de España. ¿Cabe recomponer la unidad? Sí. La respuesta afirmativa se confía a la aproximación científica a esa realidad verdadera de nuestra historia, lograda «con la severidad de su método», no en virtud de retóricas improvisaciones, siempre que dé «lo cierto por cierto y lo ignorado por ignorado» [30]: ese será un instrumento muy seguro de solidaridad entre los españoles. Por la solidaridad de los españoles entre sí, ante la historia, se dará un paso de gigante también hacia la armonía entre españoles y europeos, y tal acercamiento en hermandad de unos y otros ha de ser una sustanciosa fuente de la que mane la fraterna universalidad de la concordia cristiana.

Esta triple dimensión de lo que Menéndez y Pelayo exigía a nuestra historia y los problemas que suscita sigue en pie en nuestros días. Por eso es hombre de nuestra hora y no mera figura del recuerdo o enunciador de algo ya transcurrido. Por eso, con todo derecho, me atrevo a proclamarlo historiador actual.

¿Se hará realidad venturosa la historia de España así concebida en el espíritu de don Marcelino? Yo creo que en esta realización se tributaría el más hermoso obsequio a su memoria. Quizá no sea inoportuno pensar en *organizar*, en unidad de pensamiento, todo el material erudito que la investigación histórica ha ido amontonando hasta nuestros días y ofrecerlo como homenaje al maestro en ocasión del centenario.

Si tal historia se lleva a cabo, no cabe duda que será un «fruto tardío», pero, como tal, está al alcance de una madura ejemplaridad universal. Una historia sin leyendas doradas o negras, sin ocasión a polémicas equivocadas. Una historia de España en unidad de pensamiento, más allá de los preconceptos nacionalistas, inspirada en la raíz profunda de lo cristiano. Una historia, en fin, ambiciosa de concordia, en las tres facetas —española, europea, universal— en que ha

[30] *Poesía castellana en la Edad Media*, I, 230.

de tallarse hoy la paz de los hombres para que los destellos de tan preciosa piedra reluzcan en el mundo hacia el que nos asomamos. Así se hará digna de nuestro tiempo esta historia, nacida por la incitación eficiente, alentada por el cordial espíritu del primer maestro de los historiadores españoles.

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LA ESTÉTICA

¿CUÁL es la novedad esencial que aporta Menéndez y Pelayo a la erudición española? Menéndez y Pelayo ve los fenómenos históricos, literarios y religiosos sobre un fondo de estética. La belleza, como la flor del espíritu, condiciona sus juicios, y sobre las censuras o la exaltación de las doctrinas flota siempre su estimación de los valores artísticos. ¡Cuántas veces su pluma se tiñe de simpatía y aun de larvada admiración a figuras a las que su ortodoxia tiene que condenar! Ningún alma ha habido en nuestra historia tan abierta a todas las sugestiones de belleza, a todas las presentaciones del bien decir, aunque sobre esa base que el arte adorna se levanten teorías que sus doctrinas no podían aceptar. Su antipatía, no sólo ideológica, sino temperamental, con el krausismo y los krausistas arranca de raíces estéticas. La visión de don Marcelino, tan clara y entusiasta para todos los problemas, no podía contemplar sin una protesta, en la que restallan los látigos de una ira que rebasa lo puramente intelectual, unas teorías de las que «todo el mundo culto, sin distinción de impíos y creyentes, se mofaban con homérica risa».

Don Marcelino, siempre espontáneo y con un módulo humano para sus juicios, los tiñe de simpatía o de repulsión, valorando muy principalmente su capacidad de poesía y de entusiasmo. En ninguna obra como en la *Historia de las ideas estéticas en España* se vierte su espíritu con tan apasionada comprensión. Es una verdad a medias el llamarlo sólo «genio de la síntesis». Cuando su milagrosa capacidad de visiones unitarias y sincréticas se apoya sobre una erudición pormenorizada y rigurosa acompañada de un anhelo de conocimiento menudo y exacto, ejercido con tal ahinco y a costa de tales sacrifi-

cios que le ha permitido decir en el prólogo de ese libro, con una legítima jactancia, que, «con leves excepciones, está compuesto todo sobre libros propios, quiero decir sobre libros que he recogido y poseo». Para ser justos hay que llamarlo también «genio del análisis». Porque es en la recogida de los datos concretos, de las ediciones raras, de las noticias sepultadas en el fárrago de las páginas inútiles, donde Menéndez y Pelayo muestra una genialidad que le permite jerarquizar los hechos y las referencias, extraer lo significativo y articular esas menudas notas con las teorías de carácter general. Al extender la exposición de las *Ideas estéticas* sobrecoge los caudales de erudición y la grandeza con que es alzada por una prosa vibrante y sanguínea. Todo el panorama de la estética se despliega vivo sobre cada cultura, justificando sus formas, explicando las nociones de hermosura que cada siglo ofrece al mundo, comprendiendo con la mirada más generosa y entusiasta la razón de ser de cada versión de la belleza. Y ello no con la boba actitud admirativa, sino apreciando muy principalmente sus limitaciones, tachando con gesto, a veces duro, los extravíos. Pero observemos que Menéndez y Pelayo tiene toda su indulgencia para los errores ambiciosos, para las equivocaciones aguileñas. Y le inspiran un profundo desprecio las actitudes entecas, las áridas reservas. Cuando su pluma detiene su influencia encomiástica es cuando tropieza con resecos preceptos a lo Boileau o a lo Luzán. Este anhelo de analizar la belleza —analizar en Menéndez y Pelayo no es disecar, sino exaltar— allí donde se encuentra le permite realizar una de las misiones más trascendentales de toda la cultura occidental: la de señalar la continuidad de las ideas clásicas en las ideas cristianas. El pensamiento europeo forma así una grandiosa unidad con los programas estéticos de los griegos continuados y aun con sus últimas consecuencias en autores cristianos. Proyectando las bellezas paganas sobre un fondo de anhelos infinitos de ilimitadas aspiraciones hacia una divinidad humanizada y sacrificada por amor. Viendo las formas clásicas de una belleza ya terminal y exhausta, vivificadas y eternamente tensas, porque su meta es el mismo Dios. Por esto, si tuviéramos que definir el momento histórico más grato para Menéndez y Pelayo, aquel en que su pluma y su corazón se mueven con más holgura, diríamos que es el Renacimiento. Cuando el pensamiento se rejuvenece en los filósofos helénicos, cuando las formas quieren ser un reflejo de las estatuas desenterradas y cuando la poesía tiene un ritmo de graves flexiones antiguas y los concordes números pitagóricos explican en odas agustinianas el rodar de los astros.

Esta continuidad del clasicismo, aun en los períodos aparente-

mente más entregados a formas y a ideaciones anticlásicas, como la Edad Media, es realzada por Menéndez y Pelayo con tal tesón, que podemos decir que constituye el nervio de su crítica filosófica de ese período. No sólo en las *Ideas estéticas*, sino en sus estudios sobre la filosofía platónica, en esa perduración de los temas griegos, es examinada con la más fina perspicacia y con un hondo y, como si dijéramos, jubiloso anhelo de seguir la vena platónica a través de la filosofía católica. Para Menéndez y Pelayo, la antigüedad no sólo era un tema de erudición, sino de amor. Él mismo dice: «Bueno es saber la antigüedad, pero todavía es cosa más rara y más delicada y más exquisita sentirla. Y sólo sintiéndola y viviendo dentro de ella se adquiere el derecho de ciudadanía en Roma y en Atenas.»

En Menéndez y Pelayo sucede lo contrario que en tantos otros escritores de amplios propósitos: que en lugar de encogerse y restringir el desarrollo de su tema a las posibilidades humanas, en nuestro maestro se desmesura y los horizontes se van extendiendo delante de sus fauces de león. Y una historia de las ideas estéticas que se proyectó pensando en España cerca a nuestro solar desde Grecia al romanticismo. Dentro de este círculo, que lo es del pensamiento de Occidente, nuestras teorías estéticas, estrictamente doctrinales, resultan mezquinas y como un eco amortiguado de las universales. Por esto, Menéndez y Pelayo tiene que apoyarse en las grandes concepciones y buscar en las nuestras no sólo las consecuencias de segundo grado, sino las notas originales, los rasgos que definen la personalidad española. Por eso, a falta de teorizadores que crean estados universales del gusto, busca en los poetas y en los místicos las expresiones más puras y altas de los conceptos de belleza. Y en la sublimación de la hermosura platónica se encuentra la gracia cristiana que sólo fray Luis de Granada alcanza y expresa los conceptos de celeste claridad. El mundo visto «como un largo proceso y testimonio de amor»; así es el reflejo de Dios en la tierra. Y en la controversia sobre Góngora se exponen las más agudas disquisiciones sobre la belleza poética de todo el siglo XVII. Es aquí donde Menéndez y Pelayo se nos aparece más alejado de nuestros gustos. Pero es tal la violencia de sus dicterios, la desbordada pasión que pone en sus ataques al conceptismo, que hay en estas páginas algunas de las muestras más coloridas y elocuentes de su estilo. Aun en estas divergencias, cuanto más alejados nos sentimos de sus doctrinas, más cerca estamos del hombre sin cautela, capaz de entregarse con todo el vigor de una convicción encendida a unos juicios con que se compromete ante el futuro.

Uno de los misterios de la vida literaria española ha sido el de la preterición de Menéndez y Pelayo en ciertos medios intelectuales de

su época, el de ahorrar hasta los más grotescos extremos de la mezquindad las citas de sus opiniones, la práctica del silencio como consigna de escuela, de ese silencio tan diestramente manejado y que es la forma más cobarde del rencor. ¿Será la causa, la constante y, en cierta manera, bélica —bélica no sólo frente al presente, sino al pasado, al que vivifica con esa actitud— proclamación de su catolicismo?

Porque en Menéndez y Pelayo, aunque en el curso de su vida la ola de su generosidad vaya creciendo y su comprensión de los errores ajenos vaya matizada de benignidad, es lo cierto que no puede hablarse de una radical rectificación ideológica en ninguna de sus obras. Y si en el prólogo de la segunda edición de *Los heterodoxos* aspira «a la serena elevación propia de la historia», este sosiego que alcanza cuando desde la altura de su sabiduría domina todo el panorama del pensamiento humano no atenúa su acritud, sus burlas despectivas y su condenación a movimientos filosóficos como el krausismo, que ha nutrido hasta nuestros días muy cercanos a una zona del pensamiento español.

Hay otro motivo, ya puramente metodológico, que puede explicar también la desafección de ciertos núcleos intelectuales hacia el gran maestro. Y es que la genialidad de Menéndez y Pelayo era demasiado vasta y su inteligencia demasiado ambiciosa para resignarse a un tipo de trabajo y de ideación de carácter positivista. En Menéndez y Pelayo, el instinto poético y la sensibilidad más refinada no pueden ir separados de la erudición ni de la pura teoría. Sus interpretaciones personales desbordan siempre la fría objetividad de los datos. Una palpitación humana y artística recorre toda su obra, a veces con una pasión que produce las más bellas de sus páginas.

Los rígidos criterios positivistas con que las ciencias del espíritu se cultivaban entonces en España motivaron un no declarado, pero efectivo, desdén hacia la obra de don Marcelino, siempre de vuelos alpinos. Él mismo, al hablar de Camús, dice: «No podemos menos de recordar sus postrimerías con la íntima tristeza de quien contempla descender al ocaso el sol de las humanidades españolas. Filólogos podrán quedar, y de hecho queda alguno, y es de esperar que se multipliquen, pero ¿cuándo volveremos a tener humanistas?» Por eso hoy, en que el positivismo como técnica y como única forma del trabajo científico ha periclitado y en nuestra jerarquía no sólo del espíritu, sino de la pura y objetiva realidad investigadora, colocamos antes a los humanistas que a los filólogos, Menéndez y Pelayo se halla en el corazón de las inquietudes actuales y advertimos en su prosa una modernidad, un latido fraterno al nuestro y un motivo de sugerencias que lo sitúan otra vez como primer maestro y guía del

pensamiento español de hoy. Y bien pleno es este reconocimiento en los homenajes universitarios y académicos que en estos días se le tributan. Es precisamente en la *Historia de las ideas estéticas* donde encontramos realizada con impresionante grandeza esta unión del espíritu y de la erudición, de la labor bibliográfica y de los encendidos comentarios de carácter estético. Menéndez y Pelayo, a través de esta magna obra y repitiendo un sistema de pensamiento que se reitera en todos sus libros, concede la primacía en el estudio a las doctrinas filosóficas. De ellas, de los más sutiles análisis conceptuales de los sistemas aparentemente más desvinculados de las artes, hace emerger nuestro gran polígrafo las ideas sobre la belleza, los pensamientos que pueden tener una consecuencia en la concepción de las formas. Esta concepción tan universal de la estética va acompañada en Menéndez y Pelayo de una análoga visión de magnos horizontes de la historia.

Con audaz genialidad, Menéndez y Pelayo estima en el estudio sobre la historia como obra de arte que la calidad de clásica se concede a la historia no por la imparcialidad, sino, al revés, por la apasionada parcialidad del historiador. Se enamora o aborrece a sus personajes. Sus opiniones no sirven de aleccionamiento a príncipes ni a pueblos, sino que se exponen, unas veces, tan ideales y serenas como la escultura antigua y, otras, tan complejas como el drama moderno. Con esta propensión a valorar todas las presentaciones del genio del romanticismo, Menéndez y Pelayo sostiene que la renovación de la historia proviene de la novela y del drama histórico. Surge así el amor al detalle, la teatralidad, la ambientación y las humanas creaciones de los protagonistas.

Este estudio, Menéndez y Pelayo lo termina diciendo que, aun reconociendo los triunfos de la crítica histórica y de la filología, espera que la historia «no siempre se ha de ver encerrada en la caja de hierro de la ciencia pura, es decir, en libros sin estilo y abrumados de notas y testimonios, sino que algún día romperá la áspera corteza y entonces, digámoslo con palabra del gran Niebhur, «será semejante a aquella ninfa de la leyenda eslava aérea al principio e invisible, hija de la tierra luego y cuya presencia se manifiesta sólo por una larga mirada de vida y de amor».

En esta expansión del espíritu que Menéndez y Pelayo busca en la forma artística su interés no podía terminarse en meros problemas estilísticos o históricos. Por las páginas de la *Historia de las ideas estéticas* desfilan no solamente poetas y teóricos de arte, sino muy principalmente filósofos, pues —como él dice muy bien— «toda metafísica implica más o menos una estética». Él mismo reconoce lo des-

medido de su obra, la caudalosa exuberancia de su tarea, que rebasa en mucho los propósitos iniciales. «Malo será mi libro por ser mío, pero nadie me negará que doy en él mucho más de lo que prometo, lo cual será superfluo y monstruoso, pero no deja de ser útil, aun para los mismos que más lo censuran.» Esta «superfluidad y despilfarro» de los cuales se considera pecador Menéndez y Pelayo van unidos también a la más generosa visión juzgadora. No hay en él prejuicios ni repugnancias doctrinales ante ninguna estética. A todas las acoge buscando la vena de simpatía y de cordial y humana afinidad que en ellas puede encontrar. Un aliento poderoso, ancho, crea unas páginas que, con expresión favorita suya, parece que tienen «tuétano de león». Su amplitud de ideas es una consecuencia de una amplitud de espíritu y de corazón que hace que los horizontes se vayan ensanchando delante de sus pasos. No hay escala en la historia de la cultura para medir la titánica labor de este hombre. Pretender sintetizar cualquiera de sus grandes creaciones es luchar con un gigante en la noche oscura de su inmensa labor y, al final, quedar vencido.

Es precisamente esta grandeza uno de los motivos de esa zona despectiva por que ha pasado su nombre. Ello es debido a la misma magnitud de sus creaciones, que no pueden ser contempladas en su redondez más que por una mirada de águila.

Y esta erudición, que a veces espanta, va acompañada siempre del riesgo de unos juicios personales que Menéndez y Pelayo nunca frena. Al lado del conocimiento está el dictamen. Al lado del entusiasmo, la valoración matizada. Nunca hay en sus escritos la impasibilidad que hiela y nos aparta de los temas tratados, aunque éstos lo hayan sido con exhaustiva erudición. La sangre brota a borbotones de estos comentarios, en los cuales, singularmente en los autores románticos, su juicio los cubre de otro airón más romántico todavía: el de la pasión juzgadora y desinteresada. Algo muy varonil y hasta heroico se desprende de estas páginas, elaboradas no con cánones del gusto ni de escuela, sino desde un anhelo de belleza y de idealidad, que sólo en un hombre formado en la cultura griega y ardiente cristiano al mismo tiempo podía darse.

A los que queremos superar el frío eruditismo, la visión de las cosas catalogadas en ficheros, los que creemos que la historia tiene que ser animada por el espíritu, nos sentimos respaldados siempre por el ejemplo de Menéndez y Pelayo. ¡Qué negrura en el horizonte cultural de nuestra juventud si no contáramos con su nombre! ¡Qué sequedad! ¡Qué cortar las alas a todo lo que quiera remontarse sobre unas cifras y unos conocimientos accesibles con las más modestas de las virtudes! Porque Menéndez y Pelayo —y ésta es su ejemplaridad— es, al

mismo tiempo que investigador en el más riguroso sentido de la palabra, un poeta. Y sus aportaciones históricas se hallan reclinadas sobre el seno de la filosofía, y los datos le sirven para remontarse sobre ellos y volar a alturas de la metafísica. En suma: Menéndez y Pelayo es, ante todo, un creador, y él —utilizando uno de los títulos de sus obras— convierte a la historia en una obra artística. Y transforma lo que en manos de otros es solamente materia de erudición en espíritu.

JOSÉ CAMÓN AZNAR

MENÉNDEZ Y PELAYO
Y LA HISTORIA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

INDUDABLEMENTE, Menéndez y Pelayo es uno de los escritores más fecundos de fines del siglo XIX y principios del XX. El plan de sus *Obras Completas,* esbozado por él mismo en 1911, al iniciar su edición, de la que sólo pudo sacar dos volúmenes, comprendía diecinueve secciones [1]. El de la reciente *Edición nacional* contiene dieciséis series, de las que han aparecido sesenta y dos volúmenes [2]. En esta vastísima producción del gran escritor católico montañés destaca su gran cualidad de crítico filosófico y literario, que sabe enjuiciar en la forma más atinada y armónica el pensamiento y la literatura de todos los tiempos.

Pero aunque la nota más característica de Menéndez y Pelayo son sus extraordinarios conocimientos filosóficos y literarios y el juicio sereno que sobre la filosofía y literatura universal condensó en sus abundantes producciones, podemos añadir que al mismo tiempo es uno de los mejores historiadores de la Iglesia católica en España. Y hasta tal punto es esto verdad, que, con ser tan egregia su figura y su significación de crítico literario, todavía nos parece mayor como expositor y defensor de los valores históricos de la Iglesia católica, particularmente en España. Por esto, con el objeto de contribuir a hacer conocer bajo todos sus aspectos la gran figura de Menéndez y Pelayo, haremos algunas observaciones sobre su extraordinaria significación en el campo de la Historia de la Iglesia española.

Esta significación se basa, en primer lugar, en el hecho mismo

[1] Véanse los títulos en *Edición nacional de Marcelino Menéndez y Pelayo,* vol. I, páginas XIII y sigs., Madrid, 1940-1954.
[2] Ibídem, t. VI, pág. XII.

de que Marcelino Menéndez y Pelayo fué durante toda su vida un católico a machamartillo, que no ocultó nunca sus creencias y que hizo expresa profesión de ellas en todos sus actos, en toda su conducta y, particularmente, en los innumerables escritos que dió a la luz. Ahora bien, este hecho tiene una importancia trascendental, y por ello sólo ya podemos hablar de su gran significación en la Historia de la Iglesia de nuestros días.

Efectivamente, en un tiempo en que se había puesto de moda el sectarismo, o al menos el más abierto indiferentismo religioso; cuando los hombres que deseaban sobresalir en el campo científico, filosófico y literario, hacían alarde de anticlericalismo, tuvo una significación extraordinaria y un efecto sumamente beneficioso para la Iglesia, el que el hombre más brillante de su tiempo y que por sus excepcionales cualidades produjo desde su primera juventud la mayor admiración de todos, se pusiera tan decididamente de parte de la perseguida Iglesia católica. Menéndez y Pelayo fué un ejemplo palpitante, que llegó a ejercer en torno suyo un influjo fascinador en el sentido católico. Diríase que era una apologética viviente, un apóstol y un misionero en medio del salvajismo religioso y de la impiedad moderna. Fué algo así, entre nosotros, como Wisseman y Newman en Inglaterra y, algo más tarde, Pasteur en Francia. El prototipo de la ciencia y de la erudición moderna, puesto al servicio de la Iglesia, se convertía, por eso sólo, en su mejor apologista.

Este catolicismo práctico y su posición inquebrantable al servicio de la Iglesia católica con su portentosa erudición y talento, lo puso Menéndez y Pelayo de manifiesto desde el mismo comienzo de su actuación literaria. Es muy significativo, en este sentido, que la primera obra de gran envergadura que realizó fué aquella serie de cartas o artículos polémicos, reunidos bajo el título de *La Ciencia Española* [3]. En ellos, no sólo hace profesión de las más profundas convicciones católicas, sino que se constituye en paladín y defensor acérrimo de la Iglesia en el campo de las ciencias y de las artes.

Por esto, ya entonces, pudo afirmar su maestro y amigo íntimo Rubió y Lluch: «Pocas veces se habrá hecho una defensa de nuestra cultura más ardorosa ni más brillante, ni he visto jamás argumentos reforzados con más sólida erudición. La rica enumeración de expositores, panegiristas y secuaces nacionales y extranjeros de la filosofía española, que constituye la idea sustancial del libro, no es un mero desahogo de bibliófilo..., sino un argumento de potentísimo valor.»

Fué altamente significativo, el que ya desde entonces proclama-

---

[3] En *Edición nacional,* 3 vols. (LVIII-XL).

ra sin ambages [4]: «Tengo por honra grandísima, el que el señor de la Revilla me llame *neo-católico, inquisitorial*... y otras lindezas. Soy *católico*, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna. Soy *católico apostólico romano*, sin mutilaciones ni subterfugios, sin hacer concesión alguna a la impiedad ni a la heterodoxia, en cualquier forma que se presenten ni rehuir ninguna de las lógicas consecuencias de la fe que profeso...»

Con tan explícita profesión de fe, a nadie sorprenderá fuera desde entonces Menéndez y Pelayo el prototipo del sabio creyente y del católico practicante. Símbolo claro de su fe y de toda su conducta futura fué su actitud el 30 de octubre de 1878, cuando, aún no cumplidos los veintidós años, inició el primer ejercicio de sus oposiciones a la cátedra de Literatura de la Universidad Central, santiguándose solemnemente ante el numeroso público que asistía al acto y en el que tenía como contrincante a Canalejas. El resultado fué el primero de sus grandes triunfos.

En esta forma continuó durante toda su vida, siendo siempre el más acabado modelo de un católico a machamartillo, como él mismo se había clasificado. Digno broche de oro de su actuación como gran católico, fué el *Discurso acerca de los Autos Sacramentales*, leído el 26 de junio de 1911 en el Congreso eucarístico internacional, celebrado aquel año en Madrid. No hay duda, pues, que con su ejemplar conducta de católico práctico y con su constante actuación en defensa de la Iglesia y de la fe católica, tuvo una significación extraordinaria en la Iglesia de su tiempo y por consiguiente en el campo de la Historia de la Iglesia.

Pero nosotros deseamos notar de un modo especial su significación literaria en el desarrollo de la Iglesia española, es decir, en los trabajos realizados en el campo de la Historia eclesiástica en España. En efecto, podemos considerar a Menéndez y Pelayo como verdadero padre de la Historia eclesiástica de los últimos decenios, como lo fueron en el siglo XVIII Flórez y Risco. Su labor, intensa y fecunda, ha servido a muchos de estímulo y modelo para sus trabajos de investigación histórica, y juntamente ha contribuído eficazmente a dar a conocer la verdadera historia de la Iglesia española.

Esta significación especialísima de la obra de Menéndez y Pelayo en el campo de la Historia de la Iglesia en España se basa, ante todo, en las excelentes cualidades que resplandecen en sus escritos

---

[4] *Edición nacional*, vol. LVIII, págs. 200 y sigs.

históricos, y en segundo lugar, en la multitud de trabajos fundamentales que compuso y legó a la posteridad. Por esto queremos insistir de un modo especial en ambos conceptos.

Y, en primer lugar, a nadie que conozca un poco su obra histórica, cabe ninguna duda de que toda ella es solidísima y está fundada en las más excelentes dotes de historiador. En efecto, en el resurgimiento contemporáneo de la Historia se insiste de un modo particular en estas dos cualidades fundamentales: toda exposición histórica debe ser, por una parte, objetiva y fiel en absoluto a los hechos, y por otra, debe fundarse en el más profundo conocimiento de las fuentes.

Pues bien, Menéndez y Pelayo posee en grado eminente estas cualidades que se exigen al buen crítico e historiador moderno. Más aún. Precisamente porque las posee con plenitud, y porque su extraordinario talento le hace ver lo ridículo que resulta un historiador que no las posea, se revuelve en sus primeros trabajos con vehemencia juvenil e incisiva contra el espíritu tendencioso y superficial de los adversarios de la Iglesia, que sin conocimiento de los hechos, repetían las más infundadas acusaciones y calumnias contra ella. La rectitud innata de Menéndez y Pelayo y su alma de verdadero historiador se sentían heridas en lo más vivo al enfrentarse con unos hombres llenos de prejuicios y tener que refutar unos escritos faltos de toda objetividad histórica. Por eso su polémica resulta a las veces un tanto hiriente y apasionada. Véase, en confirmación de esto, cómo se dirige a los críticos progresistas en su segundo trabajo de *La Ciencia española* [5]: «Nuestros flamantes *filósofos* desprecian a los antiguos sabios españoles porque fueron católicos y escribieron bajo un régimen de unidad religiosa y monárquica... La prueba de que, sólo por ser católica, desprecian nuestra ciencia, nos la da el señor de la Revilla al refutar...» Y sigue luego con su vehemencia juvenil, disculpable con los veinte años no cumplidos del autor: «¿Conque estos escritores representan más que Lulio, Fox, Vives, Suárez y toda nuestra filosofía junta...? ¡Imposible parece que la pasión ciegue tanto a hombres de claro entendimiento!»

Este partidismo anticatólico de los adversarios a quienes refuta pone en la pluma del joven Menéndez y Pelayo las más justificadas ironías, que a las veces resultan sumamente ingeniosas. Así, tratando de calificar al autor anticatólico y tendencioso a quien trata de refutar, dice de él [6]: «No es ningún doctrino, sino un *hierofante*, un *pontífice máximo*, un patriarca del *krausismo*... Este, pues, eximio

[5] *Edición nacional*, vol. LVII, pág. 120.
[6] Ibídem, pág. 180 y sigs.

metafísico ha puesto un largo, grave, majestuoso, sibilino y un tanto soporífero prólogo a cierto libro crudamente impío... Allí se habla de las *pretensiones de imperio temporal en la Iglesia*; allí se dice que los católicos estamos sumidos *en abyección moral* y *en fanatismo*; que la religión y la ciencia son incompatibles...; allí, de la antropolatría del Pontífice...» De un modo semejante sigue caracterizando, con la más cruda ironía, las excentricidades, actitud tendenciosa y falsedades antihistóricas de su adversario. Y basta esta muestra, entre las muchas que pudiéramos aducir, para conocer el ingenio y el sistema de Menéndez y Pelayo. Digamos, sin embargo, de paso, que esta ironía y este estilo apasionado de su juventud se fueron suavizando con los años y la experiencia, hasta convertirse más tarde en una profunda comprensión de los errores ajenos.

Pero, en manifiesta contraposición con los errores que tan certeramente fustigaba en los filósofos, literatos e historiadores anticatólicos, Menéndez y Pelayo da en todos sus escritos, particularmente en los de carácter histórico, la más sublime prueba de sana crítica y de conocimiento de las fuentes. De su absoluta objetividad, es la prueba más convincente toda la argumentación, de que tanto alarde hace en sus obras históricas. Frente a las tergiversaciones y falsedades, tan duramente criticadas por él, acude con la mayor honradez histórica a los hechos incontrovertibles. Para ello hace viajes por España y el extranjero; no perdona medio ninguno de información. Es el hombre más incansable y laborioso, que llega a las veces a trabajar hasta dieciséis horas diarias. Todo le parece bien empleado si se trata de encontrar la verdad.

Precisamente en la más absoluta verdad y objetividad de los hechos aducidos se basa la lógica arrolladora de su exposición histórica. La honradez de su crítica llegó a ser proverbial. Pudo haber alguna vez ignorancia involuntaria de algún hecho; pero jamás tergiversación o acomodación tendenciosa de él. Para Menéndez y Pelayo, conforme al principio fundamental de la Historia, establecido por Cicerón y repetido por León XIII [7], la verdad debe ser la base de toda historia, y por consiguiente nunca se debe decir nada falso ni dejar de decir nada verdadero. Si en algo se distingue de un modo especial la obra histórica de Menéndez y Pelayo, es precisamente en esta objetividad y verdad, es decir, en la más sana crítica histórica.

Todo esto aparece claramente a cualquiera que lea sin prejuicios y con alguna detención sus obras históricas fundamentales. El maes-

---

[7] Véase ASS, vol. XVI pág. 54.

tro no se contenta nunca con aducir opiniones de otros o textos fragmentarios de obras resumidas y criticadas. Estudia por sí mismo los asuntos, las personas y las obras. De este modo se pone en condiciones de dar juicios personales sobre todo ello. Y precisamente éste es uno de los puntos en que se prueban de un modo evidente la extraordinaria capacidad y las insignes cualidades de Menéndez y Pelayo: cómo, en efecto, un joven entre los veinte y veinticinco años pudo escribir aquellas obras fundamentales de historia, que luego detallaremos, enjuiciando por sí mismo tantos y tantos sistemas, tantas y tantas obras, tantas y tantas personas.

Pero admitiendo como un hecho histórico este verdadero prodigio de su capacidad, lo que aquí deseamos ponderar debidamente es que con ello se confirma la base fundamental de su obra histórica, que es la objetividad de la misma. Con su extraordinario talento y su ímprobo trabajo, Menéndez y Pelayo alcanzó un caudal de ciencia tan copioso y abundante, que pudo refutar con él victoriosamente innumerables calumnias de los adversarios de la Iglesia, realizando de este modo una obra de gran trascendencia en la Historia eclesiástica de España. Y éste es el segundo punto básico de la obra histórica de Menéndez y Pelayo: su profundo conocimiento de las fuentes. No se contentaba con relatos de segunda mano. En la mayor parte de los casos acudía directamente a las obras originales y a las fuentes, con el objeto de formarse un concepto personal y exacto de las mismas. Por esto se puede decir que sus trabajos históricos son todos de primera mano y por lo mismo son modelo de una sana crítica y de perfectas exposiciones históricas.

Este trabajo de acudir a los originales y a las fuentes suponía unas veces la lectura de innumerables obras antiguas filosóficas o científicas de las más diversas tendencias. Ténganse presentes solamente, a manera de ejemplos, los escritos platónicos o los de los Santos Padres y los autores españoles de las diversas Edades, las obras de Santo Tomás y de los escolásticos medievales, los escritores árabes y todos los demás, que tuvo que leer y de que se formó un concepto enteramente propio y personal, para redactar los *Heterodoxos* y gran parte de las *Ideas Estéticas* y aun de *La Ciencia Española*. Otras veces no eran solamente las obras de los autores, sino los farragosos procesos que tuvieron lugar, y de los que nos consta que se hizo perfectamente cargo en sus respectivas obras. Tal es, por ejemplo, el fastidioso proceso contra el arzobispo de Toledo, Carranza; tales los complicados procesos contra las brujas o contra los protestantes españoles. No es, pues, una exageración el afirmar que

Menéndez y Pelayo conocía en cada una de las materias las fuentes que a ellas se referían, y por consiguiente, que su obra histórica posee una significación fundamental.

Es cierto que en muchas de las materias tratadas por él se podrían completar los conocimientos documentales. De hecho, en algunos casos, por ejemplo el de Prisciliano, él mismo lo completó notablemente con investigaciones posteriores. Sobre todo es sumamente significativo, e indica hasta qué punto llegaba su capacidad de investigación histórica y estudio de las fuentes, la manera como completó las seis páginas dedicadas en la primera edición de los *Heterodoxos* a las religiones primitivas de la Península, que en la edición preparada por él poco antes de morir, se convirtieron en un volumen entero [8].

Por todo esto podemos muy bien afirmar que Menéndez y Pelayo tiene una significación extraordinaria en el campo de la Historia de la Iglesia española, por las cualidades fundamentales de sus obras históricas, es decir, suma objetividad y profundo conocimiento de las fuentes. Con ello se convierte en modelo acabado del verdadero crítico e historiador en el sentido más moderno de la palabra.

Mas para tener una idea, lo más adecuada y completa posible, de la significación histórica de la obra de Menéndez y Pelayo, falta todavía lo principal, es decir, la extraordinaria fecundidad de su pluma en obras de Historia eclesiástica española de gran envergadura. Si, con las eximias cualidades que hemos indicado, se hubiera circunscrito a trabajos de investigación de carácter más bien sencillo, o no hubiera tenido tiempo para escribir obras fundamentales de Historia eclesiástica, admiraríamos su talento e incluso podríamos ponderar su significación como historiador, por haber mostrado con la palabra y con los hechos el camino que deben seguir los verdaderos críticos e historiadores en nuestros días. Pero Menéndez y Pelayo hizo todo esto en la forma ideal que hemos esbozado, y, además, nos legó una serie de obras trascendentales sobre la Historia eclesiástica de España, que son verdadero modelo de su género y lo constituyen en el mejor historiador eclesiástico de los últimos tiempos. Su significación, pues, no se basa únicamente en su persona y en sus extraordinarias dotes de crítico e historiador, sino también en la obra fecundísima que nos dejó y que continúa ejerciendo el más benéfico influjo hasta nuestros días.

Unas ligeras indicaciones acerca de las principales obras de Me-

---

[8] Así aparece en la segunda edición, en la cual ocupa el vol. I. y en la *Edición nacional*, donde forma el vol. VIII (del conjunto, vol. XLII).

néndez y Pelayo consagradas a la Historia eclesiástica de España, bastarán para confirmar plenamente lo que acabamos de apuntar.

La primera de estas obras es la conocida con el título general de *La Ciencia española*, a la que ya varias veces hemos aludido. Consiste en una serie de cartas escritas con la mayor espontaneidad, a vuela-pluma y sin consulta de libros durante el verano de 1876, es decir, cuando el autor no contaba todavía veinte años de edad. Eran verdaderos artículos en forma de carta, destinados a la publicidad, en los que trataba de responder a las impugnaciones que se hacían a la ciencia española, y con ella a la Iglesia católica, presentándola como retrasada en el campo de la ciencia y del arte. Por esto estas cartas se convierten en una verdadera apología de la ciencia católica española, pues en un abundante recorrido histórico nos ofrecen una preciosa síntesis de la labor científica, filosófica y literaria de la Iglesia y en particular de España, que desmiente por completo las calumnias de los adversarios. Es maravillosa a todas luces la abundancia de obras que cita el joven literato e historiador, y en algunos puntos resulta verdaderamente prodigioso, cómo podía dar, ya entonces, juicios tan acertados y copiosos de tantos hombres insignes en la Historia literaria de España y de la Iglesia.

Tan eficaz resultó esta defensa de la ultrajada ciencia católica, que su primero y principal adversario, don Manuel de la Revilla, contra quien van dirigidas las primeras cartas, se convirtió después en uno de sus más sinceros admiradores y leales amigos. Estos artículos, escritos en forma de cartas y dirigidos a su entrañable amigo don Gumersindo Laverde, aparecieron por vez primera en la «Revista Europea» y «Revista Contemporánea» durante los años 1876 y 1877 Son particularmente dignas de mención las tres largas cartas publicadas en esta última revista, 1877, contra un artículo de José del Perojo. Por lo mismo fué tal el éxito que alcanzó este primer trabajo histórico de Menéndez y Pelayo, que el mismo autor tuvo que procurar una segunda edición en 1880, en la que se reproducen dichas cartas, a excepción de la última, que no es otra cosa que un esbozo de la Historia de los Heterodoxos españoles, planeada entonces por el autor. En cambio se añaden otros nueve trabajos, en los que se amplía notablemente y completa toda la materia.

Más aún. El mismo Menéndez y Pelayo publicó en 1887-1888 una tercera edición, ampliada con nuevos trabajos, que llenan ya tres volúmenes. Finalmente, después de su muerte, apareció una cuarta edición, la de Suárez, en la que se añade todavía algún artículo sobre el mismo tema de *La Ciencia española*. La nueva *Edición nacional*

de nuestros días comprende en sus tres volúmenes (58-60) todos los trabajos incluídos en las anteriores ediciones, y, para mayor claridad, añade algunos de los adversarios, así como también algunos otros, que contribuyen eficazmente a ilustrar el tema.

Pero las dotes de Menéndez y Pelayo como gran historiador y su significación en el campo de la Historia eclesiástica de España aparece principalmente en su obra magistral, *Historia de los Heterodoxos españoles*, que es indudablemente la que más renombre ha dado al autor en España y en el extranjero [9]. Obra juvenil, escrita con verdadero entusiasmo y cierto apasionamiento apologista, bien explicable por las circunstancias, tiene importantes deficiencias, que el mismo autor reconoció, en su edad madura, al escribir sus *Advertencias preliminares* a la segunda edición de la obra. Pero esto, no obstante, es en conjunto una obra sumamente original y verdadera joya de la Historia eclesiástica española de nuestro tiempo.

Como indica su título, trata de exponer el desarrollo de las diversas corrientes heterodoxas a lo largo de la Historia eclesiástica de España. Por esto, hasta cierto punto, es una especie de Historia de la Iglesia de España, en la que se atiende, sobre todo, a los movimientos ideológicos más o menos erróneos, peligrosos o heréticos. Pero lo importante de esta historia es la manera fundamental como la presenta Menéndez y Pelayo. Aquí es en donde campean en la forma más brillante las dotes personales y las cualidades de historiador, que antes hemos apuntado. Es maravillosa la seguridad de criterio en materia tan delicada, teniendo presente que, al comenzar su obra, aún no contaba el autor veintidós años. Por otra parte, se ve claramente que estudiaba por sí mismo todos los problemas y conocía por sí mismo los autores cuyas ideas y obras sintetiza. Ahora bien, claramente se deduce de aquí el mérito extraordinario de una obra, en la que con tanto acierto realizó Menéndez y Pelayo este trabajo verdaderamente sobrehumano.

Son particularmente dignos de tenerse en cuenta, por su significación en la Historia de la Iglesia en España, por la vasta comprensión que indican en su autor y por el particular acierto en la exposición, los puntos siguientes: ante todo, el precioso cuadro general con que comienza la obra, sobre la vida religiosa en la Península durante los primeros siglos del cristianismo y los primeros errores que en ella aparecen. Entre éstos es verdaderamente magistral la exposición del priscilianismo. No es de menos mérito el capítulo sobre el arrianismo y los pueblos visigodos, en particular su conversión

[9] En *Edición nacional* 8 vols (XXXV-XLII). Madrid. 1947-1948.

y los Concilios de Toledo. Particularmente originales son los capítulos sobre las artes mágicas en la Edad Media, las herejías de los mozárabes, como el adopcianismo y otros, sobre los albigenses y sobre todo acerca de Arnaldo de Vilanova.

Entrando ya en los siglos XV y XVI, nos encontramos con la exposición magistral sobre los judaizantes y mahometizantes y los principios de la Inquisición española, sobre los erasmistas españoles y en particular sobre Alfonso de Valdés, todo lo cual pertenece a lo mejor que se ha escrito hasta nuestros días, aun teniendo en cuenta la reciente obra fundamental de M. Bataillon [10]. Siguen luego los capítulos sobre el protestantismo en España, que constituyen la mejor síntesis sobre un asunto tan importante, apenas superada por la obra exhaustiva de E. Schäfer [11]. El complemento lo forma el largo capítulo sobre el farragoso proceso de Bartolomé Carranza. Igualmente fundamental es el largo capítulo sobre las sectas místicas, los alumbrados y los quietistas, que sirve de base, aun en nuestros días, a todos los trabajos sobre estas materias [12].

Después de los capítulos sobre los judaizantes, moriscos y otros asuntos, entre los que se incluye el de los plomos del Sacro-Monte de Granada, se añade uno al final del libro V, titulado *Resistencia ortodoxa*. Es una preciosa síntesis sobre las fuerzas católicas de la España del siglo XVI y XVII, donde se resume en forma brillante el contenido de *La Ciencia española*. Los libros siguientes comprenden los siglos XVIII y XIX, cuya exposición pertenece a lo más precioso de Menéndez y Pelayo. Todos sus capítulos son en verdad magistrales. Tales son: Sobre el regalismo del siglo XVIII y las tendencias heterodoxas que constituyen la característica de la España de los Borbones; Sobre el jansenismo en España y, sobre todo, su encarnizada lucha contra la Compañía de Jesús; Sobre el enciclopedismo en el siglo XVIII y la heterodoxia del XIX. Este último punto llena los dos últimos libros, en los que con profusión de detalles describe las tendencias heterodoxas de gran parte de los intelectuales españoles a lo largo del siglo XIX. Por ser lo que Menéndez y Pelayo estaba viviendo en su tiempo y lo que le llegaba más al fondo del alma, se advierte en toda esta exposición final de la obra una viveza especial,

---

[10] M Bataillon: *Erasmo, en España*, 2.ª ed., revis. por el autor, 2 vols., Méjico, 1950.

[11] E. Schäfer: *Beiträge zur Geschichte des spanischen Protestantismus und der Inquisition im sechzehnten Jahrhundert*. 3 vols. Gütersloh, 1902.

[12] Véase nuestra obra *La Inquisición española y los alumbrados* (1512-1667). En «Bibl. de Est. Ecles.», 4, Madrid, 1936.

no exenta de cierto apasionamiento juvenil perfectamente explicable.

De estas ligeras indicaciones fácilmente puede deducirse la trascendental importancia de esta obra de Menéndez y Pelayo. Más que una Historia de la Iglesia en España, es una Historia de lo más íntimo y vital de la Iglesia española a través de los siglos. Por eso, la *Historia de los Heterodoxos españoles* es una de las obras más significativas en la España de nuestros días, y ciertamente su autor se hizo con ella sumamente benemérito de la Iglesia católica en España.

La tercera obra fundamental, que nos manifiesta la verdadera significación de Menéndez y Pelayo en el campo de la Iglesia católica en España, es la *Historia de las ideas estéticas en España* [13]. Esta obra nos muestra al gran escritor católico montañés en la madurez de su producción literaria. Como la *Historia de los heterodoxos* presentaba las tendencias erróneas o heréticas del cristianismo en España; esta nueva obra debía ser una especie de contrapartida, con el desarrollo de todo lo ideal y constructivo, que el autor sintetiza en las *Ideas estéticas*. De este modo presentaba con ambas obras una exposición original y relativamente completa del desarrollo de las ideas en España.

Sin embargo, conviene observar que la *Historia de las ideas estéticas* no es directa y exclusivamente una historia de carácter religioso. Trata, según indica el título, de exponer el desarrollo del concepto de lo bello e ideas afines a través de la historia. Ahora bien, como esto roza muy directamente con las ideas religiosas, de ahí que toda esta obra esté íntimamente relacionada con la historia eclesiástica y religiosa. Pero, sobre todo, los portavoces de las ideas estéticas son, en gran parte, los Santos Padres y doctores o las grandes escuelas de la Iglesia. Por esto, también con su *Historia de las ideas estéticas* alcanzó Menéndez y Pelayo una significación extraordinaria en el campo de la Historia de la Iglesia de España. Esta obra, unida a los *Heterodoxos*, consagró definitivamente a su autor entre los grandes pensadores de fines del siglo XIX, y posteriormente ha contribuído hasta nuestros días a darle un renombre universal.

Por lo demás, es en verdad grandiosa la concepción de Menéndez y Pelayo en esta obra, que es la que mejor descubre su profundo talento. En una amplia introducción expone las ideas estéticas en Platón, Aristóteles, el neoplatónico Plotino y en los grandes tratadistas griegos y latinos de retórica y arte literario. Como complemento, añade un precioso capítulo sobre la estética en los filósofos cristianos, San Agustín, el Pseudoareopagita y Santo Tomás. Entra luego propia-

[13] En *Edición nacional*, 5 vols., (I-V), Madrid, 1940.

mente en materia con una serie de capítulos sobre los grandes escritores hispanorromanos, los Séneca, Quintiliano, etc., y los primeros Padres de la Iglesia española. Recorre luego, en abundante exposición, los árabes y judíos españoles y dedica un sabroso capítulo al arte luliano. Finalmente expone con primor las ideas de arte en Europa durante la Edad Media, el arte de trovar, etc.

El volumen II está todo él dedicado a las ideas estéticas de los siglos XVI y XVII en España, y en él vemos pasar los grandes escritores y los grandes teólogos y filósofos, recorremos las teorías literarias de Nebrija, Vives, Fox Morcillo, etc., las poéticas clásicas, los preceptistas, etc. Algo semejante realizamos en el volumen III, sobre el siglo XVIII, que comienza con una vista de conjunto acerca de las ideas estéticas o literarias de fuera de España, particularmente de Francia, pero luego se extiende ampliamente sobre España. En el volumen IV se nos ofrece una visión general de la estética en Kant y los kantianos y los principales filósofos alemanes, así como también los hombres más importantes de Inglaterra. El volumen V está todo dedicado a la historia de las ideas estéticas en Francia en los últimos tiempos, en particular al desarrollo del romanticismo. Y con esto termina la grandiosa obra, a la que evidentemente faltaba un volumen sobre las ideas estéticas en España durante el siglo XIX. Así lo expresa claramente el autor; pero, absorbido posteriormente con otros trabajos, no llegó nunca a terminar esta obra.

Tal es, a grandes rasgos, el plan de esta obra monumental de Menéndez y Pelayo, única en su género, no sólo en España, sino también en el extranjero. Como fácilmente puede verse, no se circunscribe a la historia de las ideas estéticas en España, sino que traza una visión de conjunto de la historia universal, comenzando por los grandes pensadores griegos y latinos y siguiendo por los grandes filósofos medievales hasta los modernos no españoles. Con esta visión sintética de los principales pensadores nacionales y del mundo europeo se ve claramente la gran significación que alcanzó Menéndez y Pelayo entre los hombres de estudios de España y del extranjero.

Ahora bien, si tenemos en cuenta las tres grandes obras aquí esbozadas y añadimos toda la actuación de Menéndez y Pelayo con otras varias de gran envergadura que emprendió y realizó, y juntamos todavía sus continuos trabajos de colaboración en defensa de los intereses y de la cultura católicos, llegaremos fácilmente a la conclusión de que, indudablemente, Menéndez y Pelayo tuvo y sigue teniendo una significación extraordinaria en el campo de la Historia de la Iglesia en España.

P. BERNARDINO LLORCA

AFANES DE DON MARCELINO

Entre los muchos que él hubiese querido ver plasmados en la realidad figura el de acabar con la postración en que se encontraban los estudios bíblicos y escriturísticos de España en los comienzos de nuestro siglo. La nostalgia por los cultivadores de las ciencias sacras en los llamados [1] siglos áureos de la cultura española, por acaso y de tarde en tarde, la manifestaba en sus obras eruditas y en su correspondencia privada. Asistido de su propia experiencia, se percataba de la altura a que se empinaban sus afanes y de los limitados hitos alcanzados por las fuerzas humanas, las suyas en primer lugar. Explica esto los alientos que pudo y supo dar don Marcelino a cuantos se le acercaron con proyectos de renovación e investigación históricas y literarias.

En el verano de 1902, don Emilio Román Torío acude a la Biblioteca Nacional y hace entrega de un trabajo suyo sobre unos pasajes de la Biblia [2]. En una larga carta a don Marcelino, recibida por éste en su refugio montañés o tal vez poco después en Madrid, reintegrado ya a sus ocupaciones habituales, espiritualmente se retrata don Emilio Román Torío de pies a cabeza [3]. En este año de 1902 explica lengua hebrea e historia eclesiástica universal en el Seminario de Palencia; en oposiciones, gana la plaza de lectoral de Pamplona, y ello en la órbita siempre de su idea fija, de sus proyectos, que expone minuciosamente a don Marcelino. Para fundamentarlos en lo que atañe a su persona, Román Torío hace brevísima historia de la Comisión Pontificia de *Re Biblica*, nombrada por León XIII en 1900. A tiempo que señala el dato nada despreciable de haber sido nombrado miembro de la mencionada Comisión, con fecha 24 de septiembre de 1901, afirma haber sido él «el único» que se encontró entonces en España para formar parte del repetido organismo. Y por la carta se entera don Marcelino de que Román Torío ha publicado artículos

---

[1] Escribo «llamados» siglos áureos porque, afortunadamente para la cultura española, que se seguirá estudiando, supongo, bajo el mismo epígrafe en los siglos XXI o XXV, no todos los estudiosos están conformes en rebajar los méritos de los siglos anteriores y posteriores a aquéllos, repito, los áureos, en los que, además del oro, hubo abundancia de cobre, parecido no más por sus reflejos al amarillo cegador de honras y dignidades.

[2] Emilio Román Torío: *Estudios bíblicos. El culto de Baal. Una página bíblica por don...* Valladolid, 1900; 4 hoj. + 258 págs. + 3 hoj.

[3] La carta no lleva fecha. Del contenido de ella como del de otras cuatro que relacionaré a continuación debo puntual noticia a don Nicanor de la Oceja, culto secretario de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo, de Santander.

en la «Revista de Ciencias Eclesiásticas», de Valladolid [4]; se informa igualmente de las respuestas al cuestionario enviado por la autoridad pontificia a los miembros de la referida Comisión, cuyo acuse de recibo, en latín, adjunta el puntilloso lectoral de Pamplona.

Menéndez y [5] Pelayo, en la recoleta soledad no de un salón de respeto de los esfumados con las últimas luces décimononas, sino en la penumbra de su despacho académico o en la claridad del de la Biblioteca Nacional, escribe al señor Torío. Su carta está fechada, efectivamente, en Madrid, el 16 de noviembre de 1903. De las cuatro carillas de esta carta inédita [6] condensamos algunas frases. Contesta don Marcelino a tres —no a una— cartas del señor Torío, en su sentir «un escriturario de verdad» en el clero español de aquellos años. Ciñéndose a *El culto de Baal*, cuya sabrosa lectura acaba de realizar, el espíritu del autor se mostraba maduro en especulaciones orientales, así como científico y crítico. El relato que previamente le hiciera el clérigo acerca de las pruebas por que había pasado su vocación en los estudios eclesiásticos y los obstáculos que se oponían a su restauración robustecían la convicción de don Marcelino en que se debía revolver Roma con Santiago hasta lograr que un prelado con autoridad, reorganizando los seminarios, instalara «una escuela modelo de ciencias teológicas». La ciencia no se dejaba conquistar por sorpresa, y mientras se siguieran barajando «las miserables rapsodias de Vigoroux [7] y no se acometiera el estudio serio del hebreo, ¿qué comentarios podían hacerse a la Biblia? A don Marcelino no se le ocurrían por de pronto remedios prácticos. No creía posible dar con editor que llevara adelante una revista especializada en asuntos religiosos. Y las revistas de índole general serían recurso pobre para la meta propuesta. De tener influencias políticas, «poco tardaría usted en ser obispo», escribe don Marcelino. Pudiera llegar el caso, sin embargo,

---

[4] Además de una traducción, anotada, del Nuevo Testamento, citemos también entre los trabajos del canónigo la traducción (de la 3.ª edición francesa) de la obra de Paul Allard. *El Cristianismo y el Imperio Romano: de Nerón a Teodosio* (Madrid, 1901; 200 págs.) y en el tomo XIV de la Biblioteca de la «Revista de Ciencias Eclesiásticas», el prólogo al estudio de Valentín Gómez San Martín, *Estudios bíblicos. Ensayo crítico exegético sobre el profeta San Daniel.*

[5] ¿Por qué prescindir de esta copulativa si el maestro no la olvida al firmar sus escritos, sus cartas? ¿Por ventura se intenta enmendarle una pedantería? ¿No nos llevaría esto a distinguir entre pedantería y lógica, entre gramática y psicología? Seamos auténticos y respetemos, en lo posible. la autenticidad del pasado.

[6] Va transcrita al final de este artículo, copiada puntualísimamente del Archivo de Maura.

[7] Fulcrano Gregorio de Vigouroux, escritor y eclesiástico francés, natural de Nant (Aveyron). Según críticos, autoridad en materia de exégesis bíblica.

en que de una manera indirecta le fuera factible recomendar al demandante «con todo el interés que las cosas de la ciencia y del buen nombre de la patria» inspiraban al santanderino.

Los colosales planes que llevaba en mente fueron apoderándose más y más de don Emilio Román Torío. La carta de éste escrita en Pamplona a 1 de diciembre de 1903 [8], en respuesta a la de don Marcelino comentada en el párrafo precedente, rebosaba optimismo. Pide parecer al maestro respecto a las cuestiones romanas —de la IV a la XI, inclusive—. Y en el parrafito que copio estampa el nombre del político mallorquín, que será para él, en adelante, la esperanzada áncora de salvación: «Asimismo agradezco y acepto en todo su valor el apoyo que me promete, que, aunque sea indirecto, basta que sea de usted para que valga mucho. No se me ocurre por ahora cómo podríamos aprovecharlo, a no ser que la recepción del señor Maura como académico [9] pudiera servir de pretexto para felicitarle e insinuarme en su ánimo, rogándole que se entere de usted acerca de mi persona y cualidades y de lo que puede hacerse cuando se posee buena voluntad y hábito de estudio...» El 12 de diciembre vuelve a escribir a don Marcelino, exponiéndole las veinte proposiciones de la segunda serie del programa romano, en torno al valor histórico de los libros del Antiguo Testamento [10].

La diligencia del lectoral de Pamplona aprovechaba la ocasión con tino y oportunidad. Hombre cauto, el momento no podía ser más oportuno. Don Antonio Maura, desde el 5 de diciembre de 1903, era, además de académico de la Lengua, presidente de su primer Gobierno. El señor Torío le llevaba escritas ya varias cartas, y del jefe conservador tenía recibidas otras «gratísimas», a las que contesta con fecha 13 de enero de 1904, en ocasión en que se reinauguraban las cátedras en la universidad. A la letra escrita del lectoral colaborará la palabra apasionada de don Marcelino. ¿Qué auxilio necesita para desarrollar «su» plan?, repite el señor Torío [11], haciéndose eco de la pregunta de don Antonio, patrocinador de empresas culturales como secuelas de la regeneración política que piensa llevar a cabo. El señor Torío hace tal cual alusión a su correspondencia con Menéndez y Pelayo. Después de insinuar el mejor medio, en opinión suya, de propagar y aficionar al clero a los estudios teológico-escriturarios, apar-

---

[8] Archivo de la B.M.P., Santander.

[9] La recepción pública de don Antonio Maura y Montaner, como académico de la Española, se había celebrado dos días antes, el 29 de noviembre de 1903.

[10] Archivo B.M.P., Santander.

[11] Carta del archivo de Maura, transcrita también al final de este artículo.

tándole de oposiciones a canonjías, señala como organismos idóneos para alcanzar resultados positivos el Estado y el Episcopado. Descartado el primero, para no recargar los presupuestos, quedaba el segundo, que nada había hecho, a pesar de las encíclicas de León XIII. La deficientísima educación científica que se daba en los seminarios tenía la culpa. «Sin embargo, el episcopado puede hacerlo», escribe Torío, «sin gravar en nada el Estado, o al menos yo me comprometería a hacerlo...», por tener un obispo, y sólo un obispo, las dos cosas indispensables para llevar a la práctica la restauración de los estudios escriturísticos: autoridad y dinero. «No quiere decir esto que sea mi deseo serlo...», añade Torío, transcribiendo un párrafo escrito a don Marcelino. Don Antonio, a quien adjuntaba la carta de Menéndez y Pelayo relacionada más arriba, debía leer la extensísima dirigida al maestro santanderino y que éste conservaría, «dada su importancia».

La redoblada diligencia de don Emilio Román Torío se desgrana en cartas a don Marcelino, apuntando, por ejemplo, la conveniencia de publicar un Diccionario hebreo-caldeo-español, sin perder de vista la gestión política: «Si nuestros Gobiernos fueran más activos, si comprendieran bien la necesidad de favorecer los estudios españoles, y mucho más cuando se les promete hacerlo sin ocasionar gasto alguno al Erario, me alentaría la esperanza, pero yo sé, soy tan pesimista como usted; pero también creo que debemos hacer lo que se pueda para convencerle de la conveniencia y necesidad de ello...» [12].

Otras cartas irían a manos de don Antonio Maura, quien o no pudo o consideró intempestivo nombrar obispo al señor Torío, el cual, resfriadas un tanto sus esperanzas en el apoyo político, concentraba su entusiasmo en el terreno puramente cultural, el único para el que no dejaría de alentarle don Marcelino. En carta no fechada [13] escribía con evidente desengaño: «En mi carta de ayer paréceme que quedó suficientemente demostrado la imposibilidad de conseguir en breve tiempo resultados prácticos en la propagación por España de los estudios bíblicos. Réstame exponer en ésta el plan que me parece más a propósito para lograr alguna cosa.» Canónigo era todavía Román Torío el año 1909 [14], año decisivo en la vida política de Maura,

---

[12] Carta, desde Pamplona, de 25 de abril de 1904. Archivo B.M.P., Santander.

[13] Ibídem.

[14] Esta fecha lleva el *Compendio de Patrología, con atención especial a la historia de los dogmas, por el doctor Gerardo Rauschen, ofrecido a los países de lengua española por el doctor Emilio Román Torío, canónigo lectoral de la catedral de Pamplona y teólogo consultor de la Comisión Pontificia de «Re Biblica»*. Friburgo de Brisgovia (Alemania). B. Herder, 1909.

cuando don Marcelino, sin que la vida le tocara aún su término, echaba menos sus arrestos juveniles para las grandes empresas culturales que seguía forjando, empresas por entero al margen de las exclusivamente políticas que más tarde, gratis, le han pedido a préstamo su nombre, su prestigio y su fama.

Más de medio siglo después de escrita la carta de don Marcelino comentada en el apartado anterior, el panorama español de los estudios teológico-escriturísticos presenta extraordinario contraste con el que conociera nuestro gran santanderino, gracias, principalmente, a la labor del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. ¡Cuál no sería la satisfacción, en este orden, de Menéndez y Pelayo al compulsar las tareas de los Institutos «Francisco Suárez» y «Arias Montano»! Para subsanar, con la mejor voluntad, el gran defecto español de desconocimiento de nuestras propias excelencias (incluso de nuestra laboriosidad, puesta siempre en entredicho) he creído conveniente reunir aquí la sucinta información de las tareas y realidades que, repito, en este orden de estudios alborozaría ahora, de vivir en estas fechas, el corazón de don Marcelino.

Empezando por el Instituto «Francisco Suárez», de Teología [15], conviene subrayar las quince Semanas de Teología y otras tantas de Sagrada Escritura, a las que se han presentado más de cuatrocientas comunicaciones de auténtica investigación debidas a no menos de doscientos autores distintos. Actualmente se trabaja en la preparación de un *Nomenclator Theologorum Hispanorum,* así como en la edición de un *Corpus Theologorum Hispanorum*. Por lo que atañe a los estudios bíblicos merece especial mención la tarea llevada a cabo por el colaborador del Instituto, monseñor don Teófilo Ayuso Marazuela, canónigo lectoral de Zaragoza, premio «Juan March» de 1955. En lo referente a la historia de la Teología en España, importa no olvidar al Rvdo. P. Vicente Beltrán de Heredia, O. P. Y no cabe olvidar, en la Patrística, al P. Madoz, S. J. (†), y al P. Ángel Custodio Vega, O. S. A.; en los estudios bíblicos, entre otros, a los reverendos Padres Bover, S. J. (†), y Colunga, O. P. Al margen de la periódica y constante labor de las revistas —«Revista Española de Teología», «Estudios Bíblicos» e «Hispania Sacra» [16]—, importa relacionar las publicaciones del Instituto:

[15] De Madrid. Director: Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Leopoldo Eijo Garay, patriarca obispo de Madrid-Alcalá, que tan sabia y eficazmente ha dirigido sus tareas; secretario: Rvdo. Sr. D. Joaquín Blázquez Hernández.

[16] Mencionemos otras dos revistas afines del Consejo: «Revista Española de Dere-

ALFARO, J.: *Lo natural y lo sobrenatural.* Comentarios inéditos de Domingo Báñez a la *Suma* de Santo Tomás, cinco tomos. (Preparó la edición el P. Vicente Beltrán de Heredia, O. P.)
Obras espirituales del P. Cordeses. (Preparó la edición A. Yanguas, S. J.)
Epistolario de Álvaro de Córdoba. (Edición crítica por José Madoz, S. J).
ESCOBAR, ANDRÉS: *Tractus polemico-theologicus de graecis errantibus.* (Preparó la edición M. Candal, S. J.)
ESTEVE, E.: *De caelesti mediationi Christi.*
FERNÁNDEZ, A.: *Comentario a los libros de Esdras y Nehemías.*
LARRAÑAGA, V.: *La Ascensión del Señor en el Nuevo Testamento. Biblia Medieval Romanceada Judío-Cristiana.* (Edición por J. Llamas, O. S. A.)
San Ildefonso de Toledo a través de la pluma del arcipreste de Talavera. (Edición de José Madoz, S. J.)
MUÑOZ IGLESIAS, S.: *Fray Luis de León, teólogo.*
NICOLAU, M.: *Jerónimo Nadal, su vida y sus obras.*
ORTIZ DE URBINA, I.: *El símbolo Niceno.*
RAMÍREZ, S. M.: *De hominis beatitudine tractatus theologicus,* tres tomos.
XIBERTA, B. M.: *Introductio In Sacram Theologiam. Tractatus de Verbo Incarnato,* dos tomos.
MANSILLA, D.: *Iglesia castellano-leonesa y curia romana en los tiempos del rey San Fernando.*
GARCÍA, DIEGO: *Planeta. Obra ascética del siglo XIII* (editor M. Alonso, S. J.)
ALONSO LOBO, A.: *Qué es y qué no es la Acción Católica.*
MARTIL, GERMÁN: *La tradición en San Agustín a través de la controversia pelagiana.*
Epistolario de San Braulio de Zaragoza. (Edición crítica por José Madoz, S. J.)
Miscellanea de Maldonato. (Edición de R. Galdós, S. J.)
SANTO TOMÁS, JUAN DE: *Los Dones del Espíritu Santo y la perfección cristiana* (editor fray Ignacio Menéndez Reigada, O. P.)
BOVER, J. M.: *Deiparae Virginis Consensus.*
BOVER, J. M.: *María, mediadora universal, o soteriología mariana.*
XI Semana Española de Teología, 1951, «La Encíclica Humani-Generis». (Varios autores.)
XII Semana Española de Teología, 1952, «El Movimiento Ecumenista». (Varios autores.)
XIII Semana Española de Teología, 1953, «La Teología del Laicado. Objeto material de la fe divina. Problemas cristológicos». (Varios autores.)
XIV Semana Española de Teología, 1954, «Los fundamentos teológicos del Derecho público eclesiástico. Teología del Laicado». (Varios autores.)
XII Semana Bíblica Española, 1951, «La Encíclica *Humani Generis*». (Varios autores.)
XIII Semana Bíblica Española, 1952, «El Movimiento Ecumenista». (Varios autores.)
XIV Semana Bíblica Española, 1953, «Valoración sobrenatural del "cosmos" según la Biblia. La inspiración bíblica». «Varios autores.)

---

cho Canónico», del Instituto «San Raimundo de Peñafort», y «Missionalia Hispánica», del Instituto «Santo Toribio de Mogrovejo».

XV Semana Bíblica Española, 1954, «En torno al problema de la escatología individual en el Antiguo Testamento». (Varios autores.)

Entre las publicaciones propiamente bíblicas señalemos:

LLAMAS, JOSÉ: *Biblia medieval romanceada judío-cristiana*. Versión del Antiguo Testamento en el siglo XIV sobre los textos hebreo y latino. Vol. I. Génesis-Reyes, 1950.
BOVER, J. M.: *Novi Testamenti Biblia graeca et latina*, tercera edición, 1953.
STEGMÜLLER, R.: *Repertorium Biblicum Medii Aevi*. I. Initia Biblica. Apocrypha. Prologi, 1950.
II. Comentario. Letras A-G, 1950.
III. Comentario. Letras H-M, 1951.
AYUSO MARAZUELA, T.: *La Vetus Latina Hispana*. Prolegómenos, 1953.
BOVER, J. M.-CANTERA, F.: *Sagrada Biblia*.

Como labor propia y exclusiva del Instituto «Arias Montano», desarrollada dentro del Seminario Filológico «Cardenal Cisneros», exigen párrafo aparte los trabajos en torno a la *Biblia Poliglota*, emprendidos años ha, a raíz de un proyecto presentado por el Rvdo. P. José María Bover, verdadero promotor de esta gran empresa, y hecho suyo por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. En la actualidad, bajo la superior dirección de don Francisco Cantera y Burgos y la vigilante actividad de su secretario, don Federico Pérez Castro, funcionan las secciones que siguen: Sección de Hebreo (Madrid) [17], Sección del Antiguo Testamento Griego (Madrid) [18], Sección Aramea (Barcelona) [19], Sección Latina (Zaragoza) [20], Sección del Nuevo Testamento Griego [21], Sección Copta (Montserrat) [22] y Sección Siriaca (Roma) [23]. Dada la envergadura de la obra y el esfuerzo constante

[17] Jefe de Sección: Excmo. Sr. D. Francisco Cantera Burgos; jefe de Sección: doctor don Federico Pérez Castro; auxiliar de Colaboración: Dr. D. Jesús Cantera Ortiz de Urbina; auxiliar de Colaboración: D.ª Carmen Muñoz Abad; auxiliar de Colaboración: D. Fernando Díaz Esteban.

[18] Jefe de Sección: Dr. D. Manuel Fernández-Galiano Fernández; auxiliar de Colaboración: D. Luis Gil Fernández; auxiliar de Colaboración: D.ª María Luisa Cortés Soroa.

[19] Jefe de Sección: Excmo. Sr. D. José María Millás Vallicrosa; jefe de Sección: Rvdo. Dr. Alejandro Díez Macho; auxiliar de Colaboración: D. Ramón Fusté Ara; auxiliar de Colaboración: D. Juan Antonio Gutiérrez-Larraya; auxiliar de Colaboración: D.ª María Teresa Martínez Saiz.

[20] Jefe de Sección: Excmo. Mons. D. Teófilo Ayuso Marazuela; auxiliar de Colaboración: D.ª Isabel Ayuso Marazuela; auxiliar de Colaboración: D. Joaquín Aranda Magallón.

[21] Jefe de Sección: Rvdo. P. José O'Callaghan; auxiliar de Colaboración: reverendo padre Mario Sala Castillero.

[22] Jefe de Sección: Rvdo. P. Paulino Bellet.

[23] Jefe de Sección: Rvdo. P. Ignacio Ortiz de Urbina.

que sus distintos colaboradores vienen desplegando para darle cima, no vacilo en recoger los datos que amablemente me relaciona el secretario del Seminario, doctor Pérez Castro, en especial los trabajos en equipo, encaminados a la elaboración del material que ha de servir para la edición crítica de una Biblia Poliglota en sus distintas lenguas, así como los textos y estudios previos necesarios para fundamentarla científicamente.

En los tres últimos años la Sección Hebrea ha investigado la índole del manuscrito B 19ª de Leningrado y de los demás atribuídos a Ben Aser (Londres y El Cairo), ha coleccionado manuscritos básicos para el aparato crítico de la futura edición bíblica (bibliotecas de Roma y Madrid), ha reunido el material bíblico hebreo de la *Geniza* iniciando la formación de un Corpus de sus variantes, ha preparado la edición crítica del *Séfer Oḳlah we-Oḳlah* y ha estudiado para su próxima publicación el texto del *Pentateuco* hebreo de los samaritanos contenido en el *Séfer Abisha* (Nablus), *Codex Zurbil* (Cambridge) y manuscritos vocalizados del Trinity College (Cambridge), British Museum (Londres), Biblioteca del Serai (Estambul) y Biblioteca Pública de Leningrado.

La Sección del Antiguo Testamento Griego terminó prácticamente el acopio de los textos necesarios para el aparato crítico de la edición septuaginta y ha avanzado considerablemente en la preparación de la edición del *Génesis*. La Sección Latina, después de haber publicado *La Vetus Latina Hispana. Origen, dependencia, valor e influjo universal*, etc., I, Prolegómenos, 598 págs., editado por el Instituto «Francisco Suárez» en colaboración con el Seminario Filológico «Cardenal Cisneros», ha entregado el original para la edición del *Salterio de la Vetus Latina* y ha trabajado en la preparación de otro volumen, con el que se continuará la serie de los dedicados a la Biblia Latina (Antiguo y Nuevo Testamento) dentro de la Biblia Poliglota.

La Sección Aramea ha reunido un importantísimo material, gracias a que don Alejandro Díez Macho, uno de sus colaboradores, ha descubierto numerosos manuscritos, hasta ahora no estudiados por nadie, que se custodian en la Biblioteca del «Jewish Theological Seminary», de Nueva York. Estos manuscritos han sido fotografiados y, juntamente con los que ya existían en la rica filmoteca de esta Sección, constituyen la base de una edición del *Targum* arameo, que por primera vez en el mundo será editado de modo completo con su genuina vocalización babilónica. Ha quedado prácticamente ultimada la transcripción del texto del *Génesis*. La Sección del Nuevo Testamento Griego tiene que lamentar profundamente la pérdida irrepa-

rable del que fué su director y a la vez ilustre promotor de la gran empresa de la Biblia Poliglota, Rvdo. P. José María Bover. A pesar de ello ha podido trabajar en el *Evangelio de San Mateo* y en la preparación del volumen correspondiente al *Evangelio de San Marcos*. Las Secciones Copta y Siriaca no pasaron todavía durante este período de la fase de orientación inicial.

Aun cuando, como queda dicho, los trabajos del Seminario se realizan en equipo, dada su índole particular cada colaborador ha dedicado preferentemente su atención a determinados temas de investigación. Así, don Francisco Cantera ha trabajado en la colación del texto hebreo del manuscrito B 19ª de Leningrado. Don Federico Pérez Castro ha colaborado en el estudio del *Pentateuco* samaritano, dado ya a la imprenta en parte, ha investigado las características del texto hebreo bíblico de la escuela de Ben Aser y Ben Naftalí y su reflejo en los manuscritos hoy existentes, ha trabajado en la formación de un *Corpus* de variantes contenidas en los textos bíblicos babilónicos y tiberienses de la *Geniza* de El Cairo.

Don Jesús Cantera Ortiz de Urbina se ha dedicado especialmente al estudio de la relación entre la *Vetus Latina* y el texto hebreo; ha revisado el texto de la edición de Kittel-Kahle a la luz del manuscrito B 19ª. Doña Carmen Muñoz Abad ha transcrito varios manuscritos samaritanos y ha colaborado en su colación. Don Fernando Díaz Esteban se ha consagrado al estudio de la transmisión masorética propiamente dicha, preparando una edición crítica del *Séfer Oḵlah we-Oḵlah* a base de los manuscritos de Halle y París.

Don Manuel Fernández-Galiano Fernández y don Luis Gil Fernández han publicado, en colaboración, un artículo titulado «Observaciones sobre los papiros Chester Beatty IV y V (861 y 962)», «Emerita» XXI, 1953, 1-13, en que se revisa la lectura de Kenyon para estos manuscritos y se aporta una cantidad considerable de nuevas lecciones. Tienen en preparación otra nota sobre malas lecturas no corregidas hasta hoy de diversos manuscritos unciales del *Génesis*. El señor Fernández-Galiano trabaja en la valoración estilística (mediante criterios como el uso del genitivo absoluto o de ciertas conjunciones) de las traducciones septuagintales como medio de clasificarlas en cuanto a literalidad. El señor Gil estudia diversos nombres de insectos en la Biblia griega dentro del cuadro general de la tesis doctoral sobre los ontomónimos griegos que viene realizando. Doña María Luisa Cortés Soroa ha colaborado eficazmente en las colaciones del *Génesis* que acaban de citarse. Don Alejandro Díez Macho ha logrado reconstruir el texto targúmico con su vocalización babilónica original, merced a los descubrimientos de manuscritos neoyorquinos de que se

ha hecho mención. Los restantes miembros de la Sección Aramea se han dedicado a la colación de este nuevo material y del anteriormente allegado. Don Teófilo Ayuso Marazuela, junto a su ingente labor para preparar la edición crítica de la Biblia Latina, en general, se ha destacado de modo especial en la reconstrucción de la *Vetus Latina Hispana*, dispersa en citas, antifonarios, etc., a la que antes de sus investigaciones no se le había concedido la debida entidad propia.

En la Sección de Copto, el P. Dom Paulino Bellet ha estudiado la relación de los textos copto y griego del libro de Jeremías; ha investigado los fragmentos del Nuevo Testamento sahídico existentes en Lovaina, el fragmento sahídico de los Hechos de los Apóstoles contenido en una hoja de guarda del Códice Morgan 590, y ha hallado nuevos testimonios del prólogo del *Apocalipsis* en sahídico.

Aun cuando podríamos citar también los trabajos realizados por otros dos centros del Consejo, el Instituto «Padre Enrique Flórez», de Historia eclesiástica [24], y la Escuela de Estudios Hebraicos de Oriente Próximo [25], no es justo olvidar, al margen del Consejo, las Semanas Mariológicas, Josefológicas y de Espiritualidad, y la labor de formación científica del clero intelectual español desarrollada en las universidades pontificias de Salamanca y de Comillas, la Gregoriana y del Angélicum, de Roma. Añádase la actividad científica de los seminarios diocesanos y los colegios máximos de las Órdenes religiosas, las publicaciones de «Estudios Onienses» y «Estudios Marianos» y, prescindiendo de otras de menor volumen, la extraordinaria actividad bibliográfica de los centros de edición B.A.C., Herder, Patmos y Fax. Como corolario podríamos enumerar lista completa de las revistas que, sin ser patrocinadas por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas [26], aportan su colaboración a uno de los más espirituales afanes de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

R. Olivar Bertrand

---

[24] De Madrid. Presidente: Excmo. y Rev. Sr. D. Enrique Pla y Deniel; director: Excmo. y Rve. Sr. fray José López Ortiz; vicepresidente primero: Excmo Sr. D. Pascual Galindo Romeo; vicedirector segundo: Excmo. Sr. D. José Vives Gatell; secretario: D. Tomás Marín Martínez.

[25] De Barcelona. Director: Excmo. Sr. D. José María Millás Vallicrosa; secretario: D. David Romano Ventura.

[26] Entre otras: «Anthologica Annua» (Centro de Estudios Eclesiásticos de Montserrat, Roma); «Archivo Agustiniano» (PP. Agustinos, Madrid); «Archivo Ibero-Americano» (PP. Franciscanos. Madrid); «Archivo Teológico Granadino (PP. Jesuítas, Granada); «Augustinus» (PP. Agustinos Recoletos, Madrid); «Ciencia Tomista» (La) (PP. Dominicos, Madrid); «Ciudad de Dios» (La) (PP. Agustinos, El Escorial, Madrid); «Ephemerides Mariologicae» (PP. Clarentianos, Madrid); «Estudios» (PP. Mercedarios.

APENDICE

I

Madrid, 16 de noviembre de 1903.

Señor don Emilio Román Torio.

Muy señor mío y de mi consideración más distinguida: Perdone usted que conteste tan tarde y tan brevemente a las tres extensas e importantísimas cartas de usted, que, por la gravedad de la materia sobre que versan y por la noble y enérgica franqueza con que están escritas, me han llamado la atención extraordinariamente, haciéndome descubrir en el clero español un escriturario de verdad cuando ya había perdido la esperanza de encontrarle. El agrado que las cartas me produjeron vino a acrecentarse con la sabrosa lectura de "El culto de Baal", fruto muy maduro de las especulaciones orientales de usted y obra que, por su método científico, por la riqueza de su contenido y por la rectitud crítica, es una verdadera y honrosa excepción en medio de la actual penuria de nuestros estudios de Historia religiosa.

Con profunda atención he seguido el relato que usted me hace de las pruebas heroicas con que ha acrisolado su vocación en este género de estudios, de los obstáculos casi invencibles con que ha tenido que luchar, de la sorda y oscura resistencia que se opone a la restauración de los estudios eclesiásticos para que vuelvan a ser lo que fueron en el siglo XVI, *dentro de las condiciones críticas de aquel periodo, y lo que son hoy en todas las naciones cristianas de Europa. Mi convicción en este punto estaba formada, pero se ha robustecido más y más con los datos y observaciones que usted me sugiere.*

Mientras persista el actual régimen de estudios en los seminarios y no haya un obispo o arzobispo con autoridad, y seamos suficientes para instalar una escuela modelo de ciencias teológicas, no tendremos otra cosa que las miserables rapsodias de Vigouroux, etc., a que usted repetidas veces alude. La ciencia no se conquista por sorpresa, sino ciñéndose a los lomos la áspera correa del trabajo. El que empieza por no saber hebreo, ¿qué especie de comentarios va a hacer a la Biblia?

El remedio práctico e inmediato de tan grave mal no se me ocurre por de pronto. Acaso sería oportuna la fundación de una revista de estudios religiosos, pero ¿qué editor va a publicarla? Los católicos que en España tienen dinero le gastan tontamente en sostener publicaciones frívolas, periódicos de propaganda sin ningún valor científico, y en organizar congresos y conferencias que, en definitiva,

---

Madrid); «Estudios Eclesiásticos» (PP. Jesuítas, Madrid); «Estudios Franciscanos» (PP. Capuchinos, Barcelona. Sarriá); «Estudios Josefinos (PP. Carmelitas, Valladolid); «Manresa» (PP. Jesuítas. Madrid); «Miscelanea Comillas» (PP. Jesuítas, Comillas, Santander); «Naturaleza y Gracia» (PP. Capuchinos. Salamanca); «Revista de Espiritualidad» (PP. Carmelitas, Madrid); «Salmanticensis» (Universidad Eclesiástica, Salamanca); «Scriptorium Victoriense» (Seminario Diocesano. Vitoria); «Verdad y Vida» (PP. Franciscanos, Madrid).

no sirven para nada. Queda el recurso de las revistas de índole general, pero éstas suelen estar muy mal dirigidas, tienen pocos lectores y es imposible hacer en sus columnas ninguna labor seria.

Si yo tuviera alguna influencia política, de la cual carezco por mi voluntario alejamiento de los negocios públicos, fundado en incurable pesimismo, poco tardaría usted en ser obispo y tener medios de ensayar alguno de los grandiosos planes que tiene en mente. Pero si llega el caso, y de una manera indirecta puedo influir en esto, no dude usted que haré la recomendación con todo el interés que las cosas de la ciencia y del buen nombre de la Patria me inspiran

Son tantos y de tanta consideración los puntos que usted toca en su carta y tantas las ocupaciones que actualmente tengo, que no extrañará usted que ponga por hoy punto a la mía, repitiéndole la enhorabuena por sus libros y por sus altos propósitos y ofreciéndome suyo, afmo. y s. s., q. b. s. m.,

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Archivo de Maura.—MADRID.

II

Pamplona, 13 de enero de 1904.

Excelentísimo señor don Antonio Maura.

Muy señor mío y de toda mi consideración: He recibido sus gratísimas cartas, que agradezco con toda mi alma, y si no le he contestado antes ha sido por dar tiempo a que el señor Menéndez y Pelayo volviera a Madrid, lo que supongo habrá verificado, por haberse reanudado las cátedras de la universidad.

En contestación a la segunda de usted, ya que me invita a exponerle el auxilio que necesito para desarrollar mi plan, diré que el señor Menéndez y Pelayo debe tener en su poder una extensa carta mía en la cual sometía a su parecer y juicio un plan para la propagación en nuestra Patria de los estudios teológico-escriturarios, sobradamente descuidados, cuando hace más de tres tercios de siglo que son la ocupación constante de una gran parte de las mejores inteligencias europeas, cuyo estudio supone no sólo un gran desarrollo científico, sino aun material en varias naciones de Europa por el inmenso número de obras que cada año se editan sobre una materia que abarca todas las ciencias, hasta las que parecen más distanciadas de ella.

En ella indicaba un medio, a mi ver el mejor, sin que esto quiera decir que sea irreformable, de propagar y aficionar a los españoles, sobre todo al clero, a esos estudios. Ese medio, como todos los de este género, exige cuantiosas sumas, por los muchos gastos que había de originar la formación y sostenimiento de una escuela con profesorado competente y bien retribuído, a fin de que no pensara en las oposiciones a canonjías y sí en cumplir con la cátedra.

Decíale, al fin, que no había en la actualidad más que dos organismos que pudieran realizar esto: el Estado y el Episcopado. El Estado, seguramente, no lo haría, por no recargar los presupuestos, y menos con una clase de estudios que,

si bien dan lustre a una nación y dicen mucho en pro de su civilización y cultura, no le afectan directamente. El Episcopado ya hace rato que debiera haber empezado a realizarlo, pero lo cierto es que, a pesar de las Encíclicas de León XIII, no obstante la creación de la "Comisión Internacional para el Fomento de los Estudios Bíblicos", nada ha hecho, ni parece que se dispone a hacerlo. Yo atribuyo esta apatía del Episcopado español a que no se han educado en este medio, ni han contraído el hábito del estudio, que es el que da ánimos y verdaderos alientos para las grandes empresas, por la deficientísima educación científica que desde hace más de un siglo se da en nuestros seminarios, deficiencia debida a muchas causas, entre las cuales pueden contarse la falta de selección personal de alumnos y profesores y la exigua dotación de estos últimos, que hace que éstos no se cuidan de la cátedra y sí de prepararse para oponerse a una canonjía, etc. De los obispos actuales sólo conozco tres que trabajan literariamente: el señor Maura [27], *el P. Vigil* [28] *y el P. Cámara* [29], *pero ninguno de ellos se dedica a estos estudios; los demás, ni a éstos ni a otros, a pesar de que el gobierno de una diócesis deja mucho tiempo de sobra. Sin embargo, el Episcopado puede hacerlo sin gravar en nada al Estado, o al menos yo me comprometería a hacerlo. Es cierto que no todas las diócesis cuentan con recursos para una obra de esta magnitud, pero yo conozco algunas en las que podría llevarse a cabo este plan y otras donde, al menos, podría hacerse algo. Terminaba con éstas o parecidas palabras:*

"Dos cosas se necesitan para llevar a cabo un proyecto tan beneficioso para la Patria, aun desde el punto de vista material: autoridad y dinero, cosas que en las actuales circunstancias sólo tiene un obispo. No quiere decir esto que sea mi deseo serlo. Si otro medio viera, a él acudiría; pero en los momentos actuales no veo otro. Dígame usted, cuya ilustración y talento son reconocidos en España y fuera de ella, si le parece bien mi plan y si se le ocurre algún medio más fácil de llevarlo a la práctica."

Yo desearía que leyera usted esa carta a que me refiero, la cual, dada su importancia, espero que conservará el señor Menéndez y Pelayo. En ella encontrará una exposición detallada y razonada del proyecto y de los medios de llevarla a feliz término. El señor Menéndez y Pelayo contestó a mi carta con la que remito adjunta, para que vea usted el juicio que formó de mis proyectos, y sin el cual nunca me hubiera decidido a dar un paso. Mi apología, hecha por mí, hubiera sido interesada, y por eso he preferido que la haga el mejor de nuestros talentos literarios y respecto de una persona a quien ni siquiera conoce personalmente ni por otro medio que por mis escritos. Si esa carta no existiera, volvería a redactarla con objeto de que usted la conociera.

Rogándole me dispense las molestias que le ocasiono, se repite de usted, afmo., s. s., q. s. m. b.,

EMILIO ROMÁN TORÍO.

Archivo de Maura.—MADRID.

---

[27] Juan Maura y Gelabert (1841-1910), obispo de Orihuela.

[28] Ramón Martínez Vigil (1840-1904), obispo de Oviedo.

[29] Tomás Jenaro Cámara y Castro (1847-1904), obispo auxiliar de Madrid y titular de Trajanópolis *in partibus*; luego, obispo de Salamanca.

CUANDO MENÉNDEZ PELAYO EMPEZÓ A SER «DON MARCELINO»

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA TEMPRANA MADUREZ DEL MAESTRO

EL autor de *La Ciencia española* se había hecho ya famoso con sus *Polémicas* antes de cumplir los veinte años, caso inaudito y que llena de asombro a sus contemporáneos españoles; pero su nombre suena pronto también fuera de las fronteras patrias, allá en Italia, desde donde, sin libros ni casi tiempo para ello, pues su principal ocupación es revolver bibliotecas en busca de datos para sus estudios bibliográficos y de *Heterodoxos*, continúa la discusión comenzada en España.

No es fácilmente explicable aquella su erudición inmensa aun contando con su talento, con su memoria prodigiosa, su rapidez de lectura y su constancia en el trabajo. La leyenda se va apoderando de su figura, y se cuentan de él las más inverosímiles anécdotas: que sabía de memoria casi todos los libros de la Biblioteca Nacional, que citaba párrafos largos de cualquier obra indicando las páginas en que se encontraban y la signatura correspondiente al volumen dentro de la ordenación topográfica de la Biblioteca, que leía dos páginas a la vez, una con cada ojo, etc.

Evidente que todos éstos son absurdos y cuentos que distan un mundo de la realidad; pero no por eso dejan de tener su fundamento y origen bien claro. Porque es indudable que aquel muchacho poseía una memoria felicísima, como habrá habido muy pocas; era ya el primer bibliógrafo español, según lo reconocía el mismo Milá y Fontanals; mostraba tales facultades físicas e intelectuales para el trabajo, que no había labor por ruda que fuera que lograra rendirle en aquellos juveniles años, ni materia tan abstrusa en la que no penetrara inmediatamente su inteligencia poderosa.

Rubio y Borrás, que publicó el expediente académico de los estudios de don Marcelino en Barcelona, seguido de los cuatro escritos escolares, refiriéndose a uno de esos ejercicios dice que el copista que lo transcribió tardó bastante más tiempo en la copia que el que se dió al opositor para componer el original. Lo mismo pudiéramos decir de otros dos ejercicios hechos en la universidad de Valladolid para la licenciatura y premio extraordinario. Todos ellos hubieron de escribirse sin libros delante, pues no tuvo materialmente tiempo de

consultarlos, y, además, se comprueba esto por algunas de las numerosas citas que están levemente alteradas. De la rapidez con que escribía buen testimonio es para cualquier experto su misma letra, y de la velocidad de lectura, el doctor don Gregorio Marañón, que siendo él niño le conoció, nos cuenta cómo desaparecían las páginas unas tras otras ante sus ojos penetrantes.

Todos estos hechos, bien comprobados, son los que dieron origen a las leyendas que sobre el saber de Menéndez Pelayo se crearon; pero las personas cultas e inteligentes, prescindiendo de exageraciones y mitos, no tenían más remedio que reconocer que el joven autor de *Las Polémicas sobre La Ciencia española,* del *Horacio en España,* del *Trueba y Cossío,* de las *Noticias literarias sobre jesuítas extrañados del Reino en tiempos de Carlos III* y de otra serie de artículos publicados en revistas españolas era, a pesar de sus pocos años, uno de nuestros primeros eruditos y de los talentos más privilegiados. Oficialmente se reconocieron también estas dotes extraordinarias al votar una ley rebajando a veintiún años la edad para tomar parte en oposiciones a cátedras universitarias, con objeto de que Menéndez Pelayo pudiera presentarse a la vacante que don José Amador de los Ríos dejaba con su muerte, en la universidad de Madrid.

La justicia de tan excepcional medida fué aceptada por la mayoría del profesorado español no apasionado y, entre éstos, dos profesores de Literatura española: Rafael Cano, catedrático de la universidad de Valladolid, y Julián Apraiz, del Instituto de Vitoria, que en cartas particulares dicen a Menéndez Pelayo que ellos se hubieran presentado a la oposición de no hacerlo don Marcelino. Y lo reconocieron más tarde, y públicamente, sus mismos coopositores derrotados, Canalejas y Sánchez Moguel.

Ganadas brillantemente las oposiciones a la cátedra de «Historia Crítica de la Literatura Española» en la universidad de Madrid, se estableció Menéndez Pelayo en la corte, siendo la admiración de los más, la envidia de algunos, el blanco de las intrigas de unos pocos extremistas de izquierdas y derechas y objeto de consideración y respeto de casi todos. Era un sabio de veintidós años, lleno de triunfos resonantes, que tenía ya hasta una biografía escrita por Miguel García Romero, con un hermoso retrato grabado por Bartolomé Maura: pecho algo abultado, anchas espaldas, un cuello fuerte y elevado, sobre el que está admirablemente montada la cabeza; barba y bigote no bien poblados; óvalo de cara perfecto, más bien alargado; nariz de buen corte, un poco ancha de aletas; frente alta, recta y despejada, aunque la tapaba el pelo, muy cortado, que lo dejaba caer hacia adelante y los lados, según su crecimiento natural; y, dominándolo

todo, una mirada honda e inteligente, que hacía extraordinariamente interesante su figura.

La Academia de la Lengua y la de la Historia, las tertulias más afamadas y las casas más aristocráticas le abren sus puertas. Los escritores le piden prólogos; las editoriales, libros; las entidades literarias, políticas y religiosas, conferencias; los hombres, su amistad, y las mujeres, su amor. Y a todo atiende y en todas partes está: en el teatro, en las tertulias de Cañete y de Fernández Guerra, de Valera; en el «Pinar de las de Gómez», como llamaban entonces los madrileños al acerón de las Calatravas, paseando después de misa de doce; en las veladas de las casas más aristocráticas. Y sin embargo iban saliendo a luz aquellos imponentes tomazos de la *Historia de los heterodoxos*, y los prólogos de la *Biblioteca Clásica*, y los discursos académicos y estudios eruditos de todas clases. «¿Cuándo trabaja Menéndez Pelayo?», se preguntaba *Clarín*. Y él mismo da esta donosa explicación: «Así como hay escritores que mientras leen o escriben se duermen, Marcelino mientras duerme sigue trabajando también.»

Pronto pasarán estos primeros años de juventud, no alocada, pues en esto se ha exagerado mucho, pero sí soñadora, alegre y hasta despilfarradora de vida, pues, por un lado, las *juvenum curas*, que decía Fernández Guerra, citando a Horacio, y, por otro, sus ansias nunca amortiguadas de saber, le debieron obligar a pasar muchas noches de claro en claro, robando tiempo al necesario descanso.

Pocos días después de contestar al discurso de ingreso de Menéndez Pelayo en la Academia de la Lengua, salía Valera para Lisboa como embajador de España en Portugal. La marcha de don Juan fué beneficiosa para don Marcelino, no porque a éste perjudicase el «paganismo refinado y de exquisita naturaleza de su amigo», a quien no quiso «poner en la sospechosa compañía de los representantes de la literatura heterodoxa», sino —digámoslo también con palabra del autor de los *Heterodoxos*— porque aquel su «plácido contentamiento de la vida, expresado con tanta audacia y al mismo tiempo con tanta suavidad y gracia ateniense», se le metía fácilmente en el alma al joven santanderino y le llevaba a peligrosos devaneos. No, no era don Juan un heterodoxo; pero tampoco el mejor amigo y consejero para ir de su brazo por aquellos aristocráticos salones del Madrid elegante que, con más o menos fidelidad, describieron las plumas del P. Coloma, Palacio Valdés y Pereda.

Vivía, además, tan de prisa aquel joven, que las etapas de su vida se van cubriendo en vertiginosa carrera. No es que en sus veintiséis o veintisiete años, a la edad en que le pinta Luis Madrazo, con su

barba ya cerrada, con cierta dulce gravedad en el semblante y mirada pensativa, haya perdido sus ilusiones y sueños de amor. Aunque ha convivido íntimamente con solterones de honesta conducta que se las arreglaban perfectamente dentro de su soledad —su tío Juan Pelayo y Luanco, su tutor, entre los más allegados—, Menéndez Pelayo era muy enamoradizo y no pensó nunca en quedarse soltero. Volvió más adelante a enamorarse y quiso seriamente constituir un hogar; pero con algunas heridas recientes en el corazón necesitaba descanso, buscar «dónde la hierba de olvidar se cría», como decía en su composición poética *Diffugere Nives*. Por otra parte, tenía íntimo y constante trato con aquellos graves académicos de la Lengua y de la Historia, muchos de los cuales le doblaban la edad; se cubría a diario con el birrete y se ponía la solemne toga para explicar su cátedra, e iba sintiendo cada vez más la responsabilidad del magisterio que profesaba. Tenía que apartarse poco a poco del vano, pero halagador, ruido de la buena sociedad, que tanto le gustaba, para poder entregarse a tareas más graves.

El prólogo de la *Historia de las ideas estéticas en España* está fechado en julio de 1883 y en él se leen ya estas palabras: «Es al mismo tiempo esta obra una como introducción general a la *Historia de la literatura española*, que es obligación mía escribir para uso de mis discípulos.»

Iba a emprender la obra más profunda y seria de cuantas hasta entonces había escrito, piedra angular y cimiento inconmovible de todo el edificio que en honra de España ha soñado construir durante su vida. No se trata de historiar principalmente libros, de citar asombrosa, abrumadoramente, autores y más autores, como en *La Ciencia española*, ni de hacer, como en los *Heterodoxos*, una serie de biografías sobre personas que en muchas ocasiones no tienen más punto de contacto que el puramente negativo de la fe ortodoxa, sino que va a escribir una historia de ideas. Si nos fijamos en el título del libro, de ideas en España solamente; pero como a las ideas no se las puede encerrar, como a los individuos, dentro de los límites de una nación y se mezclan e influyen unas en otras haciéndose pronto universales, el mismo Menéndez Pelayo se dió cuenta desde el principio de que su obra ha de ser no española o españolista únicamente, como sus libros anteriores, sino universal y de más amplios vuelos. Necesitaba, pues, tiempo, meditación y sosiego.

Deshace sus compromisos editoriales aun en libros ya comenzados, como las versiones de las obras de Cicerón para la *Biblioteca Clásica*, la de Shakespeare para Arte y Letras; remata como puede aquellos capítulos de Adiciones, referentes a la parte española, que es-

cribe en el libro *Nuestro Siglo*, de Otto Leixner; huye cuanto le es posible de dar conferencias y de componer prólogos. Hasta este momento ha sido principalmente un gran bibliófilo y bibliógrafo, un poeta, un humanista y, sobre todo, un gran acarreador de materiales científicos, un joven de erudición inmensa, el hombre que todo lo sabía; pero aunque en muchas de las obras que tiene escritas se ven ya los chispazos del genio, aún no había alcanzado su plena madurez; era un erudito asombroso, un *hombre* de *ciencia*; desde ahora comenzará a ser un *sabio*. Ciencia (*scientia*, de *scire*, conocer) no es más que curiosidad, curiosidad insana muchas veces, curiosidad pecaminosa a ratos, ambición oculta y rebeldía también, como aquella de nuestros primeros padres al morder el fruto del árbol prohibido: «¡Y seréis como dioses!» Sabiduría (*sapientia*, de *sapere*, saborear) es vida y ciencia; ciencia sólo, es muerte. «El árbol de la ciencia no es precisamente el árbol de la vida», dijo lord Byron en un hermoso verso.

Don Marcelino, y ahora es cuando empieza a ser llamado por muchos cariñosa y honoríficamente con sólo su nombre de pila, parece como si hubiera meditado muy detenidamente aquellas palabras de San Bernardo: «Hay quienes aprenden sólo por saber —esto no es más que una inútil curiosidad—; otros estudian por alcanzar gloria y renombre —esto es pura vanidad—; otros hay, por fin, que adquieren su ciencia para venderla —esto es vergonzosa ambición—. Tú estudia para educarte y para educar y edificar a los demás, que esto es religión y es amor.» Esto es lo que con todo ahinco comienza a hacer el autor de las *Ideas estéticas*: estudiar para educarse y para educar y edificar a los demás.

Su vida experimenta una transformación, no un *cambio*, como han querido hacer ver algunos, mostrándonos un don Marcelino *transigente* con lo que nunca supo ni quiso transigir; *liberalizado* cuando precisamente abomina más de todo liberalismo; *menos español* cuando está sintiendo más hondamente los males de la patria; *menos religioso* cuando la piedad va labrando y puliendo su alma siempre grande. El pensamiento capital que informa toda su obra lo tiene desde antes de salir de las aulas y a realizarlo va derecho, aunque, como es natural, con «las indecisiones y tanteos de la mocedad, que le van llevando a una comprensión cada vez menos incompleta —y estoy copiando palabras del mismo Menéndez Pelayo— del genio nacional y de los inmortales destinos de España». La fe y religiosidad las tiene inculcadas y las practica desde niño, y cada vez como más racional y consciente ofrecimiento a Dios.

Esta transformación que ahora se da en Menéndez Pelayo presenta un doble aspecto: el científico-estético y el religioso-moral. En

el orden científico no se desprende ni aun olvida aquellos estudios bibliográficos a que ha venido dedicándose, sino que le sirven constantemente como base sólida, como fundamento real en que apoyar y construir sus nuevas obras, histórico-filosóficas unas, como esta misma de la *Historia de las ideas estéticas*, o histórico-críticas y literarias otras, como son la mayoría de las que ha de componer después. Si alguna vez vuelve a tratar particularmente de temas bibliográficos les dará una finalidad y sentido más trascendente; así, aquel tan utilísimo «Inventario bibliográfico» de *La Ciencia española* que se publica en la tercera edición de este libro, en el año 1888; y del mismo modo también su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*, que no es más que su primera *Biblioteca de Traductores*, aumentada y, lo que es más importante, ordenada no por traductores, que al fin y al cabo son los de menos interés, sino por el autor clásico traducido, para poder estudiar, como lo iba haciendo en preciosos comentarios, la influencia que en nuestras letras ejercieron cada uno de esos autores de la antigüedad.

En esta obra de la *Bibliografía Hispano-Latina* es donde más directamente vierte todo su saber humanístico, que es entre todos los estudios de su juventud el más sabroso para él, el que le acompaña siempre y aroma todos sus escritos y su vida entera, haciéndole uno de los hombres más tiernamente humano, más sencillo y bueno para todos. Si Menéndez Pelayo hubiera nacido en un mundo pagano, antes de la venida de Cristo Redentor, hubiera sido un Marco Aurelio o un Cicerón, uno de aquellos piadosos varones de la antigüedad clásica que honraron a la humanidad con sus obras y conducta.

Tampoco renuncia a su amor por las Gracias, *compañeras eternas de su vida*. Da un adiós a Lidia y Aglaya y a sus Epicaris, que todas ellas viven y con algunas continúa tratándose; pero no les escribirá ya versos encendidos de amor. El verso, tan tempranamente cultivado por Menéndez Pelayo, le ha servido principalmente para ir elaborando su prosa, que alcanza la plenitud de la jugosidad, armonía y belleza en esta obra de *Las ideas estéticas*. Corrió al principio por la rima su canto enardecido, sometiendo a esta dura disciplina su decir caudaloso y desbordante de los años de su primera juventud; deja después galopar las estrofas en verso libre, como corceles adiestrados que se conducen con la sutil y sedosa rienda del ritmo, y así, de modo insensible, se va elaborando su prosa poética, algo desgarrada y suelta en sus *Polémicas* de *La Ciencia española*, sonora, magníficamente sonora y preñada de ideas en algunos capítulos de sus *Heterodoxos*, pagando tributo al estilo oratorio de su época; vestida con toda la sencillez y elegancia de una clámide en todas las obras que ha de escribir

desde ahora en adelante. Es poeta, continúa siendo poeta en su prosa y en sus pensamientos, tan bellamente expresados; alcanzó en sus composiciones, algunas veces, cumbres muy elevadas de inspiración, y hubiera llegado, indudablemente, a más altas cimas; pero a estos más graves estudios que ahora cultiva —*musas collimus severiores,* dice a un amigo— ha de sacrificar sus cantos y sus amores. Él mismo se desciñe el laurel, porque, como dijo su hermano Enrique, no le cabían ya tantas coronas en la cabeza.

Esta es la transformación que sufre Menéndez Pelayo en cuanto a su ciencia y arte estéticos se refiere; en lo que a su religiosidad y conciencia atañe no es menos honda. Para demostrarnos lo arraigado de su fe es muy frecuente ver citados por sus biógrafos y panegiristas aquel párrafo de *La Ciencia española*: «Tengo por honra grandísima el que el señor De la Revilla me llame neocatólico, inquisitorial, defensor de instituciones bárbaras y otras lindezas. Soy católico; no nuevo ni viejo, sino *católico a machamartillo,* como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios bastante más que la moderna»; o las rotundas y briosas afirmaciones religiosas del tan conocido *Brindis del Retiro,* y hasta aquel valeroso acto de empezar sus oposiciones haciendo la señal de la cruz. Todas estas juveniles manifestaciones de su religiosidad están muy bien, aunque hay que reconocer que el ímpetu y calor con que se expresa se lo presta en gran parte el ardor de la pelea y que, a veces, hasta se presiente algo de exhibicionismo y reto en sus palabras y actos. El Menéndez Pelayo profundamente religioso, inundado de caridad y amor de Dios y del prójimo es el que ahora, en el aislamiento y meditación, se está formando; el que pronunciará tantos memorables, profundos y hondamente sentidos discursos en congresos católicos, el que se tiene humildemente no más que por un soldado dentro de las filas del ejército católico, el que ajusta su conducta a su fe y pertenece a varias asociaciones piadosas y de caridad de su parroquia, el representante de la Diócesis de Sevilla en la Junta Central de Acción Católica, que le escribe a Rufino Blanco que le envíe las citaciones con veinticuatro horas de anticipación para que pueda con seguridad estar enterado, pues no quiere dejar de asistir a las reuniones; es el Menéndez Pelayo que, como una oración constante, está ofreciendo piadosamente a Dios su laborar sin descanso, el que cuando se le invita a rendir un homenaje a León XIII en el Círculo Patronato de San Luis Gonzaga pronuncia estas palabras: «Viviendo en el mundo y disipando en estudios, acaso de poco fruto, la escasa actividad intelectual que Dios quiso concederme, ni sé hablar el lenguaje que aquí continuamente suena, ni llegar al fondo de las almas

con una elocuencia de que carezco, ni afectar una devoción que en mí parecería extemporánea o tendría semblante de hipocresía. Pertenezco, por la inmensa misericordia de Dios, al mundo de los creyentes y no al de los escépticos; pero ¿cómo evitar que los hábitos del análisis minucioso, que aridece el alma y seca las fuentes del entusiasmo, den a mi alma un tinte profano y la priven de aquel vigor y eficacia que solamente logra el que vive sin intermisión la vida cristiana, que es vida sobrenatural y de gracia y se remonta como águila triunfadora sobre todos los sueños y vanidades de la tierra? Sueños no ya de poder y de gloria, que nunca cruzaron por mi mente, sino sueños de arte y de ciencia, que son los más deliciosos y los más nobles entre los sueños humanos, pero que no alcanzan a sosegar aquella nostalgia de lo infinito que a cada paso nos hace exclamar, con el más grande de nuestros líricos: "Las almas inmortales —hechas a bien tamaño— ¿podrán vivir de sombra y sólo engaño?"...»

Entonces es cuando empieza a brillar en todo su esplendor el genio de Menéndez Pelayo. Don Cayetano Fernández, uno de los que mejor le conocen, le escribe estas palabras: «El que es Poderoso ha hecho en usted también cosas grandes; porque todos los sabios que yo conozco, antiguos y modernos, han recibido la ciencia, por decirlo así, gota a gota; pero a usted no parece sino que se la han echado con un embudo, y podría ser que el mejor día nos salga usted confesando lo que declaró San Pablo respecto de su instrucción evangélica: *neque ab homine, neque per hominen didici, sed per revelationem.*»

Este que con rasgos generales he siluetado es el *don Marcelino* que escribe la mayor parte de su fecunda obra literaria: la *Historia de las ideas estéticas*, ambas *Antologías*, la de *Líricos* y la de *Poetas Hispano-Americanos*, el autor de los preciosos prólogos a las *Obras dramáticas de Lope*, el de tantos primorosos discursos y tratados, piezas fundamentales para nuestros estudios literarios. Andando los años, cuando su plenitud de madurez física e intelectual se ve minada por enfermedades y desgracias familiares, desalentada por las incomprensiones humanas, socavada por ingratitudes y defecciones de amigos, le sobreviene una temprana vejez, en la que todo él se transfigura y como se ilumina. Su semblante adquiere expresión de gran serenidad, de dulzura, de bondad; su alma se ha ido purificando en la contradicción y el dolor; sus escritos no son sólo de erudición y sabiduría y arte maravilloso de expresión, sino que están, además, como informados y transidos de suave y poética melancolía, de don profético, como aquellas «Dos palabras sobre el centenario de Balmes» y el discurso de gracias al entregarle la medalla por su nombramiento de director

de la Academia de la Historia; de amistad amorosa, como los estudios sobre Milá, sobre Amós de Escalante, sobre Pereda, «su inmortal amigo», o de profunda religiosidad, como el de la «Inmaculada» en Sevilla, el del «Congreso Eucarístico» en Madrid y la carta al obispo de Madrid-Alcalá sobre las «Escuelas Laicas».

Entonces, el *don Marcelino,* asombro y admiración de propios y extraños, rodeado cariñosamente, como en cenáculo, por un círculo de fieles discípulos, adoctrinador de todos los grupos de estudiosos diseminados por la Patria, de los baleares, de los catalanes, de los valencianos y andaluces, de sus paisanos, los montañeses, se convierte para todos ellos en el *Maestro.* «Maestro y educador de un pueblo entero», que dijo Farinelli.

Escribir sobre este su *magisterio,* en tantos aspectos aleccionador y fecundo, nos llevaría muy lejos y nos saldríamos de los límites de este artículo, en el que sólo hemos querido señalar algunos rasgos de la figura de *don Marcelino.*

ENRIQUE SÁNCHEZ REYES

LA «ANTOLOGÍA DE POETAS HISPANOAMERICANOS» Y EL HISPANISMO NORTEAMERICANO

ENTRE el creciente número de antologías y estudios que en el pasado siglo han enriquecido la historiografía de la literatura hispanoamericana destácase aún hoy en día como obra fundamental y ejemplar la *Antología de poetas hispanoamericanos* (Madrid, 1893-95) de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Desde aquellos lejanos tiempos de fines de siglo ha surgido una plétora de antologías nacionales y —algunas en los muy últimos años— hasta de aspiraciones continentales. Desgraciadamente, muchas de ellas son deficientes, por haberles faltado un criterio riguroso, producido por el exagerado patriotismo local o americanista, que les impulsaba a incluir un verdadero fárrago de poetastros imitadores. De este «chauvinismo» cultural surgió la opinión de autorizados críticos extranjeros, y hasta de los de lengua española, de que la literatura hispanoamericana no es más que una literatura imitativa cuyo denominador común es una marcada nota retórica, o, si se quiere, «tropical». Además, estas antologías dejan mucho que desear también con respecto a las notas biobibliográficas y la apreciación estética —si es que se habían atrevido a emitir algún juicio fuera de un diluvio de insulsas palabras de elogios indiscretos—. Tampoco han intentado dar un panorama ordenado, completo y valorado de la evolución poética del país y del lugar que en esa historia merece el poeta representado.

No cabe aquí, en el corto espacio disponible, exponerme a una crítica justificada al ofrecer de entre centenares de tales obras nacionales hispanoamericanas las que, en mi limitado opinar, pecan de las faltas susodichas y de otras igualmente obvias e imperdonables. Entre paréntesis, no es sino justo observar que un gran porcentaje de estas antologías e historias son producto de una demanda nada exigente y de casas editoriales poco escrupulosas, cuyo fin primordial es aprovechar el lucro instantáneo del mercado escolar y popular. Hay que reconocer también que, pese al deseo del antologista e historiador de cumplir honradamente con el compromiso a corto plazo, en tantísimos casos no le es permitido siempre consultar fuentes fidedignas ni las obras originales, tanto por falta de tiempo como por falta de fuentes, especialmente si se trata de un proyecto de alcance continental. ¡Cuántos intentos antológicos, y aun los nacionales, realizados por investigadores serios, de buena voluntad y de intachable criterio estético, no han salido truncados y desiguales por la inercia, si no la indiferencia, de los mismos compatriotas, que no se molestaron en enviar los libros o los datos requeridos o, lo que es casi peor, cumplieron mal al proporcionar datos inexactos, incompletos, si no totalmente falsos. Por eso, la confección de una buena antología o historia literaria requiere paciencia, tiempo y tolerancia. En plena justicia al antologista y su país, una compilación que no sea vergonzosamente pirata y comercial no puede y no debe ser fruto de unas cuantas horas robadas a proyectos de más inmediato e intenso interés.

Quedan todavía como muestras irrefutables de lo susodicho dos obras antológicas, de indiscutible valor estético e histórico, que abarcan la evolución de la poesía hispanoamericana desde sus orígenes, en tiempos de la Conquista, hasta el año 1932. La *Antología de la poesía española e hispanoamericana, 1882-1932* (Madrid, 1934), de Federico de Onís, vino a complementar la obra monumental del maestro montañés, la cual llegaba a incluir sólo a aquellos poetas que habían muerto ya en 1892. Ambas son fruto de largos años de tesón, de un nutrido epistolario [1] y de una lectura heroica y una fe inquebrantable en el destino literario de la América hispana. No ha de extrañar, pues, que cuantos abordan desde 1934 el tema de la poesía contemporánea en toda su amplitud hayan acudido a Onís como norma y guía en un campo donde la complejidad de tendencias, la riqueza de producción y la multiplicidad de materiales bibliográficos hacen casi impenetrable el «bosque divino» de las musas ibéricas de España y América. E igual es la deuda contraída con Menéndez y Pelayo desde aquellos días en que, cumpliendo el encargo que le asignó la Real Academia Española para conmemorar el descubrimiento de América, contribuyó con el más significativo monumento al movimiento de aproximación hispánica, aparte la ofrenda lírica del joven nicaragüense: «Inclitas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda.»

Quizá tenga validez aún hoy la observación, nada halagadora para las relaciones culturales entre España y las hermanas naciones americanas, al efecto de que de todas sus obras es «la menos conocida en España, donde el estudio formal de las cosas de América interesa a muy poca gente». Manuel Cañete y Juan Valera eran casi las únicas plumas consagradas que se dedicaban a divulgar, a través de la prensa, notas e impresiones sobre libros recién llegados de América [2]. Mucho más

---

[1] Véase, por ejemplo, el epistolario de Menéndez y Pelayo, *Menéndez y Pelayo y la hispanidad* (2ª edición. Santander, 1955), X-409p. Ya a los veintiún años de edad se pone Menéndez y Pelayo en relación con los escritores hispanoamericanos. Parece que su primera correspondencia fué con el colombiano y entrañable amigo Miguel Antonio Caro. la cual data del 27 de mayo de 1878. Bien observa Enrique Sánchez Reyes en la «Advertencia de la primera edición» (1951): «Muchos creen que esta obra de Menéndez y Pelayo, tal vez la que miraba con más cariño, fué uno de aquellos magníficos y casi humanamente inexplicables esfuerzos de improvisación que sólo él sabía hacer, como el del primer tomo sobre prehistoria en la segunda edición de los *Heterodoxos*; pero nada más lejos de la verdad... La labor venía realizándose cuidadosamente año tras año desde hacía quince, y publicada su *Antología* continuó don Marcelino su tarea veinte años más, en ansias de perfección, hasta su muerte», págs. V-VI.

[2] Manuel Cañete. *Escritores hispanoamericanos* (Madrid, 1884).

Juan Valera. *Cartas americanas* (Madrid, 1889-1890). «Mis cartas carecen de verdadera unidad. Son un conato de dar a conocer pequeñísima parte de tan extenso asunto. Las dirijo a autores que me han enviado sus libros. No son obra completa, sino muestra... Como noticias y juicios aislados, sólo podrán ser un día un documento más para escribir la historia literaria de *las Españas* en el siglo presente. Porque las literaturas de Méjico, Colombia, Chile, Perú y demás repúblicas, si bien se conciben separadas, no cobran unidad superior y no son literatura general hispanoamericana, sino en virtud de un lazo, para cuya formación es menester contar con la metrópoli.» *Obras completas* (2.ª edición. Madrid, 1942). I, 1.655-2.030. Las cartas, fechadas de 1888 a 1900, van dirigidas a Palma, Darío. León Mera, García Merou, Rafael Obligado, entre otros.

acertado, sin embargo, es su modesto comentario: «En América ha sido más leída...» (Op. cit., pág. X), aunque, como él mismo cristianamente observa, sin dejos de amargura o desilusión, «no siempre rectamente juzgada». No sólo la más leída, sino también la más consultada, la más citada y la más plagiada de todas las fuentes que han servido para apreciar la literatura americana en toda su extensión continental e hispánica. El índice onomástico de las antologías e historias aparecidas en Hispanoamérica desde fines de la pasada centuria, en los casos donde honradamente confiesan su deuda, confirman que para los primeros siglos de su evolución literaria no hay ninguna otra obra que la pueda reemplazar totalmente. Y aun en los casos de antologías y estudios de carácter nacional no es nada extraordinario dar con una reconocida autoridad en la materia que evoca el criterio de Menéndez y Pelayo en apoyo de su aprecio de uno de los valores patrios. Tal, por ejemplo, la alusión de Francisco Monterde —cuyos ensayos sobre Fernando Calderón dan constancia de su alta capacidad de investigador y crítico— en su discurso de recepción como académico de número en la Academia Mejicana, al decir que no trataría de la obra lírica de su compatriota, «ya estudiada por Menéndez y Pelayo, quien afirmó que Calderón fué más bien poeta dramático que lírico, a la inversa de Rodríguez Galván, más lírico que dramático» [3]. Y, más recientemente todavía, el muy exigente crítico y académico Raúl Silva Castro, hablando en nombre de sus compatriotas —los cuales salieron «un tanto maltrechos del análisis» que hizo Menéndez y Pelayo de la literatura y cultura chilenas— con motivo de la sesión extraordinaria en homenaje al maestro que celebró el II Congreso de Academias en Madrid el 29 de abril de 1956, confirmó —y sin ambages— la confesión de sus antepasados que el crítico español sintetizó y divulgó por todo el mundo: «Chile era positivamente la más atrasada de todas las nacientes repúblicas hispanoamericanas», concluyendo que no le tocaba a él decir «si estas palabras fueron acicate para el espíritu chileno y si por haberlas

---

La penetrante crítica del joven Unamuno, probablemente inspirada en la obra del maestro montañés, pronto vendría a llenar el hueco respecto a las letras contemporáneas. Doy un repaso y una evaluación de su labor en este sentido en mi estudio «Unamuno, crítico de la literatura hispanoamericana», «Revista iberoamericana», III (febrero, 1941). Por una idea somera del interés manifestado en la literatura hispanoamericana a través de la prensa periódica de España durante el siglo XIX, véase Georges Le Gentil, *Les revues litteraires de l'Espagne pendant la première moitié du XIX*[e] siècle (París, 1909) y la «Colección de Índices de Publicaciones Periódicas» publicada por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid. Tengo en preparación un índice de más de sesenta revistas correspondientes al período 1850-1870. De éstas, las de mayor significado y de más larga vida son *El museo universal* (1857-1869) y *La América* (1857-1882 ?). En mi trabajo, *El museo universal* (1857-69): *mirror of transition years* (*PMLA*, LXX june, 1955, 350-374), hago la siguiente observación: «Not necessarily surprising, perhaps, is the cirtual indifference to the budding literatures of Spanish America. That Cuba and Puerto Rico —largely through Hostos for the years 1864-67— should have captured some space was to be expected; for the rest the blackout was all but complete. It is to the pages of *La América* in particular that we must turn for an indication of the names from across the Spanish Atlantic that were receiving a hearing in the Península during these years» (pág. 366).

[3] *Una evasión romántica de Fernando Calderón* (Méjico, 1952), pág. 14.

estampado en su libro acudió el sabio santanderino, acaso sin proponérselo, a dar el remedio que demandaba la enfermedad» [4].

Más grande aún será la deuda que nosotros, los hispanoamericanistas norteamericanos, debemos al maestro español [5]. Si, en cuanto a España toca, pudo decir Schevill, en 1919, que a principios de siglo «no había en todas nuestras universidades sino un solo maestro con título de profesor de español, y éste se dedicaba enteramente al estudio de la filología...» [6], mucho menos prometedor aún fué el caso con referencia a Hispanoamérica. Verdad es que no faltaba interés en la suerte política de nuestros vecinos al Sur, manifestado ya por el mismo Jefferson a raíz del movimiento separatista cuando identificó su destino con el nuestro al declarar que el objeto, tanto de Cuba y de Méjico como el de Estados Unidos, «must be to exclude all European influence from this Hemisphere» [7]. Ni faltaba interés tampoco en su historia literaria y cultural desde que los Irving y Prescott, los Bryant y Longfellow, allá en el siglo pasado, establecieron —mediante contactos personales o epistolarios. historias célebres, estudios críticos y traducciones— las bases de un movimiento hispanoamericanista que en el presente siglo no tenga igual en ningún país del mundo [8]. Pero hasta principios del siglo XX

[4] «A B C» (Madrid, 1 de mayo de 1956), pág. 34.

[5] En un discurso poco conocido, *Menéndez y Pelayo y el estudio de la cultura española en Estados Unidos* (Santander, 1919), pronunciado ante Su Majestad el rey el día 20 de agosto de 1919, cuando la solemne inauguración de la Sociedad de Menéndez y Pelayo, Rudolf Schevill —uno de los más preclaros hispanistas hasta hoy producidos por América— hizo destacar lo adeudados que estamos todos al «crítico artista» por «su busca constante de más luz, su sinceridad, su equilibrio espiritual y, sobre todo, su lealtad a la tierra que le dió vida y a... la cultura —insustituíble— que arraigó en la Península Ibérica». Recalcó más específicamente, y como era de esperarse, los estudios lopescos de Menéndez y Pelayo, afirmando que «los prólogos... perdurarán siempre como base para cualquier estudio...» posterior. dignos de comparación con la obra de Ticknor, Chorley, Schlegel, Schack y Rennert, ninguno de los cuales «deja de parecer seco o dominado por cierta estrechez de criterio» (pág. 23).

[6] Ibídem, pág. 7. Para un buen resumen y bibliografía selecta de los orígenes y desarrollo de la enseñanza de estudios hispánicos en Estados Unidos, véase Madaline Wallis Nichols, *The History of Spanish and Portuguese Teaching in the United States. A Handbook on the Teaching of Spanish and Portuguese, with Special Reference to Latín América* (Boston, 1945), págs. 99-146.

[7] Carta al gobernador William Claiborne, de Louisiana, fechada el 29 de octubre de 1808. Citada por Nichols, op. cit., pág. 131.

[8] Véase, por ejemplo, la evaluación hecha por Irving A. Leonard, correspondiente al período hasta 1943, *A Survey of Personnel and Activities in Latín American Aspects of the Humanities and Social Sciences at Twenty Universities of the United States, Notes on Latín American Studies*, I (april, 1943), 7-46. Véase también Sturgis E. Leavitt, *Hispano-American Literature in the United States* (Cambridge, Mass., 1932). y los estudios suplementarios del mismo autor, entre ellos su *Latín American Literature in the United States: Retrospect and Prospect*, *SP*, 42 (july, 1945), 716-722.

En cuanto a lo afirmado con respecto a los cuatro precursores y a otros del pasado siglo que también sirvieron como punto de contacto entre lo hispánico y lo angloamericano, véase Stanley T. Williams, *The Spanish Background of American Literature*

no había ningún intento serio de estudiar la literatura española de América como una manifestación artística independiente de la peninsular. Escaseaban hasta las obras hispanoamericanas —si no faltaban del todo—. Las que llegaban venían regaladas, a petición de un Ticknor o «en homenaje de admiración y amor» de un Rafael Pombo por nuestro Longfellow, quedando durante la vida de los destinatarios al menos al reducido alcance de los amigos.

Las primeras antologías preparadas con el fin de satisfacer, y de despertar, una mayor curiosidad nuestra por la floreciente literatura hispanoamericana reflejan un aspecto positivo de las consecuencias de hechos político-históricos en torno al 98 [9]. El proceso aceleróse rápidamente, como si en un fervoroso esfuerzo de desmentir el consabido apodo de «Calibanes» que una ininterrumpida sucesión de acontecimientos notorios nos hiciera merecer. No de extrañarse, pues, que, dada su situación geográfica, fuera la universidad de Arizona la primera a ofrecer, en 1908, una asignatura en Literatura hispanoamericana. Y, ocho años después, Alfred Coester se presentaría como el pionero de estudios sistemáticos de la materia en el país. Su *The Literary History of Spanish America* (Nueva York, 1916) iba a ser el primer intento en cualquier idioma de ofrecer una vista panorámica e integrada de todas las literaturas hispánicas del Nuevo Mundo y, además, la biblia de la primera generación de hispanoamericanistas que llegarían a plena madurez en los años posteriores a la primera guerra mundial.

¿Cuáles eran los materiales disponibles hace medio siglo para un estudio de conjunto de la literatura escrita en lengua española al sur del Río Grande? Aparte una miscelánea de «alboradas», «parnasos», «recuerdos literarios», «ensayos biográficos» y «estudios críticos», fácilmente identificados con autores consagrados del siglo pasado, como Juan María Gutiérrez (Argentina), Miguel Luis Amunátegui (Chile), Enrique Piñeyro (Cuba), Juan León Mera (Ecuador) —por citar sólo unos cuantos—, no había siquiera media docena de historias de las literaturas nacionales, y éstas, en su mayoría, eran o parciales o, en muchos sentidos, defectuosas. Pioneros también eran los Enrique García Velloso, de Argentina; los Carlos Roxlo, de Uruguay; los Gonzalo Picón Febres, de Venezuela; los J. M. Vergara y Vergara, de Colombia; los Francisco Pimentel, de Méjico, los que primero se atrevieron a presentar un cuadro completo o un sector significativo de la producción literaria de sus respectivos países. Pero aun así, las obras de estos investi-

(dos tomos, New Haven, 1955). Debe advertirse, no obstante, que para todos —por lo menos todos los más destacados escritores de la época— el interés en lo hispanoamericano ocupaba siempre un lugar secundario en relación con la devoción que demostraban por España. Sobre este punto, y con referencia especial al caso Pombo-Longfellow, véase mi edición del *Epistolario* de éstos que publicará en breve el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

[9] Entre éstas se encuentran algunas que sirvieron de texto durante muchos años y que eran, además de las pocas con que los primeros hispanoamericanistas se iniciaron en la carrera: J. D. M. Ford, *A Spanish Anthology* (New York, 1901); Eo Co Hills, *Bardos cubanos* (Boston, 1901); Frederick Starr, *Readings from Modern Mexican Authors* (Chicago, 1904).

gadores apenas llegaban a las manos del asiduo pionero Coester o a alguna colección universitaria o altamente especializada, siendo rarezas bibliográficas todavía hoy en día.

Había, sí, una obra sola que por aquellos tiempos ya lejanos se ponía al alcance relativamente fácil de nuestros primeros hispanoamericanistas, una obra antológica e histórica a la vez, de indiscutible valor estético, la cual venía de España para abarcar la evolución de la poesía hispanoamericana en toda su extensión continental y temporal. No sería demasiado atrevido afirmar, sin investigación previa y rigurosamente cronológica de los ficheros públicos y particulares, que la obra monumental de Menéndez y Pelayo, o en su forma y edición de 1893-1895, o de 1911-1913, constituía, en la mayoría de los casos, la fuente primordial, si no única, en donde primero bebían los que, sedientos, querían saber y gustar de los frutos de las musas hispánicas que en América contaban hasta hacia fines del siglo XIX.

Mucho más atrevido, empero, sería intentar pormenorizar hasta qué punto y en qué forma nuestros hispanoamericanistas quedan adeudados al maestro santanderino. Si el testimonio personal de uno de ellos que allá en sus balbuceos de joven entusiasta e investigador tiene validez relativa para los de su generación, formada en el tercer decenio de este siglo, entonces se me permitirá afirmar que Menéndez y Pelayo me acompañaba constantemente en mis lecturas y pesquisas y que su obra me servía de norma y de guía en la confección de las primeras conferencias que dicté como catedrático neófito de Literatura hispanoamericana. Sólo hoy, al volver a consultarle con miras de revalorización desde la perspectiva de años de autoliberación, me doy cuenta cabal de cuán grande fué la deuda con él contraída. Y me doy cuenta también del alto valor y significado que guarda aún su obra tanto para los bien encaminados como para aquellos deseosos de lanzarse por los mismos senderos. A estas alturas, pues, prefiero contentarme con señalar, en términos generales y a base de mi propia experiencia y criterio, algunos aspectos de la obra del maestro que, a mi juicio, revelan mejor que nada la deuda peculiar que con él tenemos.

Sabido es que el maestro se puso a la tarea con la intención de incluir en la *Antología* «sólo la poesía lírica». Por eso conviene recordar, desde luego, que, pese a tal protesta, contaba ya desde el principio con presentar también unos fragmentos de la épica. Además, como él mismo nos iba a advertir en 1910, «las introducciones contienen suficientes noticias sobre los poetas épicos y dramáticos para que puedan estimarse en conjunto como una historia bastante minuciosa de la poesía castellana en América» (I, pág. IX). Al contrario de lo que a primera vista parece, esta afirmación es del todo modesta. Modesta porque, en lo que se refiere a la época colonial y la primera mitad del siglo XIX, una historia de la poesía es, en rigor, la historia de la literatura hispanoamericana. Con la excepción de las crónicas y algunas otras obras de difícil clasificación que quedan al margen de las bellas letras, no hay prosa amena, novela o cuento en América, hasta aparecer *Amalia* y otras novelas menos célebres hacia mediados

del siglo pasado. Y, exceptuando a un Fernán González de Eslava, la historia del teatro en América es la de unos cuantos nombres identificados más bien con España —Alarcón, Gorostiza, Ventura de la Vega— y de hechos y representaciones (teatro misionero, piezas de ocasión, espectáculos en masa) que dicen más de la cultura americana que del arte escénico propiamente dicho. No obstante, y pese una vez más a su intención original, el maestro llegó a incorporar mucho material sobre estos dos géneros, concediéndoles aún más espacio que la mayoría de las historias de literatura continental o siquiera nacional. Si no en el texto, que sí en las notas, no sólo cita, sino que hasta examina en cierto detalle y con apreciación estética tales obras, por ejemplo como el *Cautiverio feliz y razón de las guerras dilatadas de Chile*, de Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, y la *Restauración de la Imperial y conversión de almas infieles*, de fray Juan de Barrenechea y Albis. Y mientras un Coester concede media página a Pedro de Peralta Barnuevo y apenas unas doce líneas al inca Garcilaso de la Vega, Menéndez y Pelayo regala más de seis páginas al enciclopedista peruano y unas cinco páginas a los méritos del autor de los *Comentarios reales* como prosista, historiador y folklorista. En una nota llamará la atención al «ameno e interesante» libro de «Concolorcorvo», cuyo *Lazarillo de ciegos caminantes* pasó inadvertido largos años por los Coester y otros historiadores de ambas Américas. Y así sucesivamente cita y comenta obras y autores, prosistas y dramaturgos, *Amalia* y *Cumandá*, hasta dar cabida en su trabajo a casi todos los valores literarios hispanoamericanos que habían muerto ya por 1892. Si no menciona a *María* es porque Isaacs vivía aún por aquellos años. Lo único que realmente extraña en todo esto es su aprecio, o falta de aprecio, del «ingenioso aunque chabacano escritor» Lizardi, de quien confiesa no haber leído ni *El Periquillo Sarniento* ni las demás obras en prosa. Únicamente debe de haber conocido las fábulas de quien sólo años después va a ser aclamado como el «primer novelista americano». Que Menéndez y Pelayo le acusara de muy mal gusto (baste decir que añadió una segunda parte a *El negro sensible*, de Comella (I, 100), concediéndole más valor histórico que literario) no es motivo para censurar al maestro. Por aquellos tiempos Coester y otros también eran poco generosos para con el «pensador mexicano».

Resulta, empero, que la obra de Menéndez y Pelayo no es sólo una historia de la literatura hispanoamericana desde tiempos de la Conquista hasta mediados del siglo XIX. Es, además, en sustancia, una historia de la cultura hispánica en América en casi todas sus manifestaciones, porque en sus páginas se han de encontrar otros tantos datos preciosos sobre instituciones educativas, sobre la imprenta, sobre certámenes poéticos, sobre el movimiento científico del siglo XVIII, sobre las primeras publicaciones periódicas, bibliotecas, manuscritos y otros tesoros bibliográficos, sobre representaciones dramáticas y polémicas literarias; en una palabra: sobre toda la gama de cuatro siglos de vida cultural en la América hispana. Es evidente que el maestro no pudo resistir la tentación de decir toda la historia —con el justo orgullo de «un español que nunca se avergonzó de serlo», tanto le fascinaba el magnífico desarrollo de la cultura española— «aquel maravilloso y sobrehumano acontecimiento» por los vastos terrenos de América. Se ve y se comprende que aquella empresa no fué tarea de encargo que llevara a cabo

en unos cuantos meses en Santander, sino fruto de largos años de una curiosidad creciente y apasionada por lo que consideraba una de las páginas más gloriosas en la historia de España. Recordamos que ya desde fines de los 70 había establecido contacto con literatos americanos y que desde aquella fecha venía recibiendo libros y cartas e impresiones que empezaron a atraerle a él tanto como a cuantos otros cuya imaginación había sido cautivada por amor de España y América. Acogió con el entusiasmo de un pionero juvenil la oportunidad de perderse por completo en el largamente soñado viaje por tierras de América. Y si «otros estudios» no le hubiesen absorbido por completo la atención, fácilmente se hubiera animado a preparar «otra de prosistas», y a internarse «en la abundosa producción poética» de los últimos años, completándola toda «con el tratado de... la opulenta poesía brasileña..., quizá la más americana de toda América, sin que por eso deje de ser esencialmente portuguesa... para que la obra mereciese con toda propiedad el título de *Historia de la poesía hispanoamericana*».

Hoy, cuando la larga perspectiva del tiempo transcurrido y las investigaciones posteriores nos permiten apreciar con mayor claridad el gran impulso dado por Menéndez y Pelayo a los intentos titubeantes de fines del pasado siglo, sólo nos queda lamentar que no le fuera posible realizar el magno proyecto, anunciado ya en 1882, de escribir la historia de la literatura española desde la época latina hasta la actualidad, historia en la cual las de toda la América hispana hubieran recibido alto y merecido lugar y «entrada oficial en el tesoro de la literatura española, al cual hace mucho tiempo que debieran estar incorporadas (I, 13)». Su vasta obra, escrita e inédita, es testimonio —si es que hace falta— de que había ahondado las bases anchas y sólidas para tal envidiable monumento. Pero de aquel monumento histórico sólo logró levantar la columna de la poesía hispanoamericana. Y nos complace saber que a la hora de su muerte estaba corrigiendo las pruebas de la *Historia*, habiendo revisado escrupulosamente —obligación debida al enorme caudal de nuevos materiales recibidos— la *Antología* que unos veinte años atrás había ofrecido a América «con celo de la verdad, con amor al arte, y sin ninguna preocupación contra los pueblos americanos», cuya prosperidad deseaba casi tanto como la de su patria, «porque al fin son carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos» (I, pág. X).

Era de esperarse que aun en aquellos momentos optimistas de salutaciones hispánicas no pocos americanos de arraigadas tendencias nacionalistas se pondrían a rechazar cualquiera indicación —tan insistemente repetida por quien buscaba la unidad literaria en el estilo y en el pensamiento y no en la nacionalidad política o en el idioma— al efecto de que sus respectivas expresiones literarias no eran —como querían ellos interpretar las palabras del santanderino—, sino una extensión de la literatura peninsular. Pero si a esta insistencia ponían objeciones, objeciones implícitas tantas veces también en su defensa de valores nacionales valorados injustamente, a su juicio, a base de tal criterio, no hacían reparo ni ellos ni los hispanoamericanistas nuestros en disfrutar libremente —y, en proporción ajustada a su resentida emoción nacionalista, sin reconocer la deuda contraída— de la cantera de materia prima, de informe y de criterio estético que Menéndez

y Pelayo les pusiera tan abnegada y generosamente a su fácil disposición. No cabe, ni es preciso, señalar ningún caso de juicios o de informes sacados de esta riquísima cantera, ya se reconozca la deuda o se omita, que ha sido en casi todos los casos, menos en el de los estudios serios de corte nacional, la fuente más autorizada y más consultada para toda antología e historia literaria y cultural de enfoque continental. En la mayoría de los casos que se pueden citar sin ofensa a nadie, estas instancias son tan evidentes como las de Coester que, cuando al decir que la crónica rimada *México conquistada*, de Juan de Escóiquiz, «has been dismissed by an eminent critic as intolerable» [10], no deja lugar a dudas a que tal «eminente crítico» no es otro sino Menéndez y Pelayo (I, 45), o cuando, al citar directamente al maestro, confiesa con toda franqueza que en su propio caso, como indudablemente en el de otros muchos, no le fué dado manejar tanto material impreso y manuscrito como el que permitió a Menéndez y Pelayo emitir el juicio de que el poema manuscrito *Armas Antárticas, hechos de los famosos capitanes españoles que se hallaron en la Conquista del Perú*, de Juan de Miramontes y Zuazola, «no parece de los peores de su clase, y es, por de contado, superior a la *Lima Fundada*, de Peralta» (II, 186).

La *Antología*, pues, no resulta tan sólo un gran tesoro de poesías y de datos de los cuales pocos son asequibles en otra obra. Admitido el hecho de que el maestro habría consultado más estudios críticos y leído más de la producción literaria de Hispanoamérica que pocos de su tiempo y reconocido también que el contenido de su obra representa en alto grado el fruto de una rigurosa selección personal [11], no vacilaban en apreciarla como la veta de donde sacar cuanto les hiciera falta, o se les antojara, para el trabajo a mano.

Claro está que, conforme pasaban los años y escaseaban menos los materiales, la crítica desapasionada y científica venía descubriendo en su trabajo ciertos «errores y omisiones». Nadie mejor que el mismo concienzudo autor para saber de la plena extensión de tal hecho inherente a cualquier trabajo de tan amplias miras. Las «omisiones» —dado un alto criterio continental o hispánico— son bien pocas, y pocos han sido los eruditos profundos «en las cosas de su propia casa» que hayan podido levantar, para la época correspondiente, otra estatua más en el panteón de valores poéticos nacionales. Una ojeada rápida de casi cualquier libro antológico o crítico de la materia confirmará lo susodicho. Y en cuanto al hispanismo norteamericano, en particular, basta consultar el modesto texto escolar *An Outline History of Spanish American Literature* (New York, 1941) y la antología que lo acompaña, *An Anthology of Spanish American Literature* (New York, 1946), texto, además, adoptado para uso en la gran mayoría de colegios y uni-

[10] *The Literary History of Spanish American* (2.ª edición, New York, 1938), página 17.

[11] Quien conozca las «antologías buenas o malas» a que se refiere Menéndez y Pelayo, sabe bien que su protesta respecto a éstas y a la enormidad de su tarea de elección no fué ni hueca ni injusta: «... hemos seguido nuestro propio juicio en la elección, habiendo tenido mil ocasiones de observar cuán vario, caprichoso y a veces irracional es el criterio con que suelen proceder los editores de tales florestas» (I, 18).

versidades del país en que se estudia la literatura hispanoamericana, para ver hasta qué punto se cita a Menéndez y Pelayo como fuente y autoridad, sin haber añadido ni un solo nombre de poeta a quien el maestro no dedicara siquiera algún espacio. Se ve con no disimulada admiración que aun en el caso de los poetas patrioteros de los tiempos de la Independencia —y cabe recordar su desprecio por los antiespañolistas profesionales— les trató a casi todos con la justicia que, a su juicio, merecía su contribución literaria. La única excepción a que se pudiera objetar sería la de su omisión o, mejor, su referencia pasajera y nada desapasionada a Bernardo Monteagudo, «siniestra figura de terrorista cínico y desmoralizado» (II, 241).

En cuanto a los «errores», fuera de los implícitos, ya en el caso de las «omisiones», el mero hecho de citar al maestro en casi todos los casos prueba también que, en la opinión de la gran mayoría, el fallo de Menéndez y Pelayo fué justo y acertado. Además, las pocas rectificaciones admisibles, de dato concreto y de criterio, se deberían más bien a los nuevos informes y materiales puestos al alcance de los críticos imparciales posteriores. Pocos, en verdad, son los reparos hechos, o los que se podrían hacer, en cuanto a su valoración de las más apreciadas figuras líricas de ayer, tales como Sor Juana, Heredia, Olmedo, Bello, Echevarría, la Avellaneda, Acuña, «Plácido», Andrade, por citar sólo unos cuantos de los más representativos de sus respectivos países y períodos. No vendría mal leer una vez más, por ejemplo, sus magistrales palabras sobre Sor Juana para comprender que a pesar de una creciente bibliografía crítica debida a mucho material nuevo sobre aspectos diversos y fundamentales de la vida y de la obra de la célebre «décima musa mejicana», no se ha modificado en lo esencial el recto juicio que formulara Menéndez y Pelayo del valor de su poesía lírica.

Interesa observar también que Menéndez y Pelayo jamás vacila en señalar los defectos de una obra, aunque sea la de poeta muy leído y exageradamente apreciado en su época, y hasta por «críticos muy estimables». Entre muchos casos pudiérase citar el del venezolano Abigail Lozano, «uno de los más hueros y desatinados poetas que en ninguna parte pueden encontrarse» (I, 408). Críticos posteriores, por razones diversas, aunque pidiéndole al maestro la palabra —véase, por ejemplo, Coester (pags. 310-311)— no se atreven a decir toda la verdad. Y lo que es más, el maestro no se permite caer jamás en una crítica categórica y hueca, sea de obra buena o mala. Lo cual quiere decir que no se contentó con escribir una mera historia donde, como regla normal, la parte estética, si la hay, se reduce a plagiar lo que han escrito los demás. El análisis es suyo. Se entiende que él mismo ha leído todos los versos que tenía a la mano, negándose a aceptar no sólo las selecciones antológicas de los demás, sino también la crítica y el criterio que dictaran la elección. Por eso, casi sin excepción, defiende su juicio o parecer con abundantes citas de palabras y de versos, de ejemplos de prosodia bien o mal ejecutada, de imágenes originales o gastadas, de reminiscencias clásicas, de imitaciones estériles, de traducciones felices o traidoras, de ecos de épocas y de tendencias que demuestran hasta qué punto fué mejor capacitado que nadie para intentar colocar aquella joven y rica poesía hispanoamericana mal apre-

ciada, por las exageraciones, en su merecido lugar dentro de la literatura hispánica, y aun la occidental.

Y no es sino justo observar que ni su arraigado hispanismo ni su franco desprecio por los que hacían gala de su odio a España, tergiversaron en nada fundamental el criterio siempre recto y firme con que ha valorado la obra de todos. Recordamos, desde luego, aquella observación inevitable para él, e inolvidable para el lector, sobre los versos «prosaicos, desgarbados, pedestres, indignos del lenguaje de las Musas» que son todos aquellos del razonamiento del Inca en que Olmedo, como «por castigo providencial... se desata en injurias contra los conquistadores españoles», versos, a decir verdad, verdaderamente atroces, como aquellos que cita:

¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,
Feroces, y, *por fin*, supersticiosos (II, 115)

Y recordamos también que, como si arrepentido de este momentáneo desliz, recobra inmediatamente su tranquilidad de crítico equilibrado para advertir que «la crítica formal» no debiera detenerse «en tales pequeñeces», las cuales son propias más bien de la «voracidad de los pedantes». Resulta, pues, que en otros casos relega tales notas al pie de página, como cuando al hablar del malogrado mejicano Manuel Acuña, «una genialidad lírica más potente que casi todo lo que hasta ahora hemos visto en la poesía mexicana», de cuyo «antiespañolismo rabioso, que le hacía exclamar como grave cargo contra México:

Aún hay algo de España en tu conciencia...»

dijo que era «inútil hablar, pues bien sabido es que los españoles, a pesar de lo vetusto y ya inofensivo de nuestra *tiranía*, continuamos en quieta y pacífica posesión de servir de cabeza de turco a los patriotas mexicanos, tan rendidos admiradores e imitadores, por el contrario, de los franceses que les hicieron la odiosa guerra de intervención, y de los *yankees* que les despojaron de la mitad de su territorio» (I, 159).

Es evidente que el maestro no pudo siempre seguir su propio consejo; y, sin embargo, hay que recalcar que jamás dejó de rendir honores a quienes los merecían. Tal hizo, por ejemplo, aun en el caso célebre del único americano que cometió el «acto de mal gusto» de rehusar el puesto de correspondiente de la Academia Española, y cuyo «americanismo indulgente y mal entendido... aversión a España y... empedernido volterianismo, que rayaba en fantástica e intolerante manía» eran otros tantos «defectos», calificándole, sin embargo, de «hombre de extensa cultura, de muy despejado entendimiento, de muy vasta y sólida lección en los clásicos antiguos y modernos, de grande aptitud para comprender y sentir la belleza y de muy penetrante discernimiento en la parte técnica», y su *América poética*, «compilación demasiado voluminosa para lo que la poesía americana era en 1846», no era ni «superada ni igualada después por ninguna otra». En suma: para Menéndez y Pelayo el argentino Juan María Gutié-

rrez «no ha tenido rival en América después de Andrés Bello y antes de Miguel Antonio Caro», y esto a pesar de que «en mal hora asumió [el papel] de detractor sistemático de España, extraviando el criterio de una generación entera con el peso de su autoridad innegable» (II, 456-457). Es fácil imaginar cuánto desconcertaba a los americanos la táctica y habilidad de aquel crítico, que desde allende el Atlántico les hablaba con tanta autoridad de «todas las literaturas americanas». Y les cautivó tanto que no pudieron menos de respetarle, o de atacarle inútilmente. Lo cierto es que ambos grupos, inclusive los más resentidos, no pudieron prescindir jamás en adelante de su obra. América la acogió, tanto la del Norte como la del Sur, como tesoro y guía, única en aquel entonces y única en cuanto a los períodos que abarca, hasta el día de hoy.

Es evidente que don Marcelino manejó un gran caudal de material y que nunca descuidó el citar las fuentes de donde sacaba los datos que él mismo no pudo consultar o las autoridades con quienes compartía el mismo parecer o con quienes discrepaba. Su norma de conducta debe de haber servido de modelo y de censura para la crítica nada ejemplar que en aquellos tiempos reinaba, con contadas excepciones, en Hispanoamérica. Como crítico consciente de su responsabilidad, tampoco pudo dejar de señalar los errores y las lagunas que iba descubriendo en las obras consultadas, «ampliándolas y rectificándolas con el fruto de (su) propia indagación». Tal hace, por ejemplo, al acudir a la *Historia de la literatura en Nueva Granada*, de José María Vergara y Vergara —«investigador diligente, aunque muy dado a la improvisación ligera en todas materias»—, y «obrita digna de aprecio, pero... que ha de consultarse con cautela, porque abunda en errores de hecho» (II, 7). Como caso concreto de cómo venía corrigiendo errores a base de haber compulsado todas las fuentes, citaremos el de Batres Jáuregui, quien en su *Biografías de literatos nacionales*, publicación de la Academia Guatemalteca, atribuyó a García Goyena algunas fábulas que son de Simón Bergaño y Villegas, cosa que podría haber comprobado si hubiera consultado el *Desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, de Salazar (I, 190). ¡Saludable lección que les daba la Real Academia a las jóvenes correspondientes de América! [12].

A quien esto escribe le sorprende aún hoy en día el descubrir en la obra de Menéndez y Pelayo datos e informes que buscaba en vano en otras tantas fuentes. El haberle consultado primero hubiera economizado paciencia y tiempo perdidos en busca de nombres, títulos y mil pequeños detalles esparcidos por manuscritos y libros, en gran parte inaccesibles o desconocidos. Y, cosa que se le olvida a uno a menudo, no se trata sólo de la poesía, sino de otros géneros también —especialmente el teatro— y el vasto campo de la cultura hispanoamericana en ge-

[12] Abundan los ejemplos. Véase, por ejemplo, otro caso en que se subsanan lagunas: la nota sobre Luis de Belmonte: «Aprovecharé esta nota para subsanar la omisión del curioso pasaje del licenciado Bermúdez, relativo a los poetas mexicanos contemporáneos de Belmonte» (II, 176-177). O cómo discrepa con Ticknor en su apreciación de *El peregrino indiano*, de Antonio de Saavedra Guzmán: «No sé cómo pudo Ticknor encontrar *poesía* y *verdad* en tal obra, y la razón que da no me convence» (I, 43).

neral, que en su obra queda tan generosamente representada. Por eso no creo aventurado insinuar que no pocos de los mejores estudios realizados por nuestros hispanoamericanistas nacieron como idea germinada tras una lectura de Menéndez y Pelayo. En una palabra: su libro está lleno de sugerencias respecto a investigaciones que están por llevarse a cabo. Sin citar nombres ni de autor ni de obra, y sin querer afirmar que en cada caso la idea fuera primero del maestro, me atrevo a afirmar que las indicaciones bibliográficas, los comentarios sobre ecos y reminiscencias, los equívocos y errores señalados, las observaciones sobre falta de ediciones, de estudios definitivos, de bibliografías, el descubrimiento de valores nuevos olvidados o ignorados hasta que los descubriera Menéndez y Pelayo, todo esto que abunda en el texto y en las insuperables notas ha servido de estímulo y de punto de partida para muchos investigadores posteriores.

Su obra rebosa de sugerencias. Véase, por ejemplo, su larga nota sobre el teatro mejicano, la cual no pudo evitar al hablar de Eslava. Allí se refiere al *Triunfo de los Santos*, de los jesuítas, que le «parece ser obra muy larga y desigualmente versificada; quizá de varios ingenios». Y luego viene la idea: «Es de esperar que el docto editor (García Icazbalceta) de los *Coloquios* de Eslava complete el buen servicio que con ellos nos ha hecho reimprimiendo en otro volumen esta pieza, la de Pérez Ramírez, y cualquiera otra reliquia que parezca de los orígenes de la escena en Méjico» (I, 54). Y en la misma nota se refiere a la curiosísima noticia de que don Bartolomé de Alba, «descendiente de los reyes de Tezcuco, tradujo al *nahuatl*, por los años de 1641, tres comedias de Lope de Vega», a saber: *El gran teatro del mundo*, *El animal profeta y dichoso parricida* (San Julián) y *La madre de la mejor* (Santa Ana). Y luego plantea la idea: «No conocemos comedia de Lope de Vega con el primero de estos títulos: será quizá el auto de Calderón, que se titula del mismo modo» (I, 55).

Y salen otras sugerencias, como cuando dice lo siguiente, con referencia a Sigüenza y Góngora: «La aparición de tal hombre en los días de Carlos II basta para honrar a una universidad y a un país, y prueba que no eran tan espesas las tinieblas de ignorancia en que teníamos envueltas nuestras colonias, ni tan despótico el predominio de la teología en las escuelas que por allá fundamos... Lo que había realmente era muy mal gusto literario y mucha afición a ridículos esfuerzos de gimnasia intelectual» (I, 70-71); o cuando duda de que sean de Juan del Valle y Caviedes las *Poesías varias* (II, 192-194); o cuando sugiere varias fuentes de donde pudiera haberse tomado el argumento de la comedia de Calderón *La aurora en Copacabana* (II, 186); o cuando insiste en dudar de la existencia de la academia o tertulia literaria de Esquilache (II, 184); o cuando revela que «en nuestra Biblioteca Nacional se conserva un ejemplar del rarísimo poema *La conquista de Antequera*..., de 1627, obra dignísima de reproducirse, tanto por la curiosidad histórica de las noticias que contiene como por su indudable mérito poético, superior al de otros que han sido muy celebrados» (II, 179); o, finalmente, cuando al tratar de las *Pastorelas*, del P. Reyes de Honduras, concluye: «De todos modos, el género ofrece una curiosa supervivencia, que acaso en otras regiones de América tenga similares» (I, 210-211). Los medianamente enterados de

la materia se habrán dado cuenta de que en los últimos veinte años nosotros, los norteamericanos, hemos publicado más de un estudio de los que parecen respuesta a estas sugerencias de Menéndez y Pelayo.

No cabe duda tampoco de que la mayoría de los antologistas e historiadores han adoptado como norma el plan general de Menéndez y Pelayo, dando amplio espacio a la época colonial y siguiendo después el desarrollo literario-cultural de los distintos estados o regiones en que se fragmentó el viejo imperio español. Y vuelvo a recalcar que casi todos los valores reconocidos y establecidos por el maestro han sido aceptados por los críticos de ambas Américas, exceptuados, claro está, algunos escritores que aun en aquellos tiempos no alcanzaban plena estatura continental, pero a quienes Menéndez y Pelayo favorecía no obstante, tanto por su criterio individual —el cual, a su juicio, ningún crítico jamás debería dejar de aplicar y sostener— como por su exceso de entusiasmo de «chiquillo», el cual no habría controlado por completo aún diez años después de que Valera le avisara de la suma generosidad con que solía tratar aun a literatos de corto vuelo [13].

Gracias a estos arrebatos de entusiasmo, el maestro llenó su obra con el caudal de preciosos informes y detalles que, en su conjunto, constituyen un insuperable panorama de los primeros siglos de cultura hispanoamericana. Pero este mismo entusiasmo le llevó también a violar hasta las normas más fundamentales que determinan la elaboración de un estudio formal. Lo que se anunció como una antología de la «poesía lírica» desbordó tan estrechos límites cada vez que el maestro daba con materiales que le entusiasmaban, lo cual era bien frecuente. Por eso, y lo hago notar aun al correr el riesgo de merecer el epíteto de «pedante», su obra resulta estructuralmente débil. Pero para muchos es justamente esta «debilidad estructural» que le da tanto más valor, ofreciéndole al lector las mil sorpresas con que ha llenado tanto el texto como las notas. Reconocemos que, conforme la metodología formal, el maestro puso límites precisos a su proyecto. A lo largo de su trabajo protesta que, de acuerdo con su plan, no puede incluir selecciones de tal o cual poeta o escritor, ni tratarle extensamente. Y, sin embargo, a raíz de tal protesta: «Pero aquí sólo nos interesan sus obras poéticas, y aun de éstas debemos decir poco, porque en realidad salen fuera de nuestro cuadro»; un arrebato de entusiasmo y de admiración por los insignes jesuítas Abad y Alegre, que en Méjico representaban tan brillantemente la reacción clásica, le lleva a llenar más de once páginas con texto en latín y con comentario sobre traducciones de los clásicos (I, 87-98).

Mas pocos habrá que no le perdonen, o, mejor, que no se congratulen, por tan

---

[13] Véase la carta de Valera fechada en Cintra, el 5 de agosto de 1883, en que le felicita al joven amigo por el prólogo sobre Heine, «ingenioso, discretísimo, como todo lo de usted». Y luego, como amigo y mentor, añade: «En cuanto al juicio y a la tasa que del mérito de Heine hace usted, estoy conforme, si bien rebajando el encomio en más de la mitad. Créame usted: usted, con toda su sabiduría, es aún un chiquillo y se deja arrebatar del entusiasmo. La vaciedad y la ñoñería de no pocos *Lieder* son evidentes, y nadie dejará de verlas cuando pase la moda.» *Epistolario de Valera y Menéndez y Pelayo* (Madrid, 1930), pág. 173.

fructífero entusiasmo que a cada momento le impulsara a cometer tales y tantas digresiones provocativas al autor de *Horacio en España* y de tantas otras muestras justificativas del alto puesto de máxima autoridad clásica que le imponían los mismos americanos, como Rafael Pombo, quien envió sus traducciones de unas veinticinco odas del venusino al «famoso joven erudito», y como Miguel Antonio Caro, reconocido por el mismo erudito que le escribió prólogos para sus traducciones de la *Eneida* y de las églogas y geórgicas como «el grande humanista, poeta y crítico a quien debemos la mejor traducción de Virgilio que hay en nuestra lengua» (II, 38). Y si hay quien le ataque por haber dedicado tanta página a valorar y a compulsar traducciones, sean de los clásicos, sean de los modernos, en su *Horacio en España* da respuesta a quienes niegan el nombre de poeta a los traductores y al P. Landívar, autor de la *Rusticatio mexicana*, a quien sólo faltó haber escrito en lengua vulgar para arrebatar la palma en este género a todos los poetas americanos, sin excluir acaso al cantor de *La agricultura en la zona tórrida* (I, 184). Huelga decir que no sólo los clasicistas, sino todos los que se interesan por la literatura comparada le han de agradecer estos «desvíos», los cuales ahora van relegados a las notas —donde se esfuerza, como buen crítico formal, en poner los datos bibliográficos y todo material marginal— en el mismo texto, como cuando en el caso de la traducción hecha por Miralla de la elegía de Tomás Gray *En el cementerio de una aldea*, no pudo menos de incorporar gran parte de ella, defendiéndose con la observación de que, por ser poco conocida en España, no estaría de más «dar aquí alguna muestra de sus nerviosos y viriles versos, que no son la menor prueba de la concisión que cabe en nuestra lengua» (II, 411). Luego, en las notas, sigue una lista de las demás traducciones e imitaciones en verso castellano del poema, con otras tantas muestras de versiones bien o mal logradas (II, 410-414). Y Gray va acompañado de otros muchos vates extranjeros, Byron, Young, Goethe, Hugo, Heine, Leopardi, Dante, Rousseau, Ariosto, Lamartine, de cuyas huellas en el mundo español deja interesantes ejemplos e indicaciones. Y, como muestra final de estos «desvíos», ahí están sus extensos comentarios sobre el teatro, los dedicados al teatro en Méjico, relegados mayormente a las notas (I, 52-55 *inter alia*), los dedicados al de Bolivia, incorporados en el mismo texto (II, 274-277).

Estos «desvíos», que son otras tantas «sugerencias», son muy numerosos y de muy variada índole para ser citados todos dentro de los límites y los fines de este ensayo. No he querido sino insinuar, en términos generales, la naturaleza de la deuda que con el maestro hemos contraído los hispanoamericanistas norteamericanos. Para quien desee alargar la lista con la esperanza de descubrirles a los nuevos otros temas debatidos y problemas no resueltos, que vea tan sólo las razones que explican, a su modo de ver, «el escaso y desmedrado fruto que cosechó el romanticismo en América, a lo menos en su primera y nativa forma» (I, 123-126); su actitud frente a los modernistas, en lo que a los modernistas toca, interesa notar el cambio de actitud que va de la primera a la segunda edición y sus ideas sobre el americanismo literario.

[Si de Méjico condenó, en 1892, «la tendencia cada vez más sistemática no a crear una literatura nacional, que por ninguna parte acaba de aparecer, sino a

huir de los antiguos modelos latinos, italianos y españoles, para entregarse con supersticiosa veneración al culto de la novísima literatura francesa» (I, 135), en 1911, con referencia al gusto de los *parnasianos* franceses y de algunos modernos poetas italianos que predominaban en la obra de «un brillante grupo de poetas jóvenes» del mismo país, pudo exclamar: «¡Ojalá que tal tendencia, favorable siempre a la pulcritud y al esmero en la técnica, no degenere, como en Francia ha degenerado, en pueril *dilettantismo*, y que, al seguirla, los novísimos poetas americanos acierten a conciliarla con lo que de ellos exige la tradición española y con el respeto a las grandes y primitivas fuentes de toda poesía!» (I, 167.]

De sus ideas sobre el americanismo literario habría mucho que decir, a más de lo ya implícita y explícitamente indicado. Pero aquí no cabe sino ofrecer algunas muestras comprobatorias de su conocida posición frente a la literatura española de América, tales como su desprecio del americanismo que nace falso de un separatismo político profesional, su reprobación del falso indianismo y su censura del mal encaminado americanismo lingüístico. Con respecto al americanismo político no pudo contenerse ante la injusticia de los hijos de Cuba de aquellos tiempos que permitieron que un elemento político torciera y viciara la imparcialidad del juicio estético, comprometiendo así la fama de su gran poeta Heredia al exaltarle hiperbólicamente «en aquello que tiene menos digno de aplauso», porque «el nombre de Heredia no es para los separatistas cubanos el nombre de un poeta insigne, cuyo puesto está inmediato al de Quintana y al de Gallego, sino que es un símbolo, una bandera revolucionaria, la *estrella solitaria* en cielo tempestuoso, el compendio y cifra de todos los rencores contra España» (I, 229). Íntimamente relacionado con esta nota falsa de «intolerancia y hueca patriotería», la cual expone y condena en el caso de tantos otros: Bello (I, 388-389), Fernández Madrid (II, 40-42), Sarmiento (II, 362-363), va la del falso indianismo de un Olmedo (II, 124-125), de un Fernández Madrid, quien, renegado de su raza —«sangre española corre por mis venas»—, se extasió en proclamar:

> Cesó la ignominia del yugo español:
> ya estamos vengados.
> Y reinando de nuevo, con leyes más justas,
> más dignas del padre, los hijos del Sol... (II, 41),

y de cuantos al tratar del indio «lo hacen con entusiasmo menos sincero que el que sintió Ercilla delante de los araucanos, y con el propósito puramente literario y pintoresco de Chateaubriand...» (I, 125). Para Menéndez y Pelayo había, incomparablemente, más auténtico americanismo y, desde luego, más valor estético en la *Rusticatio mexicana* de Landívar, «poesía tan genuinamente americana» —aunque escrita en latín, y en la *Memoria sobre el cultivo del maíz*, de Gutiérrez González—. «Si poseyese muchas cosas como este poema, la literatura colombiana sería, sin duda, la más nacional de América» (II, 63).

Y, finalmente, entre burlas y observaciones no siempre acertadas o aceptables, aunque sí entretenidas y picantes, aplasta duramente a los Sarmiento, que

parecen «ignorar, entre otras muchas cosas, que esas soberbias profesiones de no saber nada y de pisotear la lengua propia para vengarse de no acertar a escribirla, lejos de ser un rasgo de heroico *americanismo*, eran cosa corriente entre los románticos españoles, si bien, a decir verdad, nunca llegaron entre nosotros las cosas al punto de demencia que revelan...» no pocos renglones del demagogo literario conocido en España por la «tremenda, aunque merecida, sátira de Villergas, *Sarmenticidio, o a mal sarmiento buena podadera* (II, 359, 362-63). Y no encuentra nada digno de alabanza en el «intemperante alarde» con que Gutiérrez González, en su célebre *Memoria* abusó de un «vocabulario provincial... para cumplir aquel dicho suyo:

> Yo no escribo español, sino *antioqueño*» (II, 62).

Al contrario, se muestra en plena simpatía con aquel caso «curioso» de «profesión de americanismo literario» de finales del siglo XVII en que el poeta santafereño Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla no puede excusar de prevenir a los lectores que, creyendo él en las Indias que muchas voces que usaba «eran corrientes en toda España, porque no de otra parte nos han ido los maestros que han enseñado en ellas la lengua castellana, siendo los dichos términos... allí muy usados», no cuidó de evitarlos, «por creer que acá sería lo mesmo, y porque aviendo escrito estas imperfectas obras en Indias, y no en Castilla, y que en ellas también tenemos nuestros indianismos, como acá de otros hispanismos...» (II, 29). ¿Otra sugerencia? ¿Habrá sido el primer americano en sentirse preocupado de su uso, o abuso, de «indianismos» y de otros «yerros» e «impropiedades de vozes, frases o metáforas?». La discreta profesión de Álvarez de Velasco está en fuerte contraste con la descabezada rebelión de los fogosos demagogos literarios posteriores. Huelga recalcar que la discreción de aquel oscuro americano de Colombia merece los aplausos de los académicos aquende y allende el Atlántico; si honrada y honestamente aplicada, la labor del III Congreso de las Academias, que se ha de celebrar en Bogotá en 1959, no podrá menos de prometer la elaboración de normas de conducta y de criterio que deben gobernar las deliberaciones de estas doctas corporaciones y el pensar de todos en cuyas manos está en gran medida el destino del fecundo idioma de España. Nadie, luego, criticaría el rimar de «voz» con «pos» como ejemplo de «defecto de pronunciación» (I, 192), y pueril sería toda discusión sobre si en el Río de la Plata se habla bien o mal el «castellano» —¿o debe decirse el «español»?

JOHN E. ENGLEKIRK

MENÉNDEZ Y PELAYO Y LA HISPANÍSTICA ITALIANA

TENÍA Menéndez y Pelayo unos veintiún años —y estaba, pues, todavía en el período de su formación juvenil, a pesar de su gran precocidad— cuando hizo su viaje por Italia visitando bibliotecas y revolviendo manuscritos. En aquella edad es muy fácil que hubiera salido ilusionado y entusiasta, y, por lo que se deduce de sus *Cartas de Italia,* no sufrió ninguna de aquellas decepciones que en casos parecidos pueden ocurrir. Nada de exaltaciones enfáticas en aquellas cartas; pero nada de enfático encontramos nunca en tantos libros que escribió después, y no hubiera habido razón para encontrarlo en las cartas de Italia. Lo que sí encontramos, sin embargo, es cosa que vale mucho más: es el empeño serio y concienzudo de estudiar el ambiente italiano de su tiempo e investigar en los fondos de las bibliotecas los documentos pertinentes a la cultura española de los siglos pasados. Esto significaba, implícitamente, investigar los lazos que unieron las culturas de los dos países, e investigarlos significaba necesariamente darse cuenta, ya desde entonces, de lo continuos e íntimamente estrechos que habían sido. Este es concepto que Menéndez y Pelayo elaboró desde entonces y profundizó durante toda su vida: la quinta de sus cartas de Italia ya es un resumen de la literatura italiana del siglo XIX —cosa juvenil, desde luego, y de ningún interés particular, pero importante por ser suya y ser el primer documento de esta orientación—; y más tarde, en los años de la madurez, nos dió páginas de extraordinaria importancia, no sólo para el estudio de los lazos que unen las dos literaturas, sino también para la valoración crítica de las grandes figuras de la italiana, en sí mismas consideradas.

Harto fácil sería multiplicar en esto los ejemplos, pero no es posible en un artículo, y, por otra parte, me parece inútil, porque harto conocidas son entre los españoles de una cierta cultura las obras de Menéndez y Pelayo. Y no es posible conocerlas sin recordar, por ejemplo, las bellas páginas que Menéndez y Pelayo dedica a Petrarca en la *Antología de poetas líricos castellanos,* o el acierto y la certera brevedad, no fácilmente superables, con que él define la posición de Boccaccio respecto a la cultura europea en los *Orígenes de la novela* [1].

---

1 *Antología de poetas líricos castellanos,* X, Madrid, 1945, págs. 233-243 y *Orígenes de la novela,* en la edición que tengo a la vista, Madrid, 1925, I, pág. LXXXV.

Yo creo que la razón más profunda de esta comprensión está en el temperamento mismo de Menéndez y Pelayo, el cual fué, ante todo y sobre todo, un temperamento que tal vez podría definirse como de un clásico humanista. Digo esto porque hubo dos formas fundamentales de clasicismo: el clasicismo humanístico, tendencialmente artístico y realista —que llegó hasta poner los cimientos de la ciencia positiva moderna partiendo de la observación artística y concreta de la realidad: desde Leonardo de Vinci hasta Galileo—, y el clasicismo moderno, que buscó la perfecta depuración de la forma en el estudio racional del fenómeno artístico y humano. El primero es el clasicismo que se forjó en el Renacimiento de Italia; el segundo, el que se elaboró en Francia durante el siglo XVII. No cabe duda que el clasicismo que más sedujo a Menéndez y Pelayo, y que efectivamente más correspondía a su temperamento, fué el clasicismo en la primera forma, propio del Renacimiento o, más bien, desde un cierto punto de vista, de la literatura italiana en general; así que casi puede decirse que nace con ella.

Hay, a este propósito, un pasaje de Menéndez y Pelayo que vale la pena citar aquí para mostrar cómo él apuntó, con su acostumbrada clarividencia, este momento de esencial importancia en el desarrollo de la cultura europea. «El genio francés, que tanto creó en aquellas edades —escribe refiriéndose a la literatura de la Edad Media—, no había acertado a perfeccionar nada, ni a poner estilo ni acento personal en sus obras. La cantidad había ahogado monstruosamente a la calidad en aquellas selvas inextricables de canciones de gestas, de *fabliaux*, de leyendas devotas y de misterios dramáticos. En aquella masa informe estaban contenidos casi todos los elementos de las literaturas modernas, pero rudos y sin desbastar, esperando el trabajo de selección y la obra del genio individual: Francia, que en los tiempos modernos se ha distinguido principalmente por el don de adaptar y perfeccionar las invenciones y pensamientos ajenos y por el modo fácil y agradable de presentarlo y exponerlo todo, tenía en la Edad Media cualidades absolutamente contrarias: el don de la invención enorme, facilísima y atropellada, no el de la perfección y de la mesura. Por eso la primera literatura de carácter moderno no fué la francesa, sino la italiana, la más tardía en su aparición de todas las literaturas vulgares, la que desde el primer momento pareció reanudar la tradición clásica, en parte conocida, en parte adivinada por secreto influjo de raza» [2].

Difícil sería puntualizar de una forma más terminante, aunque indirecta, la función histórica del pensamiento renacentista italiano, que, como he dicho, ya pone sus premisas al mismo nacer de la literatura en Italia; y determinar en una síntesis más breve y eficaz la aportación de la cultura italiana a la cultura mundial. Menéndez y Pelayo nunca se presenta con aparato de filosofismos abstractos y trascendentales en los datos históricos que elabora, pero tiene el don de estos aciertos tan eficaces que muestran cómo, en realidad, la síntesis la tiene él bien clara en su mente: tan clara que no le hace falta exponerla. Son los mismos elementos analíticos los que, en su oportuna distribución y presentación, presuponen

---

[2] *Antología de poetas líricos castellanos*, cit., II, pág. 14. Repite el pasaje, casi al pie de la letra, en *Estudios y Discursos de crítica literaria*, V, Madrid, 1942, pág. 293.

y determinan la síntesis, que así se capta en el proceso de la lectura sin el más mínimo esfuerzo, sin darse siquiera cuenta de ello. En esto estriba la sugestión y la eficacia de la obra de Menéndez y Pelayo, porque así análisis y síntesis se juntan y proceden la una implícita en la otra: el análisis evidente en el acopio de los materiales que el autor examina, la síntesis en la distribución misma y en la valoración de dichos elementos, como resultado conclusivo al cual se llega, naturalmente, sin ningún aparato y sin ningún esfuerzo de exposiciones difíciles ni de complicadas abstracciones.

Esto nace de un don muy poco común: el de la gran solidez de las categorías mentales, por la cual los elementos conocidos se ordenan naturalmente en el pensamiento, según conceptos profundos y seguros que guían, sin aparecer, al discurso, produciendo así aquella sensación de serenidad y dominio que se percibe en la lectura de las obras de Menéndez y Pelayo: aquella impresión de un titanismo certero, sencillo, poderoso, que nada tiene de *Sturm und Drang* ni del gesto excesivo de los románticos, sino recuerda más bien al ideal de enfrenada fuerza humana que los artistas representaron en el momento cumbre del Renacimiento italiano: piénsese, por ejemplo, en el Moisés de Miguel Ángel.

Pero hay, además, otro rasgo que contribuye a su vez, singularmente, a producir aquella impresión de superioridad que se advierte ante la personalidad de Menéndez y Pelayo: y es su acendrado amor a la cultura de su país y su noble afán de defender todo lo que en ella encuentra de bueno, pero, al mismo tiempo, la naturalidad y la sencillez con que toma en consideración todo lo que le parece bueno en las otras, aun en el caso de que lo bueno de las otras haya influído en la española. El hecho es tanto más notable en cuanto él vivió en un momento de agudos intereses y ambiciones nacionales, a veces mezquinos, que en muchos casos despistaron, más o menos intencionadamente, las investigaciones y en otros produjeron polémicas inútiles y reacciones desproporcionadas.

Menéndez y Pelayo, atento siempre a defender la originalidad de la cultura española donde le parecía defendible, no tuvo, sin embargo, el más mínimo inconveniente en ponderar los influjos que en varios casos vinieron desde fuera, y que la cultura española recibió, cosa natural, por otra parte, porque todas las culturas recibieron algo de fuera. Pero, en nuestro caso, esta ecuanimidad es aún más notable porque los lazos de la cultura italiana con la española fueron, como hemos dicho, frecuentes y profundos, los juicios a este propósito discordes y, además, Menéndez y Pelayo perteneció a una generación durante la cual la hispanística italiana se encontraba en un momento de escasa actividad, lo que habría podido hacer pensar en una falta de interés por parte italiana por las cosas españolas.

En 1894, Arturo Farinelli, en la reseña de un erudito trabajo de Benedetto Croce, *Primi contatti fra Spagna e Italia*, lamentando, con aquella su simpática impetuosidad de hombre y de escritor, que faltasen algunas obras españolas en la bibliografía de Croce (y no por culpa del autor, sino por la dificultad de co-

nocerlas y encontrarlas en Italia), escribía: «La Spagna stessa è un paese al quale noi Italiani ci interessiamo, poco su poco giù, come alla Boemia e alla Lapponia, una nazione, che, benché nostra sorella latina o legata a noi nei secoli trascorsi per molti rapporti politici e letterari, attualmente noi ignoriamo affatto, o non conosciamo che in modo assai superficiale. Cosí e avvenuto che certi giudizi sulla Spagna e sulla sua letteratura sono ripetuti e divulgati fra noi per tradizione, come le fiabe dei nostri nonni e bisnonni, e, cosa ben più deplorevole ancora, non mancano gli eruditi che facciano ad essi buon viso considerandole come verità storiche» [3]. He dicho que algo de excesivo tenía en su temperamento mi querido maestro Farinelli, y este párrafo que he citado no hay que tomarlo al pie de la letra, ni siquiera refiriéndonos a los tiempos aquellos en que lo escribió; pero se debe reconocer que al final del siglo pasado una carencia en la hispanística italiana parecía evidente, sobre todo en comparación con la actividad de otros países.

Aquellos «rapporti politici e letterari» que decía Farinelli habían realmente enlazado durante varios siglos la historia de la cultura de los dos pueblos, y si queremos dar al término hispanística una significación más amplia, creo que en ninguna de las otras literaturas europeas es posible encontrar, como en la italiana, tal acopio de obras que, en uno u otro sentido, se puedan referir al interés por la cultura española. Quien recorra, por ejemplo, los cinco tomos del catálogo de la biblioteca que fué de Toda y Güell, puede muy fácilmente hacerse una idea de los lazos que unieron las dos naciones y de la imponente masa de obras que estos vínculos políticos e intelectuales produjeron en los siglos pasados, sobre todo en el XVII [4].

Más tarde, en el siglo XVIII, este comercio intelectual entre las dos penínsulas sigue activo: llenas están todavía las obras españolas de referencias a la cultura italiana —basta, por ejemplo, pensar en Luzán—, y España, a su vez, tuvo en Italia a un divulgador nada vulgar de su cultura y de su arte en Giovan Battista Conti, que tradujo al italiano una antología de líricas españolas, elegidas, es verdad, según criterios que hoy no podríamos compartir, pero altamente apreciable respecto a los que dominaban en aquellos tiempos. La tendencia evidente de Conti para elegir los poemas españoles que más correspondían al gusto clasicista de importación italiana, por una parte correspondía a una orientación general de la cultura, compartida por los mejores literatos de la España de entonces, y por otra, hacían más fácil y de éxito más seguro su tarea de traductor: cosa esta última importante, ya que —como decía uno de mis profesores de instituto al comentar nuestros latines— una traducción puede en algunos casos convertirse en una traición y, desorientando al lector que no conoce la lengua en que la obra original fué escrita, producir inconvenientes mayores que los beneficios. Las polémicas mismas

---

[3] *Giornale storico della Letteratura Italiana*, XXIV (1894), pág. 202. La obra reseñada es *Primi contatti fra Spagna e Italia*, publicada en 1893. En mayo de 1894, también Menéndez y Pelayo publicó una reseña muy importante de la misma obra en *España moderna*, pág. 117, ahora en *Estudios y Discursos*, etc., V, pág. 273.

[4] E. Toda y Güell, *Bibliografía espanyola d'Itàlia dels origins de la impremta fins a l'any 1900*. Castell de S. Miquel d'Escarnalbou, 1927.

que en el siglo XVIII se entablaron entre literatos italianos y españoles constituyen un documento de recíproco interés: en casos parecidos pueden, naturalmente, encontrarse con frecuencia juicios excesivos, apreciaciones inexactas, incomprensiones; pero estas discusiones siempre acaban por resultar beneficiosas, por cuanto despiertan curiosidades y hacen que surjan relaciones entre los hombres de estudio de distintos países.

El momento más crítico para la hispanística italiana puede, tal vez, encontrarse en el siglo XIX, y es cosa curiosa, porque nunca fué tan vivo en Italia el interés por los acontecimientos de la vida española. Pero es el caso que en esa época el problema dominante en Italia es el problema político, y la interdependencia entre la situación política de las naciones latinas resulta evidente, un poco como herencia de aquel asomo de unificación europea que tuvo lugar en el período napoleónico, y un poco por cierto parecido de los problemas y de las crisis institucionales que iban produciéndose en cada una de estas naciones. Pero en Italia, problemas y crisis resultaban mucho más agudos, porque, a diferencia de Francia y España, tenía Italia uno extraordinariamente más difícil y fundamental: el de la unificación. Así que en Italia, durante ese siglo, todo parece como subordinarse al gran problema político que se presenta al mismo tiempo como institucional y unitario, y todo lo demás parece, en cierto sentido, depender de tal cuestión: lo que no la afecta directamente se considera con una cierta superficialidad y despego. España, pues, en la Italia del siglo XIX, es esencialmente el teatro de luchas políticas de gran interés también para los italianos, y más que la literatura interesan las Constituciones y los cambios de régimen y de dinastías.

Esta situación continúa, por fuerza de inercia, también en el último cuarto de siglo, cuando los problemas políticos fundamentales en Italia ya estaban resueltos, porque, en el fondo, la cultura, sobre todo la académica y oficial, es mucho más rutinaria de lo que podría parecer: modificar una orientación representa siempre un esfuerzo, y los hombres llegados a las posiciones más altas —o sea, los que mejor podrían conseguirlo—, normalmente, por lo visto, no tienen ningún deseo de hacerlo.

En este sentido creo que se puede interpretar otro pasaje del mismo Farinelli, dos años posterior al que he citado, dedicado éste a un trabajo de otro maestro mío en la universidad de Turín, catedrático entonces en la de Messina, Vittorio Cian. «I nostri primi romantici —escribe Farinelli— onde dilatare i confini dell' l'arte e della critica, ci esortavano allo studio della Spagna. Il Pecchio, in un articolo del *Conciliatore,* portava al cielo l'ode a Trafalgar del Quintana. Il Berchet dava veste italiana alle antiche romanze spagnole ed era tutto simpatía ed amore per la Spagna, sorella all'Italia nella aventura. L'interesse per la Spagna diminuí e parve dileguare col procedere degli anni.» Sin embargo, yo creo que la disminución del interés sucesivo, en el fondo, arraiga, más que nada, en cierta superficialidad de aquellos hispanistas románticos. Para los románticos de todo el mundo, España fué una especie de tierra de promisión, donde, con un poco de fantasía, era posible encontrar todo lo que a la escenografía romántica le hacía falta: algo así como lo habían sido los países salvajes para los doctrinarios de la

Enciclopedia. El correctivo a esta tendencia hacia la valoración de elementos menos superficiales fué constituído por las orientaciones científicas de la investigación crítica y filológica, hay que esperar que tal tendencia se despierte para que la hispanística, como muchas otras cosas, vaya cobrando un contenido más serio y sustancial. Nada de extraordinario, por otra parte, que la tendencia crítica y filológica, como todos los movimientos intelectuales, tenga un desarrollo no perfectamente sincrónico en los varios países de Europa; y, en este caso, su despertar en Italia resultó más tardío, y más tardío, pues, el nacer de la hispanística en sentido moderno. Por este motivo lamentaba Farinelli una inferioridad que le parecía vergonzosa: «E in materia di critica erudita, come siamo inoltrati? Qual punto della storia letteraria spagnola abbiamo chiarito? Quale studio possiamo opporre ai dotti lavori degli stranieri, ai libri del Wolf, dello Schack, del Morel Fatio?» [5].

Acaso también en estas palabras haya algo de excesivo, que se explica un poco, como ya he dicho, por el temperamento de mi antiguo maestro, y un poco por el propósito, desde luego encomiable, de estimular al trabajo.. En efecto: por ejemplo, si al término hispanística atribuímos, como es justo, su sentido más amplio, cuando, en 1897, Farinelli escribía estas líneas ya hacía más de veinte años que Ernesto Monaci había realizado «la magna empresa de reproducir todo el *Cancionero* (*Vaticano*) en edición paleográfica», para decirlo con palabras del propio Menéndez y Pelayo, y en 1880 había logrado el «asombroso descubrimiento» del *Cancionero Portugués Colocci-Brancuti* [6]. Y fué empresa ésta que, en el fondo, no vale menos que ciertos pretenciosos tomos de crítica, de valoraciones, de síntesis, las cuales siempre tienen un valor relativo y están fatalmente destinadas a ser superadas por otras críticas, por otras valoraciones, por otras síntesis, mientras que la labor, modesta y poco agradable, de proporcionar materiales al estudio presenta un valor más absoluto y constituye la condición necesaria e insustituíble para todas las elaboraciones sucesivas. Sobre todo, en casos como éste, en el cual, en fin, no solamente se trató de proporcionar materiales a los eruditos y a los críticos, sino, además, de traer otra vez a la luz y a la vida un sugestivo conjunto en que no falta la verdadera poesía, y del cual sólo se tenían noticias confusas y deformadas. Se puede decir que nuestros conocimientos de la poesía gallega y portuguesa, y la importancia fundamental que en la historia de la primitiva lírica peninsular han ido cobrando en estos últimos tiempos, encuentran su base esencialmente en aquellas ediciones de Monaci, cuyo estudio hizo suponer un fenómeno de bilingüismo, por otra parte muy verosímil, por el cual en la época más primitiva el gallego sirviera comúnmente en toda la península para la lírica y el castellano, para la épica.

Ya seis años antes de que Farinelli escribiera el párrafo arriba citado, Antonio Restori también había hecho una contribución que, aun no teniendo la importancia de la llevada a cabo por Monaci, es, sin embargo, tal que merece ser recor-

---

[5] *Giornale storico della Letteratura Italiana*, XXX (1897), pág. 289. La obra reseñada es *Italia e Spagna nel secolo XVIII*, Torino, 1896. También ésta la reseñó Menéndez y Pelayo, véase *Estudios y Discursos*, cit. IV, pág. 13.

[6] Véase *Antología de poetas líricos castellanos* I, Madrid, 1944, pág. 252, nota I.

dada, dando noticias de comedias desconocidas de Lope de Vega, que él encontró en manuscritos de la biblioteca Palatina de Parma: y de este modo consiguió el merecido honor de que su nombre figurara en la magna edición de las comedias del *Fénix*, que Menéndez y Pelayo estaba entonces llevando a cabo [7].

Recuerdo estas cosas para que puedan entenderse en su justo valor las palabras de Farinelli, que, como he dicho, no se deben tomar al pie de la letra; pero, por otra parte, quien conoció a Farinelli se dará cuenta muy fácilmente de la razón por la cual él exageraba en esto la verdad. El título de su cátedra en la universidad de Turín fué de «Letterature neolatine», pero el interés preeminente de sus estudios, y podría decirse de su vida, fué para la hispanística, y todo lo que afectaba a la hispanística excitaba en él una verdadera pasión: nacen, pues, sus palabras de esta pasión y del deseo de despertar energías, apelando al pundonor en los medios académicos e intelectuales italianos de su tiempo.

En realidad, sin embargo, él veía seguramente muy bien que la obra misma de Cian, que estaba reseñando, representaba una contribución nada vulgar a las tareas de la hispanística, aunque estos estudios hispanísticos de Cian estén lejos de agotar los temas que trató. Y Cian mismo lo sabía muy bien, y nunca presumió de haber dado en esto obras definitivas, sino, sencillamente, aportaciones. Recuerdo como si fuera ahora a mi antiguo profesor —el cuerpo erguido, la perilla blanca, la mirada penetrante—, y le recuerdo tan concienzudo y meticuloso en todas sus cosas, que, a no dudarlo, nunca habría dado lo imperfecto por perfecto aun tratándose de cosa suya. Algo severo, además, en los exámenes, no gozaba por esta meticulosidad de mucha simpatía entre nosotros: más tarde hube de conocerle como amigo paternal, y le recuerdo ahora con profundo cariño, como recuerdo con gran cariño a Farinelli, al cual vi por última vez en la estación de Atocha, al despedirle después de las conmemoraciones cervantinas. Y ahora, aquí —para rendir un poco de homenaje también a su memoria, junto al homenaje a la memoria del gran don Marcelino, que tan amigo suyo fué— quiero hacer una pequeña confesión: y es que en la universidad los chicos no le tomábamos tan en serio como se podría pensar. Pero era más divertido que Cian, con su reducida, pero airosa, melena cana, entonces no tan blanca como la perilla de Cian, con sus arranques de entusiasmo y de desdén, con su elocuencia un tanto babélica, en que se atropellaban y desbordaban tres o cuatro lenguas neolatinas y algo de la alemana, todas a la vez. Pero, en el fondo, también los chicos teníamos en debida cuenta la gran erudición de nuestro profesor, su dominio de una asombrosa cantidad de materiales, su familiaridad con todas las bibliotecas de Europa, y, en el fondo, también sus modales y su figura, un tanto estrafalaria, nos seducían, tal vez más de lo que nosotros mismos pensábamos. Y ahora que él también ha desaparecido, con frecuencia he echado de menos su presencia y su actuación, un poco despótica a veces, pero siempre entusiasta y juvenil y casi siempre acertada.

Insisto un poco en hablar de Farinelli porque realmente, tanto por su trato más

---

[7] Véase *Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega*, I, Madrid, 1949, pág. 208 y II, pág. 121.

frecuente y más íntimo con los medios españoles como, sobre todo, por la singular amistad que tuvo con Menéndez y Pelayo, se encontró en cierto sentido obligado a actuar de intermediario entre la cultura española y la hispanística italiana: casi diría que a compartir un poco, en Italia, la extraordinaria autoridad moral que su gran amigo ejerció en España: así que su figura se asocia, naturalmente, a la del maestro montañés cuando se piensa en los estudios hispánicos en Italia durante aquella generación.

Pero, volviendo a lo que fué la hispanística italiana en aquellos años, tampoco sería justo restar importancia a la labor de otros críticos y filólogos cuya contribución, aun no alcanzando la importancia de la de Monaci, Farinelli o Benedetto Croce, tuvo, sin embargo, un valor considerable. Ya he recordado a Cian, pero aún más notable, aunque en el plano de la erudición pura, es acaso el estudio de Mario Schiff sobre un conjunto de manuscritos con los cuales intentó la reconstrucción de la biblioteca del marqués de Santillana, pertenecientes casi todos a la Biblioteca Nacional de Madrid. Con esta obra de Schiff ya nos encontramos en el ámbito cronológico de una actuación más reciente [8]: la que podríamos decir ya más directamente influída por el prestigio y el interés que, desde los últimos años del siglo, fué cobrando la literatura española en Italia, a lo que tanto contribuyó la magna labor de Menéndez y Pelayo.

Sanvisenti, Mele, Molteni, Amos Parducci, De Lollis [9], Levi se encuentran, por su actividad, más que por su edad, ya en este grupo, al cual podrían añadirse algunos de los que hoy viven: pero yo diría que ya pertenecen a una edad en que la labor, más que individual, va haciéndose colectiva y, por tanto, las diversas personalidades pierden algo de su relieve, sin que pueda decirse por esto que la actividad haya disminuído. Al contrario, ya que, a mi parecer, en todos los sectores —desde el de la mera erudición hasta el de los instrumentos fundamentales para el estudio de la lengua, y estoy pensando en Toselli y en Ambruzzi— la actividad y el interés han ido constantemente aumentando desde aquellos años en que Farinelli fustigaba la pereza de los hombres de estudio italianos con respecto a la actividad hispanística.

Y, además, hay que recordar a otro hombre de primer plano que en los años de Menéndez y Pelayo actuó como pocos pudieran hacerlo para despertar la hispanística italiana de aquella especie de inercia en que había caído, aproximadamente, desde la mitad del siglo pasado: quiero referirme a Benedetto Croce, que he dejado para el final no ciertamente porque sea el menos importante.

Lo único que limita la importancia de la aportación de Croce es que, a diferencia de Farinelli, su actividad dominante no fué la hispanística; pero lo que aquí interesa es apuntar que, aunque limitada, su intervención en materia de hispa-

8 *La Bibliothèque du Marquis de Santillana* de Schiff, fué publicado por la «Bibliothèque de L'École des Hautes Études», París, 1913.

9 Lástima que poco se haya dedicado a la hispanística de De Lollis, pero hay que tener en cuenta sus estudios colombinos que realmente son de singular importancia.

nística tuvo una importancia y un alcance de extraordinario interés. En efecto: durante el período que media entre el primer romanticismo, al comienzo del siglo XIX, y la generación de Menéndez y Pelayo —en aquel superficializarse del conocimiento de las cosas de España que, como hemos dicho, se operó en Italia— cundió paulatinamente cierta tendencia a atribuir a España la decadencia italiana de los siglos XVII y XVIII. La cuestión es muy compleja y no es cierto el caso de enfrentarse aquí con tamaño problema: sólo diré que, limitándonos al sector de la literatura, que es el que aquí más interesa, puede ser que, en efecto, no siempre la influencia recíproca que mutuamente se produjo entre los dos países haya dado resultados positivos. En el fondo, por ejemplo, la euritmia sintáctica y estilística de la prosa renacentista italiana, y cierto exceso de minuciosidad y de control artístico, no produjeron buenos efectos en los españoles que los imitaron, sobre todo en la literatura narrativa, donde todo el nervio de los escritores españoles nacía de las vibraciones de una comunicatividad naturalmente efusiva. Asimismo la bizarría del barroco, tan eficaz y sugestiva del gran Siglo de Oro español, poco o nada bueno produjo en los imitadores italianos. A esto hay que añadir un hecho cronológico, meramente casual, pero que fácilmente podría desorientar a los observadores superficiales. La influencia italiana en España se determina en vísperas de una época que representa la cumbre del arte español, mientras que la influencia española cundió en Italia en vísperas de una época de decadencia de la cultura italiana. En estas condiciones, fácil era atribuir, algo superficialmente, una interdependencia causal o lo que en realidad era mero fenómeno cronológico y considerar como beneficiosa la influencia italiana en España y como perjudicial la española en Italia. Toda la historiografía romántica y liberal confirmaba, además, esta opinión y la llevaba a las últimas consecuencias. Por otra parte, que la dominación de un pueblo sobre otro resulte más beneficiosa para el dominador es cosa bastante natural: pero puede resultar excesivo y, por tanto, historiográficamente, superficial, que por esto se achaque al dominador toda la culpa de los elementos negativos que se produzcan en la historia del pueblo dominado.

Benedetto Croce, que tuvo, sobre todo, temperamento de historiador, vió la oportunidad de revisar la fórmula que la historiografía romántica había dejado en herencia a su generación —la de una decadencia total de la cultura italiana en el siglo XVII, debida exclusivamente a la pérdida de la libertad política— y llegó a la conclusión de que ni la vida cultural italiana del siglo XVII es toda decadencia, ni la decadencia, donde la hay, nace de hechos exclusivamente políticos. Por otra parte, las fórmulas mismas del liberalismo y del idealismo, en su lógico desarrollo, llevaban a una nueva valoración de la individualidad humana y, por consiguiente, a un concepto de la independencia del hombre con sus fuerzas individuales e intelectuales respecto del medio histórico y político en el cual tiene que vivir, muy superior a la que el mismo romanticismo había alcanzado: porque en esta dirección, el romanticismo dió los primeros pasos y las generaciones postrománticas llegaron, como es natural, a las últimas consecuencias.

Una vez más cito una recensión de Farinelli, la de la obra más importante de hispanística que escribió Benedetto Croce, *La Spagna nella vita italiana durante la Rinascenza*. Declara Farinelli de haber pensado siempre, como Croce, que

el período de la dominación española en Italia no debe interpretarse desde un punto de vista exclusivamente pesimista: «Ci foggiammo fraternamente e simultáneamente la nostra comune decadenza, aprendo con le mani nostre un principio di sepolcro, da cui, vivaiddio, molti seppero liberarsi scotendo l'ingnavia e la letargía... E perché continueremo noi ostinatamente a derivare la cultura dalle vicende politiche, dalle guerre e conquiste, dal prevalere dell'uno o dell'altro nel materiale dominio?... La civiltà si evolgono, ascendono, discendono senza che gran fatto vi influisca il contatto fra i popoli; la storia dei rapporti fra nazione e nazione quella stessa a cui io attesi dai miei vent'anni in qua portandomi di lido in lido, é storia tutta intessuta di brevi episodi e di fugaci manifestazioni, non ammette grandi sconvolgimenti, rivoluzioni vere, grandi solchi nel dominio del pensiero. Né dalle masse e dall'azione collettiva si puó pretendere quello che unicamente puó scaturire, fuori di ogni stridore e contesa, dall'energia vitale e dal lavoro dell'individuo, lanciato sulla scena del mondo, col suo dio in se, il suo universo, il tremito dell'infinito e dell'eterno» [10].

He citado este pasaje de Farinelli, no porque yo crea que todos pueden aceptarlo íntegramente y sin reparos, sino porque representa muy bien el punto a que había llegado el natural desarrollo del pensamiento romántico y porque, en nuestro caso, esta postura intelectual tuvo la ventaja de romper con una tradición que iba asentándose en la historiografía y en la común opinión de Italia, según la cual, como he dicho, el siglo XVII había sido para nosotros época de universal decadencia, y aquella decadencia había que achacarla exclusivamente a la pérdida de la libertad política y a la dominación extranjera, o sea, española.

Destruir esta tradición con la autoridad del hombre que más prestigio tuvo en la vida cultural italiana en la primera mitad de este nuestro siglo fué cosa de mucha importancia para la recíproca comprensión entre España e Italia: diríase que es, en este sector, el gran éxito que hay que apuntar a la generación de Menéndez y Pelayo. Y lo que la cultura española consiguió durante la vida de Menéndez y Pelayo se puede decir que lo consiguió, en gran parte, por mérito suyo. No creo que haya hipérbole en esto, ni que sea una de esas frases bonitas que se lucen en los discursos conmemorativos de los centenarios. No; en efecto, Menéndez y Pelayo no dominó solamente los inmensos materiales culturales que manejó, sino también al ambiente de su generación, entre un público de lectores que abarcó, prácticamente, a todos los que, en aquellos años y en éstos, se ocupan de estudios hispanísticos y se interesan por la cultura española, en España y fuera de España.

No hay, pues, ninguna hipérbole en afirmar que todo lo que en los años que duró su vida se hizo en esta materia, directa o indirectamente, en cierto sentido se hizo gracias a él y suya es una parte relevante del mérito en los éxitos que se alcanzaron.

---

[10] *Giornale storico della Letteratura Italiana*, LXXI, 1918, págs. 245-6. Croce ya se había planteado el problema en *Primi contatti fra Spagna e Italia*, y véase lo que escribe a este propósito Menéndez y Pelayo reseñando esta obra en *Estudios y Discursos*, cit. V, pág. 279.

Porque, además de la extraordinaria labor cultural, tuvo Menéndez y Pelayo también una especie de extraordinario atractivo personal: aquella serenidad suya, aquella modestia tan difícil de encontrar en los medios académicos; aquella honestidad profunda en su actividad intelectual, por la cual nunca aceptó asertos únicamente en gracia de la autoridad de quien los profería y nunca los rechazó únicamente por proceder de hombres sin autoridad, sino que siempre buscó y reconoció serena y alegremente lo que a su crítica pareció la verdad; aquella profunda honradez en la fidelidad a sus principios, sobre todo religiosos, que, sin embargo, nunca fué óbice a la comprensión y al respeto para los que no los compartían —como ampliamente atestigua su *Historia de los heterodoxos españoles*—, fueron prendas que constituyeron un hermoso conjunto, una personalidad a la cual supieron resistirse solamente aquellos que simularon ignorarla: «Des ses origines, il a toujours poussé droit devant lui it abordé de front les problèmes qui s'offraient à son esprit ardent et sagace... Sans rien sacrifier des convictions religieuses deposées au plus profond de sa conscience, il n'a jamais esquivé la discussion, jamais pérséveré par faux amour-propre dans des erreurs quand elles lui ont été démontrées et qu'il les a lui même reconnues; sa carrière d'érudit est bien une marche ascendante vers la vérité» [11]. Son cosas éstas que no siempre, desgraciadamente, pueden escribirse de los hombres de estudios cuando han alcanzado la posición y el prestigio de que ya gozaba Menéndez y Pelayo en 1899, cuando Morel Fatio trazó estas líneas.

Es justamente este conjunto tan armónico de prendas humanas y de capacidad científica lo que puso a Menéndez y Pelayo en condiciones de representar durante su generación casi diría que todo el conjunto de la cultura española —la cual, sin embargo, otras figuras de primer orden tuvo en aquellos años—, y a él se dirigieron los hombres de estudio de otros países, un poco como para hablar con España.

Examinando las cartas de italianos a él dirigidas (que el actual director de su biblioteca, mi buen amigo Sánchez Reyes, puso amablemente a mi disposición con motivo de mi última visita a Santander), me encontré con una carta de Pio Rajna, el gran romanista italiano de su generación, cuya fecha hay que considerar para entenderla. Se trata, naturalmente, de cartas entre eruditos, pidiendo informaciones relativas a sus estudios, pero en una se añade un párrafo que quiero copiar aquí para mostrar cómo quien entonces escribía a Menéndez y Pelayo tenía como la impresión de dirigirse al hombre representativo de su nación. «Attraverso a quali vicende è mai passata la Spagna, cominciando appunto da quando le scrissi! —dice Rajna el 27 de septiembre de 1898—. Per dolorosa che ne sia la conclusione, io quasi ne prendo argomento per sperare bene. Codesto suo paese non è mai stato così grande come in mezzo alle difficoltà. Epica la lotta contro la prepotenza napoleonica, più che epica quella otto volte secolare contro la dominazione moresca. La porsperità condusse invece presto alla decadenza. Mi lusingo quindi di vedere la Nazione dare nuove prove delle doti ammirabili

[11] Véase en «Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos», XVI (1912), pág. 21 donde se reproduce un artículo ya publicado en «Bulletin hispanique», I (1899), pág. 21i

che possiede.» No creo que se trate de expresiones de mera cortesía, porque, en fin, no había razón para ello. Es que realmente el trato entre los hombres de jerarquía espiritual superior siempre resulta altamente beneficioso para la comprensión recíproca entre ellos y, por tanto, entre todos los que de ellos aprenden.

Así que todo lo dicho sobre el desarrollo de la hispanística italiana durante la generación de Menéndez y Pelayo y sobre los resultados de una más inteligente valoración de las relaciones entre ambos países se puede, en cierto sentido, referir a él y al extraordinario prestigio que emanaban su personalidad y su ciencia.

Sin embargo, yo creo que algo más puede hacerse todavía para divulgar la obra y, por tanto, la eficacia del pensamiento y de la ciencia de Menéndez y Pelayo en Italia. Esto, naturalmente, no en los medios hispanísticos, donde ya su obra ocupa, como es natural, el puesto que le pertenece. Un juicio italiano actual sobre Menéndez y Pelayo, interesante por la gran importancia de la obra en que se lee, puede encontrarse en la *Enciclopedia Italiana*: «Nella sua feconda e geniale attività, Menéndez y Pelayo investì l'intera vita culturale della Spagna, dalle più lontane origini sino al più recente passato. Ricostruì periodi letterari che sembravano oscuri, rivalutò correnti di pensiero che parevano disorganiche e povere, sentì e ritrovò, nella storia intellettuale del suo paese una profonda e ininterrotta tradizione»; las obras suyas son «di natura inizialmente erudita, ma al disopra delle ricerche particolari si ricompone la conoscenza del passato nel suo rigoroso eviluppo storico»; hay, pues, en él «una duplice posizione mentale», la una dirigida «al documento, all'indagine d'archivio, alla rassegna bibliografica...», la otra capaz de «risalire, nel suo equilibrio spirituale di natura squisitamente umanistica, alla visione più largamente storica, sia di grandi periodi, sia di forti personalità intellettuali» [12]. Este es el juicio de la actual hispanística italiana sobre Menéndez y Pelayo, expresado no en forma apologética, sino de mera información, según pide la obra donde se lee, y, por tanto, de valor más concretamente positivo.

Sin embargo, en los medios intelectuales no propiamente hispanísticos creo que mucho queda por hacer para una difusión más amplia de la obra de Menéndez y Pelayo, que está allí invitándonos con su mole asombrosa, con su diáfana clarividencia, con su rigor científico y, al mismo tiempo, su apacible, llana, noble, caudalosa fluidez de exposición. Es esta una mina a la cual todos podemos acudir, todos, siempre, podemos encontrar algo provechoso para nuestros estudios y nuestras investigaciones y, sobre todo, para conseguir una comprensión más profunda y segura del espíritu y de los valores esenciales de la cultura española.

Algo realmente titánico hay en la personalidad de Menéndez y Pelayo, algo que, como ya fué notado, siempre le impulsó a empresas colosales que, desgraciadamente, quedaron sin terminar. Éste es, en el fondo, el más grave defecto de sus obras: la pena que produce el no verlas terminadas, lo que, por otra parte,

---

[12] El artículo es de Salvatore Battaglia.

es la prueba más evidente de su valor. Concluiré, pues, con las palabras con las cuales terminaba él una crítica de un estudio de Vittorio Cian: «En la memoria del doctor Cian falta algo, pero, de seguro, no sobra nada. Y en materia de erudición no es pequeña alabanza ésta»[13]. Y si pequeña alabanza no es cuando se trata de un libro, ¿qué será cuando tenemos que decirlo de aquel medio centenar de tomos de que se compone la obra de Menéndez y Pelayo?

MARIO PENNA

---

[13] *Estudios y Discursos*, cit. IV, pág. 105.

MENÉNDEZ Y PELAYO EN EL HISPANISMO FRANCÉS

En un trabajo, del que hemos tomado abundantes datos [1], su autor, Pablo Beltrán de Heredia, dice lo siguiente: «El epistolario de Menéndez y Pelayo nos demuestra que su figura cimera en las letras españolas ejerce, a lo largo de toda su vida, un poderoso e indiscutible influjo en los hombres y en la cultura de Francia. Foulché-Delbocs, eminente amador de España, cuya última obra fué, como un símbolo, el *Manuel de l'hispanisant*, pudo expresarle su situación ante ciertas dificultades en el proyecto de una reproducción "esmeradísima" del *Buscón* de Quevedo, que pensaba editar [2] con el siguiente símil escrito en una carta de 27 de septiembre de 1909: "Me encuentro en un callejón, siendo cosa de usted decir si hay salida o si no la hay." Esta misma idea parece latir en la mente de todo intelectual o estudioso francés: el polígrafo santanderino era, en último recurso, la posible salida de cualquier callejón erudito que encontraran en sus investigaciones los hispanistas contemporáneos.»

Estamos completamente de acuerdo con las palabras del señor Beltrán de Heredia: la influencia de Menéndez y Pelayo ha sido profunda en el hispanismo francés, y esta influencia no ha cesado todavía. Como vamos a ver a continuación, cualquier hispanista francés ha tenido y tiene todavía que recurrir a la obra magistral del gran polígrafo español cuando se trata de precisar una fecha, un texto, una cita o un detalle de erudición. El gran Morel-Fatio, a partir de 1877, utilizó la fuente inagotable que representaba Menéndez y Pelayo, y, en 1956, cualquier estudiante hispanista francés sabe que es imprescindible estudiar las obras principales del polígrafo santanderino. Nos encontramos, pues, ante una fuente esencial, en la que ha bebido y todavía bebe el hispanismo francés.

Vamos a estudiar la influencia que ejerció Menéndez y Pelayo en los hispanistas franceses de su época y después de su muerte, y como base para este trabajo nos serviremos de la correspondencia entre estos hispanistas y el gran polígrafo español.

---

[1] BELTRÁN DE HEREDIA, PABLO: *Correspondencia de hispanistas franceses con Menéndez y Pelayo* «Revista de la Universidad de Madrid», tomo II, fascículo 1.°, 1942, páginas 141-167.

[2] Publicado en 1917 en Nueva York.

El primero de ellos, y quizá el más importante, es Morel-Fatio, que ocupa en el hispanismo francés un lugar de primer orden. Anteriores a él hubo eruditos hispanófilos franceses que tradujeron las obras clásicas de la literatura española, y entre ellos pueden citarse a Louis Viardot (1800-1883) [3], Próspero Mérimée (1803-1870), el romántico autor de *Carmen*; el conde de Boudet de Puymaigre (1816-1901), Albert de Damas Hinard, Antonio Tenant de Latour, etc. Pero todos ellos fueron «aficionados» del hispanismo francés solamente, mientras que Morel-Fatio fué el verdadero maestro de este hispanismo.

Morel-Fatio nació en Estrasburgo en enero de 1850 de familia francesa de origen suizo. Ingresó en la «École des Chartes», que fué y sigue siendo el laboratorio intelectual del pensamiento erudito francés, de donde salen sus mejores historiadores. Se especializó en filología románica. Entró en relación con Gaston Paris, cuya acción sobre la generación joven de entonces fué decisiva. Morel-Fatio presentó su tesis sobre las *Recherches sur les textes et les sources du Libro de Alejandro*, la célebre obra del mester de clerecía español en el siglo XIII. En 1875 fué agregado a la Biblioteca Nacional en la sección de Manuscritos, y el famoso Leopoldo Delisle, conservador adjunto de la Biblioteca, le encargó de la redacción de un repertorio del rico fondo hispánico de la Nacional francesa, hasta entonces prácticamente inexplorado. Su trabajo de bibliografía sigue siendo actualmente un modelo en su género. Mientras lo llevaba a cabo pudo familiarizarse íntimamente con preciosas fuentes de la antigua literatura española. Comenzó a escribir artículos y bien pronto fué conocido por todos los hispanistas. Don Marcelino Menéndez y Pelayo trabó amistad con él, y Morel-Fatio hizo su primer viaje a Barcelona para investigar en la historiografía de Jaime I de Aragón, entrando así en relaciones con los círculos eruditos catalanes, conociendo al P. Pita, a don Mariano Aguiló y Fúster, a don Manuel Milá y Fontanals y a don Antonio Elías de Molíns. En 1876 hizo su segundo viaje a España, esta vez a Madrid, para estudiar el texto del *Mágico prodigioso*, de Calderón, que se guardaba en el palacio del Infantado, en la biblioteca del duque de Osuna. En 1880 se le designó para dar un curso de literatura extranjera en la Escuela Superior de Letras de Argel, pero la experiencia fué desfavorable, pues el curso carecía de alumnos y la actitud poco comprensiva del rector de aquella universidad le hizo difícil sus actividades. Todo esto no le impidió seguir sus trabajos hispanistas sobre Raimundo Lulio.

En París, Paul Meyer, le encargó del Curso de Lengua y Literatura de Europa meridional, en el «Collège de France», y su primer curso versó sobre la Comedia española del siglo XII, y tuvo gran éxito. Consiguió el puesto de secretario de la «École des Chartes», cargo que desempeñó de 1885 a 1907, y, además, fué nombrado profesor de Filología románica de las Escuelas de Estudios Superiores de la Sorbona, donde permaneció de 1885 a 1924. Pocos son los hispanistas de la generación actual que no hayan seguido este curso memorable.

---

[3] Las obras de contenido hispánico de Viardot son *Études sur l'histoire des institutions et de la littérature espagnoles* (1831), *Histoire des Arabes et des maures d'Espagne* (1851), *Les Musées d'Europe, Espagne et beaux-arts*, (1866).

Morel-Fatio estaba entonces en plena posesión de su madurez intelectual; sus trabajos eran leídos y apreciados por todos los investigadores de Europa. Puede decirse que no dejó de explorar ningún sector de la rica y exuberante literatura española, desde la Edad Media a la época contemporánea, especialmente de los siglos XVI y XVII: Santa Teresa, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Tirso de Molina, Calderón, Lope de Vega, la novela picaresca, Baltasar Gracián, no han tenido historiadores mejor ni más inteligentemente informados que Morel-Fatio. Roturó el campo, virgen hasta entonces, de la literatura comparada y pudo demostrar científicamente la influencia de la literatura española en toda Europa. El siglo XVI fué durante mucho tiempo su época predilecta: estudió científicamente las fuentes históricas del reinado de Carlos V, así como la figura de Felipe II. En la Biblioteca elzeviriana de Plon publicó las *Mémoires de la Cour d'Espagne de 1679 à 1681*, del marqués de Villars; el Ministerio de Asuntos Exteriores le encomendó la dirección de los volúmenes dedicados a España en la grande y clásica colección de los *Recueils des instructions données aux ambassadeurs et ministres de France*. La España del siglo XVIII fué descrita por él admirablemente en la correspondencia inédita del conde de Fernán Núñez y en la Vida de Carlos III, de Núñez, que se encontraba en los archivos de Osuna y que él publicó. Suyos son igualmente, aunque todavía inéditos, algunos trabajos sobre personajes curiosos, tales como Marchena, Andrés María de Guzmán, Manuel Concha y el coronel Amorós.

En 1907 logró al fin la consagración oficial de sus trabajos al ser llamado a hacer su entrada bajo la cúpula del Instituto de Francia. El 27 de mayo de 1910 ingresaba en la «Académie des Inscriptions et Belles-Lettres» para ocupar el puesto que dejaba vacante el arqueólogo y filólogo D'Arbois de Jubainville, el gran especialista de las lenguas célticas en Francia.

La obra de Morel-Fatio sigue viviendo; en primer lugar, queda la generación actual de los hispanistas franceses, formada por él; además, sus trabajos, y, sobre todo, el fondo hispánico de la Biblioteca de Versalles, uno de los más importantes de Francia. Su amistad con Henri Léordadon, conservador adjunto de esta biblioteca, y especializado también en los estudios hispánicos, hizo que la biblioteca particular de este último fuera cedida por su viuda a la Biblioteca de Versalles. Morel-Fatio profesó una gran admiración por los fondos donados por la viuda de su amigo, y en 1923 tomó la decisión de unir su propia biblioteca, junto con sus manuscritos y fichas de trabajo, a la de su querido discípulo, en una de las grandes salas de la Biblioteca de Versalles, que eligió personalmente. A ello se debe que el fondo hispánico de ésta sea uno de los más ricos y mejores de Francia, formado por 7.000 a 8.000 volúmenes y un fichero de investigación de valor incalculable. Estas fichas han sido catalogadas del mismo modo que los manuscritos en el «Bulletin Hispanique» de 1921-1922 [4].

Menéndez y Pelayo tuvo gran influencia sobre Morel-Fatio, uniéndoles una estrecha amistad, como puede apreciarse a través del *Epistolario de Morel-Fatio*

[4] Extracto de un artículo sobre el hispanismo francés que publiqué en ARBOR, noviembre-diciembre 1947 (número 24).

y Menéndez y Pelayo que ha publicado don Enrique Sánchez Reyes [5]. Los dos eruditos se conocieron por medio de Valera, y se reunieron en Madrid y en París. Morel-Fatio tenía veintisiete años cuando conoció a Menéndez y Pelayo, en 1877, y la última carta suya dirigida a don Marcelino tiene fecha de 27 de noviembre de 1908. El epistolario se compone de 172 cartas. Toda esta correspondencia nos demuestra que Morel-Fatio fué uno de los hispanistas que con más frecuencia y más directamente se ocupó de los trabajos que iba publicando su amigo. En 1879 publicó una nota bibliográfica sobre el *Arnaldo de Vilanova* en la *Bibliothèque de l'École des Chartes*; en 1881 publica un informe sobre el discurso de recepción en la Real Academia Española, en la «Revue Critique d'Histoire et de Littérature»; con el seudónimo de Domingo Rostrituerto publica en 1886 un artículo en que analiza la figura de don Marcelino; después, en 1890 escribe en la revista «Romania» sobre el magnífico discurso de inauguración del curso académico, leído por don Marcelino en la universidad de Madrid; en 1899 colabora en el homenaje que se rindió a Menéndez y Pelayo con motivo de su vigésimo año de profesorado, y comentando este homenaje publica unos artículos en el «Bulletin Hispanique» y en la «Revue Critique». Posteriormente, en 1906 dedica en «Romania» un elogio a la aparición de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles, con los prólogos magníficos sobre los *Orígenes de la novela*.

Como comenta el señor Sánchez Reyes, «no todas estas notas críticas son ciertamente de alabanza; hay algunas censuras, hay los *arañazos* de que se quejaba Menéndez y Pelayo; pero creo que la mayor parte, por no decir todos los reparos que Morel-Fatio opone, se deben principalmente a la incomprensión del filólogo para el humanista. Pensar que un escritor de la talla del autor de la *Antología de poetas líricos castellanos* debió de dedicarse a la depuración de textos, nos parece algo absurdo. Claro es que, en la *hierarquía* de las *ciencias*, la Filología ocupa un lugar si no muy humilde, sí inferior al de la crítica histórico-estética; para lo uno basta tener talento y ser paciente trabajador, para lo otro se necesita ser un gran genio, estar dotado de ese *quid divinum* que a muy pocos mortales concede Dios, y muy de tarde en tarde.

»Precisamente por esas críticas duras, por ese regusto suyo de agitar el lago en calma de la erudición y de vapulear a la gente de letras, por esos alardes continuos de independencia, tienen más valor los elogios de Morel-Fatio. Y pocos tan preciosos y tan precisos como este que hizo del autor de las *Ideas estéticas* en el número 1 del «Bulletin Hispanique», página 211: "No conozco existencia de erudito más brillante, feliz y armoniosa que la de Menéndez y Pelayo. Ha tenido principios fáciles y brillantes que en seguida le han proporcionado la atención de las personas influyentes e incluso propagado su nombre en los medios tan ajenos a los estudios eruditos. Bien armado para la lucha por una juventud de las más laboriosas y raras aptitudes, entre ellas, una admirable memoria, dirigido y enseñado por maestros de la categoría de un Laverde Ruiz y Milá Fontanals, cuya doctrina y método han dejado su marca en los primeros escritos de este discípulo excepcional, se ha convertido, al terminar sus estudios, en el campeón de la cien-

---

[5] Editado por el C.S.I.C., Santander, 1953.

cia y la filosofía españolas desconocidas, recogiendo el guante que habían lanzado un poco imprudentemente escritores mal preparados para luchar en el campo de la erudición y la bibliografía"» [6].

Es indudable que Morel-Fatio y Menéndez y Pelayo no coincidían en sus gustos, sus creencias y su fe. Morel-Fatio estaba profundamente marcado por la filosofía de «las luces» del siglo XVIII francés y su origen suizo acentuaba aún más su respeto ciego por la «Ciencia» que nacía en aquellos momentos y que Comte ensalzó tanto. La posición tradicionalista y religiosa de su amigo español no le complacía demasiado, y los *Heterodoxos* fueron motivo de polémicas corteses en su carta de 24 de diciembre de 1880, en que Morel-Fatio escribe a don Marcelino: «... y aunque me sea imposible participar de sus opiniones en muchos puntos, admiro sinceramente *il lungo studio e il grande amore*. Por ello, me permito indicarle que su sistema de parcialidad elegido me parece que adquiere aquí proporciones que estropean bastante el valor de la obra. Comprendo perfectamente que todo lo que no sea católico romano y español le sea antipático, pero una historia no es una acusación fiscal. Lo que más me sorprende es que usted, tan horaciano, amigo ferviente de la medida y el buen gusto, se deje llevar hasta llegar a negar a los protestantes cualquier virtud e incluso el talento literario. Porque haya habido personas que hayan cometido la falta tremenda de modificar algunos dogmas poco esenciales de una religión de origen semítico, extraña a nuestra raza indoeuropea, usted las coloca fuera de la ley.» Este párrafo da idea del tono de las críticas de Morel-Fatio sobre la obra religiosa y filosófica del polígrafo español. Aparte de estos encuentros ideológicos, ello no impidió que Morel-Fatio pidiera constantemente a su amigo español datos sobre puntos de erudición y opiniones sobre cuestiones discutidas. El epistolario está lleno de cartas de Morel-Fatio en que se preocupa de fechas de ediciones, citas, fuentes, etc., lo que demuestra la profunda influencia de Menéndez y Pelayo sobre el hispanista francés, influencia que reconoce el mismo Morel-Fatio con mucha frecuencia.

¡Qué bellas palabras sobre Menéndez y Pelayo las que escribió Morel-Fatio en su «Homenaje a Menéndez y Pelayo» en el *B. H.* de 1899 [7] sobre la celebración de los veinte años de cátedra en la universidad de Madrid de don Marcelino!: «Y puesto que dedico estas páginas al héroe de la fiesta que en estos momentos celebra el mundo de las letras de España, querría decir, para terminar, lo que en mi opinión caracteriza mejor a esta figura tan atrayente. Entre las preciosas cualidades que posee nuestro buen amigo, yo descubro una que es superior a todas las demás y las domina: su perfecta sinceridad. Desde el primer momento siempre ha caminado rectamente y ha abordado de frente los problemas que se planteaban a su espíritu ardiente y sagaz. Sin sacrificar sus convicciones religiosas o de otra especie, en lo más profundo de su conciencia, nunca ha esquivado la discusión ni ha perseverado en errores, por un falso amor propio, cuando se le ha demostrado su error, e incluso los ha reconocido. Su carrera de erudito es una verdadera marcha ascendente hacia la verdad. Ha aprendido a corre-

[6] *Epistolario...*, págs. 11-12.
[7] «Bulletin Hispanique», octubre-diciembre 1889, número 4, págs. 215-216.

girse, ha progresado sin cesar, y ello es lo que le ha conducido al completo desarrollo de su talento, ese talento que en estos momentos aplauden sus discípulos y colegas. ¡Que pueda continuar durante mucho tiempo su noble labor y hacernos gozar de sus fecundos resultados!»

Estas palabras, pronunciadas cuando todavía vivía don Marcelino, demuestran la influencia excepcional que sus trabajos han ejercido sobre el hispanismo francés de la época de Morel-Fatio.

Otro testimonio es el de un hispanista «libre» que nunca perteneció a Academias ni poseyó títulos oficiales: R. Foulché-Delbosc, director desde 1894 hasta 1904 de la «Revue Hispanique», que fué una de las primeras y más importantes revistas hispánicas francesas; aparecía todos los años con dos gruesos volúmenes de 600 páginas cada uno. A partir de 1904 se encargó de la revista, en el aspecto financiero, la «Hispanic Society of America», de Nueva York; pero conservó la dirección de Foulché-Delbosc. Éste fué un aficionado, es cierto; pero un aficionado erudito, que conocía admirablemente España, donde poseía un número incalculable de amigos. Sus trabajos representan una suma enorme de esfuerzos y se caracterizan por una originalidad constante y una independencia de puntos de vista y de juicio que sitúan a Delbosc completamente aparte de los hispanófilos franceses más conocidos. La «Revue Hispanique» es una preciosa mina, rica en notables estudios hispánicos. Foulché-Delbosc murió el 3 de junio de 1929 en París; su última obra fué un *Manual del hispanista*, de la que se han publicado dos tomos.

En el homenaje a Menéndez y Pelayo con motivo de su XX aniversario como catedrático, Foulché-Delbosc también escribió un artículo sobre nuestro gran polígrafo, que firmó con el seudónimo de Ad. Grandier. También en 1900 publica en la «Revue Hispanique», t. VII, pág. 539, un artículo sobre la edición de *La Celestina*, realizada por Menéndez y Pelayo (Ed. Krapf, Vigo, 1899-1900). Pero la importancia que para Foulché-Delbosc tenía el erudito español puede apreciarse sobre todo en el *Manuel de l'Hispanisant*, que publicó con Barrau-Dihigo en 1920 (Putnam's Sons, Nueva York, 2 vols., 1920-1925). Menéndez y Pelayo se cita cinco veces en el primer tomo y 32 en el segundo, y Foulché-Delbosc lo recomienda constantemente. Esta recomendación la cita el señor Beltrán de Heredia, que en su mencionado artículo dice lo siguiente: «Los profesores de los liceos y universidades de Francia animan con frecuencia a los alumnos que desean especializarse en estudios de literatura española a buscar ayuda y protección en Menéndez y Pelayo.» El 6 de junio de 1909 una discípula alemana de Foulché-Delbosc se disculpa ingenuamente ante aquél con estas palabras, reveladoras de íntima desconfianza: «El señor Foulché-Delbosc me aconseja dirigirme a usted y me asegura que usted no extrañará que una persona enteramente desconocida le pida un consejo» [8].

Si estudiamos a otro gran hispanista francés, Ernesto Martinenche, vemos igualmente la gran influencia de Menéndez y Pelayo sobre sus trabajos. Martinenche,

---

[8] Op. cit., pág. 154.

catedrático de Lengua y Literatura españolas de 1917 a 1937 en la Sorbona, formó a muchos profesores de español. Su formación hispánica databa de mucho tiempo atrás; desde su profesorado en Nimes se había dedicado al estudio de España y su rica literatura. Viajó por España y escribió artículos que demostraban ya un conocimiento profundo y un gran amor a este país. En cierta ocasión escribía: «Este pueblo no se limita a ver la vida como una lucha en que los fuertes atropellan a los débiles, sino que busca su dicha en el amor y su belleza, en el honor.» Consagró a *La Celestina* su tesis complementaria, que se publicó con el título *Quatenus Tragicomoedia de Calisto y Melibeam vulgo Celestina dicta, ad informandum Hispaniense Theatrum valuerit*, en Nimes, el año 1900, y estudiaba el papel que *La Celestina* desempeñó en la formación del teatro español. Su tesis principal lleva por título *La Comédie espagnole en France de Hardy à Racine*. En 1906 publicaba su *Molière et le théâtre espagnol*, que completaba en cierto modo su anterior estudio. Colaboró asiduamente en la «Revue Latine», de Emilio Faguet, y en el «Bulletin Hispanique», en la «Revue d'Histoire Littéraire de France», en la «Revue des Langues Romanes» y en el «Journal des Savants». Su obra *Propos d'Espagne* es una feliz combinación de literatura, de psicología y de arte. Martinenche demostró en ella que España, por su influencia literaria, arrancó la tragicomedia francesa a la novela y abrió el camino a los clásicos franceses y a la comedia de costumbres, partiendo de la farsa medieval.

Ernesto Martinenche gozó igualmente, según cita Pablo Beltrán de Heredia [9], de una amistad cordialísima con don Marcelino, así como también de su protección y ayuda en lo referente a trabajos de investigación española, y cita a este propósito una carta fechada en París el 8 de noviembre de 1906, que dice: «Querido amigo: Me tomo la libertad de enviarle mi nueva dirección para ponerme a su completa disposición y desear que pueda venir pronto por París; no quiero, ni mucho menos, abusar de esta circunstancia, pero me permito recurrir de nuevo a su amabilidad y erudición. En la edición de *La Ilustre Fregona*, de la colección Rivadeneyra, de 1849, en la página 197, primera columna, líneas 6 y 7, se lee: "mi ama dice que trae un silicio pegado a las carnes, y que es una santa". Pero la edición príncipe dice: "mi ama dice que trae un silencio pegado a las carnes, tome que? mi padre". La corrección *silicio* es evidente, y, por otra parte, se remonta a la edición de Pamplona de 1615. Pero esta edición lleva como la primera la frase "tome que? mi padre". ¿Ve usted una posible explicación de esta parte de la frase? De todos modos, es cierto que la corrección de Rivadeneyra "y que es una santa" es puramente arbitraria. Le ruego disculpe la libertad de estas inoportunas líneas y quedo, como siempre, de usted afectísimo. *E. Martinenche.*» «En otra edición de la colección Rivadeneyra el pasaje citado se encuentra en la página 180. Forma parte de la respuesta de la Gallega, que hacia el final de la novela don Diego de Carriazo interroga sobre esta fregona que viene a buscar.»

Pero la personalidad de Martinenche nos lleva ahora a hablar del *Instituto de Estudios Hispánicos*, que fundó en 1929 en París. Su influencia sobre todos los

[9] Op. cit., pág. 152.

profesores franceses de español fué constante y primordial, y por eso me he detenido especialmente en la figura de este hispanista. Sus enseñanzas de más de treinta años en la Sorbona, su permanencia como presidente de los jurados para la «agregación», el cargo de inspector general de liceos, colegios y escuelas primarias superiores, que ocupó durante muchos años, le permitieron ejercer una decisiva influencia sobre los profesores de español, a quienes dirigió en su carrera y orientó con sus consejos.

Gracias a la labor de todos estos hispanistas, Foulché-Delbosc, Martinenche, Mérimée, Pécoul, Rouanet..., a sus denodados esfuerzos entre una sociedad indiferente a sus proyectos, como señala el señor Beltrán de Heredia, las universidades francesas más importantes: París, Burdeos, Toulouse, Montpellier, llegaron a convertirse en centros de estudios hispánicos que culminaron en la creación del Instituto Francés de Madrid y los trabajos de aproximación cultural de nuestros países, iniciados con verdadero entusiasmo por parte de Ernesto Mérimée. Y precisamente a Menéndez y Pelayo, numen tutelar de este núcleo de hispanistas, le escribía Mérimée en agosto de 1886: «Se trata de poner a mi cargo en la Facultad de Letras de Tolosa un curso de Literatura española, y puede ser que se dé principio a esta asignatura al abrirse los cursos del año académico 86-87. Sería este curso el primero de esta clase que tendríamos en Francia, puesto que en casi todas las cátedras de Literatura extranjera no se habla sino de Literaturas alemana o inglesa. Me alegraría mucho el pensar que haya contribuído *pro virili parte* el *Quevedo* a que se haga más justicia por acá a la gloriosa e inagotable historia literaria de España, cuyo olvido tanto desmerece de nuestra cultura. Por lo demás, no necesito decir a usted que me propongo en cuantas ocasiones me hiciera falta dirigirme a usted con toda confianza si tropiezo con dificultades en estos estudios en que usted es maestro por todos reconocido; su amistad y su fina erudición ya le han acostumbrado a que lo haga sin vacilar.»

También Mérimée, en noviembre del año 1889, le insinúa a don Marcelino, con motivo del envío de dos becarios franceses a Madrid, la posibilidad de crear en esta capital el *Instituto Francés*, que él mismo dirigió en 1913. Menéndez y Pelayo es, pues, el protector oficial de estas corrientes intelectuales de que le habla Mérimée, y, por ello, cuando Martinenche llega a España para realizar estudios sobre las relaciones literarias entre ambos países en el siglo XVII, le escribe a don Marcelino la carta siguiente: «Distinguido señor: Va a permitirme que un extranjero, un desconocido, se presente a usted sin más títulos que su admiración por sus obras y su simpatía por el hombre que ellas descubren. Encargado por mi Gobierno de estudiar las relaciones literarias franco-españolas durante el siglo XVII y deseoso, sobre todo, de realizar en las Bibliotecas de Madrid un estudio preliminar de las obras de su país, me parecería haber perdido mi tiempo si no pudiera conseguir charlar durante unos momentos con el autor de la *Historia de las ideas estéticas en España*. Desgraciadamente estoy obligado a regresar a Francia el 1 de octubre y no sé bien en qué fecha tendrá usted que regresar para verificar los exámenes de la universidad. Me permito rogarle, si no es abusar demasiado, que me comunique la fecha de su regreso, siempre que no tenga inconveniente en recibirme. Voy a ir a Andalucía de excursión y según la fecha de

su respuesta adelantaría o retrasaría mi viaje. Le ruego perdone la libertad de esta carta, pero creo que usted sabrá comprender a un humilde colega cuya única ambición es hacer conocer mejor a su país las riquezas del vuestro y el agradecimiento que le debe. En realidad los verdaderos sabios son como los buenos ricos: entregan voluntariamente a los pobres la limosna de su espíritu. Y por ello es por lo que le dirijo confiadamente, mi gratitud anticipada y mis más respetuosos saludos. *E. Martinenche*, antiguo alumno de la Escuela Normal Superior, profesor «agrégé» de la universidad de Francia» [10].

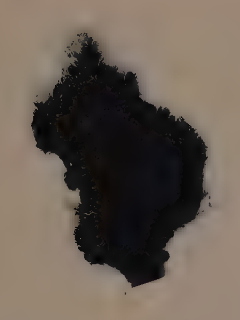
La mejor conclusión, por parte de los hispanistas franceses, en cuanto a la profunda influencia de Menéndez y Pelayo es el siguiente pasaje del *Précis d'Histoire de la Littérature espagnole*, de Ernesto Mérimée: «El conjunto de la obra de Menéndez y Pelayo forma incontestablemente la más rica y sugestiva exposición del desarrollo de las letras en España, y bien en la Península, o bien en el extranjero, todos los que se ocupan de ellas le son deudores de cualquier título.» Ningún estudiante hispanista francés, en la actualidad, puede estudiar las letras españolas sin recurrir a los trabajos inagotables de Menéndez y Pelayo.

JUAN ROGER

---

[10] Beltrán de Heredia: op. cit., pág. 160.

PROYECCIÓN DE MENÉNDEZ Y PELAYO EN PORTUGAL



PORTUGAL EN LA OBRA DE MENÉNDEZ Y PELAYO.

CUANDO Menéndez y Pelayo defiende en su *Programa de literatura española* la idea de una nacionalidad literaria, y, de acuerdo con ella, incluye en aquél el estudio de la literatura portuguesa, está formulando un pensamiento que no abandonará jamás: Portugal es un elemento tan español como pueden serlo Cataluña o Galicia. Es decir, lo portugués literario no puede desgajarse del gran tronco peninsular para estudiarlo como algo aparte, porque sería operar sobre cosa muerta, sin raíces de origen y sin consecuencias de fruto. Sus palabras a este respecto son precisas: «*Españoles fueron en la Edad Media los tres romances peninsulares* [castellano, catalán y portugués]: *los tres recorrieron un ciclo literario completo, conservando unidad de espíritu y parentesco de formas en medio de las variedades locales. Eran tres dialectos hijos de la misma madre, hablados por gentes de la misma raza y empeñadas en común empresa. Las tres literaturas reflejaban iguales acontecimientos y parecidas ideas, y recíprocamente se imitaban y se traducían y cedieron el mismo paso a extrañas influencias*» [1] Y aún afirma más adelante: «*Dios ha querido, además, que un misterioso sincronismo presida el desarrollo de las letras peninsulares. No hay transformación en Castilla a que no responda otra igual en Lusitania*» [2].

Fácilmente se comprende, por tanto, el sentido unitario que Menéndez y Pelayo quiso dar siempre a sus estudios literarios e históricos. Quizá habría que limitar, cronológicamente al menos, la amplitud de tal concepción: no hay duda que las letras lusitanas quiebran bastante aquel espíritu peninsular allá por las décadas últimas dieciochescas. Pero no se trata ahora de discutir el acierto o no de aquella actitud intelectual ante el panorama literario de la Península, sino de analizar el hecho persistente a lo largo y ancho de su colosal obra de investigación, sus consecuencias para la historia de la literatura portuguesa y los ecos que encontró en tierra lusa.

---

[1] Vid. «Estudios y Discursos de Crítica Histórica y Literaria», I, pág. 6, C.S.I.C., Madrid, 1941.

[2] Ibídem, pág. 7.

Y para que no se le achaque de abuso el afán de comprender lo portugués bajo la denominación de español, él mismo se adelanta a recordar las palabras inequívocas del gran poeta Almeida Garrett, «uno de los mayores enemigos —dice— de la idea de unidad peninsular», nada sospechoso, por tanto, cuando escribe: *«Ni una sola vez hallará en nuestros escritores la palabra "[illegible]l" designando exclusivamente al habitante de la Península no portugués, [illegible]pañoles somos, de españoles nos debemos preciar todos los que h[illegible]nínsula Ibérica...»* [3].

Con ellas coincidía plenamente la idea de Menéndez y [illegible]uien gusta de repetirla en cuantas ocasiones se le deparan. Este es el espíritu de don Marcelino cuando aplica su pasmoso talento crítico, su penetrac[illegible]nvestigadora y sus dotes de historiador sagaz a las letras portuguesas. De esta amplia visión amorosa y el sincero deje de simpatía que se notan en sus páginas cuando, sin herir a la justicia, estudia lo lusitano. Incluso al enjuiciar lo que estima como mediano o simplemente malo se nota en él la serena corrección imparcial nacida de un sentimiento de hermandad. Se enorgullece, en cambio, al escribir justas alabanzas, así como suaviza la severidad cuando su crítica verdadera le obliga a hacerlo: exactamente como hace con los castellanos y demás peninsulares.

No es de extrañar, por ende, que dejara luminosísimos estudios de crítica histórica y literaria portuguesa, algunos inéditos hasta entonces, y otros que no han sido todavía superados. La materia portuguesa de la obra de Menéndez y Pelayo es abundantísima y de lo más interesante, como fruto de su talento prodigioso. La misma abundancia y complejidad la excluyen forzosamente de un artículo como éste, que ha de limitarse a meras alusiones y recuerdos. Ocasión se aproxima en que haremos análisis pormenorizado y crítico de aspecto tan primordial en los libros del maestro, en relación con Portugal.

Sin embargo, no está de más que dejemos constancia aquí de algunos ejemplos importantes, siquiera para que los lectores que por ventura lo ignoren se puedan hacer una idea, no sólo de la calidad crítica e interpretativa, sino, además, de ese calor emocional e hispánico, en el más amplio sentido, que aquella pluma egregia dejó flotando en ellos. Unas veces serán figuras de realce extraordinario; otras, géneros y obras de auténtica trascendencia, o problemas de primacía regional; no importa: en todos los casos veremos al mismo sereno investigador animado del mismo entusiasmo peninsular, que desgrana su vida y consume sus esfuerzos en levantar esa fábrica colosal de crítica e historia, conocida de todos los estudiosos.

Así, fué uno de los primeros que inició el estudio de los cancioneros galaicoportugueses, llamando la atención de los investigadores lusos hacia la importancia de aquellas colecciones líricas, y estimulando con su ejemplo la dedicación

[3] Op. cit., pág. 8. Estas palabras, traducidas por Menéndez y Pelayo, las escribió Almeida Garrett en su nota D al canto 3.º de su «Camões», pág. 152. Livraria Chardren, de Lelo e Irmao, editores. Porto, s. a.

a unos estudios casi inéditos en su tiempo. Las páginas que en su monumental *Antología de poetas líricos castellanos* dedica a comentar y analizar tales colecciones, cuyo hallazgo estaba reciente aún, son una preciosa muestra del vivo entusiasmo a que hemos aludido. Las partes que corresponden a Portugal constituyen una exaltación del espíritu lírico de este país, uno de cuyos eximios representantes de aquella época es el rey don Diniz, el rey poeta y labrador, esposo de doña Isabel de Aragón, la célebre reina santa de Portugal. Para Menéndez y Pelayo, don Diniz escribió canciones primorosas cuando bebió en los raudales de la inspiración popular, y si en las poesías de modo provenzal «no pasa de ser un versificador elegante y atildado», dice, en las *cantigas de amigo* ningún juglar puede arrebatarle la palma. ¡Cómo se goza don Marcelino comentando las producciones de este rey!

Otro estudio fundamental portugués es el dedicado al iniciador de la gran dramaturgia española: Gil Vicente. El moroso análisis que le dedica coloca al autor lusitano en la alta y definitiva posición que le corresponde dentro de la historia de nuestro teatro. Lo considera como el más importante poeta bilingüe de su época, y muestra su excepcional genio dramático y lírico. Mejor será recordar los propios términos del polígrafo, que dicen así: «*Gil Vicente es uno de los grandes poetas de la Península, y entre los nacidos en Portugal nadie le lleva ventaja, excepto el épico Camoens, que vino después, que es mucho más imitador y que abarca un círculo de representaciones poéticas menos extenso. El alma del pueblo portugués no respira íntegra más que en Gil Vicente, y gran número de los elementos más populares del genio peninsular, en romances y cantares, supersticiones y cantares, están admirablemente engarzados en sus obras, que son lo más nacional del teatro anterior a Lope de Vega... Gil Vicente vivió en comunión íntima con la tradición de su raza y acertó a sacar de ella un nuevo y rico venero de poesía. Tuvo, además, el genio de la creación dramática..., se levantó por su propio y solitario esfuerzo hasta la comedia de costumbres y el melodrama romántico..., renueva, sin pretenderlo, la comedia aristofánica, que no conocía... Como artista dramático, Gil Vicente no tiene quién le aventaje en la Europa de su tiempo...*» [4].

Cita excesivamente larga, mas necesaria para recordar hasta qué punto caló la crítica de nuestro investigador en el valor de esta figura. No es que la dejara definitivamente estudiada: muchos problemas quedaron en pie en torno a Gil Vicente; pero lo que aquél dijo acerca de su significación literaria ahí está, en pensamiento monolítico, desafiando al tiempo. Por otro lado, sus juicios suponían maravillosos avances y toques de alerta para futuros estudios que fueran resolviendo aquellos problemas. Y la llamada encontró eco en portugueses como Teófilo Braga, J. Leite de Vasconcellos, Gonçalves Viana, Sousa Viterbo, Braamcamp Freire, Carolina Michaëlis y otros, lo cual es una gloria para el objetivo de Menéndez y Pelayo en tal orden.

Interesantes fueron asimismo los estudios del *Romancero*, con la parcela co-

---

[4] Vid. Op cit. III, págs. 348-9.

rrespondiente a Portugal; aunque no tengan la firmeza de los dedicados a Gil Vicente, porque estaba mucho por descubrirse en este terreno, se preocupó de la obra de Almeida Garrett en este aspecto, acaso con excesiva severidad, y de Teófilo Braga, y encaminó las cosas de forma que dejó abierto un amplio campo que habían de llenar en seguida Menéndez Pidal y Carolina Michaëlis de Vasconcellos. Son dignas de especial recuerdo las páginas, bellísimas, consagradas al tema de Inés de Castro, eterna mina de emoción en el alma popular portuguesa; a las leyendas sobre don Pedro el Cruel de Castilla, atribuídas también a su homónimo portugués, y, en fin, a la tragedia del duque de Viseo.

En la esfera del género caballeresco y de novela, tocan a Portugal las decisivas contribuciones del polígrafo en orden a problemas como el del Amadís de Gaula, de Bernardim Ribeiro y Jorge de Montemayor. En cuanto al primero, empezó por admitir la paternidad lusitana del mismo, y si bien estudios ulteriores le obligaron a rectificar su primera afirmación, nunca llegó a negar la gloria que Portugal ostenta en la elaboración de tan original Libro de Caballería.

De Bernardim Ribeiro puso al día cuanto hasta entonces se había descubierto y contrastado; con su estupendo trabajo crítico, situó a la novela de aquel autor en el puesto de honor que le cabía en la historia literaria y, sobre todo, provocó el estímulo de críticos portugueses, que acabaron por dar grandes pasos en asunto de tal naturaleza, como, por ejemplo, hicieron Delfim Guimaraes, Teófilo Braga, Silvio de Almeida, brasileño; Braamcamp Freire, etc.

Y por lo que se refiere a Jorge de Montemayor y su *Diana,* creemos que nadie superó la grandeza de sus juicios, tan exactos en su erudición como bellos y ponderados en su exposición y crítica serena.

En el capítulo de *Cuentos* hace un estudio comparativo entre las *Patrañas,* de Timoneda, y los *Contos e historias de Proveito e exemplo,* de Gonçalo Fernandes Trancoso, portugués, y no duda en dar la palma al autor lusitano, porque supo cargar su obra de tradición oral auténtica, en vez de limitarse a recoger derivaciones literarias sin originalidad.

Al hacer en el mismo tomo de los *Orígenes de la novela* su estudio magistral sobre *La Celestina,* da a Portugal una gran intervención en los problemas de los antecedentes, consecuentes e imitaciones. Un lugar especial dedica aquí al portugués Jorge Ferreira de Vasconcellos, cuya novela *Euphrosina* es de las más influídas por la obra del bachiller Rojas. En este caso hay que poner muy de relieve la enorme, simpática y desinteresada colaboración de doña Carolina Michaëlis, quien comunica a Menéndez y Pelayo cuantos datos, citas y descubrimientos había recogido y hecho ella misma. Entre las cartas que de la ilustre investigadora se conservan en la Biblioteca de Santander, puede verse una, extensísima, fechada en Aguas Santas de Maia (Oporto), el 4 de noviembre de 1909, en la cual doña Carolina vuelca todo su saber relacionado con aquel novelista.

Si de figuras de gran categoría literaria se trata, basta con citar a la más genial, Camões, para hacerse una idea del entusiasmo que nuestro crítico pone en el estudio de las mismas. En efecto, Camões aparece citado docenas de veces en toda la vasta obra de Menéndez y Pelayo, y siempre con elogios encendidos, como sin duda se los merece el más grande poeta lusitano. He aquí, verbigracia, las palabras que le dedica en su primera carta a Pereda, desde Lisboa: «*Pero sobre estos y los demás poetas peninsulares del siglo XVI levantóse como águila Luis de Camoens, que con formas italianas y recuerdos clásicos amalgamó un tan sublime amor de patria, una penetración tan honda del espíritu nacional, una tristeza elegíaca tan inmensa y conmovedora, y supo describir por tan alta y desusada manera los triunfos, grandezas y reveses de su pueblo, que con ser ''Os Lusiadas'' poema erudito y artístico ha podido decirse de él con fundamento que es ''la poesía más nacional de la tierra''*» [5].

O éstas que le dedica en otro lugar, afirmando que tuvo «*el arte de agrupar en torno de una acción capital, histórica o fabulosa... lo más selecto de las memorias patrias, los lances más heroicos, las más poéticas y conmovedoras leyendas, valiéndose ya de largos relatos, ya de visiones de lo futuro*», pues Camões fué «*singular en esto entre los épicos del Renacimiento*» [6].

Y así en tantas y tantas ocasiones, en las que su admiración no tiene límites para cantar las excelencias del «príncipe de los poetas portugueses».

Sería fuera de lugar el seguir espigando citas de referencia lusitana, porque la materia portuguesa en la obra de Menéndez y Pelayo es un mundo inmenso que requiere infinitamente más ordenación, sistema y estudio dilatado que el que ofrece el limitado espacio de un artículo de esta naturaleza, y mucho más cuando es preciso aludir a otros aspectos del tema.

Lo que atrás queda hilvanado puede servir para comprender y sentir un movimiento de penetración espiritual e intelectual de Portugal en Menéndez y Pelayo. Teniendo en cuenta su concepción unitaria, se ve cómo Portugal y lo portugués literario, histórico, filosófico y artístico se situó en el ámbito de su sentimiento y de su actividad intelectual, y participó como cualquier otro elemento peninsular, y en grado eminente, de las primicias de una profunda labor histórico-crítica, y de las galas de una exposición acariciada por la simpatía. Por eso surgieron bellísimos capítulos de historia literaria portuguesa y todo el enorme caudal de comentarios y notas biográficas y bibliográficas de autores y obras lusitanas que viven para la posteridad estudiosa en los capítulos de sus libros, como *La Ciencia española, Bibliografía hispano-latina clásica, Biblioteca de traductores españoles, Horacio en España, Crítica filosófica,* aparte los fundamentales que ya quedaron apuntados en párrafos anteriores.

---

[5] Vid. Op. cit. V, pág. 259. Madrid, 1942.
[6] Vid. Op. cit. II, págs. 177-8. Madrid, 1944.

Menéndez y Pelayo en Portugal.

Si esta fecunda penetración de Portugal en Menéndez y Pelayo tiene la trascendencia señalada, no menos valioso y fértil es el movimiento de sentido contrario; es decir, la penetración de Menéndez y Pelayo en Portugal, realizada ésta no ya sólo con sus obras, sino, además y muy especialmente, con su propia persona, con aquella personalidad arrolladora de talento y simpatía que su presencia física llevó a Portugal en dos ocasiones, y a hombres portugueses en otras muchas más. De tales contactos nacieron y se cultivaron relaciones e influencias que dieron al maestro de nuestras letras una proyección de singular perfil en tierra lusa.

Antes de visitar Portugal sostenía ya relaciones epistolares con los portugueses más notables de su tiempo en el campo de la cultura. La fama de su labor ciclópea y de su erudición pasmosa y segura atravesó muy pronto las fronteras, cuando en plena juventud era considerado capaz de saberlo y conocerlo todo. Por eso le surgían a cada paso correspondientes espontáneos que acudían a él consultándole, pidiéndole orientaciones o datos, como quien anhela saciar la sed en la fuente de la sabiduría. El recién licenciado era mucho más que una promesa, de tal forma que antes de cumplir los veinte años había publicado trabajos que causaron asombro y le ganaron la admiración y devoción de los eruditos lusitanos.

En octubre de 1876 llegó a Portugal por vez primera. Fué un viaje de grandes frutos para su propia labor y para reafirmar y ampliar el intercambio que siempre había mantenido con portugueses. Desde Lisboa escribió las cartas a Pereda acerca de las letras lusitanas, con las cuales estaba en gozoso contacto. No puede decirse que exista en ellas la precisión de un estudio, ni podía esperarse otra cosa de sus rápidas impresiones de un trato fugaz, sobre todo en relación con los contemporáneos. Laboraba por entonces en Coimbra una generación de estudiosos de valor, cuyos trabajos no llegó a conocer en aquella ocasión, si se exceptúa la producción, ciertamente fundamental, de Teófilo Braga. Pero lo interesante fué su presencia en la capital lisboeta, y luego, en la universidad conimbricense, lugares ambos donde todo lo curioseó y escudriñó con su extraordinaria capacidad de trabajo y su penetrante ojo crítico: en poco tiempo dió cuenta de todo lo que podía interesarle en aquella Biblioteca Nacional, en el archivo de la Torre de Tombo, en la biblioteca del antiguo convento de Jesús, en la universitaria de Coimbra, etc., amén de la serie de libros y manuscritos raros que le fué dado adquirir.

Los contactos personales establecieron una red de intercambios entre él y las figuras portuguesas de relieve, intercambio de enorme fecundidad para la cultura peninsular. Allí conoció y se hizo amigo de Teófilo Braga, Ayres de Gouvea, Latino Coelho, Júlio Castilho, Silva Túlio, Tomás Ribeiro y otros muchos; todos destacadísimos elementos en el mundo de las letras. Amistades y conocimientos que refrescó —en los que aún vivían— y amplió más tarde, en marzo

de 1883, cuando volvió a Lisboa con el fin de pasar unos días en la grata compañía de su amigo don Juan Valera, a la sazón ministro de España en aquella capital.

Unidos estos tratos personales a las relaciones epistolares múltiples sostenidas con portugueses, la figura de Menéndez y Pelayo se agiganta en su significación magistral y se proyecta sobre el panorama intelectual lusitano hasta nuestros días. En vida estudia, informa, orienta y estimula la obra de cuantos portugueses acudían a él. El maestro se da siempre con la mayor generosidad, dedicándoles, cuando era necesario, un precioso tiempo que valía más que oro. Después de muerto continuó siendo punto obligado de consulta, despertador de admiraciones y provocador de hispanismo en el más noble sentido del término.

Ya hemos visto antes cómo sus estudios de materia portuguesa dieron lugar a ampliaciones, rectificaciones y polémicas por parte de historiadores e investigadores lusos, a quienes él, de un modo directo o indirecto, había situado en la buena senda del trabajo intelectual, o les había abierto estimulantes horizontes. Si dispusiéramos de espacio podríamos aportar pruebas contundentes, apuntar datos y citar nombres concretos que abonan la calidad y trascendencia de la proyección de Menéndez y Pelayo en Portugal.

Traeremos a colación tan sólo, y con brevedad, algunos detalles de estas relaciones personales, las cuales nos darán a la vez una idea bien clara del concepto que muchos portugueses representativos tenían del polígrafo santanderino. Recordemos, por ejemplo, la amistad ejemplar que mantuvo con el doctor Domingos García Peres durante años y años. Las atenciones que éste tenía constantemente para con él, buscándole libros raros, regalándole joyas bibliográficas —el gran amor de Menéndez y Pelayo—, fueron correspondidas con la generosidad de su afecto, su enseñanza y su estímulo. Basta lanzar una ojeada al epistolario entre ambos [7] para juzgar de los quilates morales y científicos de esta relación afectuosa. La tenacidad, el interés y la ayuda de don Marcelino consiguieron que el Estado español, a través de la Real Academia de la Lengua Española, publicase el *Catálogo razonado biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*, de que es autor aquel bibliófilo, en 1890.

La mano del polígrafo retocó y amplió el jugoso contenido de esta obra, que lleva también un prólogo-informe de la Real Academia Española, debido a la misma pluma del maestro.

Que fué maestro para muchos portugueses ilustres de la investigación y el arte literarios nos lo prueban las cartas de los mismos, que hoy se conservan, en gran parte, en la biblioteca por él legada a su ciudad natal. Veamos algunos párrafos de algunas de ellas que hablan por sí solos.

---

[7] Vid. Fidelino de Figueiredo. Cartas de Menéndez y Pelayo a García Peres. Academia das Sciencias de Lisboa. Bol. Classe Letras, XIII. Coimbra 1921.

El vizconde de Castilho, en carta de 8 de diciembre de 1876, esto, es, poco después del primer viaje de Menéndez y Pelayo a Portugal, le dice acerca de un trabajo de éste sobre Trueba y Cossío: «*E' notável a firmeza de toque com que, ás vezes em poucas linhas, ás vezes n'uma phrase, o crítico sabe aquilatar um livro. E' difficílimo isso: e provar-me-hia (se não estivessem para mim comprovadas) a sagacidade bibliographica, a vasta lição... do juvenil autor.*» Y en otra del mismo remitente, de fecha 12 de abril de 1905, le recuerda con «saudade» su visita a Lisboa, «*em que todos admiramos assombrados as altas faculdades intellectuães de V. E. e o seu profundo saber*».

Un profesor de Literatura, de Braga, el P. Marcellino Faria, le ruega informaciones sobre la materia, porque «*ninguém conhece o mais selecto que houver sobre esto ramo que lhe é tão querido como a historia*», según leemos en una carta de 22 de diciembre de 1904.

El erudito y célebre Antonio José Viale, uno de los bibliógrafos más ilustres del pasado siglo, le escribe el 20 de noviembre de 1883, y le dice, entre otrras cosas: «*V. S. dá de quando em quando hum alegrão aos amantes das boas lettras, mimoseando-os com preciosas joias extrahidas do rico thesouro da sua erudição, ou produzidas e lapidadas pelo seu nobre engenho e profundo saber.*»

El 10 de diciembre de 1890 le escribe el erudito Ayres y se manifiesta encantado de contarse entre los amigos de Menéndez y Pelayo, que es «*enciclopedia viva da História e da Esthetica de tantas obras de verdadeira grandeza*». Le consulta y somete cuestiones «*au seu criterio de historiador e de homem de sciencia*».

Conceptos como éstos y otros se leen en grandes, pequeños y medianos cuando hablan de o hablan a nuestro crítico. La intelectualidad portuguesa reconocía su autoridad suprema en las letras, por encima de diferencias nacionales, haciendo honor a la hermandad desbordada del genio santanderino. Figura de tanto relieve en este orden, como lo era la citada doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos, se muestra rendida y honrada de poder ayudarle y corresponderse con él. Ya hemos dicho que la ilustre erudita lusitana le facilitó notas y datos del mayor interés en varias ocasiones, cosa que Menéndez y Pelayo confesaba y agradecía públicamente con tan digna como simpática honestidad. Leamos lo que doña Carolina le dice en ocasión de uno de estos envíos, y tras haber leído la reelaboración que el maestro había hecho gracias a él: «*Bem sei que V. E. na certeza que todas as obras de arte que saem da sua forja sempre acesa, me enlevam e encantam, não mede a minha gratidão e o meu interesse pela demora que há nas respostas... E' excelente o uso que fez dos apontamentos que tive o prazer de lhe ofertar. As páginas relativas a Jorge Ferreira de Vasconcellos são sem contestação, e serão por muito tempo as melhores que possuimos a respeito d'elle.*» ¡Así iba tallando Menéndez y Pelayo, a golpes de talento y maestría, los capítulos más borrosos de la historia literaria portuguesa! En aquella misma carta añade la investigadora, refiriéndose a un tomo recibido por ella de los *Orígenes de la novela*: «*Quanto ao tema principal da obra de V. E., o estudo*

da "Celestina" e das Celestinas, é magistral, erudito e ameno, como tudo quanto V. E. escreve.»

En otra carta posterior insiste en su admiración doña Carolina hasta el punto de expresarse tan poéticamente como esto: «*Cada vez admiro mais a sua força de trabalho e a benevolencia sagaz e justiceira da sua Musa que, colhendo néctar nas mais modestas flores, o transforma em mel tão puro, saboroso e nutritivo.*»

Parecido sentimiento se recoge de las cartas, muy anteriores, del artífice de la pluma Francisco Gomes de Amorim. Le escribe desde Lisboa el 27 de enero de 1890, diciéndole que espera recibir la continuación de sus obras «*para me deleitar e instruir, como sempre me instrue quando leio os estudos "Horacio en España", "Estudios de crítica literaria", são bellíssimos, primorosos os da "Historia das ideias esteticas". São magníficos os versos que compoem as suas "Odas, epístolas y tragedias". As versões parecem-me, em muitos pontos, superiores aos originães*». Ya antes, en mayo de 1885, le había dicho también: «*... Os seus versos são admiravelmente compostos, d'uma cadencia e variedade que nada deixam a desejar. Prima em todos elles a harmonia, a elegancia, o bom gosto, e realça-os uma erudição nada pesada.*»

En otra ocasión, el gran historiador y etnógrafo Sousa Viterbo le ofrece unos libros debidos a su pluma ilustre. Es el 1 de agosto de 1900, y aquél razona así su envío: «*E' por isso que eu julgo que V. E. que tão profundamente se tem dedicado ao estudo da mentalidad peninsular em todas as suas manifestações, nao deixará de encontrar n'elles alguma coisa que lhe agrade e lhe convenha.*» Lo que prueba la autoridad que se le reconocía a Menéndez y Pelayo en todo el ámbito de nuestra península.

Y aun persona tan distanciada del sentimiento nacional, científico y religioso del maestro como era Teófilo Braga no duda en reconocer la solidez de aquel saber, y escribe en el informe para la Academia de Ciencias, de Lisboa, sobre el citado *Catálogo* de García Peres: «*Sabemos... que o illustre e erutíssimo sabio hespanhol Menéndez Pelayo promettera tracar essa introducção* [la de la susodicha obra]; *ninguém como elle estará mais habilitado para redactar o facto da união intellectual dos dois povos...*» Y esto no en una carta al interesado, que pudiera tener su tantico de lisonja, sino en un informe privado y de fronteras adentro.

¿Qué más? Si hasta un modesto estudioso de las letras, henchido de hispanismo, llamado Viriato Gonçalves —¡ y qué coincidencia de simbolismo en el nombre!—, le escribe desde un lugar de la Serra da Estrela, y en español, por cierto, clamando porque Menéndez y Pelayo llene la laguna que, según él, existía en la historia de la latinidad —son sus palabras—, de esta forma: «*Por Dios y por amor de nuestra latinidad española (comprendida la portuguesa) no aguarde usted a que escriba esta historia algún Tiraboschini envidioso o algún Schumacher de criterio gótico-luterano.*»

Incluso en el orden político son los estudiantes de Coimbra quienes le piden ardientemente su colaboración para un único ejemplar de periódico o revista que piensan publicar en son de airada protesta contra el tristemente famoso ultimátum inglés —en 1890—, ante cuya provocación dicen: «*Uniram-se as vozes dos dous povos peninsulares e nunca as suas almas vibraram tão unísonas e intesamente. Nunca como desde o 11 de janeiro se pensou tanto em federação ibérica, num mutuo auxilio, concentração de forças que possesem em respeito o inimigo commun...*» Por eso deseaban hacer ellos como que «*o simulacro d'uma federação intelligente, pela qual tanto se manifestaram as duas nações irmãs*». Por tanto, añaden, no quedaría bien coronado el proyecto sin la voz de Menéndez y Pelayo, «*sem o auxilio do sabio escriptor faltava-nos um elemento que consideramos fundamental*» [8]. Palabras elocuentes para hacernos saber, al menos, la aureola de fama que rodeaba al nombre del polígrafo en el ambiente académico primacial del país.

Aunque todo cuanto antecede no es más que un botoncillo de muestra, estimamos que encierra expresión bastante para proclamar el intenso arraigo de Menéndez y Pelayo en Portugal. Si no podemos afirmar que haya creado *escuela*, en el concepto preciso del vocablo, sí hay que proclamar la intensidad y extensión de su benéfica misión docente. Cuando aparezca el minucioso trabajo que preparamos, se podrá contemplar, en sistemática organización, la grandeza del panorama intelectual portugués iluminado por la inmensidad de aquel talento.

Ya no queda espacio para hacer constar lo que la posteridad lusitana de la inteligencia pensó de él y lo que llegó a crear gracias a los surcos por él abiertos. Se podría compilar una sabrosa antología de citas portuguesas en tal sentido. Puesto que no es posible hacerlo ahora, digamos siquiera una palabra final sobre uno de los más agudos historiadores y críticos de la literatura portuguesa, aún felizmente viviente, qué fué de los que más y mejor estudiaron la obra del maestro, siguieron su senda investigadora y trataron de interpretar su figura en el Portugal de los últimos cuarenta años *plus minusve*.

Y estoy citando así al profesor doctor Fidelino de Figueiredo. Artista y erudito, es un claro ejemplo de la fertilidad a que puede llegar un hispanista bien entendido en el campo literario. Desde hace mucho tiempo se situó en un punto de vista acertado y fecundísimo para comprender mejor el fenómeno histórico-literario de su patria en su íntima relación y aun fusión con el resto de la península. Siempre le preocupó España en su hondura espiritual, y analizó con eficacia las sendas, paralelas o complementarias, de las dos literaturas hispánicas. A él se deben obras como *Pyrene*, en la que hace un estudio comparativo de ambas, y que

---

[8] Todos los párrafos de estas cartas, que no traduzco para no disminuir el vigor de su nativa expresividad, puesto que se entienden perfectamente, pertenecen a las archivadas en la Biblioteca Menéndez y Pelayo de Santander. Debo el haberlas podido consultar desde lejos, a la bondad y diligencia de su ilustre director, don Enrique Sánchez Reyes, que se preocupó de mandar obtener y enviarme los *microfilms* correspondientes. Séame permitido darle las gracias una vez más desde esta página.

es una verdadera mina para quienes deseen ocuparse de problemas literarios luso-españoles; o *As Duas Espanhas*, valioso intento de una filosofía de la historia y de la literatura de nuestra patria, además de numerosos trabajos dedicados a tales asuntos, entre los que destaca con importancia capital para nuestro tema el titulado *Menéndez y Pelayo e os estudos portugueses*, que viene a ser un noble homenaje brindado a nuestro polígrafo con admiración y gratitud.

Para mí es Fidelino de Figueiredo un fruto óptimo de la siembra generosa y fecunda de Menéndez y Pelayo en Portugal. Es uno de los buenos seguidores de aquel ejemplo, que él mismo cita siempre con admiración. Suyas son las nobles frases del último estudio citado: «*Para nós, portugueses..., a obra de Menéndez Pelayo encerra uma lição fecunda, sobre a qual longamente deveriamos meditar... A su obra... tornou-se ponto de partida, diremos mesmo viveiro de estudiosos, que para sí tomaram partes do grande edificio, para proseguirem na construcção cyclopica que herdaram. Pela su obra, a Hespanha ocupou nos últimos trinta annos o lugar hegemónico que lhe compete por direito e dever na cultura hispano-americana...*» Y, refiriéndose a Portugal, acaba: «*Se a mocidade deixar de se formar nos cafés e nos clubs e passar a formar-se nas bibliotecas, como Pelayo já em 1876 recommendava, é de crer que a sciencia e a erudição lhe abram trilhos novos. E então a obra de excelso polygrapho, de dominio da especulação pura remontará a uma esphera mais ampla de acção social, adquirirá a imperiosa capacidad determinante...*»

He aquí un ligerísimo esbozo de lo mucho que hay que decir sobre el binomio Menéndez y Pelayo - Portugal. Pero cuanto se haga, poco o mucho, nunca podrá dejar de estar informado del espíritu que él mismo dejó grabado a fuego de eternidad en las palabras ejemplares del Retiro madrileño: «*Brindo por los catedráticos lusitanos que han venido a honrar con su presencia esta fiesta, y a quienes miro y debemos mirar todos como hermanos...*»

José M.ª Viqueira

BIBLIOGRAFÍA DE Y SOBRE MENÉNDEZ Y PELAYO
(1939-1955)

Por JOSE SIMÓN DIAZ

Mencionamos a continuación los principales resultados que la esencial validez de los escritos de Menéndez y Pelayo y la devoción hacia su figura han producido en el período 1939-1955, época en que su magisterio, por circunstancias históricas bien conocidas, ha cobrado nuevo valor.

El fruto de estos diecisiete años, comparado al de los veinticuatro que mediaron entre la muerte del sabio y el Movimiento Nacional (1912-1936), es muy superior en cantidad y calidad. Las apologías retóricas y las anécdotas intrascendentes y ridículas, tan prodigadas entonces, no han desaparecido del todo, pero han sido sustituídas en gran parte por monografías útiles y exégesis ambiciosas.

En el terreno de las ediciones, todo lo anterior ha sido ampliamente superado por la Edición Nacional de las Obras Completas, llevada a cabo por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la más amplia colección de textos de un autor realizada en España bajo plan uniforme en cualquier época. Hay en tal edición puntos susceptibles de enmienda y de mejora, pero su misión fundamental, reunir toda la producción impresa e inédita y ponerla al alcance de los estudiosos de hoy, ha sido satisfactoria y cumplidamente realizada.

También hay que destacar la creciente afición a las antologías temáticas y la utilización de fragmentos para ponerlos al frente de ediciones de autores clásicos. Pero el máximo avance se registra en la publicación de epistolarios: centenares de cartas de Menéndez y Pelayo o dirigidas a él han sido divulgadas en estos últimos tiempos, y nos consta que durante el actual centenario han de aparecer muchas más.

Entre los estudios destaca la penuria de los bibliográficos frente a los abundantes que estudian aspectos muy concretos de la biografía, aunque es de esperar que ésta sufra una revisión completa y no pocas modificaciones como resultado de los nuevos materiales que aportan las numerosas cartas desconocidas anteriormente.

Son también copiosos los trabajos que versan sobre la contribución de Menéndez y Pelayo a cualquiera de las disciplinas científicas que cultivó, y, para mayor claridad, los hemos agrupado con arreglo a estas materias. Quizá donde se advierte un cambio más radical de posición entre los estudios antiguos y modernos es en la bibliografía de tema político, ya que los primeros artículos, que sólo veían en él un miembro de tal o cual organización partidista o un amigo de determinados gobernantes, han sido reemplazados por otros muchos en que, desde un ángulo favorable o adverso, se examinan y discuten sus grandes concepciones y sus maduros juicios acerca de los problemas nacionales.

Es de esperar que este primer centenario corone el notable esfuerzo realizado durante este período que le ha precedido y deje como herencia aquellos estudios fundamentales cuya falta se advierte aún en la bibliografía de Menéndez y Pelayo.

EDICIONES

OBRAS COMPLETAS.

1

Obras completas. Edición nacional. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. [Santander. Aldus]. 1940 - (en publicación); 62 volúmenes, 21,5 centímetros. Ha sido dirigida consecutivamente por Miguel Artigas, Ángel González Palencia y Rafael de Balbín Lucas, y la prepara Enrique Sánchez Reyes. El tomo I lleva un prólogo de José Ibáñez Martín. Los índices de los volúmenes I-XLIII fueron preparados por Luis María, Ángela y Ramón González-Palencia, y los de los siguientes por José Simón Díaz y Constantino García.

Contenido:

I-V. *Historia de las ideas estéticas en España,* cinco volúmenes.
Crítica: C[eñal], R., en «Pensamiento», V, Madrid, 1947; pág. 95.

VI-XII. *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria,* siete volúmenes.
Crítica: Tamayo, J. A., en «Revista de Filología Española», XXV, Madrid, 1941, págs. 553-56; XXVI, 1942, págs. 122-23 y 372-75.—Valle Llano, A., en «Razón y Fe», CXXVI, Madrid, 1942, págs. 441-42.

XIII-XVI. *Orígenes de la novela,* cuatro volúmenes.
Crítica: Tamayo, J. A., en «Revista de Filología Española», XXVII, Madrid, 1943; págs. 117-19 y 463-65.

XVII-XXVI. *Antología de poetas líricos castellanos,* 10 volúmenes.
Crítica: Díez Echarri, E., en ARBOR, IV, Madrid, 1945; págs. 342-47.—Peers, E. A., en «Bulletin of Spanish Studies», XXIV, Liverpool, 1947; páginas 194-95.—Tamayo, J. A., en «Revista de Filología Española», XXVIII, Madrid, 1944; págs. 281-82.

XXVII-XXVIII. *Historia de la poesía hispano-americana,* dos volúmenes.

XXIX-XXXIV. *Estudios sobre el Teatro de Lope de Vega,* seis volúmenes.

XXXV-XLII. *Historia de los heterodoxos españoles,* ocho volúmenes.

XLIII. *Ensayos de crítica filosófica,* un volumen.

XLIV-LIII. *Bibliografía hispano-latina clásica,* 10 volúmenes.
Crítica: A. G. R., en «Hispanic Review», XXI, Filadelfia, 1953; págs. 85-86.—B[ataillon], M., en «Bulletin Hispanique», LV, Burdeos, 1953; pág. 217.—Campos, J., en «Helmántica», VI, Salamanca, 1955; págs. 154-55.—F[ernández] Galiano, M., en «Emérita», XXI, Madrid, 1953; págs. 378-80.—L[ida] de Malkiel, M. R., en «Erasmus», VI, Basilea, 1953; págs. 493-96.—Ooteghem, J. Van, en «Les Études Classiques», XIX, Namur, 1951; págs. 448-49.

LIV-LVII. *Biblioteca de traductores españoles,* cuatro volúmenes.
Crítica: Campos, J., en «Helmántica», VI, Salamanca, 1955; págs. 155-56.—

González Ollé, F., en «Revista de Filología Española», XXXVIII, Madrid, 1954; páginas 360-65.—Rothberg, Irving P., en «The Romanic Review», XLVI, Nueva York, 1955; págs. 128-31.

LVIII-LX. *La Ciencia española*, tres volúmenes.
Crítica: Joaquín de la Sagrada Familia (Fr.), en «Revista de Espiritualidad», XIV, Madrid, 1955; páf. 103.—Kerr, R. J. A., en «Bulletin of Hispanic Studies», XXXII, Liverpool, 1955; pág. 124.

LXI-LXII. *Poesías*, dos volúmenes.
Crítica: Dolç, M., en «Argensola», VI, Huesca, 1955; págs. 389-90.—Pietquin, G., en «Les Etudes Classiques», XXIII, Namur, 1955; pág. 461.—Rossi, G. C., en «Idea», Roma, 1936, núm. 11; pág. 2.

OBRAS SUELTAS.

2.
Historia de las ideas estéticas en España. Buenos Aires, 1943; cinco volúmenes.
3.
Orígenes de la novela. Buenos Aires. Espasa-Calpe Argentina, 1943; tres volúmenes.
4.
Los grandes polígrafos españoles. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid. (En «Menéndez-Pelayismo», I, Santander, 1944; págs. 3-194.)
5.
Historia de los heterodoxos españoles. Edición ordenada y corregida por F. F. Corso. Buenos Aires, Edit. Emecé, 1945-46; ocho volúmenes.
Con traducciones castellanas de los textos griegos y latinos, realizadas por E. Córdoba Palacios.
6.
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana. Selección y prólogo de ——— ——— [Buenos Aires]. Espasa-Calpe. [Cía. General Fabril Financiera], 1948; 252 págs., 18 centímetros (Col. Austral, 820).
7.
Don Alonso de Aguilar en Sierra Bermeja. Poema en octavas reales. Edición de Enrique Sánchez Reyes. (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXX, Santander, 1954; págs. 17-83.)
Primera edición.
8.
Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana, escogidas por ———. Edición revisada por Miguel Artigas. 4.ª edición. Madrid, Suárez. [Imp. Ciudad de los Muchachos], 1954; XVI + 348 págs. + 3 hs., 15,5 centímetros. (Publicaciones «Buena Prensa».)

ANTOLOGÍAS.

9.
Menéndez y Pelayo, orientador de la cultura. Colección sistematizadora de pasajes de interés general entresacados de 43 obras del maestro... Por Arturo M. Cayuela. Barcelona, Editorial Nacional, 1939; 403 págs. en 8.º

10.
Crítica de ingenios. Selección y nota preliminar de Pablo Beltrán de Heredia. Madrid. Edic. Atlas. [Diana], 1943; 176 págs., 19,5 centímetros. (Col. Cisneros.)
11.
Estudios en torno al siglo XIX. Selección y nota preliminar de Pablo Beltrán de Heredia. Madrid. Edic. Atlas. [Estades], 1944; 212 págs., 19,5 centímetros. (Colección Cisneros, 93.)
12.
La conciencia española. Recopilación de Antonio Tovar. Madrid, Epesa. [Tall. Gráficos Marsal], 1948; LIX + 461 págs. Págs. XI-LIX: Prólogo.
Crítica: Calvo Serer, R., en ARBOR, XIX, Madrid, 1951; págs. 160-73.—Giraldo Z., Germán, en «Universidad Pontificia Bolivariana», XV, Medellín (Colombia), 1950; págs. 268-69.—Hornedo, R. M. de, en «Razón y Fe», CXXXIX, Madrid, 1949; págs. 425-42. (Importante.)
13.
La estética del idealismo alemán. Selección y prólogo de Oswaldo Market. Madrid, Ediciones Rialp. [Tip. Flo-Rez], 1954; 298 págs., 19 centímetros. (Biblioteca del Pensamiento Actual, 24.) Págs. 9-51: Prólogo. Colección de textos tomados principalmente del tomo IV de la *Historia de las ideas estéticas* (ed. nacional).
Crítica: Herrero, J., en «Revista de Filosofía», XIV, Madrid, 1955; pág. 152.—Láscaris Comneno, C., en «Revista de Ideas Estéticas», XIII, Madrid, 1955; páginas 343-45.—Roig Gironella, J., en «Pensamiento», X, Madrid, 1954; páginas 507-8.—Segura, F., en «Razón y Fe», CLI, Madrid, 1955; págs. 215-16.
14.
Menéndez y Pelayo, orientador de la cultura española. Colección sistematizada de pasajes de interés general, entresacados de cincuenta y dos obras del maestro, con preliminares, notas e índices, por Arturo M. Cayuela. Madrid, Edit. Nacional. [Talls. Gráfs. Montaña], 1954; 490 págs., 21,5 centímetros.
Crítica: A. N., en «Broteria», LXI, Lisboa, 1955; pág. 474.—C. L. S. S., en «Scrinium», VI, Friburgo, 1953; pág. 367.—Segura, F., en «Razón y Fe», CLI, Madrid, 1955; págs. 215-16.
15.
La filosofía española. Selección e introducción de Constantino Láscaris Comneno. Madrid, Rialp, 1955; 481 págs., 19 centímetros. (Biblioteca del Pensamiento Actual, 52.)
16.
Textos sobre España. Selección, estudio preliminar y notas de Florentino Pérez Embid. Madrid, Rialp, 1955; 434 págs., 19 centímetros. (Biblioteca del Pensamiento Actual).
Crítica: J. C., en «Nuestro Tiempo». Madrid, 1955, núm. 16; pág. 124.
17.
Antología poética. [Selección de Carlos Salomón. Prólogo de José Hierro]. [Santander. Edics. Cantalapiedra. Imp. Hnos. Bedia]. [1955]; 39 págs., 20 cms.
Crítica: Montero Padilla, J., en «Revista de Literatura», VIII, Madrid, 1955; páginas 368-71.

FRAGMENTOS. PRÓLOGOS.

18.
Carta prólogo. (En Rodríguez Marín, Francisco: *Ciento y un sonetos*. Madrid, Prensa Española, 1941.)
Reimpresión.

19.
San Isidoro, Cervantes y otros estudios. Selección y nota preliminar por José María de Cossío. [Madrid]. Espasa-Calpe. [1941]: 167 págs., 18 centímetros (Col. Austral, 251).
20.
Estudio preliminar. (En Castiglione: *El Cortesano*. Traducción de Juan Boscán. Madrid, Imp. Aguirre, 1942.)
21.
Estudio preliminar. (En Calderón de la Barca, Pedro: *Comedias de capa y espada*. Madrid, Edic. Atlas, 1943. Col. Cisneros.)
22.
Estudio preliminar. (En Martínez de la Rosa, F.: *Hernán Pérez del Pulgar, el de las hazañas*. Madrid, Edic. Atlas, 1943. Col. Cisneros.)
23.
Estudio y notas preliminares. (En Vega, Lope de: *Autos sacramentales*. Madrid, Ediciones Atlas, 1943. Col. Cisneros.)
24.
Nota preliminar. (En Chateaubriand, Francisco A. de: *Estudios históricos*. Madrid, Ediciones Atlas, 1943. Col. Cisneros, 19.)
25.
Poetas de la Corte de don Juan II. [Madrid], Espasa-Calpe, 1943; 288 págs., 18 centímetros (Col. Austral, 350).
26.
Estudio preliminar. (En [López de Mendoza, Iñigo], marqués de Santillana: *Proverbios, glosados por Pedro Díaz de Toledo*. Madrid, Edic. Atlas, 1944. Col. Cisneros, 66.)
27.
Estudio preliminar. (En Molière: *La escuela de los maridos. El hipócrita*. Madrid, Ediciones Atlas, 1944. Col. Cisneros.)
28.
Nota preliminar. (En [Téllez, Fr. Gabriel] Tirso de Molina: *El bandolero*. Madrid, Ediciones Atlas, 1944. Col. Cisneros.)
29.
Prólogo. (En Pardo Bazán, Emilia: *San Francisco de Asís (siglo XIII)*, tomo. I. Buenos Aires, Emecé, 1944.)
30.
El abate Marchena. [Buenos Aires]. Espasa-Calpe. [Cía. General Fabril Financiera], 1946; 151 págs. + 4 hs., 18 centímetros (Col. Austral, 597).
31.
Historia de la poesía argentina. [Buenos Aires]. Espasa-Calpe. [Cía. General Fabril Financiera], 1947; 145 págs., 18 centímetros (Col. Austral, 715).
32.
La Celestina. [Buenos Aires], Espasa-Calpe. [Cía. General Fabril Financiera]. [1947]: 230 págs., 18 centímetros (Col. Austral, 691).
33.
La poesía en Venezuela. (En «Boletín de la Academia Venezolana», XIX. Caracas, 1951; págs. 170-240.)

Se reproduce el capítulo dedicado a Venezuela en el tomo II de la *Antología de poetas hispano-americanos.*

TRADUCCIONES.

34.
Romeo y Julieta. Macbeth. Otelo, el moro de Venecia. Traducción de ———. (En Shakespeare: *Las cinco grandes tragedias...* Buenos Aires, Argonauta, 1945; páginas 7-83, 85-141 y 385-473, respectivamente.)

EPISTOLARIO.

Alas (Leopoldo).

35.
Menéndez y Pelayo, Unamuno, Palacio Valdes: *Epistolario a "Clarín".* Madrid, Ediciones Escorial. [Imp. Samarán], 1941; 241 págs. Págs. 24-31: *Don Marcelino Menéndez y Pelayo,* por Adolfo Alas. Se insertan dos cartas dirigidas por Menéndez y Pelayo a *Clarín* en 26 de octubre de 1891 y 8 de abril de 1898, respectivamente, con un facsímil de la primera.

36.
Menéndez y Pelayo, Marcelino, y Alas, Leopoldo: *Epistolario.* Prólogo de Gregorio Marañón. Madrid, Edics. Escorial, 1943; 234 págs. + 2 hs. 4.º.
Reimpresión del anterior, con adiciones.

América.

37.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Menéndez y Pelayo y la hispanidad. Correspondencia entre Menéndez y Pelayo y escritores hispano-americanos.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXVII, Santander, 1951; págs. 5-364.)

38.
————. *Menéndez y Pelayo y la hispanidad. Epistolario,* 2.ª edición, aumentada con nuevas cartas, notas e índices. Santander, Junta Central del Centenario de Menéndez y Pelayo. [Hermanos Bedia], 1955; X págs. + 1 h. + 409 páginas + 1 h., 23,5 centímetros.

Asín Palacios.

39.
GONZÁLEZ PALENCIA, ÁNGEL: *Correspondencia entre Menéndez y Pelayo y "Asín".* (En «Al-Andalus», XII, Madrid, 1947; págs. 391-414.)
Tirada aparte: Madrid, C.S.I.C. [s. i.], 1947; págs. 319-414.

Buchanan.

40.
PARKER, JACK H.: *Una carta autógrafa de don Marcelino Menéndez y Pelayo al doctor Buchanan.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXX, Santander, 1954; págs. 171-73.)

Bushee.

41.
BUSHEE, ALICE H.: *Cartas recibidas de M. Menéndez y Pelayo y Ricardo Palma.* (En «Estudios Hispánicos». Homenaje a A. M. Huntington. Wellesley, 1952; páginas 105-9.)

Caro.

42.
CARO, MIGUEL ANTONIO: *Epistolario. Correspondencia con don Rufino Cuervo y don Marcelino Menéndez y Pelayo.* Bogotá, Edit. Centro, 1941; págs. 181-283.
Correspondencia entre Caro y M. P. (1878-1892).

43.
Epistolario de Miguel Antonio Caro. Cuatro cartas a Marcelino Menéndez y Pelayo. (En «Thesaurus», VII, Bogotá, 1951; págs. 342-48.)
Se insertan cuatro cartas que faltan en el Epistolario publicado en 1941.

Castelar.

44.
CORTÉS ECHANOVE, L.: *Menéndez y Pelayo, Castelar y Burgos.* (En «Boletín de la Institución Fernán González», VII, Burgos, 1946-47; págs. 293-300.)
Sobre una carta de M. P. a Castelar acerca de bibliografía burgalesa.

De Gubernatis.

45.
DELLA CORTE, EMILIO: *Cómo surgió en Madrid la Sociedad Helénico-Latina. Cartas desconocidas de Menéndez y Pelayo, Unamuno, Pérez Galdós, Echegaray, Quintana, J. Valera y E. Pardo Bazán.* (En «El Español». Madrid, 21 de agosto de 1943, núm. 43, pág. 4.)
Transcribe una carta de M. P. a Angelo de Gubernatis en que se adhiere a los fines de la Sociedad que éste había fundado en Roma en 1902.

Estelrich.

46.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *La correspondencia de Estelrich y Menéndez y Pelayo.* En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXIV, Santander, 1950; páginas 111-337.)

47.
B[ERTINI], G[IOVANNI] M[ARIA]: *Quattro lettere inedite di Marcelino Menéndez y Pelayo.* (En «Quaderni Ibero-Americani», II, Turín, 1951, núm. 10, págs. 51-53.) Cuatro cartas a Estelrich (1884-86).

Fabié (María).

48.
TORAL Y PEÑARANDA, ENRIQUE DE: *Epistolario de María Fabié y Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», XXXI, Santander, 1955; páginas 94-132.)

Farinelli.

49.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Epistolario de Farinelli y Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXIV, Santander, 1948; pág. 107.)
50.
Cartas de Menéndez y Pelayo a Farinelli. Notas y bibliografía. Buenos Aires, Instituto de Literatura, 1948; 97 págs. + 1 lám. 8.º.

Fernández Cabello.

51.
CARRERA SANABRIA, MANUEL: *Epistolario de don Cayetano Fernández Cabello.* (En «Boletín de la Real Academia Española», XXV, Madrid, 1946, págs. 453-60; XXIX, 1949; págs. 151-66, 339-47.)

Fitzmaurice-Kelly.

52.
COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE: *Cartas de Fitzmaurice-Kelly a Menéndez y Pelayo.* (En «Ensayos hispano-ingleses. Homenaje a Walter Starkie». Barcelona, J. Janés, edición 1948; págs. 63-95.)

Francia.

53.
BELTRÁN DE HEREDIA, PABLO: *Correspondencia de hispanistas franceses con Menéndez y Pelayo.* Madrid [s. i.], 1943; 27 págs., 24,5 cms.
Tirada aparte de la «Revista de la Universidad de Madrid».

Martínez Vigil.

54.
CASTRO, JOSÉ P.: *Un epistolario y unas elecciones. Menéndez y Pelayo.—Martínez Vigil.—La Universidad de Oviedo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXVIII, Santander, 1952; págs. 7-29.)

Menéndez y Pelayo (Enrique).

55.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Epistolario de don Enrique y don Marcelino Menéndez y Pelayo, con prólogo, notas e índices.* (En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», XXX, Santander, 1954; págs. 197-467.)

Morel-Fatio.

56.
Epistolario de Morel-Fatio y Menéndez y Pelayo. Prólogo y notas por Enrique Sánchez Reyes. (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXVIII, Santander, 1952; págs. 207-413.)
Tirada aparte: Santander [Gráfs. Hermanos Bedia], 1953; 273 págs. 24 cms.
Crítica: Bataillon, M., en «Bulletin Hispanique», LV, Burdeos, 1953; págs. 202-4.

Mujeres.

57.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Cartas de mujeres a Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», XXXI, Santander, 1955, págs. 133-84.)

Pereda.

58.
Epistolario de Pereda y Menéndez y Pelayo. Edición de María Fernanda Pereda y Torres-Quevedo y Enrique Sánchez Reyes. (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXIX, Santander, 1953; págs. 213-391.)
Tirada aparte: Santander. C.S.I.C. [Hermanos Bedia], 1953.

Perú.

59.
LOHMANN VILLENA, GUILLERMO: *Diecinueve cartas inéditas de peruanos ilustres a Menéndez y Pelayo.* (En «Mar del Sur», II, Lima, 1949, núm. 4; págs. 1-14.)

Pitollet.

60.
PITOLLET, CAMILE: *Mi correspondencia con Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXV, Santander, 1949; págs. 226-345.)

Pontevedra.

61.
FILGUEIRA VALVERDE, JOSÉ: *Menéndez y Pelayo y la Exposición de 1909. Una carta inédita.* (En «El Museo de Pontevedra». Pontevedra, 1954, núms. 27-28; páginas 178-79.)

Portugal.

62.
ROSSI, GIUSEPPE CARLO: *Lettere di e a don Marcelino Menéndez y Pelayo dal Portogallo.* (En «Revista de Bibliografía Nacional», VII, Madrid, 1946; págs. 359-61.)

Restori.

63.
ROSSI, GIUSEPPE CARLO: *Correspondencia de Antonio Restori a don Marcelino Menéndez y Pelayo.* (En «Revista de Bibliografía Nacional», VI, Madrid, 1945; páginas 129-55.)

Sanguily.

64.
IRAIZOZ, ANTONIO: *Tres cartas de Sanguily a Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Academia Cubana de la Lengua», II, La Habana, 1953; págs. 240-45.)

Teza.

65.
MARIUTTI, ANGELA: *Cartas de Menéndez y Pelayo a Teza.* (En «Revista Bibliográfica y Documental», V, Madrid, 1951; págs. 247-54.)

Valera.

66.
PLACER, GUMERSINDO: *Carta inédita de Menéndez y Pelayo.* (En «Estudios», VI, Madrid, 1950; págs. 537-43.)
Reproduce una carta de M. P. a don Juan Valera (Santander, 4 de julio de 1881), que no figura en el *Epistolario* de ambos, publicado por Artigas y Sainz Rodríguez.

Villahermosa (Duques de).

67.
FERNÁNDEZ, LUIS: *Menéndez y Pelayo y los Villahermosa. Un epistolario inédito.* (En «Revista de Bibliografía Nacional», V, Madrid, 1944; págs. 285-99.)
68.
CASCÓN, MIGUEL: *Un rasgo patriótico de la XV duquesa de Villahermosa y su interpretación por Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXI, Santander, 1945; págs. 353-62.)
Publica un fragmento de la carta dirigida por M. P. a la duquesa (Santander, 21 de diciembre de 1904), felicitándola por haberse negado a vender a Morgan un cuadro de Velázquez.

ESTUDIOS

BIBLIOGRAFÍA.

69.
SIMÓN DÍAZ, JOSÉ: *Estudios sobre Menéndez y Pelayo*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños [Imp. Jura], 1954; 72 págs., 21,5 cms. (Monografías bibliográficas, IV.)
Crítica: A. C. P., en «Cuadernos Hispanoamericanos», XXIII, Madrid, 1955; páginas 459-60.—Bihler, H., en «Archiv für das Studium der neueren Sprachen», CXXXII, Freiburg, 1955; pág. 360.—Carballo, A., en «Revista de Filología Española», XXXVIII, Madrid, 1954; págs. 351-55.—Entrambasaguas, J. de, en «Revista de Literatura», VI, Madrid, 1954; págs. 427-29.—Montero Padilla, J., en «Boletín de Filología Española», I, Madrid, 1955, núm. 3; págs. 24-25.—Rossi, G. C., en «Idea», Roma, 8 de mayo de 1955.—Thompson, L. S., en «Library Journal», Nueva York, 1955; pág. 1094.

ESTUDIOS DE CONJUNTO.

70.
ARTIGAS, MIGUEL: *La vida y la obra de Menéndez u Pelayo*. Zaragoza, «Heraldo de Aragón», 1939; 198 págs., 20 cms.
71.
GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, RAFAEL: *Menéndez y Pelayo. El sabio y el creyente*. Con una carta-prólogo de Francisco Rodríguez Marín. Madrid, Edics. Fax [Sucesores de Rivadeneyra] [1940]; 584 págs. + 1 h., 22 cms.
72.
SANDOVAL, ADOLFO DE: *Menéndez y Pelayo. (Su vida íntima. Su obra. Su genio.)* [Madrid. Talls. Tip. Sáez], 1944; 222 págs. + 1 h., 19,5 cms. (Colección Lyke.)
Crítica: Pérez, Quintín, en «Razón y Fe», Madrid, 1945; págs. 315-17.
(Formula importantes reparos.)
73.
SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS: *Menéndez y Pelayo, Marcelino*. (En su «Ensayo de un Diccionario de la Literatura», tomo II, Madrid, Aguilar, 1949; páginas 1055-57.)
74.
[ARTIGAS, LUIS] JUAN GONZÁLEZ PIEDRA (seud.): *Vida y obra de Menéndez y Pelayo*. [Madrid. Publicaciones Españolas, s. i.] [1952]; 30 págs. a dos cols. + + 2 hs. con grabados, 24 cms. (Temas españoles, 12.)
75.
G[ILI] G[AYA], S[AMUEL]: *Menéndez y Pelayo, Marcelino*. (En «Diccionario de Literatura Española», 2.ª edic. Madrid, «Revista de Occidente», 1953; págs. 461-62.)
76.
MUÑOZ ALONSO, A.: *Menéndez y Pelayo*. (En «Servicio». Madrid, 19 de mayo de 1954, número 487.)
Consta de dos partes, una de las cuales va firmada con el seudónimo de A. López Navarro.

REVISTAS DEDICADAS A MENÉNDEZ Y PELAYO.

77.
Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo. Santander, 1945 (en publicación. Segunda época: la primera comprende el período 1919-1938. Sobre el intento realizado en 1944 de resucitarle con otro nombre, véase la ficha siguiente.

78.
Menéndez-Pelayismo. Segunda época del «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», número 1, Santander, Sociedad de Menéndez y Pelayo, 1944 (19 de mayo); XX + 246 págs. + 1 lám., 22 cms.

Solamente se publicó este número. Sus artículos se citan en los lugares correspondientes.

Crítica: Entrambasaguas, Joaquín de, en «Revista de Bibliografía Nacional», V, Madrid, 1944; págs. 369-80. Hay tirada aparte con el título de *"Menéndez-Pelayismo" y otros excesos.* Madrid, C.S.I.C., 1945; 12 págs., 24,5 cms. Pérez, Quintín, en «Razón y Fe», Madrid, 1945; págs. 311-12.

BIOGRAFÍAS

Generales.

79.
NARBONA, RAFAEL: *El aliento de un siglo. Menéndez y Pelayo.* Madrid, V, Suárez, ed. [Imp. Samarán]. [s. a., 1942]; 111 págs., 19,5 cms.

80.
[ODRIOZOLA, GONZALO]: *Breve biografía de don Marcelino Menéndez y Pelayo.* Carta-prólogo de Ramón de Solano Polanco. 2.ª edic., corregida y aumentada, Santander, Liceo Menéndez y Pelayo. [Edit. Cantabria]. [s. a., 1945]; 40 páginas, 14,5 cms.

81.
CARRERA MORA, R.: *Biografía de Menéndez y Pelayo.* [Santander, Imp. Casa Maestro]. [s. a.]; 23 págs., 15 cms.

Para estudiantes.

Semblanzas.

82.
LOMBA Y PEDRAJA, JOSÉ RAMÓN: *Semblanza de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Discurso...* (En «Anales de la Universidad de Oviedo», VII, Oviedo, 1939; páginas 1-27.

83.
NABOT Y TOMÁS, FRANCISCO: *Sumario de la biografía del doctor don Marcelino Menéndez y Pelayo, seguido del «Programa» de su Curso del Doctorado, en la asignatura de «Historia Crítica de la Literatura Española», de la Facultad de Filosofía y Letras, en la Universidad Central (año académico de 1894-95)...* Barcelona, Imprenta de A. Ortega, 1941; 8 págs., 21 cms.

84.
COSSÍO, JOSÉ MARÍA DE: *Semblanzas de Menéndez y Pelayo.* Extracto de la conferencia pronunciada en los Cursos de Verano... en Jaca, 1946. (En «Anales de los Cursos de Verano en la Universidad de Zaragoza, en Jaca», tomo I.)
Tirada aparte: Zaragoza. Libr. General, 1947; 28 págs., 21 cms.
85.
ECHEGARAY, FERNANDO: *Figuras hispanas. Menéndez y Pelayo.* (En «La Gaceta del Norte», Bilbao, 19 de mayo de 1942.)

Episodios diversos.

86.
[MARTÍN LANUZA, ANTONIO]: *Montañés, santanderino y callealtero.* (En «El Aspirante», Santander, julio de 1939, núm. 8.)
87.
¿Dónde nació Menéndez y Pelayo? Consta que era «callealtero», pero se desconoce la casa en que vió la primera luz. (En «Alerta», Santander, 19 de mayo de 1942.)
88.
CÓRDOBA Y OÑA, SIXTO: *Menéndez y Pelayo nació en el núm. 15 de la calle Alta.* (En «Alerta», Santander, 13 de agosto de 1942; pág. 3.)
89.
— *Ocho domicilios tuvo don Marcelino en Santander.* (En ídem, 3 de septiembre de 1942.)
90.
— *Menéndez y Pelayo no nació en Ruamayor.* (En ídem, 15 de octubre de 1942.)
91.
— *La coda de mi cantilena. La calle Alta debe ostentar un rollo de Menéndez y Pelayo.* (En ídem, 18 de febrero de 1943.)
92.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *¿Menéndez y Pelayo o Menéndez Pelayo?* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXV, Santander, 1949; págs. 117-24.)
93.
RÍO, JOSÉ DE: *Estampas de la vida de Menéndez y Pelayo. El niño prodigio.* (En «El Español», Madrid, 14 de noviembre de 1942; pág. 3.)
94.
MONTERO PADILLA, JOSÉ: *Menéndez y Pelayo estudiante.* (En «Guía», Madrid, febrero de 1953; págs. 6-7.)
95.
SIGUÁN, MIGUEL: *Cataluña en la vida de Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXV, Santander, 1949; págs. 5-49.)
96.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *El poema de don Alonso de Aguilar.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXX, Santander, 1954; págs. 5-15.)
97.
RÍO SAINZ, JOSÉ DEL: *Las musas de Menéndez y Pelayo.* (En «Solidaridad Nacional», Barcelona, 24 de septiembre de 1942.)

98.
ESPINA, CONCHA: *Una novela de amor*. Madrid. [Graf. Clemares], 1953; XV + + 322 págs., 19 cms.
Relato novelesco de las relaciones de Menéndez y Pelayo con su prima Concha Pintado, basado en recuerdos personales de la autora y en una carta de aquél a su novia (Santander, 1 de septiembre de 1878), que se reproduce en facsímil.
Crítica: Fernández Almagro, M., en «A B C», Madrid, 19 de enero de 1954; página 27.—Rivas Andrés, V., en «Humanidades», VI, Comillas, 1954; páginas 101-3.—Villarrazo, B., en «Letras», Madrid, 1954, núm. 171; págs. 14-15.

99.
PÉREZ EMBID, FLORENTINO: *Menéndez y Pelayo y los krausistas*. (En «Nuestro Tiempo», Madrid, 1955, núm. 10; págs. 3-24.)

100.
GOMIS, JUAN BAUTISTA: *Autógrafos de Menéndez y Pelayo y Jesús Monasterio*. (En «Verdad y Vida», I, Madrid, 1943; págs. 586-92.)
Publica una carta de Menéndez y Pelayo, de 22 de abril de 1901, en que solicita su voto para la presidencia de la Academia de San Fernando y la respuesta de éste, en que se excusa por estar enfermo.

101.
SOLANA, MARCIAL: *Menéndez y Pelayo, candidato a la dirección de la Real Academia Española*. (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXII, Santander, 1946; págs. 5-44.)

102.
CASTAÑEDA, VICENTE: *Dos autógrafos referentes a la elección de don Marcelino Menéndez y Pelayo como director de la Real Academia de la Historia*. (En «Boletín de la Real Academia de la Historia», CXXXII, Madrid, 1953; págs. 167-70 y 4 hs. de facsímiles.)
Se refiere a la carta de felicitación que le dirigió don Alfonso XIII con motivo de su nombramiento de director de la Academia y a la respuesta de don Marcelino. Ambas cartas habían sido ya reproducidas en el catálogo de la Biblioteca de Palacio.

103.
RUIZ CONTRERAS, LUIS: *Memorias de un desmemoriado. Menéndez y Pelayo*. (En «El Español», Madrid, noviembre de 1943, números 55-57.)

104.
MARAÑÓN, GREGORIO: *Menéndez y Pelayo y España. Recuerdos de la niñez*. (En «Tiempo viejo y tiempo nuevo». Madrid, Espasa-Calpe, 1940.)
Quinta edición: Madrid, Espasa-Calpe, 1947.
Crítica: Pérez, Quintín, en «Razón y Fe», Madrid, 1945; págs. 312-15.

105.
RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J.: *Dos hombres de ciencia: don José Ramón F. Luanco y don Marcelino Menéndez y Pelayo. Su vida en Castropol*. (En «Las Riberas del Ea», Ribadeo, 12 de mayo de 1945.)

106.
ROJAS, RICARDO: *Don Marcelino Menéndez y Pelayo. Visita al maestro en su taller*. (En «Retablo español», Buenos Aires, Edit. Losada, 1948; págs. 105-8 y 108-12.)

107.
ARAUJO-COSTA, LUIS: *Don Marcelino Menéndez y Pelayo.* (En «Hombres y Cosas de la Puerta del Sol», Madrid, Edit. Nacional, 1952; págs. 205-7.)
108.
RODRÍGUEZ MARÍN, FRANCISCO: *Menéndez y Pelayo en Sevilla.* (En «Alerta», Santander, 5 de noviembre de 1942; pág. 3.)
109.
GÓMEZ-SANTOS, MARINO: *Agonía y muerte de Menéndez y Pelayo.* (En «A B C», Madrid, 19 de mayo de 1954.)
Atribuye a Baroja algunas frases despectivas e insultantes sobre Menéndez y Pelayo.
110.
SERNA, VÍCTOR DE LA: *La tumba de Menéndez y Pelayo.* (En «A B C», Madrid, 29 de mayo de 1954.)

Homenajes póstumos.

111.
MAURA, ANTONIO: *En el acto de inaugurar S. M. el Rey don Alfonso XIII la Biblioteca y descubrir la estatua de Menéndez y Pelayo en Santander. 28 de agosto de 1923.* (En sus *Discursos conmemorativos,* Madrid, 1941; pág. 184-90.)

Aniversarios.

112.
En el XXVIII aniversario de la muerte de Menéndez y Pelayo. (En «A B C», Madrid, 20 de mayo de 1940.)
Reseña de los actos celebrados, especialmente de la sesión de la Academia de Jurisprudencia, en que pronunciaron discursos López Ibor, García Valdecasas y Pemán.

Sus familiares.

113.
RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J.: *Dos hombres de ciencia: don José Ramón F. Luanco y don Marcelino Menéndez Pintado.* (En «Covadonga», Covadonga, 1 de diciembre de 1946; págs. 394-95.)
114.
DIEGO, GERARDO: [*Estudio preliminar*]. (En «E. Menéndez y Pelayo». Selección y estudio de ————. Santander, Libr. Moderna, 1951. Págs. VII-CXII: Antología de Escritores y Artistas Montañeses, X.)
115.
RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J.: *La familia de Menéndez y Pelayo.* (En «Las Riberas del Ea», 2 de diciembre de 1944.)
Sobre los descendientes.
Véase, además, el núm. 55.

Su generación.

116.
LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *La generación de Menéndez y Pelayo.* (En «Revista de Estudios Políticos», VII, Madrid, 1944; págs. 1-22.)

Sus maestros.

117.
FARINELLI, ARTURO: *Milá y Fontanals.* (En *Poesía del Montserrat y otros ensayos,* Barcelona, Bosch, 1940; págs. 9-57.)
118.
OLIVES CANALS, SANTIAGO: *Bergnes de las Casas, helenista y editor. 1801-1879. Barcelona,* C.S.I.C. [Imp. Clarasó], 1947; 297 págs. + 1 h., 22 cms.

Sus amigos.

119.
RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ, J.: *La biblioteca de don Ramón F. de Luanco y su correspondencia con Menéndez y Pelayo.* (En «Covadonga», Covadonga, 1 de enero de 1947, núm. 20; págs. 409-10.)
120.
GULLÓN, RICARDO: *Las cartas de Valera y Menéndez y Pelayo. Menéndez y Pelayo, íntimo.* (En «Alerta», Santander, 20 de diciembre de 1946.)
121.
CÁCERES, FRANCISCO DE: *Galdós y Menéndez y Pelayo.* (En «Alerta», Santander, 6 de febrero de 1943; pág. 3.)
122.
PÉREZ BUSTAMANTE, CIRIACO: *Menéndez y Pelayo y la amistad.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1948, núm. 19; págs. 11-20.)
123.
RESTREPO CANAL, CARLOS: *Vidas paralelas de Miguel Antonio Caro y Menéndez y Pelayo.* (En «Bolívar», Bogotá, 1953, núm. 20; págs. 825-40.)
124.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Los Menéndez y Pelayo y Zorrilla.* (En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», XXXI, Santander, 1955; págs. 5-18.)
Véase, además, los núms. 35-68.

La casa.

125.
BELTRÁN DE HEREDIA, PABLO: *El jardín de Menéndez y Pelayo.* (En «Fotos», Madrid, 31 de mayo de 1941.)
126.
CÁCERES, FRANCISCO DE: *La casa en que Menéndez y Pelayo murió va a ser convertida en museo.* (En «Fotos», Madrid, 15 de mayo de 1943.)

127.
La casa del polígrafo ha sido restaurada en estos días. (En «Alerta», Santander, 19 de mayo de 1943.)
128.
CARPINTERO, HELIODORO: *La casa de Menéndez y Pelayo.* (En «Fotos», 10 de octubre de 1951.)

La biblioteca.

129.
ARÁIZ, A.: *A la sombra de Menéndez y Pelayo.* (En «Amanecer», Zaragoza, 13 de septiembre de 1942; pág. 4.)
130.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *La biblioteca de Menéndez y Pelayo.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1943, núm. 29; págs. 31-44.)
131.
GONZÁLEZ DÍAZ, JULIÁN: *La Biblioteca Menéndez y Pelayo, palacio de la ciencia española.* (En «El Diario Montañés», Santander, 9 de agosto de 1944.)
132.
BORRÁS VIDAOLA, E.: *La cátedra «Menéndez y Pelayo» en la Biblioteca santanderina. Obras de ampliación y establecimiento de un centro coordinador de bibliotecas montañesas.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1948, núm. 76; págs. 43-45.)

LA OBRA

Generalidades.

133.
AGUILERA, IGNACIO: *Sumaria consideración de tres aspectos en la obra de Menéndez y Pelayo.* (En «Anales de la Universidad de Oviedo», VII, Oviedo, 1939; páginas 61-113.)
I. Menéndez y Pelayo y la crítica del presente; II. Menéndez y Pelayo y la regeneración para el porvenir; III. Menéndez y Pelayo y la reconstitución del pasado.
134.
D'ORS, EUGENIO: *Glosas. La defensa de Menéndez y Pelayo.* (En «La Voz de España», San Sebastián, 4 de febrero de 1939; pág. 6.)
135.
LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Loa sincera de Menéndez y Pelayo* (En «Tajo», Madrid, 1940, núm. 1; pág. 6.)
136.
ARTIGAS, MIGUEL: *La obra de Menéndez y Pelayo.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1943, núm. 29; págs. 19-29.)
137.
CASTRO, CRISTÓBAL DE: *Menéndez y Pelayo. Parábola del resurrector.* (En «A B C», Madrid, 15 de enero de 1943.)
138.
LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *La polémica de la ciencia española:* V. *Menéndez y Pelayo.*

(En «Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo». Cuaderno primero. Madrid, Edit. Nacional, 1943; págs. 97-98.)

Crítica: Pérez, Quintín, en «Razón y Fe». Madrid, 1945; págs. 318-24.

139.

RÍOS, BLANCA DE LOS: *El maestro.* (En «A B C». Madrid, 13 de octubre de 1944.)

140.

G[ONZÁLEZ] DE AMEZÚA, AGUSTÍN: *Nota bibliográfica sobre las obras completas de don Marcelino Menéndez y Pelayo.* (En sus «Opúsculos histórico-literarios», tomo I, Madrid, 1951; págs. 19-28.)

Reimpresión: Se publicó anteriormente en 1918.

141.

G[ONZÁLEZ] DE AMEZÚA, AGUSTÍN: *El imperio espiritual de España simbolizado en Menéndez y Pelayo y Ramón y Cajal.* (En sus «Opúsculos histórico-literarios», tomo I, Madrid, C.S.I.C., 1951; págs. 60-68.)

Paralelos con otras figuras.

142.

CAYUELA, ARTURO MARÍA: *Dos almas similares de artistas de la palabra: Costa y Llobera. Menéndez y Pelayo.* (En «Cristiandad». Barcelona, 1 de mayo de 1948, número 99; pág. 213.)

143.

SIGUÁN, MIGUEL: *Menéndez y Pelayo y Jaime Balmes.* (En «El Centenario de Balmes». Vich, 1949, núm. 15; págs. 249-53.)

144.

DARANAS, MARIANO: *A la sombra de la encina provenzal.* (En «A B C». Madrid, 18 de noviembre de 1952.)

Paralelo entre M. P. y Charles Maurras.

CIENCIA. CULTURA.

145.

LAÍN ENTRALGO, PEDRO: *Menéndez y Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales.* Madrid, Instituto de Estudios Políticos [Gráf. Uguina], 1944; 398 págs, 21 cms.

Crítica: Corts Grau, J., en «Revista de Estudios Políticos».—Gullón, R., en «Menéndez-Pelayismo», I, Santander, 1944; págs. 241-46.—Pérez, Quintín, en «Razón y Fe», Madrid, 1945; págs. 445-72.

146.

— *Menéndez y Pelayo.* [Buenos Aires], Espasa-Calpe, [Cía. Gral. Fabril Financiera], 1952; 233 págs., 18 cms. (Col. Austral.)

147.

GARCÍA VALDECASAS, ALFONSO: *Menéndez y Pelayo y el problema de la Cultura española.* (En «Finisterre», 2.ª época, I, Madrid, 1948; págs. 125-34.)

148.
G[ONZÁLEZ] DE AMEZÚA, AGUSTÍN: *Menéndez y Pelayo y la ciencia española.* (En sus *Opúsculos histórico-literarios,* tomo I, Madrid, 1951; págs. 29-59.)
Reimpresión del texto de una conferencia, publicada anteriormente en el «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo» (1927).
149.
CALVO SERER, RAFAEL: *La significación cultural de Menéndez y Pelayo y la historia de su fama.* (En ARBOR. Madrid, 1951; págs. 305-26.)
Tirada aparte: Madrid, C.S.I.C. [Imp. Pueyo], 1951, 24 cms. Reimpreso en «Teoría de la Restauración», Madrid, Rialp, 1952; págs. 139 y sigs.

Menéndez y Pelayo y las culturas extranjeras.

150.
TORRE, GUILLERMO DE: *Marcelino Menéndez y Pelayo. Treinta años de su muerte. El titán.* (En «La Nación», Buenos Aires, 17 de mayo de 1942.)
Trata especialmente de su gran conocimiento de la cultura europea.
151.
PALMERI, RUGGERO: *Menéndez y Pelayo y la cultura italiana.* (En «Menéndez-Pelayismo», I, Santander, 1944; págs. 211-22.)
152.
ROSSI, GIUSEPPE CARLO: *A Comédia «Eufrosina» nas páginas de doña Carolina Michaëlis de Vasconcelos e de don Marcelino Menéndez y Pelayo (com inéditos).* (En «Biblos», XXIII, Coimbra, 1947; págs. 550-60.)
Tirada aparte: Coimbra [Ofic. Graf. da Coimbra Editora], 1948; 16 págs. 24 cms.
153.
CONSIGLIO, CARLOS: *Menéndez y Pelayo y la literatura italiana.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1948, núm. 76.

RELIGIÓN.

154.
CASCÓN, MIGUEL: *Los jesuítas en Menéndez y Pelayo.* Prólogo de Enrique Sánchez Reyes, Valladolid, Libr. Santarén [Santander, Aldus], 1940; 613 págs., 25 cms.
Crítica: B[eltrán] de H[eredia], V, en «La Ciencia Tomista», LXI, Salamanca, 1941; págs. 116-19.—Solana, M., en «Menéndez-Pelayismo», I, Santander, 1944; páginas 235-40.
155.
ARALAR, JOSÉ DE: [*Críticos de la Sociedad Vascongada de Amigos del País: don Marcelino Menéndez y Pelayo. Indicios de parcialidad en algunas opiniones suyas sobre el País Vasco.—Acusaciones infundadas contra la Sociedad y sus obras*]. (En «El Conde de Peñaflorida y los caballeritos de Azkoitia», Buenos Aires, Editorial Vasca Ekim, 1942; págs. 150-80.)
156.
MARAÑÓN, GREGORIO: *El proceso del arzobispo Carranza.* (En «Boletín de la Real Academia de la Historia», CXXVII, Madrid, 1950; págs. 135-78.)
Combate las opiniones de Menéndez y Pelayo sobre dicho asunto.

157.
SOLANA, MARCIAL: *Devoción de Menéndez y Pelayo a la Santísima Virgen. Su opinión sobre la venida de la Virgen en carne mortal a Zaragoza.* (En «Doce de Octubre». Zaragoza, 1952; págs. 105-9.)

FILOSOFÍA.

158.
SOLANA, MARCIAL: *Un nuevo opúsculo de Menéndez y Pelayo. Menéndez y Pelayo, autor del discurso académico sobre Fox Morcillo, presentado por Láverde y leído en la Universidad de Santiago de Compostela en la inauguración del curso 1884-1885.* (En «Menéndez-Pelayismo», I, Santander, 1944; págs. 225-31.)
159.
IRIARTE, JOAQUÍN: *La Filosofía española y el duelo Revilla-Menéndez (1876-1879).* (En «Razón y Fe», CXXXIII, Madrid, 1946; págs. 347-64.)
160.
— *La Filosofía española y la polémica Fonseca-Menéndez (1881-1882).* (En ídem; páginas 443-58.)
161.
— *La Filosofía española y el choque Menéndez-Guardia (1880-93).* (En ídem; páginas 527-42.)
162.
— *Estudios sobre la Filosofía española. Su concepto y valor. Tomo II: Menéndez y Pelayo y la filosofía española.* Madrid, Edit. «Razón y Fe» [Bolaños y Aguilar], 1947; 431 págs., con una lám., 25 cms.
Crítica: Pérez-Rioja, J. A., en «Hispania», X, Madrid, 1950; págs. 198-202.— Roig Gironella, J. B., en «Razón y Fe», LXXXVII, Madrid, 1948; págs. 567-70.
163.
ROIG GIRONELLA, JUAN: *Menéndez y Pelayo y la Filosofía española.* (En «Razón y Fe», CXXXVII, Madrid, 1948; págs. 567-70.)
164.
BONIS, SALVADOR DE: *Posición filosófica de Menéndez y Pelayo.* Prólogo de Juan Roig Gironella. Barcelona, Edit. Casulleras, 1954; 140 págs., 19,5 cms.
Crítica: Hernández, Emilio, en «Helmántica», V, Salamanca, 1954; págs. 307-9.
Véase, además, el núm. 99.

ESTÉTICA.

165.
MEREGALLI, FRANCO: *La Historia de la Estética según Menéndez y Pelayo.* (En «Revista de Filosofía», II, Madrid, 1943; págs. 429-78.)
166.
OLGUIN, MANUEL: *Marcelino Menéndez y Pelayo's Theory of Art, Aesthetics, and Criticism.* (En «University of California Publications in Modern Philology», XXVIII, Berkeley, 1950, núm. 6; págs. VIII + 333-58.)

Tirada aparte: Berkeley. University of California Press, 1950, VIII + págs. 333-58, 23,5 cms.

Crítica: F. Mt., en «Revista de Ideas Estéticas», IX, Madrid, 1951; págs. 171-72.—Sánchez Reyes, E., en «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXVII, Santander, 1951; págs. 379-80.

167.
GOMIS, JUAN BAUTISTA: *La «Historia de las ideas estéticas en España», de Menéndez y Pelayo: el beato Juan de Ávila, fray Diego de Estella y fray Juan de los Ángeles.* (En «Verdad y Vida», Madrid, 1949; págs. 99-120.)

LITERATURA.

168.
DIEGO, GERARDO: *Menéndez y Pelayo et la poésie espagnole.* (En «Occidente», I, París, 1940; págs. 43-54.)

169.
MOREYRA Y PAZ SOLDÁN, MANUEL: *Epistolario de don Juan Valera y don Marcelino Menéndez y Pelayo.* (En «Mercurio Peruano», XXIII, Lima, 1941, núm. 166; página 19.)

170.
BATTISTESSA, ÁNGEL J.: *Menéndez y Pelayo y el siglo XVIII español.* (En «Poetas y Prosistas españoles», Buenos Aires, Kraft, 1943; págs. 129-46.)

171.
BARREDA Y FERRER DE LA VEGA, FERNANDO: *El primer trabajo periodístico de Menéndez y Pelayo.* (En «Menéndez-Pelayismo», I, Santander, 1944; págs. 223-24.)
Respuesta a un problema histórico, publicada en «La Abeja Montañesa», de Santander, el día 22 de junio de 1868.

172.
RÍOS, BLANCA DE LOS: *El teatro español en la obra de Menéndez y Pelayo.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1944, núm. 37; págs. 48-86.)

173.
OZORES, TERESA: *Una nota a la «Elegía en la muerte de un amigo», de Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXII, Santander, 1946; páginas 372-73.)

174.
BERENGUER CARÍSOMO, ARTURO: *Un parnasiano español.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXIV, Santander, 1948; págs. 311-20.)

175.
— *La Argentina literario que vió Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXIV, Santander, 1948; págs. 5-24.)

176.
PÉREZ BUSTAMANTE, CIRIACO: *Sobre la génesis de la «Antología de poetas hispanoaméricanos», de Menéndez y Pelayo.* (En «Finisterre», segunda época, III, Madrid, 1948; págs. 22-37.)
Noticias que facilita sobre el asunto la correspondencia entre Menéndez y Pelayo y Miguel Antonio Caro.

177.
PLAZA, LUIS MARÍA: *El primer trabajo cervantino de Menéndez y Pelayo.* (En «Revista Bibliográfica y Documental», II, Madrid, 1948; págs. 183-84.)
Tirada aparte: Ed. de 25 ej. num. Madrid, C.S.I.C. [s. i.], 1948; 2 págs., 24 centímetros.
178.
TORRENTE BALLESTER, GONZALO: *Menéndez y Pelayo.* (En su *Literatura española contemporánea...*, Madrid, Aguado. [s. a.]; págs. 103-16.)
179.
DÍAZ PLAJA, GUILLERMO: *La crítica ante el modernismo. Menéndez y Pelayo.* (En «Modernismo frente al Noventa y ocho...», Madrid, Espasa-Calpe, 1951; págs. 57-62.)
180.
LOPES DÍAS, JOSÉ: *Duas cartas de Ricardo Jorge a Menéndez y Pelayo sobre «La Celestina».* (En «Imprensa Médica», XV, Lisboa, 1951; págs. 213-17.)
Tirada aparte: Lisboa. [Tip. da Imprensa Médica], 1952; 20 págs. con grabados 23,5 cms.
181.
JURETSCHKE, HANS: *Menéndez y Pelayo en sus cartas.* (En ARBOR, Madrid, 1953, número 90; págs. 179-86.)
Tirada aparte: Madrid. [Imp. Pueyo], 1953; págs. 179-86; 23 cms.

Evocaciones literarias de Menéndez y Pelayo.

182.
ESPINA, CONCHA: *Rosas para la fantasía y el corazón.* (En «El Diario Montañés», Santander, 19 de mayo de 1942.)
Véase, además, el núm. 98.
183.
CABAL, C[ONSTANTINO]: *De la lucha y de la gloria. Esta vez era un hombre de Laviana...* (En «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos», VII, Oviedo, 1953; páginas 161-278.) Págs. 247-50: Coincidencias entre Menéndez y Pelayo y el personaje José Luis Pasarón, de la novela de Palacio Valdés *Años de juventud del doctor Angélico.*
184.
SÁNCHEZ REYES, ENRIQUE: *Poesías a Menéndez y Pelayo.* (En «Boletín de la Biblioteca de Menéndez y Pelayo», XXXI, Santander, 1955; págs. 205-341.)
185.
[*Versos a Menéndez Pelayo. Edición de Enrique Sánchez Reyes*]. [Santander, Hermanos Bedia]. [1955]; 21 págs. + 1 h., 20,5 cms.

DERECHO.

186.
BULLÓN Y FERNÁNDEZ, ELOY (MARQUÉS DE SELVA ALEGRE): *Menéndez y Pelayo y la tradición jurídica española.* Discurso leído... el día 4 de mayo de 1945 en el acto de su recepción... Madrid, Real Academia de Jurisprudencia y Legislación. [Imprenta Vda. de Galo Sáez], 1945; 67 págs., 17,5 cms.

POLÍTICA.

187.
D'ORS, EUGENIO: *Glosas. Su verdadera figura.* (En «La Voz de España», San Sebastián, 9 de febrero de 1939.)
Menéndez y Pelayo no fué nacionalista, sino imperialista.
188.
RIVAS, NATALIO: *Menéndez y Pelayo, político.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1943, núm. 29; págs. 7-18.)
189.
TORRE, GUILLERMO DE: *Menéndez y Pelayo y las dos Españas.* Buenos Aires, Patronato Hispano-Argentino de Cultura. [Imp. Ferrari]. [1943]; 94 págs. + 3 hs., 18 centímetros. (Cuadernos de Cultura Española, XVI.)
Crítica: Gullón, R., en «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», XXI, Santander, 1945; págs. 389-91.)
190.
CALVO SERER, RAFAEL: *España sin problema.* (En ARBOR, XIX, Madrid, 1949; páginas 160-73.)
191.
—. —. *En España sin problema.* Madrid, Edic. Rialp, 1949; págs. 113-36.
Sumario: La presencia viva de Menéndez y Pelayo; El valor político actual de Menéndez y Pelayo; Optimismo y pesimismo en Menéndez y Pelayo; La teoría política nacional: fe católica, monarquía tradicional, universalismo cristiano, libertades españolas; Antiliberalismo de Menéndez y Pelayo; Función nacional de las regiones españolas; Problemas de realización; 2.ª edic., Madrid, 1952.
192.
HORNEDO, RAFAEL MARÍA DE: *La conciencia española de Menéndez y Pelayo.* (En Razón y Fe», CXXXIX, Madrid, 1949; págs. 425-42.)
193.
VILLARONGA, LUIS: *Hispanidad-Catolicidad. Juicio del liberalismo.* Madrid, Reus, 1951; 220 págs. + 4 hs., 20 cms.
Defensa de la concepción católica de España inspirada fundamentalmente en las ideas de Menéndez y Pelayo.
194.
CALVO SERER, RAFAEL: *La restauración de la conciencia nacional unitaria.* (En «Teoría de la Restauración», Madrid, Edic. Rialp, 1952; págs. 137-216.)
Sumario: La significación cultural de Menéndez y Pelayo y la «Historia de su fama»; La concepción española de Menéndez y Pelayo; Los enemigos de don Marcelino; Intentos de atracción hacia una tercera España; El pensamiento nacional de nuestros días.

Menéndez y Pelayo y Cataluña.

195.
TURULL, JUAN B.: *Menéndez y Pelayo y Cataluña.* (En «Diario de Barcelona», Barcelona, 12 de junio de 1953; pág. 4.)
Véanse, además, los núms. 95, 117-18 y 143.

Menéndez y Pelayo y la Hispanidad.

196.
BALLESTEROS GAIBROIS, MANUEL: *Menéndez y Pelayo y el americanismo.* (En «Revista Nacional de Educación», Madrid, 1942, núm. 16; págs. 23-33.)
197.
PÉREZ BUSTAMANTE, CIRIACO: *Menéndez y Pelayo y Colombia. La primera carta de Gómez Restrepo al gran polígrafo montañés.* (En «Revista de Indias», IX, Madrid, 1949; págs. 327-31.)

Véanse, además, los núms. 37-38, 42-43, 59, 64, 122-23 y 175-76.

A R B O R

REVISTA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y CULTURA